
Carol Dunlop
Julio Cortázar
LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA
o Un viaje atemporal París~Marsella
P
Muchnik Editores

CAROL DUNLOP
JULIO CORTÁZAR

LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA

o

Un viaje atemporal París-Marsella

Dibujos de Stéphane Hébert

1.ª edición: octubre de 1983

2.ª edición: mayo de 1984

Los derechos de autor de este libro, en su doble versión española y francesa, están destinados al pueblo sandinista de Nicaragua. Por su parte, el editor español destina al mismo fin el 2 % del precio de venta de cada ejemplar.

Esta edición se publica al mismo tiempo que la traducción francesa de Gallimard, cuyo título es *Les autonautes de La cosmoroute - Voyage intemporel Paris-Marseille.*

Cubierta: Neslé Soulé

Impreso en España Printed in Spain

LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA

o

Un viaje atemporal París-Marsella

INDICE

Dedicamos esta expedición y su crónica a todos los plantados del mundo y en especial al caballero inglés cuyo nombre no recordamos y que en el siglo dieciocho recorrió la distancia que va de Londres a Edimburgo caminando hacia atrás y entonando himnos anabaptistas.

Agradecimientos.

Queremos expresar nuestra profunda gratitud a todos aquellos que nos alentaron en esta empresa con su estímulo, su ayuda moral y material, su comprensión y su complicidad, y damos especialmente las gracias a las personas siguientes:

A Raquel y Jean Thiercelin, este último llamado el Cuervo del Luberon, que desde la concepción del proyecto ofrecieron espontáneamente ayuda logística y de toda otra naturaleza, y que abrieron generosamente su casa a los expedicionarios para que pudieran reponerse de sus fatigas y tribulaciones al término del viaje.

A Necmi Gurmen y Anne Courcelles quienes, apenas enterados del proyecto, aceptaron desempeñar funciones de salvamento, y que afrontaron las circunstancias más peligrosas para traernos víveres frescos al paradero de Ruffrey, donde a lo largo de varias horas compartieron las condiciones de vida de uno de los parkings menos hospitalarios de la autopista,

con un agradecimiento muy especial hacia Anne, que aplicó parte de su ciencia a la preparación de un pollo destinado a desempeñar un papel protagónico en nuestros happenings gastronómicos de los días siguientes,

y que se dio cuenta mientras planeábamos la expedición de socorro y mucho antes de la partida, que valdría más que dicho socorro llegara el miércoles 2 de junio en vez del martes primero como habíamos previsto, dado que los lunes no se puede comprar nada interesante en París y que además dicho lunes formaba parte de un «puente» de días feriados, razones todas ellas que habían escapado a nuestra atención.

A Lemi Gurmen, que deliciosamente confundió 4 manzanas con 4 kilos de manzanas, y que además, la víspera de la partida, nos aconsejó que esperáramos la expedición de salvamento en el primer paradero correspondiente al 2 de junio, evitándole así recorrer centenares de kilómetros suplementarios puesto que la salida de la autopista para su regreso a París estaba situada entre los dos paraderos en cuestión.

Al doctor Hervé Elmaleh y a su esposa Madeleine, que nos previnieron juiciosamente acerca de los peligros del escorbuto que nos acechaban.

A Luis Tomasello, que no sólo supo crear casi milagrosamente amplios espacios para la estiba de las provisiones y bastimentos en Fafner, sino que además se hizo cargo de

nuestra gata Flanelle, evitándole así que tuviera que afrontar las duras condiciones de vida en la autopista, sin hablar del apoyo logístico que aportó al cargamento y arrumaje.

A Catherine Lecuiller, que gracias a habernos prestado un pequeño aparato altamente científico garantizó nuestra protección contra la malaria, la fiebre amarilla y otras pestes, asegurándonos además noches de sueño tranquilo sin las interrupciones y sobresaltos fatigantes e inútiles provocados por la presencia de mosquitos.

A Nicole Rouen que, viajando de París hacia el consultorio de su dentista en el tercer día de nuestra expedición, nos ofreció cerezas y un momento de agradable compañía.

A Karen Gordon que, con paciencia y comprensión infinitas, nos ayudó en los preparativos finales, nos ofreció golosinas que saboreamos debidamente, y aceptó ocuparse de la reexpedición de nuestro correo.

A René Caloz, que nos visitó inesperadamente en la autopista y que generosamente nos ofreció dos botellas de *fendant* que hicieron nuestra delicia a lo largo de varios aperitivos.

A Fafner, que a pesar de su naturaleza de dragón figura igualmente a título personal, y sin cuya presencia nada hubiera sido posible.

A Jorge Enrique Adoum, Françoise Campo, Jérôme Timal, Julio Silva, Gladis y Saúl Yurkiévich, Aurora Bernárdez, Nicole Piché, François Hébert, Hortense Chabrier, Georges Belmond, Laure, Philippe y Vincent Bataillon, Marie-Claude, Laurent y Anne de Brunhoff, que estaban en el secreto, nos dieron preciosos consejos que sería demasiado largo enumerar aquí, y nos alentaron con sus sonrisas lejanas en los momentos difíciles.

A la Condesa, por muchas horas de lectura llenas de emociones.

A Brian Featherstone y a Martine Cazin que llegaron inesperadamente a visitarnos y nos salvaron del tedio que crecía en un paradero particularmente estúpido.

Al señor y la señora Afonso, que tanto nos ayudaron en nuestros preparativos en París.

A la señora María Martins, que nos ayudó a preparar sacos y paquetes con su buen humor de siempre.

A los desconocidos de los paraderos que, con una sonrisa o un gesto amistoso, pusieron más luz en el telón de fondo de cada día.

¿Cómo narrar el viaje y describir el río a lo largo del cual —otro río— existe el viaje, de tal modo que resalte, en el texto, aquella fase más recóndita y duradera del evento, aquella donde el evento, sin comienzo ni fin, nos desafía, móvil e inmóvil?

OSMAN LINS, *Avalovara.*

PROLEGÓMENOS

De cómo escribimos una carta que no por insólita dejaba de merecer respuesta, cosa que no aconteció, y de cómo en vista de ello los expedicionarios decidieron ignorar tan incalificable conducta y llevar a buen término lo que en ella se explicaba de la manera más galana y detallada.

París, 9 de mayo de 1982.

Señor Director de la

Sociedad de las Autopistas,

41 bis, Avenue Bosquet,

75007 PARIS

Señor Director:

Hace algún tiempo, su Sociedad me pidió autorización para publicar en una de sus revistas, algunos pasajes de mi cuento titulado La autopista del sur. *Por supuesto otorgué con viva satisfacción dicho permiso.*

Me dirijo ahora a usted para solicitarle a mi vez una autorización de naturaleza muy diferente. Junto con mi esposa Carol Dunlop, igualmente escritora, estudiamos la posibilidad de una «expedición» un tanto alocada y bastante surrealista, que consistiría en recorrer la autopista entre París y Marsella a bordo de nuestro Volkswagen Combi, equipado con todo lo necesario, deteniéndonos en los 65 paraderos de la autopista a razón de dos por día, es decir empleando algo más de un mes para cumplir el trayecto París-Marsella sin salir jamás *de la autopista.*

Aparte de la pequeña aventura que esto representa, tenemos la intención de escribir paralelamente al viaje un libro que contaría en forma literaria, poética y humorística las etapas, acontecimientos y experiencias diversas que sin duda nos ofrecerá tan extraña expedición. Dicho libro se llamará quizá París-Marsella en pequeñas etapas, *y está claro que la autopista será su protagonista principal.*

Tal es nuestro plan, que se llevaría a cabo con el apoyo de algunos amigos encargados de reabastecernos cada diez días (aparte de lo que encontraremos en los paraderos de la autopista). El único problema está en que, según creemos saber, un vehículo no puede permanecer más de dos días en la autopista, y por esa razón nos dirigimos a usted para pedirle la autorización que, llegado el momento, nos evitaría tener dificultades en los diferentes peajes.

Si piensa usted que nuestra idea de escribir un libro sobre el tema no resulta desagradable para su Sociedad, y que no hay inconveniente en autorizarnos a «vivir» un mes desplazándonos a razón de dos paraderos por día, me agradaría recibir su respuesta lo antes posible, puesto que quisiéramos partir hacia el 23 de este mes. Queda igualmente entendido que de ninguna manera quisiéramos que nuestro proyecto fuera difundido por la prensa pues, siendo conocidos como escritores, podríamos ver perturbada nuestra soledad de expedicionarios. Llegado el día, nuestro libro se encargaría de contar la historia al público en general.

Agradeciéndole por adelantado su buena voluntad con respecto a este proyecto, le ruego acepte, señor Director, mis sentimientos más sinceros, así como los de mi esposa.

JULIO CORTÁZAR

*

*   *

Esta carta fue enviada el 9 de mayo de 1982. El día 23, luego de abrir infructuosamente y por última vez nuestro buzón, entendimos que dos semanas habían bastado de sobra para que una sociedad comercial, por más plagada que esté de computadoras y de secretarias biliosas, respondiera a nuestra modesta petición. Mirándonos en los ojos, nos estrechamos la mano con energía y dijimos al mismo tiempo:

—¡Co-expedicionario, mañana a las cuatro de la tarde ponemos proa hacia nuestro destino!

Con lo cual queríamos decir que, saliendo de la rue Martel, tomaríamos por la rue des Petites-Ecuries en dirección de la République, de ahí a Austerlitz (¡buen presagio!) y luego de franquear la distancia hasta la Porte d'Italie nos introduciríamos con la decisión que nos caracteriza en la autopista del Sur y haríamos nuestra primera etapa a la altura de Corbeil.

Todo lo cual aconteció con una exactitud que no dejó de sorprendernos, pues los dos somos especialistas en equivocar el rumbo y no nos hubiera sorprendido demasiado encontrarnos en la autopista del Este o en la Place des Victoires. Pero una vez enchufados en la buena dirección, ¿quién hubiera podido detenernos? Muy al contrario: ya podíamos

sacar el primer sandwich y decirnos que estábamos solos, increíblemente solos, en la primera etapa de una aventura de la que el lector no tiene la menor idea, como nosotros en aquel momento.

Corolario extraído del Libro de las Maravillas *de Marco Polo, el cual mostrará al lector que en otras épocas los expedicionarios no sólo recibían respuesta a las cartas que enviaban, sino que eran objeto de un tratamiento que nuestros lamentables tiempos pálidos y raquíticos ya no son capaces de proporcionar.*

Y cuando el Gran Khan hubo encomendado a los dos hermanos y a su barón de la embajada que enviaba al Apóstol, les hizo entregar una tableta de oro sellada con el sello real y firmada según la costumbre de su Estado, y en la que se decía que los tres mensajeros eran los enviados del Gran Khan y que en todas las plazas fuertes a las que pudieran allegarse, los gobernadores sujetos a su ley deberían darles, so pena de desgracia, el alojamiento que les fuese necesario, las naves y los caballos y los hombres para escoltarlos de un país a otro, y todas aquellas otras cosas que pudieran desear para su viaje, tal como si fuera para Él mismo si acertaba a pasar por allí.

Una cita que los exploradores interpretan como un buen consejo a la hora de iniciar su diario de viaje.

> *Pierre, nuestro guía alpino, que se ha curado de su penoso mareo y ha recomenzado a escribir sus memorias, viene a pedirme que le preste «la que aleja las palabras». Me lleva un tiempo comprender que se trata de una goma de borrar.*
>
> JEAN CHARCOT, *Autour du Pôle Sud.*

Donde el paciente lector asistirá a la presentación sucesiva de los protagonistas de la expedición, y conocerá sus características y rasgos más notables.

1.

Los autores suelen dialogar entre ellos o aludirse recíprocamente a lo largo de este diario de viaje. Como es natural se llaman por sus nombres de pila pero también, como es todavía más natural, se valen con frecuencia de sus nombres más íntimos, que confían ahora al lector dado que les parece justo confiarle todo lo que se refiere a la expedición y a la vida personal que la sustenta. Así no tardarán en aparecer referencias a la Osita y al Lobo, y en el caso de este último hay incluso un fragmento de un *Manual de los Lobos* que la Osita preparaba para su placer pero también para que el Lobo fuera menos tonto que de costumbre y conociera algo mejor tantas cosas que sólo las Ositas conocen de verdad.

A nuestro vehículo Fafner, se le llama con frecuencia Dragón. A vuelta de página se dan detalles de su naturaleza telúrica, pero aquí es bueno decir que nuestra triada no sólo se servía de sus nombres silvestres por razones de afecto e intimidad, sino porque a lo largo de la expedición se fue identificando cada vez más con los bosques, los prados y los animales del mundo más secreto de la autopista. Era nuestro lado cuento de hadas, nuestra ecología inocente, nuestra felicidad en pleno fragor tecnológico, que anulábamos queriéndonos.

2.

> *Este breve pero necesario capítulo es una auto-cita (palabra particularmente apropiada dado el tema de que trata) extraída de un texto escrito hace años y que se titula* Corrección de pruebas en Alta Provenza.

Y así, cada tanto dejo de trabajar y me voy por las calles, entro en un bar, miro lo que ocurre en la ciudad, dialogo con el viejo que me vende salchichas para el almuerzo porque el dragón, ya es tiempo de presentarlo, es una especie de casa rodante o caracol que mis obstinadas predilecciones wagnerianas han definido como dragón, un Volkswagen rojo en el que hay un tanque de agua, un asiento que se convierte en cama, y al que he sumado la

radio, la máquina de escribir, libros, vino tinto, latas de sopa y vasos de papel, pantalón de baño por si se da, una lámpara de butano y un calentador gracias al cual una lata de conservas se convierte en almuerzo o cena mientras se escucha a Vivaldi o se escriben estas carillas.

Lo del dragón viene de una antigua necesidad: casi nunca he aceptado el nombre-etiqueta de las cosas y creo que eso se refleja en mis libros, no veo por qué hay que tolerar invariablemente lo que nos viene de antes y de fuera, y así a los seres que amé y que amo les fui poniendo nombres que nacían de un encuentro, de un contacto entre claves secretas, y entonces mujeres fueron flores, fueron pájaros, fueron animalitos del bosque, y hubo amigos con nombres que incluso cambiaban después de cumplido el ciclo, el oso podía volverse mono, como alguien de ojos claros fue una nube y después una gacela y una noche se volvió mandragora, pero para volver al dragón diré que hace dos años lo vi llegar por primera vez subiendo la rue Cambronne en París, lo traían fresquito de un garage y cuando me enfrentó le vi la gran cara roja, los ojos bajos y encendidos, un aire entre retobado y entrador, fue un simple click mental y ya era el dragón y no solamente un dragón cualquiera sino Fafner, el guardián del tesoro de los Nibelungos, que según la leyenda y Wagner habrá sido tonto y perverso, pero que siempre me inspiró una simpatía secreta aunque más no fuera por estar condenado a morir a manos de Sigfrido y esas cosas yo no se las perdono a los héroes, como hace treinta años no le perdoné a Teseo que matara al Minotauro. Sólo ahora ligo las dos cosas, aquella tarde estaba demasiado preocupado con los problemas que iba a plantearme el dragón en materia de palanca de velocidades, alto y ancho muy superiores a mi ex Renault, pero me parece claro que obedecí al mismo impulso de defender a los que el orden estatuido define como monstruos y extermina apenas puede. En dos o tres horas me hice amigo del dragón, le dije claramente que para mí cesaba de llamarse Volkswagen, y la poesía como siempre se mostró puntual porque cuando fui al garage donde tenían que instalar la placa definitiva y además la inicial del país en que vivo, me bastó ver al mecánico pegándole una gran F en la cola para confirmar la verdad; desde luego que a un mecánico francés no se le puede decir que esa letra no significa Francia sino Fafner, pero el dragón lo supo y de vuelta me demostró su alegría subiéndose parcialmente a la acera con particular espanto de una señora cargada de hortalizas.

3.

Donde se verá que the last but not the least *no participó personalmente en la expedición, pero que su preciosa contribución confirma, si ello fuera todavía necesario, el carácter atemporal y extraespacial de nuestro viaje fértil en prodigios.*

Apenas terminada nuestra denodada gesta —que todavía no ha empezado para el lector a quien le pedimos humildemente que tenga paciencia—, Fafner tuvo derecho a un reposo bien merecido mientras Carol y yo partíamos rumbo a Nicaragua donde debía reunírsenos el hijo de la Osita, que vive en Montreal con su padre. Los alegres catorce años de Stéphane Hébert, su vocación de baterista de *rock*, su gracia adolescente se sumaron a nuestra

felicidad en unas vacaciones tropicales en las que nuestra expedición seguía presente en el recuerdo como un eco un poco nostálgico.

Stéphane descubrió así nuestros borradores y los negativos y contactos de las fotos del viaje. Carol, que conocía su gran talento de dibujante, le propuso que se convirtiera en nuestro cartógrafo *ex post facto*. Tal vez Stéphane no comprendió esta expresión latina, pero sacó en seguida sus lápices y su cuaderno de dibujo, y se puso a imaginar cada uno de los paraderos a partir de nuestros textos, explicaciones de viva voz, anécdotas y fotografías.

Los exploradores, cuya severidad en la materia puede imaginar fácilmente el lector, se maravillaron del rigor científico que este adolescente aportaba a su trabajo, y decidieron incorporar sus relevamientos a la documentación general del viaje. Así, y aunque ausente de hecho, Stéphane Hébert es aquí una presencia tan manifiesta como la de Fafner o la nuestra.

De los orígenes de la expedición: su génesis, su lenta elaboración y su sinuosa madurez, y de cómo el pálido lector no sólo verá que la reflexión científica tiende a transformar la visión del mundo en quien la practica, sino que se percatará asimismo de los obstáculos que se alzan en el camino del investigador, y tendrá al mismo tiempo amplia oportunidad de admirar la astucia y el coraje de los arrojados expedicionarios.

1.

Donde se verá que los expedicionarios pasaron varios años en el mal camino, incluso si se trataba del mismo.

Hasta el verano de 1978, oh pálido e intrépido lector, pertenecíamos los que aquí escriben a esa raza de mortales que toman la autopista por lo que parece ser: una construcción moderna altamente elaborada y que permite a los viajeros encerrados en sus cápsulas de cuatro ruedas recorrer un trayecto fácilmente verificable sobre un mapa y en la mayoría de los casos previsto por adelantado, en un mínimo de tiempo y con un máximo de seguridad. Los ingenieros que concibieron y elaboraron lo que cabría llamar la institución de la autopista hicieron proezas para apartar del camino del automovilista no sólo todo obstáculo que pudiera disminuir la velocidad (bien se sabe que la gran mayoría de los usuarios de esta vía son fanáticos de un buen promedio de marcha), sino también todo lo que podía distraer al conductor de su concentración en la banda de asfalto que tiende a dar a quienes la siguen —falazmente como se comprobará más adelante— la impresión de una continuidad ininterrumpida, continuidad que acaba por englobar al cabo de treinta, cuarenta o sesenta minutos de velocidad constante, no sólo las ruedas del vehículo que el humano en el volante tiene todavía la ilusión de controlar, sino incluso el volante de dicho vehículo y las manos y los reflejos de dicho ser humano que integra así, conscientemente o no, esa gran totalidad impersonal tan buscada por todas las religiones.

Conviene precisar de todas maneras que tanto el uno como la otra pertenecemos a una raza intermedia de autopistenses, es decir que no sólo hacíamos altos mucho más prolongados que los de la otra raza, que sólo se detienen cuando la aguja del contador de gasolina oscila peligrosamente en torno al V (o al R, según los autos, o de la E en el caso de los ingleses) o cuando la suegra, bañada en lágrimas, dice que a su edad hacerse pis en los

calzones sería realmente un motivo suficiente para modificar su testamento; o a esos que, cuando el bebé pasa del verde a la palidez total y ni siquiera tiene ya fuerzas para patalear contra el respaldo del asiento del conductor como lo ha estado haciendo durante tres horas para manifestar el hambre que siente, se detienen lo más cerca posible de la autopista para sacar los sandwiches del cofre de atrás y comerlos a toda velocidad y de pie, a dos metros de una mesa reservada a los pic-nics y a veces a diez metros de un bosque lleno de sombra y de sorpresas. No, al menos éramos de esos que se toman su tiempo, incluso en la autopista, de esos que buscan un rincón simpático para comer y que ceden al deseo de dormir una breve siesta si el tiempo lo permite. Tanto al uno como a la otra nos sucedía además abandonar la autopista más de una vez entre el punto de partida y el de llegada, lo que prueba que existía ya en nosotros una cierta resistencia a la insolente pretensión de la autopista de que sólo ella existiera entre el punto A y el B. Por lo que a mí se refiere, solía abandonarla precisamente a causa de ese vértigo que constituía su encanto, a fin de quebrar la fuga hacia adelante en momentos en que la hipnosis amenazaba con llegar a ser total, fatal; en el caso del Lobo se debía sobre todo a que en el fondo no le gustaba la autopista, y por ello cedía con frecuencia a la nostalgia de lo verde, de lo poblado, de la gran calma y la lentitud que tantas veces esperan al otro lado de las barreras del peaje. Por todo ello, tanto el uno como la otra apreciábamos la autopista a la vez que le reprochábamos un poco que fuera ese mal necesario del que tanto nosotros como los demás no podemos escapar en este siglo de velocidad obligatoria, pero manteníamos nuestras distancias y compadecíamos un poco a quienes se convertían en sus víctimas.

Para decirlo todo, oh pálido y paciente lector, hasta el verano de 1978 la autopista no parecía revestir una importancia particular para nosotros, y hasta llegábamos a olvidarla durante meses y meses. No nos parecía llamada a desempeñar en nuestras vidas un papel tan importante como el metro parisiense, por ejemplo, y ni siquiera igualar el de ciertas compañías de aviación. Incluso los *bateaux mouche*, aunque no los tomábamos jamás, parecían constituir un elemento más decisivo en nuestra vida cotidiana que la autopista. Cosa en la que nos equivocábamos, y de no ser por el espíritu científico que predominó a lo largo de la elaboración de este proyecto, ese mismo espíritu que empezó por provocar su nacimiento, es posible que nuestras mentes hubieran permanecido cerradas para siempre a esta gran vía que se desplegaba vanamente ante nuestros ojos desde hacía años, ante nuestros ojos sellados entonces por la más crasa ignorancia.

2.

Donde el lector verá que los demonios pasan sus vacaciones en el mes de julio, y las consecuencias que ello acarrea.

Llegó pues el verano de 1978. En aquel año —algunos lo recordarán todavía— el verano sólo alegró a algunas poblaciones del mediodía de Francia, mientras el resto del país se sumía en un oscuro reino de lluvias casi constantes y se estremecía bajo sucesivas olas de frío. Sin haber consultado la meteorología (pues la ciencia es también casi siempre un caso

de intuición), el Lobo y la Osita se refugiaron precisamente en una de las zonas donde no llovió durante el verano, a fin de buscar su parte de tranquilidad y de paz, dos cosas que cruelmente les faltaban desde hacía mucho tiempo. (Sabe, pálido y amable lector, sin por ello sucumbir a la lividez que ello provocaría en los débiles, que todo hombre o mujer que quiere vivir realmente su vida en vez de contentarse con mirarla mientras pasa, corre el riesgo de perderla a cada momento, por razones que no pertenecen necesariamente a la familia de los peligros corporales, y que los temerarios protagonistas de este libro apenas comenzaban a emerger, en la época a que nos referimos, de una época de torbellinos nefastos y de otras especies en los que habían estado a punto de dejar sus respectivas humanidades; no veas pues en este retiro una simple pereza egoísta, incluso si esta última no dejaba de estar presente en la fiesta.)

Hubo un mes, querido lector, en que la vida y la temperatura participaron de una misma estabilidad: sol, calma, horizonte despejado. Hubo música, fiestas y siestas, y nuestros dos personajes llegaron incluso a sentarse otra vez ante sus máquinas de escribir después de largos meses de abstinencia. Los demonios estaban de vacaciones e, inocentes como pueden serlo los lobos y las ositas, los nuestros llegaron a la conclusión de que habían vencido esas fuerzas del mal.

Ah, amigo lector, jamás hay que cantar victoria, por lo menos en alta voz (pues los demonios, secreto qué tenemos el deber de revelarte a ti por tu gran paciencia, son extremadamente vanidosos y no demasiado inteligentes; si no dices en alta voz que los has derrotado, se contentarán con lo que consideran una política eficaz de hostigamiento, justamente cuando sus tácticas han perdido ya toda importancia a tus ojos. Pero si proclamas que han cesado de impresionarte, ten cuidado: esos seres que procuran sobre todo mantener las apariencias, se ofenden y la rabia que los domina los incita con frecuencia a llamar en su auxilio a toda una cohorte de demonios más poderosos que ellos y de los que pueden disponer llegado el caso a pesar de su pequeñez irrisoria). Esa norma habría de evitarnos más tarde, cuando la comprendimos bien, muchos contratiempos en el curso de la expedición que aquí nos concierne; no obstante, como el lector inteligente lo habrá adivinado ya, en 1978 no habíamos avanzado mucho en los caminos del conocimiento, pavimentados de demonios como estaban.

Tanto es así que de un día para otro, mientras afuera el tiempo se mantenía inmutablemente bello, la tormenta empezó a formarse lentamente en el interior de la casa. Objetos hasta entonces amigos principiaron a oponerse poco a poco a nuestros mínimos gestos cotidianos: la nevera que hasta entonces nos acompañaba con su ronroneo satisfecho de fabricante de cubos de hielo, empezaba a rugir cada vez que queríamos escuchar un disco; empezó a salir agua caliente del grifo que siempre nos había dado agua fría, y viceversa, provocando gritos y traumatismos diversos; los peldaños de la escalera empezaron a esquivarse en el momento en que poníamos el pie, haciendo resbalar al que creía escalarlos por debajo del nivel donde había comenzado su ascensión; incluso el correo cambió de índole, y allí donde hasta entonces habíamos leído los jubilosos relatos de

vacaciones y aventuras de los amigos, sólo encontrábamos malas noticias, facturas y balances amenazadores (todo lector privado como nosotros del sentido de los llamados «negocios» comprenderá este último detalle); cuando sólo pedíamos a los cuchillos que cortaran un durazno o el queso, se las arreglaban para mordernos y, mientras hacíamos acrobacias manuales para evitar sus dientes, sus amigos los tenedores venían por debajo para picarnos.

—¡Basta! —dijo un día el Lobo—. ¡Cualquier cosa con tal de que nos dejen en paz!

—¿Tú crees —preguntó la Osita atrapando a tiempo un cuadro que se había desprendido del muro y estaba a punto de partirle el cráneo al Lobo— que realmente podemos vivir en paz con esas agresiones infernales y constantes?

—Ya verás —dijo el Lobo unas horas más tarde, frotándose la mejilla allí donde la sábana que siempre se había ajustado perfectamente a la cama tanto en el mediodía como en París acababa de saltarle en plena cara apenas hubo calzado el ángulo bajo el colchón—. *¡No pasarán!*

Hay que creer que los demonios (que, no lo olvidemos, volvían llenos de energías después de su mes de vacaciones) vieron en eso el peor de los ultrajes. Ellos que se deslizan por todas partes, ¿no iban a pasar? Habría que verlo.

Siguieron otros días de lucha encarnizada contra los objetos que, si no se les presentaba la ocasión de participar en una agresión directa, se desplazaban de una manera innoble en el momento en que más se los necesitaba: los papeles que habíamos dejado sobre la mesa se volaban, los manuscritos aparecían de golpe en el horno, sin hablar de una cierta falta de coordinación por parte de los demonios, pues mientras la nevera se había puesto a fabricar sopa allí donde nos hacían falta los cubos de hielo, el horno refrescaba los ravioles en vez de gratinarlos. Y un día, al ir a verificar algo en el armario que encerraba la caldera, soltamos un grito: un gran pájaro salió de allí volando. ¿Era eso el signo final, el emisario de las fuerzas oscuras que nos hacía una advertencia, o más bien el último representante de la luz que, presintiendo la catástrofe, emprendía la fuga mientras aún era tiempo? ¿Esperaba, después del fatal «no pasarán», que le abriéramos la puerta? No lo sabremos nunca, y poco importa.

Dos días más tarde, las fuerzas oscuras se apoderaron de la Osita, y durante días y noches pareció que iban a ganar la partida. Sin embargo los demonios ignoraban que las Ositas captan la luz incluso en la oscuridad y hasta saben duplicar su intensidad en última instancia, sobre todo cuando el Lobo, en la sombra de una frontera infranqueable, las atrae del buen lado.

Cuando la Osita surgió por fin de las tinieblas, sabía ya que el Lobo había tenido razón de decir «no pasarán», pero también había comprendido cuán frágil era la película con la que se habían rodeado para impedirles que pasaran. La experiencia dejó a nuestros dos protagonistas físicamente exhaustos, sobre todo por lo que había comportado como ambulancias, temores y noches insomnes para los dos. Todavía vacilantes fueron a descansar a casa de sus amigos Thiercelin en Serre; los demonios no tienen acceso a Serre, y con ayuda de la calma y de la amistad nuestros futuros exploradores terminaron de curar sus heridas y un día decidieron que ya estaban lo bastante fuertes como para regresar a

París, sin apresurarse puesto que el Lobo veía que de todos modos la Osita tenía todavía el pelaje un tanto ralo y no muy reluciente. Así, frágiles como fantasmas que no están seguros de qué va a faltarles bajo los pies, pura ilusión, al pisar el suelo, igualmente ilusión, nuestros dos protagonistas, desmadejados pero con el pleno conocimiento del verdadero «no pasarán», emprendieron un regreso que habría de dar nacimiento a la idea genial ya conocida, dicho de otro modo al proyecto del verdadero París-Marsella.

3.

Donde el lector seguirá a nuestros héroes por un camino que comportará jornadas llenas de sol, pruebas de la existencia de la bondad humana, y también de amenazas latentes; donde se comprobará una vez más, para citar a un ilustre zapateador, que cada nube tiene un forro de plata, y donde nuestros valientes expedicionarios descubrirán que a veces es ventajoso no estar en ninguna parte.

Marcharnos de Serre nos resultó penoso. Separarse —tan sólo porque era necesario— de la magia de la torre, de la ternura y la amistad de Raquel y de Jean Thiercelin, de las bromas de su hijo Gilles, sin hablar de los lengüetazos alentadores que nos prodigaba Carlota, su perra-cocodrilo, en nuestros momentos de desánimo; separarse de la luz del mediodía, de las largas horas de conversación y de soledad (la casa de los Thiercelin es un gran misterio en el que se pierde aquel que lo desea, cada vez que lo desea), no nos fue fácil, máxime sabiendo que los demonios —que jamás pudieron encontrar una fisura en las grandes murallas de Serre, donde no entrarán jamás— nos esperaban en París; incluso nos enviaban mensajes desde días atrás para que llegáramos lo antes posible (se aburrían, los pobres, al no poder reanudar sus escándalos y sus malas jugadas en vista de nuestra prolongada ausencia). Partimos pues contra nuestra voluntad, no por darles gusto a los demonios y aún menos por obedecer sus órdenes, sino porque allá nos esperaban obligaciones de todo tipo que no podíamos honestamente seguir postergando.

Abrazos, palmoteos, miradas siempre un poco inquietas, y esa gratitud que nunca se consigue expresar. Fafner cargado hasta el tope, una última caricia a Carlota, nuestro cocodrilo preferido, y la vemos alejarse, los ojos llenos de lágrimas que sabemos verdaderas, y refugiarse enfurruñada en un rincón.

La soledad nuevamente encontrada apenas encerrados en nuestra cápsula roja nos es dulce e inquietante a la vez. Sabe, pálido lector, que cada vez que uno se abstiene verdaderamente de morir, resulta de eso un verdadero nacimiento, tanto más precario y doloroso en cuanto se emerge de las tinieblas sin otra madre que uno mismo, sin otra contracción que una voluntad que no siempre se alcanza a comprender muy bien. Durante largo tiempo la mente se acordará de los días en que no lograba mantener contacto ni con el cuerpo ni con el

exterior, y la vida entera, sin esa otra mirada, parece mucho más frágil que el cuerpo que la contiene. Uno se sorprende a sí mismo avanzando al tanteo en un mundo sin embargo lleno de luz, a volver poco a poco de nuevo a las gentes, como si pudieran quebrarse al menor contacto, mientras que en sí mismo se siente que los fragmentos rotos no han vuelto a recuperar enteramente su lugar.

Así de frágiles los dos —pues si esos viajes al país de las tinieblas fatigan al viajero, aún más agotan a aquel que se esfuerza por acompañarlo y que se estrella una y otra vez contra barreras insuperables; sin contar que no tiene el derecho ni los medios para interrumpir una existencia permanente del lado de la luz, y el único abandono que le es permitido, siempre que puede permitírselo, es la esperanza—, así partimos por fin, al mismo tiempo tristes y dichosos.

De cómo nacen las ideas geniales.

Era preciso —primeros cálculos científicos— hacer el viaje en pequeñas etapas. Nos hubiera gustado seguir las rutas secundarias, pero nuestras obligaciones en París no nos permitían disponer de demasiado tiempo, y teníamos que respetar un cierto límite. Decidimos pues tomar la autopista, pero saliendo de ella cada dos horas más o menos para encontrar un buen hotel, descansar, etc.

(Como ves, pálido lector, la autopista era todavía la enemiga del reposo y del «viaje agradable» para nuestras mentes mal iluminadas; pero no tardó mucho en hacernos cambiar de actitud.)

Apenas la habíamos atacado cuando el Lobo decidió hacer un alto para que pudiéramos descansar, beber un trago y aprovechar del buen tiempo. Tan bien nos sentimos («¿No es verdad, Osita, que puesto que vamos por la autopista tenemos tiempo sobrado?»), que el alto se alargó; comenzamos a entrever las posibilidades de los paraderos, por lo menos de ése, y a la hora de la cena (pues el lugar había demostrado adaptarse perfectamente bien a la siesta que hicimos en Fafner, con todas las cortinas corridas), saboreamos las excelentes cosas que Raquel había deslizado a último momento en nuestro equipaje. A la caída de la noche decidimos que después de todo disponíamos de cinco días para llegar a París y por qué no, entonces, dormir allí mismo, razón por la cual a la mañana siguiente nos despertamos después de un excelente sueño sin haber sobrepasado la altura de Avignon o tal vez ni siquiera la de Cavaillon, no me acuerdo bien aunque lo cierto es que tres días más tarde no habíamos llegado aún a la altura de Orange donde, en el paradero de Orange-le-Grès, mientras observábamos atentamente y por primera vez la ceremonia de los hombres vestidos con monos amarillo-naranja y su complicada técnica para vaciar las bolsas de basura, empezó a germinar la idea de lo que habría de convertirse en el París-Marsella.

—Qué bien se está aquí —dijo el Lobo saboreando su whisky.

—Podríamos continuar a este ritmo, como los viajeros de las diligencias.

—Deteniéndonos largo tiempo en cada paradero...

—Podríamos vivir cada día en un parking, fuera del mundo, te das cuenta, y en este mismo monstruo de la velocidad hacer un crucero de descanso con toda libertad...

—¡Y sin teléfono! —exclamó el Lobo que, como se sabe, padece de telefonofobia aguda.

Nadie podría encontrarnos. (Puesto que de nada vale ir a esconderse en la isla más remota, ya que siempre hay alguien que nos descubre y que *sabe,* por habernos visto, dónde estamos. En cambio en la autopista, incluso si alguien nos reconoce por casualidad —y ya se verá que esas casualidades no faltan—, jamás se le ocurrirá imaginar que estamos *en* la autopista. Muy al contrario, podría servir a nuestra causa y enviar a todos los demonios por una pista falsa: «Los vi a la altura de Macón, seguramente iban a Lyon o a Avignon...» ¿Quién podría sospechar que no íbamos a ninguna parte?)

—Sí —dijo el Lobo—, pero habría que hacer las cosas de manera muy científica.

—Un libro de viaje. Como los antiguos exploradores.

—¿Te das cuenta? Describir cada paradero, sus aventuras, las gentes que pasan.

—Otra autopista, en realidad.

—¿Lo hacemos, Osita?

—Lo hacemos.

A tal punto que, con un júbilo que podría parecer exagerado al lector no prevenido, nos pusimos inmediatamente a imaginar las reglas del juego, a elegir la época más favorable, incluso a calcular cómo haríamos para aprovisionarnos. Al principio, y en plena inocencia de autopistenses ordinarios (ni siquiera éramos dueños del mapa Michelin de las autopistas) establecimos la siguiente regla del juego: Un paradero diario, la obligación de nó salir de la autopista entre París y Marsella, y un libro a escribir que por un lado incorporaría todos los elementos científicos, las descripciones topográficas, climáticas y fenomenológicas sin las cuales dicho libro no tendría un aire serio; y por otro lado contendría un libro en cierto modo paralelo, que escribiríamos siguiendo las reglas de un juego de azar cuyas modalidades quedaban por establecer. En cuanto a Fafner, sólo le faltaba un pequeño refrigerador, pues todo lo demás nos parecía más que adecuado.

El resto del viaje lo pasamos observando la autopista con ojos por fin abiertos. No era solamente esa cinta de asfalto tendida para la velocidad, puntuada por altos utilitarios e higiénicos. No, ahora sabíamos que ocultaba otra cosa, y estábamos determinados a descubrirla. Tan grande era nuestro entusiasmo que en el quinto día no habíamos alcanzado todavía a llegar a Lyon, y los casi tres cuartos de ruta que nos faltaban tuvimos que hacerlos en una sola jornada; pero poco nos importaba, puesto que volvíamos con un tesoro secreto. Y mientras el Lobo se ocupaba del volante, la Osita contaba atentamente los paraderos.

—*¿Cuántos?* —dijo incrédulo el Lobo.

—Más o menos setenta.

Primera sorpresa, oh lector, y primera lección: era la prueba de que jamás habíamos mirado verdaderamente la autopista, puesto que hasta entonces creíamos que entre París y Marsella había una treintena de parkings.

El lector habrá comprobado ya que somos locos además de muchas otras cosas, pero a la vez tenemos suficiente sentido de la realidad como para darnos cuenta de que jamás —y ahora que la experiencia llega a su fin lo lamentamos— tendríamos setenta días libres para llevar a cabo semejante expedición. Por eso, y luego de largas deliberaciones, decidimos modificar las reglas del juego y fijar el ritmo de crucero a razón de dos paraderos diarios. Dicho de otro modo (aún no sabíamos si otras reglas no terminarían por imponernos un plan más preciso) habría que visitar dos paraderos cada día, pasando en cada uno de ellos un tiempo a determinar según reglas aún no definidas (finalmente, cada paradero habría de determinar por sí mismo la duración del alto, como se verá), pero siempre dos parkings diarios con la evidente obligación de dormir en el segundo, sea el que fuere. Nos dijimos que lo esencial era vivir por lo menos algunas horas en cada uno de esos setenta paraderos a fin de extraer de cada uno de ellos un conocimiento sólido.

No creas, oh lector escéptico, que llegamos a esta decisión con alegría: conocíamos ya la existencia de paraderos como el de Pierre-Bénite y algunas otras meras lengüetas de concreto al lado mismo de la autopista, y a esa altura del plan nos hubiera sido fácil inventar otras reglas con el objeto de eliminarlas de nuestro trayecto. Pero así como el zoólogo que se adentra en el reino de los insectos no puede considerarse un verdadero científico si descarta de sus estudios a todos aquellos insectos que le repugnan, de la misma manera nosotros debíamos lanzarnos a la autopista con nuestros ojos de exploradores tan prontos a sondear lo que tuviera de malo como de bueno.

El plan se concreta.

En el otoño de 1978, pues, las bases de la expedición habían sido sentadas, con las reglas del juego siguientes:

1. Cumplir el trayecto de París a Marsella sin salir ni una sola vez de la autopista.

2. Explorar cada uno de los paraderos, a razón de dos por día, pasando siempre la noche en el segundo sin excepción.

3. Efectuar relevamientos científicos de cada paradero, tomando nota de todas las observaciones pertinentes.

4. Inspirándonos en los relatos de viajes de los grandes exploradores del pasado, escribir el libro de la expedición (modalidades a determinar).

De común acuerdo, y dado que ninguno de los dos es masoquista, decidimos además que nos estaría permitido aprovechar de todo lo que pudiéramos encontrar en la autopista: restaurantes, tiendas, hoteles, etc.

Por otra parte, y después de haber estudiado atentamente la cosa (ya estábamos en posesión de un mapa de la autopista que indicaba los paraderos, gracias a lo cual sabíamos que hay 65 en el trayecto París-Marsella), nos pareció imposible cargar en Fafner todas las conservas necesarias para treinta y cinco días, sin riesgo de sucumbir al escorbuto o a algo peor en el curso del viaje. Decidimos entonces pedir ayuda logística a dos parejas de amigos, una en París y la otra en el Mediodía, las cuales podrían acudir a abastecernos en productos frescos en el undécimo y en el vigésimo primer día de viaje. Era preciso elegir cuidadosamente a nuestros cómplices; por lo pronto, semejante viaje exigía un sacrificio de su parte, y sólo aquellos que hubieran comprendido bien el sentido y la importancia de la empresa estarían dispuestos a ayudarnos de todo corazón. En segundo lugar, y en la medida de lo posible, había que elegir a amigos tan locos como nosotros, sin lo cual las cosas podían salir mal. En tercer lugar, tenían que ser dueños de un automóvil y del tiempo necesario para colaborar. Y en último término, tenía que tratarse evidentemente de amigos de verdad, puesto que allí se jugaba nuestra salud e incluso nuestra vida.

Del lado del Mediodía no cabía la menor vacilación, y no tardamos en informar a los Thiercelin acerca de nuestro proyecto. No sólo se mostraron encantados, sino que nuestro valiente capitán Jean se ofreció a venir a reabastecernos a partir de Corbeil, si lo juzgábamos necesario, ofreciéndose a viajar cada tres días o aún más seguido si nos faltaba alguna cosa. Pero pronto comprendió que visitas tan frecuentes afectarían de algún modo la seriedad de la expedición —solitarias por naturaleza— y quedó decidido que sólo acudiría en nuestro auxilio el vigésimo primer día y cuando estuviéramos ya en pleno Mediodía.

Pasó mucho tiempo antes de que tomáramos contacto con amigos parisienses para pedirles el mismo servicio. Y no porque nos faltaran, sino porque nos vimos obligados inesperadamente a salir de viaje con otros rumbos y finalidades. Nos dijimos entonces que tal vez en otoño, pero ese otoño hubo otras obligaciones, y nos juramos que en la primavera... Y luego vino el otoño siguiente, en el que teníamos la intención de partir apenas volviéramos a París pero ocurrió que Fafner no estaba disponible por razones ajenas a nosotros, y nuevamente nos dijimos que partiríamos en la primavera, y entretanto, querido lector, no creas que nos descorazonábamos o que perdíamos de vista la expedición. Muy al contrario, cuanto más se frustraban nuestros planes, mayor era nuestra determinación. Seguíamos comprando libros de viajes, instrumentos científicos, poníamos todos los detalles a punto; y entretanto viajábamos por la autopista de cuando en cuando, por una autopista que ahora era diferente puesto que la veíamos como un territorio a explorar, y en cada ocasión anotábamos detalles que hasta entonces se nos habían escapado. En resumen, y cada vez más, sacábamos fuerzas de flaqueza. ¿Cuánto tardó Colón en zarpar? ¿Y Magallanes? Pero piense el lector en los resultados finales de sus viajes: un nuevo continente en vez de las Indias, y una inmensa bola en vez de una tabla rasa. Valía la pena esperar ante tales frutos del tesón y la paciencia. Nosotros esperamos cuatro años.

4.

Donde pese a los demonios se llega al fin del prólogo, aunque no sin inconvenientes.

Nos quedaba por encontrar a los cómplices parisienses que ayudarían, mediante el apoyo logístico ya explicado, a asegurar nuestra sobrevivencia. Pensábamos en unos y en otros mientras los preparativos avanzaban en la casita del Tholonet donde pasábamos el verano del 81. ¿Qué tal te parecen los...? Sin duda, pero ahora están de vacaciones, y no sé sí explicando las cosas por carta... ¿Y los...? Mmm, creo que van a partir en otoño. ¿Y los...? Ay, ésos lo que harán será enviarnos un psiquiatra...

En eso estábamos cuando un día escuchamos desde lejos, en el sendero de tierra que llevaba a la casa, un tuf-tuf que sólo podía pertenecer a una «coccinela» Volkswagen, y no de las más jóvenes. Salimos a la terraza y, oh milagro, ¿a quiénes vimos resurgir entre una nube de polvo? A Fafnerito, hijo natural de Fafner por decisión de sus dueños, y arcaico sobreviviente de una época en que los autos estaban hechos para durar, como lo mostraban todas las cicatrices que llevaba en su caparazón; Fafnerito que, gracias a una proeza particularmente heroica, nos traía a Anne Courcelles y a Necmi Gurmen, que bajaban muertos de risa del auto y se daban grandes manotazos para sacarse el polvo de encima.

El Lobo y la Osita se miraron, y todo quedó concluido en el espacio de esa mirada.

Sin la menor duda Necmi, nuestro turco preferido, y Anne, su dulce y vivaz compañera, llenaban todas las condiciones:

1. Por lo que toca a ser amigos, lo eran (y lo son, como se verá) de verdad.

2. En materia de locura, consultar su arribo al Tholonet en un auto que jamás hubiera debido ir más lejos de la puerta de Orléans.

3. Tenían un auto, por así decir.

4. Tanto el uno como la otra poseían un sentido del humor siempre presente, que seguramente los incitaría a participar con gran entusiasmo.

5. Desde el punto de vista del tiempo libre, la cosa sería un tanto delicada, en vista de que Anne viaja valientemente en tren todas las mañanas para tratar de inyectar un poco de inteligencia en cerebros que absorben con más gusto el aguardiente que el latín o el griego, pero conociendo también su bondad y su alegre carácter, confiábamos en que sería capaz de inventarse una pequeña gripe en caso necesario para que Necmi no se apropiara toda la gloria de un salvataje tan ilustre.

Por consiguiente, y luego de ofrecerles un buen trago para facilitar las cosas, les hicimos la propuesta. (Lamento que la tecnología actual no permita incluir cassettes en las ediciones corrientes, pues las palabras no podrán expresar jamás la risa que de inmediato invadió a Necmi de cuerpo entero y que debió escucharse hasta el otro lado de la montaña Sainte-Victoire.)

Habíamos triunfado.

O casi.

Porque, como ya te lo hemos dicho, pálido lector, nunca se debe cantar victoria, y sobre todo en el mes de agosto como ya se ha visto. A cuatro años justos de haber intentado apoderarse de la Osita, las fuerzas oscuras se lanzaron, salvajes e implacables, sobre el Lobo. El cual emergió, muchos días más tarde, de las tinieblas. Así y una vez más, en lugar del París-Marsella de paradero en paradero, hubo que volver hacia la luz de paso en paso, y una vez más los Thiercelin abrieron su casa (no es por nada que antaño perteneció a los Hospitalarios) donde la vida, como la otra vez, recomenzó lentamente, prudentemente.

Y tomó cuerpo, a tal punto que aún antes de partir de Serre, donde se nos había reunido Luis Tomasello para cuidarnos como si no solamente hubiéramos sido sus amigos sino sus hijos, decidimos que el París-Marsella que en el curso de los años había alcanzado dimensiones de proyecto esencial, místico, *se llevaría a cabo en la primavera.* Aún antes de comprar una agenda del año 82, sabíamos que faltaban unas buenas seis semanas, entre el 20 de mayo y el final de junio. Ningún viaje, sea el que fuere, ningún trabajo, *nada* nos impediría hacerlo. De alguna manera, probar que podíamos llevar a cabo ese viaje era probarnos que teníamos armas contra lo tenebroso, no sólo en sus grandes manifestaciones como la que acababa de dejarnos tan frágiles, sino también en sus expresiones más solapadas, la banalidad de las obligaciones cotidianas, esos compromisos que no significan nada en sí mismos pero que en conjunto alejan cada vez más de ese centro donde cada uno espera vivir su vida. Recibimos la enfermedad de Julio como una advertencia. No vivir su vida en lo que tiene de más real es un crimen, no sólo con respecto a uno mismo, sino a los otros.

Por ello, y con la ayuda de Luis, aprovechamos de las semanas de convalecencia y de la calma de Serre (donde, como se ha dicho, los demonios no franquean los portales, aunque los fantasmas se paseen por allí a gusto) para poner en buenas condiciones a Fafner, amarrar debidamente la nevera y construir un almacén de provisiones que aseguraría nuestra sobrevivencia entre una y otra misión de socorro.

A partir de entonces, pálido e intrépido lector, nos mantuvimos firmes. Ninguna invitación fue aceptada, pese a las campañas desatadas con vistas a obtener la presencia del Lobo en tal o tal lugar en los meses de mayo y junio (y no era fácil, puesto que nos resultaba imposible dar una explicación aceptable de nuestra negativa). No pasaron. Nosotros, sí. Con la esperanza, oh paciente acompañante de estas páginas, de que nuestra experiencia te haya abierto también algunas puertas, y que en ti germine ya el proyecto de alguna autopista paralela de tu invención.

Imaginad un viaje fluvial. El barquero, de la naciente al estuario, sigue el flujo de las aguas. ¿Ese viaje comienza? ¿Termina? El barquero encuentra que así es y así ve: y en verdad hay una faz del viaje donde el comienzo y el fin existen, donde existe una lectura o ejecución del viaje. Hay una faz del viaje donde pasado y futuro son reales; y otra, no menos real y más huidiza, donde el viaje, el barco, el barquero, el río y la extensión del río se'confunden. Los remos de la barca hienden de una vez toda la longitud del río; y el viajero, para siempre y desde siempre, inicia, realiza y concluye el viaje, de tal modo que la partida en la cabecera del río no antecede a la llegada a su desembocadura.

OSMAN LINS, *Avalovara.*

De cómo los expedicionarios equiparon a Fafner con los bastimentos esenciales para una empresa de tal envergadura, y su enumeración detallada que generosamente transmiten a otros autonautas que pudieran tentar cruceros de parecida índole.

Decidido a darle a la expedición el carácter más científico posible, el Lobo tomó a su cargo consultar eminentes libros de viaje a fin de equipar a Fafner con las provisiones adecuadas. El diario del capitán Cook —cuyo apellido era ya toda una promesa— le proporcionó las interesantes informaciones que siguen:

> «Ya he señalado la constante preocupación del Almirantazgo por facilitarnos todas las provisiones que la experiencia o los consejos autorizados nos llevaban a considerar como favorables para la salud de los marinos; no abusaré del tiempo de mi lector repitiéndole la lista completa, y me limito a las más útiles.
>
> »Se nos facilitó una provisión de malta, con la cual preparamos el *mosto dulce;* de éste se distribuían dos pintas diarias, que a veces llegaban hasta los tres cuartos según el parecer del médico, que mandaba agregar un suplemento para todo el que presentara el más ligero síntoma de escorbuto, o simplemente pareciera amenazado por esta enfermedad. Se trata sin duda de una de las mejores medicinas antiescorbúticas jamás descubiertas hasta ahora, y estoy persuadido de que aplicada a tiempo puede oponerse largo tiempo a la agravación del mal, aunque no creo de ninguna manera que llegue a curarlo en alta mar.
>
> »E1 *chucrut,* del que teníamos gran cantidad, no sólo es una legumbre sana sino que en mi opinión posee cualidades antiescorbúticas notables, y no se estropea con el tiempo; en alta mar se servía una libra a cada marinero dos veces por semana, y aún con más frecuencia si era necesario.
>
> »Las *tabletas portátiles de caldo...»*

—Un momento —dijo Carol—. Si vamos a tener que vivir más de un mes tragando semejantes porquerías, prefiero quedarme en casa.

—Pero es que el capitán Cook...

—Antes de que termines inútilmente tu frase, te propongo que me acompañes al supermercado de la esquina, que no será el Almirantazgo pero en cambio está lleno de cosas tan ricas como antiescorbúticas.

Así fue cómo dos días antes de la partida, entramos en ese establecimiento ya bien conocido por nosotros, y que tenía la notable ventaja de situarse a pocas puertas del garage en cuyo subsuelo esperaba, piafante, nuestro rojo dragón Fafner. Ante la estupefacción de las cajeras llenamos hasta el tope dos carritos de ruedas y nos fuimos con ellos por la calle para admiración de abundantes vecinos y viandantes. Este proceso se repitió media hora más tarde, momento en el cual el asombro de las vendedoras se había comunicado ya al gerente que por las dudas controló atentamente el pago de las provisiones, cuya nómina figura a continuación y sin mayor orden, pues cada uno de nosotros tenía una lista diferente basada en nuestras respectivas predilecciones y especialidades gastronómicas.

Fue así que llevamos:

Whisky a granel

Vino id.

1 docena de huevos

2 botellas de agua mineral

Queso parmesano rallado.

Manteca

Aceite

Vinagre

Mostaza

Nescafé

Postres (frutas en conserva, cremas)

Jamón

Atún

Sardinas

Mayonesa en tubo

Corned beef

Maíz, guisantes, garbanzos, porotos, macedonia en latas

Chucrut en lata

Sal, pimienta

Pan sueco

Mermelada

Bizcochos para el desayuno

Arroz

Espaguetis

Salsa de tomate

Quesos diversos

Cuscús en lata

Frutas frescas

Cebollas

Ensaladas

Tomates

Productos de limpieza

Papel para secar la vajilla

Papel higiénico

Jabón en polvo para lavar la ropa

Esponjas

Los productos frescos fueron comprados en pequeñas dosis, pues no resistirían mucho tiempo. Los amigos que debían reabastecernos el décimo y el vigésimo día tenían instrucciones de proveernos casi exclusivamente de:

Frutas

Manteca

Quesos

Legumbres .

Carne Pan (baguette)

Para el whisky y otros aperitivos disponíamos de un sifón con cápsulas de gas, lo que evitaba multiplicar el número de botellas.

Llevamos además una muy pequeña cantidad de chocolate, pero evitamos todo lujo en materia de golosinas, seguros de que una expedición de esa naturaleza debía hacerse bajo el signo de la austeridad. No diremos nada del botiquín farmacéutico, porque en estos casos cada uno tiene sus dolencias personales, pero no olvidamos que en la autopista no hay farmacias y que era preciso prever todo lo necesario.

LA EXPEDICIÓN

DIARIO DE RUTA
Domingo, 23 de mayo de 1982

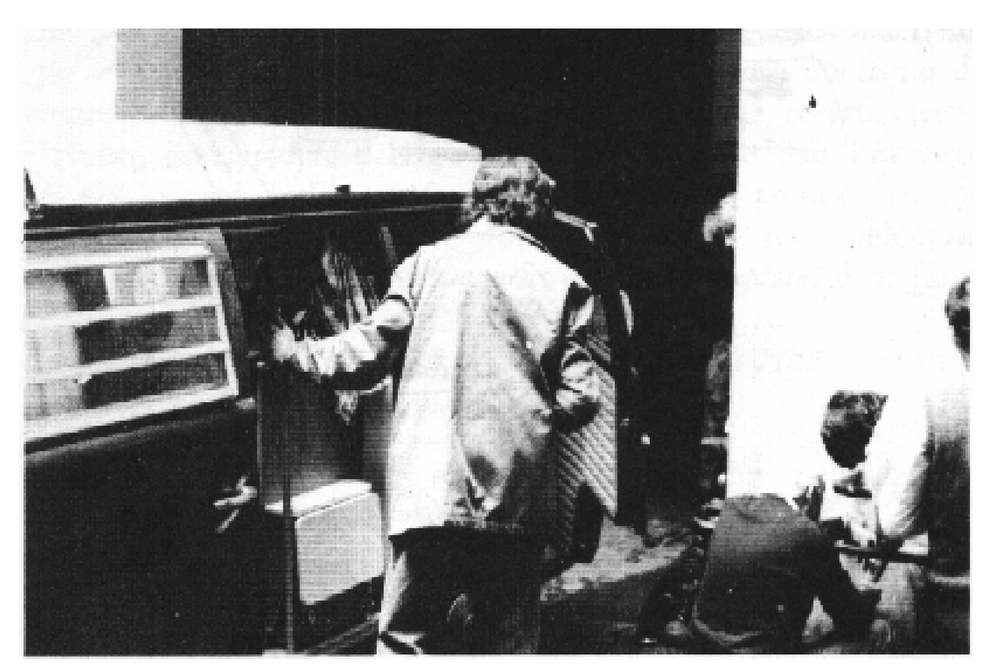
14.12 h. En alguna parte del 10° distrito de París, bajo la lluvia.
Últimos detalles, revisión de cargamento. Provisión de agua en el bidón, dado que la bomba manual no funciona bien y el tanque es inutilizable.
Colaboración internacional para la partida:
Luis Tomasello y Karen Gordon.
14.25 h. Partida bajo la lluvia.
14.44 h. Entrada en el periférico (Porte d'Italie). Lluvia.
14.47 h. ENTRADA EN LA AUTOPISTA DEL SUR.
15.10 h. Paradero: AIRE DE LISSES. Viento, sol, nubes. 17°C.
Orientación de Fafner: N.N.O.
Estacion de servicio Elf.
Pequeñas colinas en la lejanía. Torres a la distancia.
Muchísimos turistas ingleses.
17.54 h. Dramática tempestad de granizo.

Cena: Más bien suntuosa dadas las circunstancias: Fiambres, céleri-rave, remolachas, maíz, pan, cafe.

18.28 h. Paradero: AIRE DE NAINVILLE.
Llegada bajo una lluvia violenta. Imposible explorar los alrededores dada la intensidad de la tormenta. Paradero arbolado. Truenos y relámpagos.
20 h. Al despertarnos después de una siesta bien merecida, hace buen tiempo. Cantos de pájaros. Hay un prado en el paradero. Observamos una liebre grande como un perro pequeño, color de gallina, que saltaba como si quisiera imitar el vuelo de una mariposa.

Aplastamiento inicial.

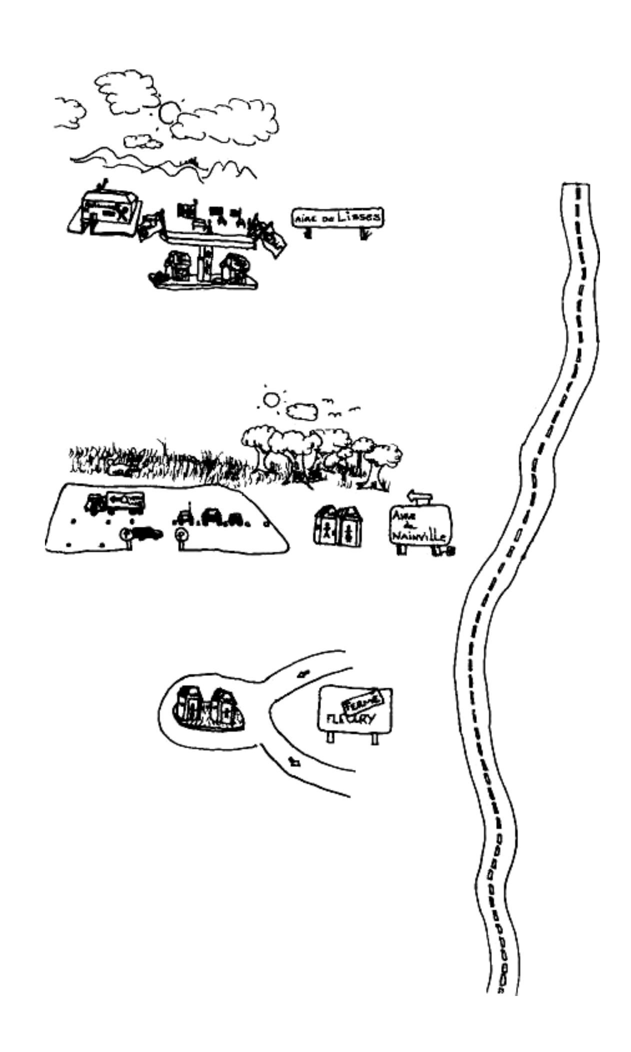
La verdad es que estamos un poco aplastados por este comienzo del viaje en el que las obligaciones científicas se enfrentan con la esperanza de un dolce far niente considerable, montones de libros que nos proponemos leer, la preparación de los informes que, en el futuro, usted estará leyendo en su presente que para nosotros será ya un largo pasado, y además cocinar, manejar a Fafner el indomable llevándolo a rienda corta de paradero en paradero (a dos por día esto es lo menos importante, pero el dragón se ofendería si no señaláramos desde el principio el papel de tercer autor que desempeña en esta expedición).



El momento solemne, aunque un tanto desorganizado, de la partida de la expedición. Amigos y asistentes proceden a las últimas verificaciones.

El resultado de tan comprensible aplastamiento de novicios es: desconciertos momentáneos, empujones cuando intentamos alcanzar ai mismo tiempo un paquete de

cigarrillos perdido detrás de una pila de sacos y bolsos, tendencia a dar vueltas alrededor del arbusto, como dicen los buenos traductores de novelas inglesas, incursiones punitivas a la botella de Glen Mavis blended and bottled in Scotland, y comidas preparadas con cierta tendencia a la confusión y a las salpicaduras. Pero ya lo sabemos: si seguimos aplastados de la misma manera a lo largo de toda la expedición, será un éxito completo.



Autobautismo.

Esta autopista paralela que buscamos sólo existe acaso en la imaginación de quienes sueñan con ella; pero si existe (es demasiado pronto para hacer afirmaciones categóricas, y sin embargo se diría *que estamos ahí* desde hace veinticuatro horas; que el lector escéptico piense, antes de negar realidad a esta nueva vía eliminando el «acaso» de la frase, que tal vez desapareceremos con él; que tenga pues paciencia, que espere al menos que hayamos podido reunir pruebas), no sólo comporta un espacio físico diferente sino también otro tiempo. Cosmonautas de la autopista, a la manera de los viajeros interplanetarios que observan de lejos el rápido envejecimiento de aquellos que siguen sometidos a las leyes del tiempo terrestre, ¿qué vamos a descubrir al entrar en un ritmo de camellos después de tantos viajes en avión, metro, tren? (Hubo, es cierto, ese largo viaje en barco de San Francisco al Havre, pero todo ocurría allí, como debe ser en el océano, al ritmo del mar, y nadie se nos adelantaba a toda velocidad como es el caso aquí.) *Autonautas de la cosmopista,* dice Julio. El otro camino, que sin embargo es el mismo.

DIARIO DE RUTA
Lunes, 24 de mayo

7.30 h. Bella mañana. 19°-C.

Desayuno: Jugo de naranja, magdalenas, café.

8.59 h. ¿Sabotaje? El paradero de FLEURY está cerrado. Obligados a continuar hasta el próximo.
9.03 h. Paradero: AIRE DE ARCHERES-LA-FORET (el bosque queda fuera del paradero). Buscamos con dificultad un lugar donde instalar al Dragón; el único sitio conveniente (detrás de la estación de servicio) ostenta un cartel de Prohibido. Recogemos el guante. Sol. El termómetro no anda.
Fafner: proa al sur.
Almuerzo: huevos fritos con queso, ensalada.



Frente a la inclemencia del tiempo, los exploradores se ejercitan en diversas maniobras...



...destinadas a probar el equipo y las instalaciones de a bordo. (Archêres-la-Forêt.)

Almuerzo; huevos fritos con queso, ensalada, queso, manzanas.

Estación de servicio con tienda: la "Samaritaine" de la autopista: se puede incluso comprar televisores (y potes de mostaza en forma de W.C.).
Los verdaderos W.C. son limpios, y hay papel.
Agua caliente.
Contactos con la civilización: ¡Periódicos!
En las Malvinas, los ingleses y los argentinos se matan cada vez más salvajemente, según la radio.
Observamos una cantidad anormal de urracas que dan la impresión de querer disfrazarse de cebras. Su número aumenta a medida que se acerca de dos, dado el sabotaje citado más arriba.
Bella mañana, luego se nubla y vuelve a llover.
Julio compra un tubo de cola para fijar los vidrios laterales. El tubo esté vacío. ¿Se pueden encolar vidrios con aire en tubo?
Cambio del aceite de Fafner a los 65.888 km.
Siesta más o menos perturbada por monstruos que pasan rozándonos y rugiendo, pero Fafner sabe defendernos,
El tiempo mejora por la tarde, pero el gris persiste.
Carol ya ha probado los W.C. del lado de las señoras, y afirma que todos son igualmente eficaces.
Fin de jornada muy bella, fresca, luminosa.
El Lobo ha preparado una cena suntuosa.

Cena: Petit salé aux lentilles, queso, manzanas.

Donde los exploradores echan el Tarot, y lo que de ello resulta.

La bomba del agua está definitivamente rota, y por lo visto no hay manera de repararla. Bendecimos (a nuestra manera, sin santiguarnos y sin evocar a seres supremos, pero en cambio sonriendo mientras alzamos un bidón para echar agua en el guante de esponja con el que podremos por lo menos improvisar un «baño» harto necesario después de veinticuatro horas de viaje, después de la siesta; y la sonrisa logra lo que no pudo lograr la magdalena que comimos esta mañana en el paradero de Nain ville, donde no vimos ni un solo enano: el bidón se inclina y es otra vez la última partida en el Mediodía, el brazo de Jean bajo el sol del otoño, Raquel con los brazos llenos de tomillo, de mejorana), y así bendecimos al Capitán Thiercelin, previsor y generoso donante del mencionado bidón, que sólo nuestra desconfianza frente a la bomba de agua nos llevó a llenar a último momento, para descubrir ahora que el agua fluye casi tan bien de un bidón como de un grifo.

Resuelta esta importante cuestión de higiene, ¿cómo vamos a proceder? Aparte de las reglas fundamentales del juego, no tenemos la menor idea. Escribir. Pero tal vez no directamente: los acontecimientos necesitan un poco de tiempo para volverse palabra. Como si su sentido, e incluso su forma, debieran recorrer un largo camino interior antes de encontrar su cohesión.

¿Habrá que obligarse a trabajar? Ahora que estamos de lleno en la cosa, nos damos cuenta de que lo que fue concebido como una aventura podría vivirse demasiado fácilmente como un simple mes de vacaciones. La súbita falta de teléfono, de correo, de obligaciones, etc., cuenta mucho desde luego. Por el momento tanteamos en la sorpresa de haber partido *verdaderamente;* por lo demás sería una fanfarronada pretender que estamos absolutamente seguros de resistir durante treinta y tres días. Sea como fuere, y antes de abrir con alguna nerviosidad nuestras máquinas de escribir, hemos echado el *tarot*, pensando descubrir gracias a él algunas líneas del juego y pensando asimismo que en cierto sentido veríamos las grandes líneas del viaje.

Con todas las cartas boca abajo, echamos tres en el orden siguiente:

El Carro de Hermès; el Bufón; el Emperador.

El Carro de Hermès: Victoria, pero para obtenerla es preciso que las fuerzas físicas y morales estén equilibradas. Conocimiento de las adversidades y preparación para vencerlas. Buen éxito, avance merecido. Las disidencias políticas, las perturbaciones y las

venganzas han sido ya vencidas. Conquista. El consultante llega a la cumbre del éxito y de la popularidad. Tacto para gobernar. Esta carta indica también movilidad, viajes, progreso.

El Bufón: Locura, irreflexión, extravagancia. Necedad. Actos ridículos. Obsesión. Frivolidad. Abandono total.

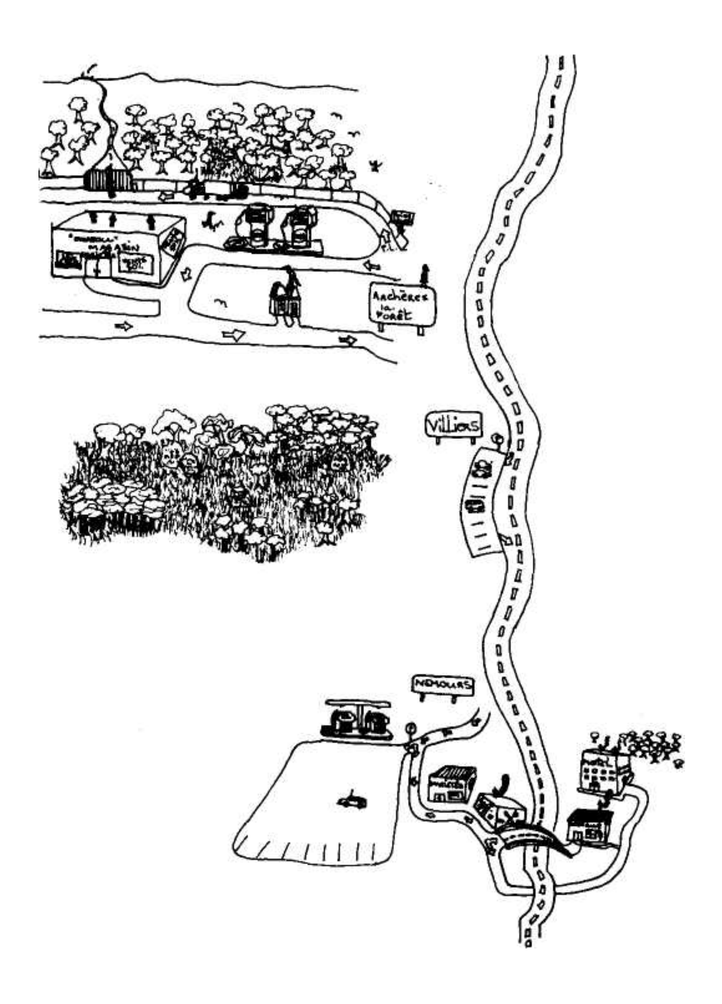
El Emperador: Representa para el consultante el apoyo necesario para la realización de sus esperanzas. Indica la firmeza, el positivismo, una voluntad indomable. Rectitud, vigor; puede ser un buen ejecutivo. Autoridad. Triunfo. Firma de contratos importantes. Situaciones armoniosas, tanto afectivas como profesionales. Salud equilibrada.

Donde el Lobo juega con fuego.

Primeros signos del azar en el paradero de Archères-la-Forêt. Por un lado el mensaje que nos viene del Tarot (Carol oficiante, los dos medio asustados), y que no puede ser más alentador. Cuando di vuelta a las tres cartas y vi el Carro de Hermès, supe. Todo lo que proviene de ese dios sutil me ha guiado siempre en la vida, y si ser de Virgo no es precisamente cómodo en muchos planos, en otros lo mercurial, lo gris, lo introvertido me han ido dando algo así como itinerarios de topo a plena luz, de pasaje allí donde muchos Toros o Capricornios se hubieran roto los cuernos. Ahora sé que vamos a llegar a la meta, que Hermès se divertirá un poco a costa de nosotros, pero a la vez nos irá abriendo paso, señor de las rutas, protector de viajeros.

Por otro lado, un signo fragante a las cinco y media de la tarde. Considerablemente deprimido por la versión española de un libro de viaje de Werner Herzog, fui a ventilarme al norte del parking, donde un terreno baldío lleno de florecitas augúrales lleva a un camino asfaltado que sube hasta un pabellón reservado sin duda al encargado de este paradero particularmente importante y lleno de servicios de garage, tienda con productos a veces insólitos (¿usted compraría un televisor en la autopista?) y otras facilidades que no siempre descifro bien.

Cuando llegué a lo alto del sendero, el perfume de un arbusto lleno de flores blancas fue como una voz diciéndome: «Ves, esto ya no es el olor de la autopista, aquí se entra en otro mundo.» Pero no se trataba de entrar sino de salir, y eso era a la vez el signo y la tentación: casi increíblemente, en este microcosmos cerrado que une a París con Marsella, en esta interminable sucesión de ochocientos kilómetros de alambrados, taludes, paredones, setos agresivos y otras murallas chinas de fabricación francesa, en este paradero prácticamente inicial, virginal de nuestro viaje, me encontré delante de un portón cerrado con cadena y candado pero ofreciendo a la vez y por razones que nunca comprenderé un pasaje que tenía algo de entrada a un laberinto, una incitación a franquearlo, a doblar un primer codo y luego un segundo que se abría a un sendero de tierra entre los cultivos del otro lado, y al fondo la visión de una aldea a menos de un kilómetro.



Tan claro, tan grosero casi. Una vez más, la Tentación. Ni árbol ni serpiente ni manzana, pero la invitación a franquear el pasaje y violar, sin que nadie lo supiera, la regla del juego, por nada, por el placer de avanzar diez o veinte metros y volver a nuestro territorio. Por joder, como dicen los jodones. Para no decírselo a Carol, por ejemplo, guardarme para mí esa transgresión como nos guardamos casi todas. O decírselo, para ver. Sí, era un signo pero, a diferencia del Tarot, un signo invitándome a ejercer mi libertad.

Mientras volvía (¿la ejercí en un sentido o en otro? Decida usted), pensé una vez más en tanto que *homo ludens*, me sentí como agradecido de no haber cambiado, casi al final de la vida, en ese plano que tantos otros sustituyen por la seriedad o las acciones al portador. Me acordé de los juegos a los ocho, a los diez años: esto se puede, esto no se puede, sin explicaciones ni reflexión, el tiempo de los barriletes empezaba en tal mes y nadie, en los potreros de Banfield, mi pueblo de infancia, hubiera pensado en remontar el suyo antes de esa fecha inicial que tampoco nadie conocido había fijado, antes o después de ese período que se abría y cerraba en obediencia a una tradición ignota. Me acordé de las reglas de la rayuela, de la mancha, de la bolita, y el ingreso paulatino en otras



Un poco perdido entre tanto entusiasmo turístico, Fafner alza lo más posible su fuelle para que lo veamos desde lejos.

reglas que me iban encerrando en el mundo de los mayores, las del ludo, las damas, el ajedrez: No-se-puede-enrocar-estando-en-jaque, pieza- tocada-pieza-jugada, todo estatuido, fatal y perfecto como dos y dos son cuatro o las campañas libertadoras del general San Martín. Así como hoy, y los otros 32 hoy que nos faltan, no-se-puede-salir-de-la-autopista. Oh sí, era un buen signo, me ha hecho bien encontrármelo cómo envuelto en el perfume del arbusto de flores blancas. Gerontología de verdad, sentir de nuevo «que veinte años no es nada», y muchos más de veinte, compadre.

Donde la Osita también juega a su manera.

Vistas desde la altura de la infancia (o al menos vueltas a ver en el recuerdo de esa altura) en la que jugar es una obligación, las reglas que todo lo determinaban parecían existir desde tiempos inmemoriales, y si uno se aventuraba a hacer notar que alguien había tomado a su cargo el *inventarlas...* ¡atención, niño subversivo! Entrar en el juego —cuando no se trataba de juegos de fantasía, yo seré el rey y tú él indio, pues ahí sí las «reglas» fluctuaban al ritmo de la imaginación, pero sólo las amistades muy sólidas sobrevivían a ellas—, era quizá el aprendizaje menos doloroso de esa pérdida de libertad que asociamos (¿inútilmente?) al hecho de crecer, de «vivir en sociedad» donde las reglas son no menos arbitrarias, por lo menos en gran parte (barrera protectora de lo cotidiano, *¿quién* ha decidido que todo tiene límites?), que las de la rayuela (¿no se podría jugarla en redondo, incorporarla a los árboles, a los rascacielos, o ampliar los límites del dibujo cuando el tejo cae a un costado?).

Reglas inamovibles, y nadie sabía por qué. Había que buscar circunstancias realmente excepcionales (o jugar solo) para poder modificarlas; jugar a la rayuela en la pendiente de una colina, por ejemplo, permitía al menos agregar reglas inventadas —si la piedra rueda a la derecha, una vuelta de menos, si a la izquierda, se puede saltar más allá, y si una pequeña avalancha se lleva todo, el primero que llega a casa gana—, y cambiar el mundo.

Una manera de obligar a hacer trampas, quizá, que era la única puertecita de los juegos. Pero los juegos de la transgresión misma, ésos se jugaban solitariamente. Cierto, había las transgresiones menores que todo el mundo esperaba, los adultos en primer lugar, y que podían compartirse con los amigos. ¿Pero la transgresión profunda, íntima, constante, esa libertad muy pronto asumida de rehusar el mundo en caso necesario? Lo más delicioso era que nadie sabía nada. Sólo más tarde aprendimos a establecer con toda libertad nuestros propios juegos con sus reglas mudas y esenciales. Para dar un sentido a las cosas, cuando era necesario. Esqueletos de algunos caminos que sin ellas sólo serían imaginación estéril o nada. Este viaje, sin sus reglas, no pasaría de una estupidez (recorrer el país entre París y Marsella sólo tiene un interés turístico, mientras que hacer el viaje...). ¿Pero hay que creer que una regla pierde su fuerza por haber sido transgredida?

¿Fue por perversidad que me sugeriste que diera una vuelta allá donde se alzaba el árbol perfumado? La puertecita estaba entreabierta; del otro lado un pequeño sendero, tres

casitas, una casilla de perro y una cuerda de la que colgaban una sábana y dos o tres camisas. Tarjeta postal del año 2050: Vista del suburbio en el último cuarto del siglo pasado.

¿Fue por eso que corrí a través del campo hasta llegar al auto? Pero de ninguna manera porque esa puerta me diera miedo. Y la manzana la partimos en dos a la hora del almuerzo.



DIARIO DE RUTA
Martes, 25 de mayo

Desayuno: naranjas, magdalenas, café.

8.34 h. Partida con un tiempo magnífico.
8.44 h. Paradero: AIRE DE VILLIERS.
Orientación de Fafner: Proa al sur.
Estacionamos en una de las dos franjas paralelas a la autopista. Hacia la derecha, vasta superficie arbolada donde abundan: mesas/bancos /megalitos (rocas de la zona de Fontainebleau) /rocas grabadas (más bien modernas, pero nunca se sabe)/pendientes/senderos ondulantes/ pinos/pájaros/etc. Es el párking más bello hasta este momento. A la distancia, valles y colinas. Más cerca, gran número de turistas ingleses que hasta ahora superan de lejos a los belgas, cosa sorprendente.
11 h. ¡Gran asombro! Llega Nicole Adoum, en viaje a Suiza. Nos trae cerezas y cariño.

Almuerzo: Ensalada de atún, ajíes, tomate y cebolla, queso, crema, cafe.

Carol va a distribuir los restos del pan a los pájaros, y oye nuestro primer cuclillo.
15.40 h. Partida.
15.50 h. Paradero: AIRE DE NEMOURS.
Orientación de Fafner: E.N.E.
Dormimos en el hotel.

Cena; biftec con papas fritas, café (en el hotel).

Donde se verá que los demonios no duermen.

Anoche, en nuestro primer motel tan ansiado por razones de ducha y de buena cama, gozamos por unas horas de todos los privilegios tecnológicos, gastronómicos e higiénicos de una instalación moderna. La TV al pie de la cama nos puso ante los ojos escenas de la guerra de las Malvinas, aboliendo la distancia con la naturalidad displicente de las máquinas electrónicas. Botones, llaves, grifos, cada implemento nos fue proporcionando su cuota de comodidad, mientras colchones y almohadas proponían la dulce trilogía del amor, el descanso y el sueño. Siempre es así, se va entrando en una zona de placer y de seguridad que disipa ese sentimiento de lo precario siempre latente en la calle, en el auto, en lo abierto y multitudinario. Tal vez por eso —hubiéramos debido tenerlo en cuenta— el ataque del Diablo es más horrible cuando ocurre en plena fiesta, cuando el mal elige el territorio del bien para infiltrarse y golpear.



Las misteriosas rocas grabadas del paradero de Villiers (cf. Champollion y otros expertos.)

Pasó al poco rato, cuando quisimos celebrar nuestro primer hotel de la autopista y buscamos en el mini-bar del dormitorio las dos rituales botellitas de whisky y los cubos de hielo. Llené un vaso para Carol, preparé el mío y nos sentamos a beber y a fumar después del baño caliente que tanto necesitábamos. Cuando probé mi whisky, supe instantáneamente que había caído en una vieja, repetida trampa. Sólo en ese momento me di cuenta de que mi botellita se había abierto sin esfuerzo, mientras que la de Carol tenía la resistencia de todo cierre bien asegurado. El color de mi bebida era el del whisky, pero la orina también puede tener ese color.

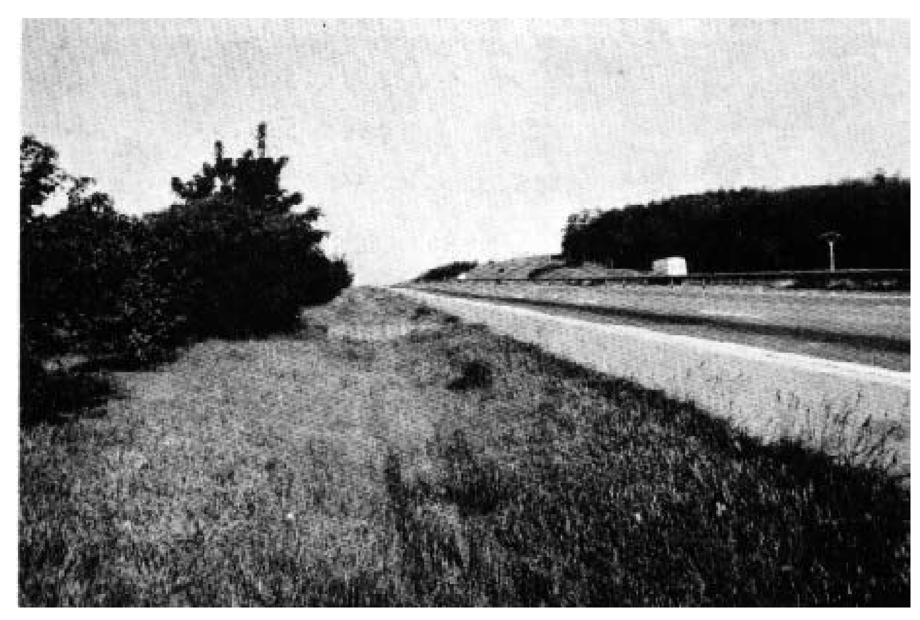
Fui al baño, me enjuagué la boca, y abrí una botellita de Martini que, ahora que lo verificaba cuidadosamente, estaba perfectamente cerrada. Carol quiso minimizar generosamente ese no menos mínimo pero repugnante horror. No debía ser orina sino algún shampoo, cualquier líquido amarillento que podía imitar el color del whisky. Poco me importaba ya, aunque estaba seguro, aunque veía repetirse eso que los argentinos llaman una ranada o una viveza o una cachada, y los mexicanos o los daneses o los italianos vaya a saber cómo pero siempre lo mismo, mear en una botella de cerveza o de whisky, dejarla como si estuviera intacta y gozar del doble placer de no pagarla y de prever la cara o el vómito de la víctima invisible pero segura, maniatada en un futuro cercano, inevitablemente condenada a caer en esa inteligente celada.



En la calma del paradero de Villiers, la autopista empieza a perder consistencia.

No soy malo, creo, pero nunca me niego a una venganza justa, aunque sólo sea mental. Pienso que es posible proyectar un deseo y que de alguna manera se cumpla, así como Keats dice en una de sus cartas que siempre es bueno hacer profecías porque éstas se las arreglan después para cumplirse por su propia cuenta. Deseé minuciosamente que el autor de la broma se estrellara en cualquier lugar de la autopista, que su auto quedara como

el bandoneón de Juan José Mosalini cuando lo arquea en el último acorde bien canyengue de un tango, y que el conductor no sufriera ninguna herida importante. Ninguna herida importante, sí, pero que más tarde los médicos le diagnosticaran una hipouremia irreversible o, lo que es igual, una macrocistitis lancinante, es decir que solamente pudiera mear gota a gota, gota a gota, y eso en las pequeñas probetas que los médicos necesitan para analizar diariamente la trabajosa dosis de orina y decidir que en todo caso no se trata de Johnnie Walker etiqueta roja.



La autopista de los otros, vista desde el paradero de Villiers.

Cartas de una madre (1).

Savigny-sur-Orge, 25 de mayo de 1982

Mi Eusebito querido:

Tu padre y yo estamos muy contentos de tener noticias tuyas y de saber que el viaje transcurrió bien. Aquí es la rutina que conoces, pero por lo menos tenemos una primavera maravillosa. Hace ya un tiempo de verano y muchas veces, por la tarde, cuando tomamos nuestra taza de tilo sobre el balcón, me apena pensar lo que te hubiera gustado un tiempo parecido. Pero tu padre me llama al orden recordándome que en su juventud no se era tan delicado, y que ni siquiera existía el sistema de cooperación que te ha tocado, sino solamente el servicio militar en condiciones muy duras... Pero todo esto se lo bas escuchado a él muchas veces, de modo que no lo repetiré.



Inesperada pero gratísima visitante, Nicole Adoum se entera con comprensible estupefacción de los planes de los expedicionarios.

Teníamos la intención de partir el fin de semana, tal vez para ir al bosque de Fontainebleau, pero tu primo Andrés vino a visitarnos y, junto con tu padre, se pusieron a mirar los partidos de tenis en la televisión, hasta que después del almuerzo papá dijo que por lo menos podíamos ir a dar una vuelta, pero imagínate (conoces a André, es una lástima pero jamás he podido comprender por qué Jacqueline pudo casarse tan mal, y no hay nada que hacer, hay hijos que salen al padre), con todo el vino que habían bebido en el almuerzo, no era yo quien iba a subir al auto con tu padre en el volante, de modo que nos quedamos tranquilamente en casa.

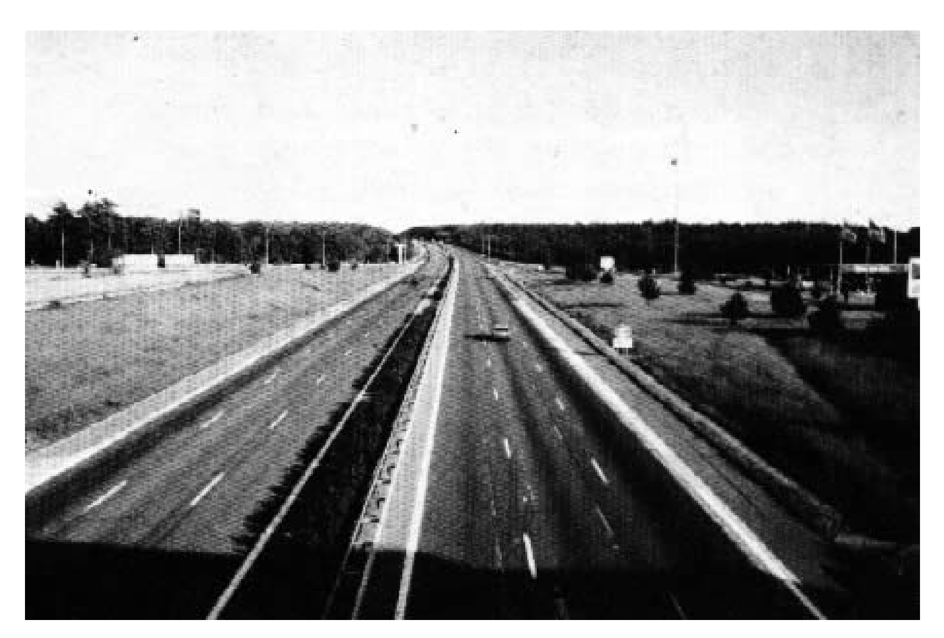
De todos modos ayer fuimos a ver a tía Heloísa a Ury. Siempre igual la pobre, pero nuestra visita pareció agradarle. Evidentemente tu padre insistió en viajar por la autopista para llegar más pronto. Tuvimos que detenernos para tomar gasolina, puesto que no se le había ocurrido antes; yo digo que si uno se arriesga a ir por la autopista por lo menos habría que preverlo todo. Imagínate que hubiéramos podido quedarnos sin gasolina en medio de toda esa gente que pasa a cientos de kilómetros por hora sin siquiera mirarte. En fin, mientras que tu padre le pedía al garagista que revisara no sé qué cosas, bajé del auto



El motel del paradero de Nemours.
¡Una ducha, una cama!

para caminar un poco. No entiendo nada de esas conversaciones con los garagistas, y no he comprendido jamás por qué hay que hablar de todo lo que hay dentro del auto cada vez que tomamos gasolina. El tiempo que gana tu padre en la autopista, lo pierde hablando con esa gente. Personalmente me gustan mucho más los caminos secundarios donde hay árboles, pero no soy yo la que maneja. Dando un paseíto por el paradero, vi una pareja rara, que quizá te hubiera interesado dada tu profesión. Me hacían pensar un poco a tía Rosa y a su marido, ¿te acuerdas? No sé si conservas el recuerdo, debías tener seis o siete

años cuando ella murió, y su marido no la sobrevivió mucho tiempo. La Rosa debía pesar unos cien kilos, y medía por lo menos dos metros. Nadie comprendió jamás de dónde salía, pues como sabes en la familia somos todos de constitución más bien delicada. Sea como sea, y contrariamente a lo que esperaba todo el mundo, de golpe a los veinte años decide ir a bailar a pesar de todo... ¡y vuelve con un novio! Inútil decirte que nos abstuvimos de pedirle cartas de recomendación, y tres semanas después estaban casados. ¡Ah, pero si los hubieras visto! Ella, la novia, había decidido casarse de blanco y todo el resto, te aseguro que estaba imponente, y él que en el fondo se parecía a ese pintor barbudo, el que pintaba escenas de la mala vida, tanto que jamás he visto personalmente ni uno solo de sus



Puente del paradero de Nemours: la autopista huye hacia el infinito, pero nosotros nos quedamos.

cuadros, pues cuando llegó con su frac a la alcaldía, daban ganas de subirlo a una silla para que pudiera mirar en los ojos a su prometida. Pero en fin, lo creas o no, fueron felices hasta el fin, y eso es más de lo que puede decirse de la mayoría de las parejas. ¿Pero de qué estaba hablando? Ah, sí, detrás de la estación de servicio había uno de esos camiones-casas, de esos que se fabrican ahora. No un verdadero camión, más bien un furgón pequeño, pero completamente instalado para pasar los week-ends, con una especie de tienda que se levanta sobre el techo. Y allí, detrás de la estación de servicio, había una pareja instalada como si hubieran llegado ya al lugar donde habrían de pasar sus vacaciones. Él era muy grande —buen mozo, debo decirlo, barbudo pero sin nada que ver con los hippies o esa clase de gente, un señor perfectamente presentable y con cara de bueno—, y ella tan pequeñita a su lado que si una estuviera tentada de pensar cosas malas, sería cosa de preguntarse cómo hacen ciertas cosas... Supuse al principio que venían de lejos y que estaban descansando después de haber atravesado París, pero me di cuenta de que el auto tenía la matrícula de París (reconozco las placas 75 porque es contra ellas que

tu padre se ensaña cuando está en el volante, y grita «parisiense asqueroso» o algo peor). ¿Te parece que se trataba de una pareja ilegítima? ¡Vaya lugar para vivir ese tipo de aventuras! Pero tenían un aire amable, me saludaron con una sonrisa y nos fuimos, te diré que la pobre Heloisa no está nada bien.

Bueno, chiquito mío, debo terminar aquí porque pronto serán las cinco y todavía no empecé a preparar la cena. Cuídate mucho, te abrazamos con todo cariño,

Mamá

(Continuará)

DIARIO DE RUTA
Miércoles, 26 de mayo

Desayuno; jugo de naranja, medialunas, pan, manteca, mermelada, cafe (en el hotel).

9.58 h. Partida.
10.08 h. Paradero: AIRE DE SONVILLE. Bello parking.

Almuerzo; corned beef, ensalada de garbanzos, queso, cerezas.

14.35 h. Partida bajo un sol tórrido.
14.45 h. Paradero: AIRE DU LIARD.
Hermoso parking arbolado. Hay un gran prado, flores, hierbas altas, y en la extremidad encontramos une pequeña playa. No bañarse, sospechamos que hay cocodrilos.
16 h. ¡Sorpresa! Llega René Caloz, que enterado del viaje ha entrado en todos los paraderos desde París hasta encontrarnos. Al irse nos regala dos botellas de "fendant".

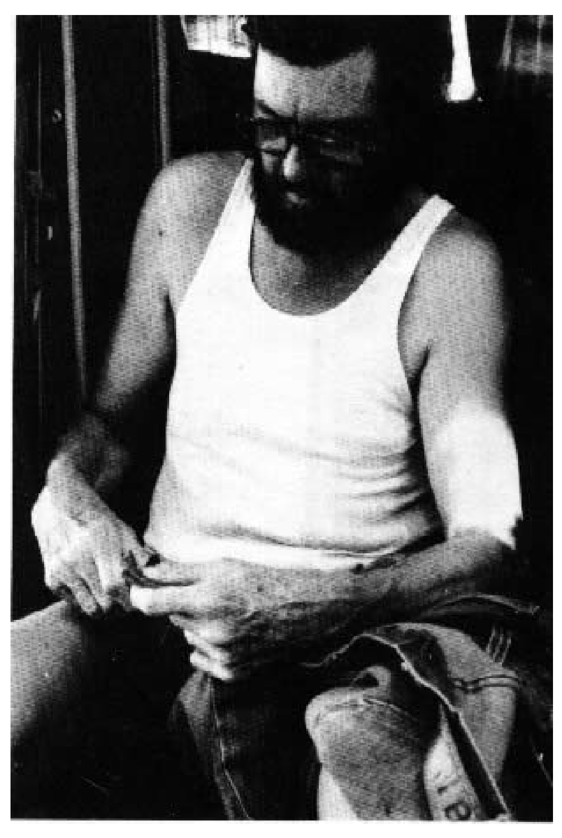
Cena: un plato chino, lichís en almíbar, café.



La habitación 103 del motel de Nemours.

Donde los viajeros se preguntan si la soledad absoluta es posible. — Ejemplo en contra. — Visitantes presumibles e inevitables. — Visitantes inesperados. — Conversaciones y regalos.

Ya se sabe que ahí donde yo esté, incluida la posibilidad de una cápsula espacial en viaje a Marte, el batiscafo del comandante Cousteau o esos templos tibetanos donde sólo habitan los yaks y los abominables hombres de la nieve, Calac y Polanco se aparecerán



El Lobo decide cortar drásticamente sus bluejeans y convertirlos en shorts para hacer frente a una ola de calor.

en algún momento con la sempiterna intención de arruinarnos la soledad sonora, el silencio que es de oro, y la descansada vida del que huye del mundanal ruido y sigue (en este caso) la escondida senda de la autopista del sur.

La pobre Osita es del todo inocente en esta recurrencia de los tártaros, como siempre los he llamado por sus costumbres devastadoras en el plano de la convivencia y sobre todo de la gastronomía, pero yo no puedo evadir mi personalidad. Sin medir las consecuencias de mis actos, dejé que Polanco y Calac entraran en varios libros míos por donde se pasearon como en tierra conquistada, y ahora es hasta lógico que bruscamente irrumpan en esta crónica y casi de inmediato nos señalen que han decidido seguirnos en nuestro itinerario y velar por nuestra seguridad aun al precio de los más altos sacrificios.



Nuestro dragón entabla sus primeros diálogos con árboles y pájaros.

Ahora bien, si es cierto que yo los dejé entrar en muchos de mis escritos, no lo es menos que siempre he hecho lo posible porque se fueran, cosa que no siempre he conseguido. La Osita por su parte los tolera porque ellos se dicen (y en realidad son) amigos míos, y ahora les ofrece un trago que aceptan con su habitual displicencia. Como los conozco, no les doy el gusto de preguntarles cómo han hecho para dar con nosotros en

este paradero, y opto por atribuirlo a la casualidad, aparte de que no me doy por enterado de sus intenciones de cuidarnos, como ellos dicen. La experiencia me ha enseñado que en alguna medida los tártaros dependen de mí, es decir que si no me descuido mientras escribo y no me dejo llevar por cualquier asociación mental que los traiga de vuelta, puedo confiar en que no volveremos a verlos hasta el final de la expedición. Ellos lo saben aunque fingen lo contrario, y me miran de reojo, a mí y a la botella de scotch que la Osita no ha sabido guardar a tiempo.

—Vos ves —dice Calac—, ni siquiera nos dan las gracias.

—Y no hablemos de una posible invitación a almorzar —dice Polanco, que ya tiene la botella en la mano.

—Con los otros visitantes se rompen todos, pero a nosotros nos aplican la guerra fría. ¿Se creen que no sabemos que ya tuvieron dos visitas?

—Por si fuera poco eran suizos, decime un poco.

—Vos —me increpa Calac— debés tener varias cuentas secretas en Ginebra, como todos los tipos del *boom*, y seguro que estos que vinieron a visitarlos en realidad eran inspectores que te traían las últimas cotizaciones para que inviertas mejor los lingotes de platino y esas cosas.

—Seguro que la pobrecita Carol no sabe nada —dice Polanco que es especialista en sembrar cizaña—, y piensa que son puras casualidades helvéticas.

Ya a esta altura los dejamos hablar, que en el fondo es lo que gusta, y en cambio nos decimos que en el terreno de las casualidades esa doble visita no estuvo nada mal. La de ayer fue Nicole Adoum, que con gran naturalidad nos explicó que tenía que ir al dentista (o sea desde París hasta algún lugar en Suiza), y que en vista de eso decidió comprar unas cerezas y buscarnos en todos los paraderos, razón por la cual su autito se pasó tres horas entrando y saliendo de la autopista como una aguja en plena costura, para probable estupefacción de quienes asocian correctamente la noción de paradero con la de pararse. Nos encantaron la visita y las cerezas, entre otras cosas porque nos devolvían por un momento a ese París todavía casi visible a la distancia, y a la vez nos probaban la realidad irrevocable de una expedición que por momentos, tenemos que admitirlo, tiende a parecemos un acto perfectamente absurdo.

(Pero sobre lo que es absurdo, consultar a Tertuliano.)

Que la segunda visita también fuera suiza —para quienes no tienen casi amigos de ese origen— nos pareció el mejor signo de que la expedición estaba bien orientada y protegida, que nuestro *Narren Schiff* obedecía a señales y a vientos poco explicables pero que lo estaba impulsando como lo habíamos esperado: mar de sorpresas, litorales de maravillas, constelaciones cabeza abajo, suizos repentinos y cerezas fuera de la dieta preestablecida.

Pasó que estábamos leyendo al lado de Fafner, bajo árboles llenos de pájaros que se ríen de la ecología y parecen felicísimos a tan poca distancia de las emanaciones de la gasolina y el estrépito de la autopista; Carol, sumergida en *Invisible Man*, de Ralph Ellison, y yo temblando de horror a cada nuevo episodio de *Interview with the Vampire*, de Anne Rice. De golpe un hombre sólido y sonriente terminó una delirante maniobra en marcha atrás que lo dejó a pocos metros de nuestro refugio, y vino hacia nosotros con un: «¡Julio, Julio!» de esos que provocan inmediatas y violentas crisis de celos en Calac y Polanco,



Con todas las velas desplegadas, Fafner se toma por el dragón de Paolo Uccello, y nadie se atreve a acercársele.

cosa que explica sus posteriores referencias irónicas. Reconocí incrédulamente a René Caloz, un amigo suizo con quien compartí *illo tempore* la no fácil preparación del *Correo de la Unesco*, revista que parecerá muy sencillita vista desde el lado de los suscriptores, pero cuyo equilibrio político, por darle un nombre decente, significa semanas de complicadas negociaciones, agarradas a patadas, estrategias de grupo o individuales, *pow-pows* con ingleses, soviéticos, franceses, mexicanos, argentinos, islandeses y norteamericanos para que al final el número refleje el espíritu equilibradamente ecuánime e internacional de la Unesco, aunque después de esas interminables alquimias, purgas, destilaciones, *re-writings* y ajustes semánticos, el resultado tienda a ser más bien chirle, dicho sea con toda ternura.

Carol y René se conocieron, nos sentamos a la sombra y lo que me había parecido una casualidad pura pasó a ser una casualidad de segundo grado, o sea que la figura se volvió triangular y por eso todavía más fascinante. Supimos que Brian Featherstone, que

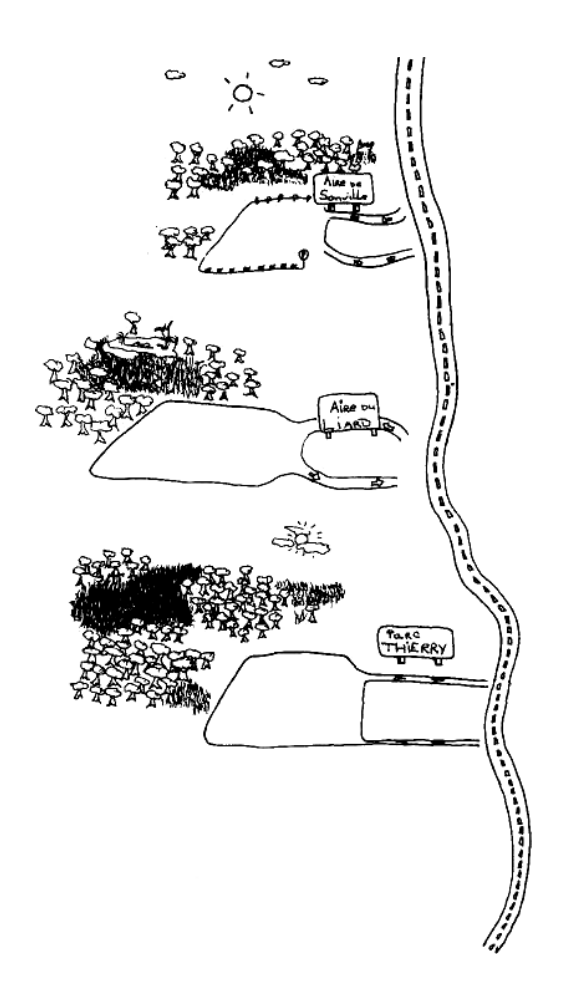


Los hay que saben apreciar los oasis.

nos había visitado la víspera de nuestra partida y estaba al tanto de la expedición, se alojaba en casa de René, quien se enteró por él del magno proyecto. René y yo no nos habíamos visto desde hacía por lo menos seis años, y nunca entenderé demasiado por qué de golpe le entraron tales ganas de dar con nosotros en la autopista que debía recorrer en viaje a su casa en el Gard. Podríamos habernos encontrado cien veces en París, pero los cronopios son así y de golpe a René se le antojó meterse en todos los paraderos uno tras otro hasta dar con nosotros (lo mismo que Nicole, de donde podría deducirse que los suizos comparten comportamientos mentales que merecen mi respeto). ¿Lo movía el prestigio misterioso pero perceptible de la expedición? ¿O la nostalgia de una amistad que los dos descuidamos tanto en condiciones normales y pedestres?



El Lobo se concentra antes de consignar las observaciones científicas de la jornada.



Pero no era el momento de crearle problemas de ese tipo a René, estábamos demasiado contentos de encontrarnos así, como un pequeño milagro del cariño, y creo que los tres sentimos al mismo tiempo que ese encuentro era un enriquecimiento del juego, nosotros en el nuestro y René agregando una especie de bordado a su carrera por la autopista hasta encontrarnos en uno de los lazos del dibujo.

Nos reímos mucho recordando viejos tiempos, cuando René que era un formidable alpinista volvía de sus vacaciones y me mostraba fotos donde se lo veía escalando una pared vertical, con allá abajo unos chalecitos suizos que parecían piezas de dominó, y yo que sufro del vértigo con sólo mirar el cielo raso de mi casa, me ponía progresivamente verde y le pedía que las guardara so pena de vómito en plena oficina. René las guardaba y se ponía a explicarme que la cosa no era tan terrible, pero los detalles técnicos me obligaban a imaginarme en su lugar y era todavía peor, de modo que el tema del alpinismo empezó a ser poco mencionado en las conversaciones del *Correo.*

Apasionado por todo lo que sea vertical y ascendente, René tuvo la generosidad de elogiar nuestra empresa más bien horizontal y reptante. Al irse nos regaló dos botellas de vino *fendant,* ese agradable oro líquido que ahora, después de su partida, estamos bebiendo

por él y como quien dice con él. Cerezas y *fendant*... Al pobre Colón nadie le llevó cosas así en los primeros días de su viaje.



A veces Fafner se pone solemne y casi monumental.

De migraciones y de éxodos.

Al tercer día, una comprobación cada vez más evidente: de cada diez turistas que bajan hacia el Mediodía, siete son ingleses. Se vuelve casi aburrido mirar las chapas, GB domina de lejos. (Desde luego hay muchos franceses, pero tendemos a pensar en los turistas como extranjeros, y se nos hace que aquí los franceses son sólo viajantes de comercio o comerciantes en viaje, da igual.)



El jardín de la Tentación, con un mensaje cifrado (trapo azul). ¿Creyó la Compañía que, desesperados, caeríamos en la trampa de la fuga?

Carol reconoce conmigo que en nuestros viajes anteriores por la autopista, los belgas mandaban la parada de una manera casi ofensiva, mientras que ahora su B solitaria asoma apenas de cuando en cuando. Pensamos en los ritmos de las vacaciones, escalonamientos migratorios que sin duda explican esta invasión británica, por lo demás

simultánea a la de las islas Malvinas, cuyas alternativas seguimos cada tres o cuatro horas en las radios de ondas cortas. No voy a ocuparme aquí de las Malvinas, pues como muy bien lo dice la Biblia en alguna parte, cada cosa tiene su tiempo y su lugar; me limito a preguntarme si tantos ingleses en la autopista no será una manera perfectamente británica de que muchos de ellos le estén haciendo un corte de mangas a Maggie Thatcher y cambiando los pingüinos de Port Stanley por la ruleta de Montecarlo.

DIARIO DE RUTA
Jueves, 27 de mayo

Desayuno; Naranjas, magdalenas, dulce de higos, café.

9.36 h. Partida.
9.38 h. Entrada en el Departamento del Loiret.
9.46 h. Paradero: AIRE DU PARC THIERRY.
El párking más grande que hemos visto hasta hora.
Orientación de Fafner: E.
Vuelve el frío siberiano.

Almuerzo: espaguetis con salsa casera, cerezas, cafe.

18.30 h. Partida bajo un sol tímido.
18.35 h. Entramos en el Departamento de l'Yonne.
18.47 h. Paradero: AIRE DES CHATAIGNERS.
Bosque, senderos arbolados para los autos.
Orientación de Fafner: S.S.O.

Cena; Huevos pasados por agua, queso, café.

Violenta lluvia durante la noche, pero Fafner resiste perfectamente. Hay otros dos dragones en el párking, situados a respetuosa distancia.

De golpe, desnuda. Por haberme inclinado tan bruscamente que la cortina del frente se cae de golpe, improvisada como estaba en ese momento con una toalla de baño para aislarnos de la parte delantera que abre su vasto parabrisas a cualquier mirada exterior.

En el fondo qué importa, bajo el temblor inconcebible que imprimes a mi cuerpo habrías podido —te grito que sí, que no— tomarme así, con todas las cortinas abiertas y en una confusión de blue-jeans camisas bultos libros y los autos que siguen pasando de lejos y también de cerca, si hubieras tenido el lugar suficiente para hacerlo. Embriaguez de tu cuerpo, el resto no es más que abstracción.

¿Crees que un día volveré a encontrar esa manera que tuve de correr la cortina del frente en una fracción de segundo? ¿Cómo pude hacerlo cuando no hay allí el mínimo broche en el cual sujetar aunque fuera un pañuelo?



Miramos hacia adelante, pero los grandes ojos del dragón vigilan nuestra retaguardia y nos protegen.

Jardineros.

Según el mapa oficial de la autopista, en este paradero no hay nada, aparte de su función de «zona de descanso». Basta instalarse para descubrir que no sólo los viajeros lo ocupan durante la breve pausa de un pic-nic o del W.C.; una población más estable se mueve en su territorio, entregada a tareas de remodelamiento y de ampliación. Jóvenes obreros completan canteros de tierra fresca, y en el momento de instalar a Fafner cerca de un bosquecito propicio, vemos a dos de ellos que repiten el eglógico gesto de sembrar al voleo lo que suponemos serán semillas de un futuro césped. Más tarde otro trabajador llega para levantar las piedras que el arado dejó en descubierto; con movimientos pausados y llenos de una antigua gracia, se inclina para alzar las piedras, las junta en una brazada segura, y va a echarlas en un montón que crece poco a poco. Desde mi atalaya —una mesa de piedra donde almorzamos a la sombra saboreando la fragante ensalada de garbanzos y cebollas preparada por Carol— veo esta escena a la vez fuera del tiempo y mezclada con el paso vertiginoso de autos y camiones por la autopista que apenas esconde un talud herboso.

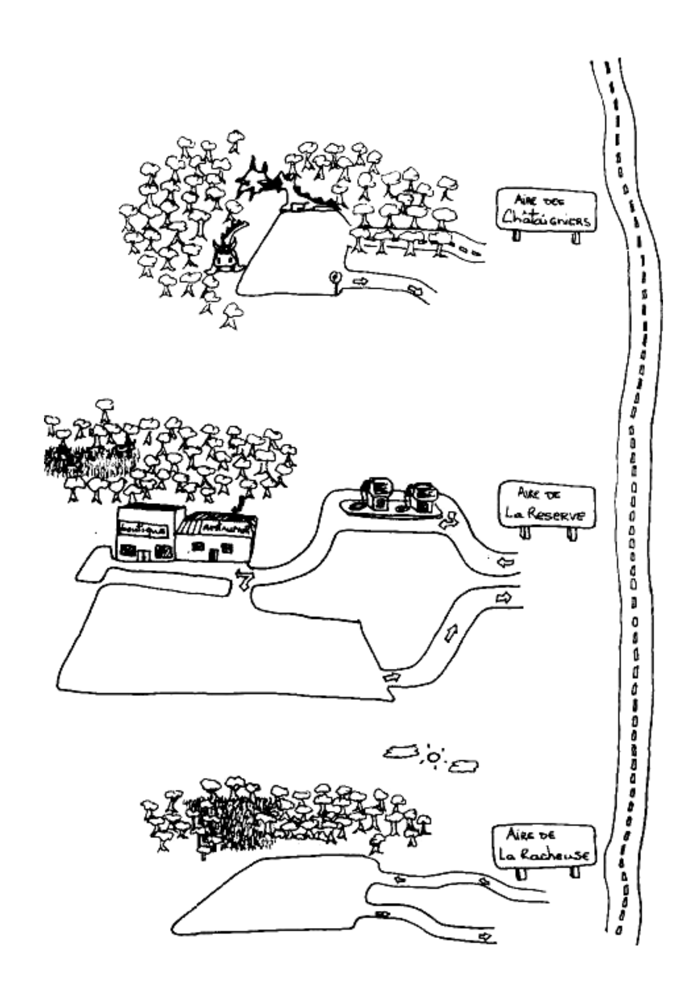
Cada vez más sumidos en este interregno en el que cosas y tiempos se difunden, se confunden, a veces se funden, ¿qué relación persiste entre esa carrera en la que sólo cuenta lo que aún no se ha alcanzado, ese *más allá* que concentra y petrifica la mirada de los conductores, y este eterno tema de la primavera y la germinación, este gesto fuera de la historia con el que los jóvenes trabajadores lanzan a la tierra puñados de semillas?

Mutación.

Como siempre, la práctica manda al diablo toda teoría demasiado segura de sí misma. Era presumible que un avance por una autopista que prácticamente todo el mundo recorre a la máxima velocidad, deteniéndose apenas para orinar, tomar nafta o a lo sumo descansar un rato en un parking acogedor, sería muy diferente de esta reptación imperceptible en la que todo se invierte: el vehículo pierde su importancia pues apenas ha salido de un paradero tiene que echar el ancla en el siguiente; las urgencias urinarias o intestinales dejan de ser una razón para interrumpir la marcha o alterar el horario previsto; las zonas de reposo se vuelven infinitamente más importantes que la cinta blanca tendida en un espacio que devora al automovilista que lo está devorando.

Todas esas alteraciones eran previsibles mientras organizábamos la expedición, pero ningún adelanto teórico pudo darnos una idea de su magnitud, de su riqueza. Estamos apenas en el tercer día de viaje y los parámetros usuales han cedido frente a otra manera de vivir la autopista. Sensaciones primarias: apenas más allá de Fontainebleau, tenemos la impresión de estar muy lejos de París, al punto que Marsella no nos parece más distante que nuestro punto de partida. El tiempo muerde en el espacio, lo transforma; ya no alcanzamos a imaginar una diferencia importante entre este paradero y los últimos que nos esperan en la víspera del fin de la expedición.

Más importante que eso: la alteración paulatina de la noción usual de autopista, la sustitución de su funcionalidad insípida y casi abstracta por una presencia llena de vida y de riqueza: las gentes, los altos, los episodios en sus escenarios más o menos arbolados, actos sucesivos de una pieza de teatro que nos fascina y de la que somos los únicos espectadores. Fafner, rojo dragón devorador de kilómetros a lo largo de tantos años y países, es ahora un dócil elefante inmóvil que sólo se desplaza diez o veinte minutos para volver a quedarse plácidamente anclado en sus cuatro patas gomosas. No lo toma a mal, muy al contrario, parecería que se solidariza con nosotros y que su fuelle anaranjado, que alzamos en cada etapa y que lo convierte en una casita donde es grato vivir, leer y escribir, es como un signo de que se está esponjando satisfecho a la hora de darnos lo mejor de sí mismo. No nos cabe la menor duda de que Fafner es el tercer explorador y que aprueba este avance en lentitud y profundidad, mientras que otros viajes le habrán parecido acaso demasiado frívolos, demasiado a rienda suelta como no creemos que les guste a los dragones y a los elefantes.



Segunda metamorfosis, los autopistenses. ¿Qué idea nos hacíamos de esa fauna lanzada a la velocidad máxima, rota apenas por un sandwich o una carrera al W.C.? Cierto, cuando se está en la hora del hastío después de cincuenta u ochenta kilómetros igualmente monótonos, surgen los únicos temas posibles de conversación: «Mira, otro belga y ya van cinco. Ahora un alemán, cuatro franceses, dos suizos, un inglés. ¿Y esa chapa? Bulgaria, parece. Qué raro, Bulgaria, primera vez que veo un búlgaro por aquí.» Y también los camiones: «Cada día son más grandes y más temibles, ahora corren a cien o ciento diez por hora, no respetan nada, y esos con acoplados que de golpe se convierten en serpientes y te largan un coletazo, hay que guardar siempre mucha distancia al pasarlos, aunque en general son ellos los que te pasan, van realmente como locos.»

Nada de eso ha cambiado en el fondo, pero todo ha cambiado para nosotros. Las observaciones en la ruta se reducen a cero o poco menos: todo ocurre ahora en los paraderos, donde camiones y autos entran lentamente, casi delicadamente, para detenerse con suma precaución los unos al lado de los otros. Lo que era un enorme paralelepípedo amenazante, un bólido llamado Porsche o un zigzagueante Renault 5, se nos acercan ahora

con la lenta y amistosa reptación de un perro que busca caricias o un gato que sospecha un resto de sardinas.

Pero eso es poco al lado de lo esencial: Las *cosas* buscan su lugar, se detienen, y de las cosas empiezan a bajar *seres humanos,* sólo teóricamente presumibles en la implacable carrera de la autopista. De ese inmenso camión que se anuncia como TRANSPORTS VIALLE, con sede en Thiviers, Périgord, y que nos habría sobrepasado como un horrendo dinosaurio azul y blanco a cien por hora, aterrando al pacífico Fafner, desciende ahora un muchacho rubio que estira las piernas al lado de la portezuela, nos hace un gesto cordial al vernos tan cerca, y se encamina alegremente al *snack-bar* donde lo esperan bifes con papas fritas y el vino tinto del descanso. De ese Mercedes prepotente que sin duda no abandona jamás la franja de la izquierda reservada a las máximas velocidades, emerge una pareja que el auto parece proyectar al mismo tiempo por las dos portezuelas delanteras, como una extraña gallina mutante capaz de poner a la vez dos huevos de marcado aspecto alemán. Las *cosas*, entonces, estaban realmente habitadas; los paraderos son el lugar y la hora de la verdad, donde la vida sigue teniendo dos piernas y dos brazos, mientras los robots de la autopista yacen inmóviles, abatidos, muertos en su silencio y su impotencia.

DIARIO DE RUTA
Viernes, 28 de mayo.

Desayuno: Naranjas, magdalenas, dulce de higos, café,

10.08 h. Partida. Niebla.
10.15 h. Paradero: AIRE DE LA RESERVE.
¡Vacas!
Primera cosa, damos de beber a Fafner (gasolina ordinaria, puesto que es un dragón de costumbres sencillas).
Tiempo gris, con asomos de sol. Menos frío que ayer.
Hay una tienda y un restaurante. Compramos un termómetro para sustituir al que no anda.

Orientación de Fafner: S.E.

Almuerzo: huevos con mayonesa, biftec con papas fritas, mousse de chocolate, café (en el restaurante).

13.10 h. Primer contacto telefónico con la patrulla dé salvamento; todo va bien en París.
13.18 h. Partida.
13.21 h. Entramos en Borgoña.
13.24 h. Paradero: AIRE DE LA RACHEUSE.
Bello párking arbolado.
20ºC.
Encontramos un gusano.

Cena: chucrut (que nos da pesadillas), queso, café.

Observaciones científicas: en el segundo paradero habíamos observado una babosa de color terracota, que metía la cabeza en una botella de cerveza vacía tirada en el suelo. Esta noche, después de haber estacionado prudentemente a Fafner en un terreno libre de impurezas, cocinamos un chucrut. Inmediatamente después observamos la presencia de una babosa, igualmente de color ladrillo, que se acercaba a nuestro vehículo. Cinco minutos más tarde, toda la superficie del terreno frente a Fafner estaba cubierto de babosas que avanzaban hacia nuestra cena. Relacionando el incidente del segundo parking con la experiencia de esta noche, nos vemos obligados a concluir que las babosas son de origen alemán.
(Buscar imágenes de babosas, su nombre en latín, etc.) ¿Son un signo del enemigo? No olvidar el corcho cuidadosamente pinchado en la alambrada.



Mini-campamento en una zona hostil: Fafner-muralla, los Horrores Floridos, la micro-mesa y el jerrican de agua potable.

Cartas de una madre (2).

Savigny-sur-Orge, 31 de mayo de 1982

Mi querido hijo:

Muchas gracias por la tarjeta postal. ¿Cómo haces para viajar en un país donde hay tanta nieve? ¿Recibiste la encomienda con los calcetines de lana y la bufanda? Me gustaría que me dijeras si en el servicio militar se tiene el derecho de ponerse calcetines rojos, puesto que me queda bastante lana de la bufanda para tejerte otro par, pero me digo que a lo mejor no te están permitidos.

Aquí el tiempo pasa lentamente, no hay gran cosa en la televisión. Ahora que las ventanas están abiertas por el calor que hace, nos damos cuenta de que realmente hay muchos niños en este barrio, y que molestan a cada rato a tu padre a la hora de su siesta. Me pregunto si hicimos bien en vender la tienda y la casa, en el fondo hubiéramos podido seguir algunos años, me parece, pero quizá tengas razón y debamos aprovechar libremente el tiempo que nos queda, aunque te diré que todavía no nos hemos acostumbrado verdaderamente a eso que llaman el descanso. Desde luego es muy agradable pensar que podemos partir cada vez que tenemos ganas, cualquier día de la semana, pero en general preferimos que el domingo caiga en domingo. Cuando hacemos la prueba el martes o el jueves, no es la misma cosa.

No creo que tu padre piense seriamente en volver a los negocios —su espalda lo hace sufrir demasiado para eso—, pero sigue mirando los anuncios, y para empezar la semana pasada fuimos a Joigny donde ha habido que instalar a tía Heloisa en un asilo, pobrecita, y después a Auxerre donde tu padre tenía noticias de un bar que se vendía a un precio interesante. La idea del bar no me gusta demasiado, pero el anuncio hablaba de una casita con jardín, y a veces me digo que si yo tuviera un jardín el tiempo pasaría más rápido. En todo caso salimos el viernes por la mañana temprano, y nos detuvimos en Joigny para recoger las cosas de la pobre Heloisa. Si hubieras visto el estado en que estaba la casa, te hubiera dado pena. Hice lo que pude para poner un poco de orden pero tu padre pensaba sobre todo en el bar, claro, aunque yo me imagino que con ese tipo de comercio veríamos llegar a tu primo Andrés todos los días después del trabajo, incluso si vive lejos. Hace veinte años que su padre se pasa el tiempo en los cafés, y mucho me temo

que el pobre muchacho haya tomado ya el mismo camino Tu padre tenía prisa por partir, de modo que no pude hacer todo lo que quería. Volvimos a entrar en la autopista para ir a Joigny y como de costumbre tu padre se dio cuenta de que no íbamos a tener bastante gasolina, de modo que nos detuvimos en uno de esos supergarages, creo que son los que él prefiere, hay más coches que en las estaciones de servicio ordinarias y además venden toda clase de cosas para los autos. Hay veces en que me digo que tu padre hubiera sido más feliz como garagista que como un verdadero comerciante, pero ya es demasiado tarde



En el paradero de la Racheuse, un amable gusanito muestra que no somos allí los únicos exploradores.

y pienso que personalmente yo no habría podido soportar a un hombre que oliera a grasa todos los días. En todo caso, al ver que tu padre había hecho levantar él capot y que estaba conversando con un joven mecánico, me bajé del auto y en ese momento tuve una sorpresa. En el parking estaba la misma pareja (te acuerdas de que te hablé de esa pareja con un camión-casa en mi última carta), solamente que la última vez era cerca de Ury y ya ha pasado una semana de eso. Puede ser que viajen frecuentemente por estos lados, pero no me negarás que era una extraña coincidencia. Nosotros, que viajamos tan seguido por la autopista, no encontramos prácticamente nunca los mismos garagistas en las estaciones de servicio. Y por si fuera poco, habían sacado unas reposeras y una mesita, como si estuvieran a punto de hacer un picnic. En fin, esta vez no me vieron, volví a subir al auto y seguimos hacia Joigny. Después de verificar que tía Heloisa estaba bien instalada —no podíamos hacer nada más, la pobre ni siquiera nos reconoció— fuimos a almorzar a un restaurante antes de regresar. Tu padre, cabezadura como siempre, insistió en comer un chucrut a pesar del calor y de que tendría que manejar durante un buen rato. Le dije y redije que era demasiado pesado, pero ya sabes cómo me escucha, daría lo mismo hablarle

a un sordo que no sabe leer en los labios. Menos mal que no bebió demasiado... (Tú, ahora que eres diplomado, ¿podrías decirme qué es lo que lleva a los hombres a la bebida? A tu padre nunca le ha faltado nada, que yo sepa.)

Pero de todas maneras un chucrut es un chucrut, y el resultado es que apenas habíamos vuelto a entrar en la autopista, tuvimos que detenernos en el primer paradero para dejar pasar un poco la digestión. Por una vez, ya sabes cómo tu padre viaja siempre con un ojo puesto en el reloj, acuérdate de los viajes que hacíamos cuando eras pequeño, lo difícil que era convencerlo de que se detuviera cuando tenías ganas de hacer pipí, pobre ángel querido. Bueno, por una vez no era una estación de servicio sino eso que llaman un paradero de reposo, con árboles, senderos en los bosques, e instalaciones sanitarias que estaban asombrosamente limpias. Tu padre se quedó dormido y yo me fui a pasear. Con la vida que llevamos, lo sabes bien, hay que buscar los momentos agradables cada vez que se puede, y mi mayor esperanza es que tu vida sea diferente. Claro que, como lo sabes, no tengo por qué quejarme. En fin, puesto que la otra vez no habíamos podido ir a Fontainebleau por culpa de tu primo Andrés y el tenis, decidí pasearme en los senderos que entraban en el bosque. Y allí tuve que frotarme los ojos, porque esa misma pareja que ya había visto dos *veces estaba instalada en el fondo del paradero, y no solamente habían sacado sus reposeras y su mesita sino que también habían instalado dos máquinas de escribir y los dos estaban escribiendo, ahí en el bosque, ¿te das cuenta? Al verme pasar, el hombre me sonrió y me dijo «buenos días, señora», como si nos hubiéramos encontrado en una panadería cada uno con un pan en la mano. La mujer levantó la cabeza y también me sonrió. ¿Es que tú entiendes algo, dime? Ya no son tan jóvenes, y está claro que con el vínculo que tienen podrían encontrar lugares más propicios para trabajar, ¿no? En fin, pensé que era una lástima que no estuvieras conmigo, sin duda hubieras encontrado la manera de hablar con ellos.*

Tal como cabía esperar, el despacho de bebidas no correspondía para nada al anuncio, y el jardín, si se puede llamar jardín un terreno baldío lleno de basuras y de pastizales, estaba pegado a las vías del ferrocarril, o sea que hicimos todo ese viaje para nada. Pero hemos decidido tomarnos unas pequeñas vacaciones la semana que viene, tu padre me lo ha prometido. Tal vez vayamos a dar una vuelta por el lado de Dijon, y él me ha jurado que no será por asuntos de negocios.

Sé que este tipo de cosas te molesta, a tu edad, con los diplomas que tienes y todo, pero te confieso que desde que te fuiste hay como un vacío en mi vida. No son más que dos años, me dice tu padre, y también me dice que debo dejar que vivas tu vida, y supongo que tiene razón. Pero hubiera preferido tenerte más cerca durante tu servicio militar. Nunca se sabe lo que va a pasar en esta vida, y el Canadá de todas maneras está lejos.

Bueno, termino. Ana María telefoneó hace un rato, parece que hay una venta de saldos interesante en lo de Cécile.

Sabes que pensamos mucho en ti, y que te abrazamos de todo corazón,

Mamá

(Continuará)

Puse la reposera a la sombra de un pino para leer el diario; se fue la sombra y vino el sol, no lo supe hasta despertarme de un sueño largo, dulce y ya casi olvidado, sé solamente que hubo lobos y tal vez un tren.

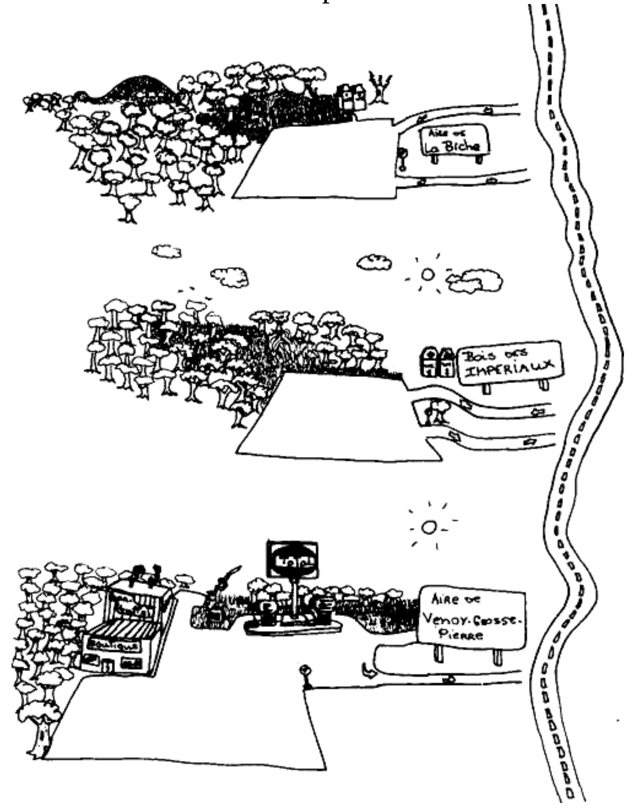
La sensación como muchas veces cuando uno se despierta en una cama, en una pieza que no son de su casa, cuando no está rodeado de sus paredes habituales y se diría que el inconsciente tarda siempre en cambiar de decorado; no saber dónde está uno pero ya, antes de abrir los ojos, la impresión de diferencia, aún más fuerte esta vez cuando el oído, que tal vez nunca duerme (es cierto que su función se incorpora con frecuencia a los sueños, por lo menos) manda señales diciendo qué carajo es ese ruido, ni de ciudad ni de campo, y abro los ojos y estoy todavía al lado del pino, ya soleado, y a unos metros está Fafner, hermoso y fiel como siempre, su puerta abierta. Está vacío, Julio ha dejado de escribir a máquina; buscando sombra antes de todo entro en el dragón, como unas cerezas de Nicole (yo que casi nunca como cerezas, desde que aprendí en los restaurantes universitarios de Aix-en-Provence que casi siempre están habitadas, sé que en éstas no habrá ningún gusano) y de repente me doy cuenta de lo raro que es, cuando no vuelve Julio, no saber dónde está... Y la fantasía se vuelve agradable, está caminando por allá, está durmiendo en el pasto, ha encontrado un camino secreto. Y me invento otro juego, ni idea tiene Julio de dónde lo veo caminar, de las cosas que hace, y tampoco se lo voy a decir ahora porque hay lo bueno y lo malo, el problema de siempre: cuando uno abre la puerta a lo fantástico, entra todo entero, y me asombra ver de repente a Julio caminando con su sonrisa de siempre, me dice que ha tomado un formidable baño de sol, en un prado se quitó toda la ropa menos el slip, y entonces pienso: mientras te sacabas el pulóver andabas por tal camino, en el momento de sacarte los jeans habías trepado a un árbol y mirabas lo que hay del otro lado de las colinas, y esto sin hablar de cuando pusiste la camiseta en el banco a tu lado, pero yo no te voy a contar de los hombres que vinieron ni de la ciudad, todo eso también nació de tu libertad o de la de los sueños.

Al lector:

Este texto de Carol parece haberse truncado aquí, o acaso se perdió una página; Julio no hizo más que corregir alguna falta menor, dejándole toda su libertad y hasta alguna que otra palabrota, que Carol emplea con la soltura de todo extranjero cuando maneja una lengua que no es la suya (y cuando no es un puritano estúpido).

Significativamente, la Osita utilizó de nuevo el español para referirse más adelante a Calac y a Polanco, a quienes como de costumbre (mala costumbre, dicen algunos) Julio tiende a introducir en sus novelas y otros textos, so pretexto de que son ellos, los tártaros malditos, quienes lo hacen por su cuenta. Sé que al igual que la «compañía» diabólica que nos hostigaba, Carol toma muy en serio la ocasional invasión de mis dos compadres que pretenden protegernos y de paso se toman nuestro vino y se comen nuestro paté, con lo

justos que estamos en esas vituallas. Como a mí ya me aburren un poco, me encanta que sea ella quien los hace aparecer un par de veces antes de cansarse a su vez como era previsible. Se ve que en el fondo les ha tomado cariño, cosa que me alivia puesto que los dos tártaros son una de mis debilidades más reprensibles.



DIARIO DE RUTA
Sábado, 29 de mayo

7.15 h. Hermosa mañana. 12°C.

Desayuno: jugo de naranja, magdalenas, dulce de higos, café.

8.09 h. Partida.
8.11 h. Paisaje del Auxerrois en la bruma matinal. Se ve Auxerre a la distancia.
8.26 h. Paradero: AIRE DE LA BICHE.
Otro párking "tres estrellas".
15ºC. Orientación de Fafner: O.
12 h. 20ºC. Un sol magnífico.

Almuerzo: mousse d'oie aux cèpes, ensalada mexicana, crema de vainilla, cafe.

Varios aviones nos sobrevuelan a baja altitud.

¿La "compañía"? Otro signo: La rama de pino seca fijada en la valla circundante.
17.10 h. Alto a la salida del parking para re-aprovisionarnos de agua potable.
17.15 h. Partida. 24°C.
17.19 h. Cruzamos el río Yonne.
17.22 h. Paradero: AIRE DES BOIS IMPERIAUX.
22°C. Orientación de Fafner: S.
18.45 h. Frente a una invasión de "caravanes" (en este gran párking todavía vacío, dos autos que remolcan dichas "caravanes" se instalan prácticamente pegados a Fafner) nos desplazamos a la extremidad opuesta.
Observaciones científicas: Los mosquitos entran en afición (¿no es prueba de que avanzamos?).
Afortunadamente, Catherine Lecuiller nos proporcionó antes de la partida un arma super-científica y super-eficaz contra dichas bestias. La sacamos de su estuche y se oye un leve zumbido que pone en fuga a los mosquitos pero que nos deja con una idea bastante triste de su vida sexual. En efecto, la máquina produce un sonido idéntico al que emite el mosquito macho (en celo, si ello es concebible en los mosquitos), de resultas del cual todas las hembras emprenden la fuga (parece que son ellas las que pican). Pero entonces, ¿cómo se reproducen?



La frugalidad no excluye la fantasía a la hora del almuerzo en el paradero de la Biche.

Ingreso progresivo en* lo otro. — *Consideraciones sobre las latas de basura. — Sioux y comanches en la autopista.

Nunca lo hubiéramos imaginado, y tenemos que reconocer con no poco regocijo que si la imaginación nos había ayudado a inventar y a preparar la expedición, en cambio había sido incapaz de darnos el menor adelanto de lo que iba realmente a sucedemos. Que hacia la



Una floresta tropical cerca de Auxerre (paradero de la Biche).

mitad del viaje hubiéramos entrado en la costumbre, incluso en la rutina, era previsible; pero que al quinto día y apenas en las puertas de Borgoña estemos llevando una vida cuya única definición posible es la *naturalidad,* nos deslumbra por momentos.

Todo lo demás está como entre paréntesis, aunque la radio y los diarios que encontramos cada tanto nos tengan al tanto de guerras, festivales de cine, asesinatos, críticas literarias y conflictos sindicales. Todo eso es, todo eso sigue; pero es y sigue en la tierra de nadie de dos parkings diarios, de dos islas que Fafner alcanza tras unos pocos minutos de marcha insignificante. Tal vez ahí está lo más extraño: esto que hubiera debido ser lo fundamental, recorrer lentamente la autopista del sur, perdió toda importancia desde el primer día. Los síntomas de la autopista —monotonía, tiempo y espacio obsesivos, fatiga— no existen para nosotros; apenas entramos en ella volvemos a salir y la olvidamos por cinco, diez horas, por toda una noche. ¿Qué importancia puede tener para nosotros si apenas la vemos, segmentada como estará en más de sesenta trozos, *brochette* de serpiente en vez de serpiente cabal y silbante?



Proyecto de afiche turístico de Parkinglandia. (Paradero de la Biche.)

A su vez la naturalidad no crea en nosotros la menor sensación o temor de monotonía. Los paraderos son lo que son, pobres ángeles, pero cada uno representa una modificación interesante dentro del esquema único. Cuando encontramos un buen lugar para detener a Fafner, buscando la sombra de un bosque o en el peor de los casos un lugar lo más alejado posible del ruido de la autopista, descubrimos cada vez la alteración de los elementos comunes. El W. C. que teníamos a diez metros a la derecha, está ahora a veinte hacia la izquierda o atrás; el bosquecillo de esbeltos troncos de anoche es ahora una masa de robles de donde caen cada tanto simpáticos gusanos que se pasean por nuestros *jeans* o las máquinas de escribir, y nos *miran* (eso es seguro, nos miran y parecen contentos y confiados como si supieran que vamos a jugar con ellos un rato y ponerlos luego en una gran hoja para que nos dejen de fastidiar); las mesas con sus bancos de tablones rústicos, donde es tan agradable almorzar o cenar, se distribuyen de otra manera, lo mismo que las latas de basura, cuya generosa abundancia nos colma.[1]

Todo esto no alcanza a fijarse demasiado en un viaje rápido, en el que los parkings son apenas el alto higiénico o gastronómico; nadie va a entrar en comparaciones detalladas con respecto a los paraderos precedentes ya que, con perdón de la autoparáfrasis, *todos los parkings el parking.* Pero nuestro caso es muy diferente: apenas hemos terminado de desgajarnos de uno cuando ya estamos a la espera del que va a llegar, conjeturando sus posibles cualidades o temiendo una mala sorpresa, modelando a base de deseo ese próximo refugio que pocos minutos después mostrará su primera gran P y su promesa de estar ahí a 1.000 metros, luego a 200, y luego otra vez el ritual de entrar lentamente, estudiando posibilidades, desechando falsas ventajas que la experiencia ya ha puesto en descubierto. Esta tarde, por ejemplo, el mejor lugar bajo unos robles dorados y sombríos estaba copado por una abundante familia que había organizado su almuerzo en una de las mesas y lo saboreaba como se debe. Semejantes a sioux, a comanches sigilosos, detuvimos a Fafner a quince metros con el aire de los que sólo se paran para tomar un trago o estirar las piernas, pero mientras Carol, cual la princesa Pocahontas al acecho de caras pálidas se paseaba displicente calculando en qué momento la familia pasaría del café al automóvil, yo en el volante me mantenía atento para que turistas alemanes o parisienses no entraran como un bólido a quitarnos el buen lugar.

Estas maniobras un tanto subrepticias parecerán ingenuas pero no lo son. De ninguna manera podríamos decirle a quien pretendiera quitarnos el lugar, que vamos a vivir treinta y tres días en la autopista, porque pensará en la necesidad de telefonear a un psiquiatra o, en el mejor de los casos, a la policía. Y sin embargo estar cómodos es una razón capital para quienes deberán hacer frente a tantas semanas de esforzada expedición;

---

[1] En el plano científico cabe señalar que esa abundancia, desde luego antiestética pero destinada a avergonzar a los que todavía estiman que las latas vacías y los papeles sucios tienen por objeto alfombrar el suelo, nos pareció a veces excesiva. Llegamos a imaginar que la Sociedad de la autopista encargó una determinada cantidad de latas de basura, que una secretaria distraída le agregó dos ceros, y que al no poder rectificar el error se optó por aquello de que «lo que abunda no daña». Es así que en los paraderos se puede tirar la basura casi a ojos cerrados, sobre todo en el tramo París-Lyon; más allá el modelo cambia (¿otra secretaria descuidada?) y se vuelve más pequeño y un poco antropomorfo, entre robot y caballero teutón de *Alejandro Nevski,* pero lo mismo prolifera por todas partes.

están en juego la salud, el buen humor, este libro, sus lectores, y tan excelentes razones justifican nuestros merodeos, la espera agazapada cuando se hace necesaria, y cualquier otra manera legítima de instalarnos a gusto. ¿No se crearon así las ciudades y hasta las naciones? Ríos, costas y alturas convenientes, climas adecuados: no es cosa de alzar la tienda en cualquier parte, que lo digan Rómulo y Remo, Niemeyer o Pedro de Mendoza.

Donde escuchamos los boletines informativos y no nos gustan ni medio.

Las primeras gotas de lluvia rozan los delicados cuernos del caracol, que rápidamente se encierra en su espiralada casita. En menos de un minuto hemos desarmado las reposeras (alias *Los horrores floridos* a causa del estampado de su tela que la perversidad de Carol no ha querido cambiar a pesar de mis súplicas) y nos hemos refugiado en Fafner que pocos momentos después se convierte en una reluciente burbuja roja, como sin duda ocurre con todos los dragones cuando los agarra un chubasco fuera de sus cavernas.

Nada arredra a los buenos expedicionarios: la Osita instala su máquina de escribir en el asiento del conductor y escribe sentada en el del copiloto; atrás, yo despliego la mesa e instalo mi estudio como corresponde a otro miembro de la «intelligentsia» que además es un comodón y se apodera de los mejores lugares. Media botella de rojo y luminoso borgoña acompañado por almendras saladas nos pone en un estado vecino al del *satori*, y Fafner trepida al ritmo de dos Olympia Traveller de Luxe mientras afuera ruge byronianamente una tormenta de primavera y la visibilidad, como dicen en los boletines radiales destinados a la navegación, se vuelve un puro cuento chino.

Hablando de radio, esta expedición no tiene nada de escapista. Ojalá fuera así, murmura el pequeño lado perverso de nuestro doble corazón, sintiendo de sobra que jamás querremos escaparnos de cosas que a lo mejor lo merecerían pero en las que seguimos creyendo. La radio ocupa un lugar importante en el París-Marsella; después de mucho reflexionar, decidí que de los tres transistores que hay en casa, traeríamos el JVC (comprado en *The Good Guys,* San Francisco, después de buscar varios días un buen receptor de ondas cortas), ya que no solamente nos conecta con la FM local sino que nos da las sorpresas más inesperadas, estaciones yugoeslavas, tunecinas, danesas y, lo que en estos días cuenta más para nosotros, la BBC de Londres que hora tras hora nos da su versión de la guerra de las Malvinas. Y de esa guerra, ya se habrá comprendido, no queremos ni podemos escaparnos. Cuando usted lea esta página, las noticias de esta tarde serán ya un mero gajito en la inmensa naranja del tiempo, cosas y cosas habrán sucedido y, como cantaba Jean Sablón en los viejos tiempos,

Tout passe, tout casse, tout lasse,
Un autre aura ma place...

otra guerra arderá en otros horizontes, etcétera. Pero hoy es ésta y es nuestra, es América Latina. ¿Cómo no llenarse de angustia ante la siniestra pantomima de una junta militar que,

sabiéndose rechazada por la población civil, opta por una fuga hacia adelante y se lanza a la reconquista de las Malvinas, sabiendo perfectamente que eso manda a la muerte a millares de conscriptos mal entrenados y equipados? ¿Cómo no sentir náuseas frente a la estúpida adhesión de una mayoría de argentinos que en estos últimos años han vivido día tras día la opresión, los asesinatos, la tortura y la desaparición de millares de compatriotas? (Fin del boletín de las 19 h. El próximo a las 20.)

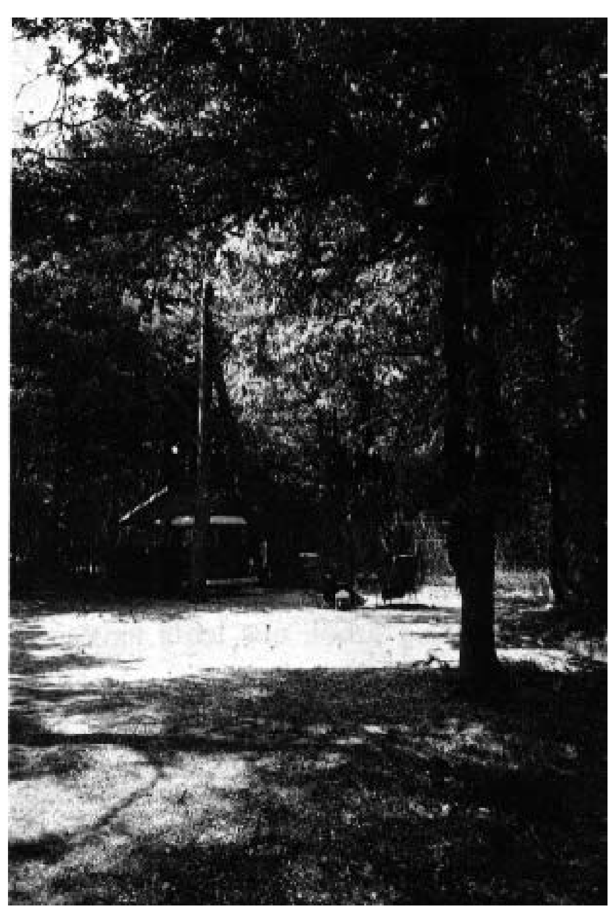
De la fauna entomológica en los paraderos y otras consideraciones ecológicas, así como de las posibilidades (escasas) de establecer una cartografía de su flora arborescente.

La realidad es bastante euclidiana, y esta expedición comprueba diariamente su tendencia a constituirse en figuras, que no por intangibles dejan de repetirse obstinadamente; así, apenas el sol hace su primer saque a lo Bjon Borg y nos planta su gran pelota amarilla en pleno paradero, corremos a buscar la sombra y el triángulo calor-árbol-viajero se cierra una vez más aquí como se estará cerrando en tantos otros puntos de la vasta esfera.

Dentro de ese triángulo procedemos a instalar los Horrores Floridos y nos dejamos envolver por una sombra tamizada de puntos dorados, rumor de hojas y pájaros tan astutos y euclidianos como nosotros. En general no es el momento de trabajar, o lo es pero puede esperar, razón por la cual nos sentimos vivir con esa intensidad que sólo puede dar el hecho de no estar haciendo nada, sensación cada día más ignorada en la vida corriente, y cuyas consecuencias los entendidos envasan en una breve pero ominosa palabra, *stress.* En nuestro triángulo no hay el menor peligro de eso, ya basta con París donde nos estará esperando detrás de la puerta. Aquí todo es calor, sombra y árbol, una lenta navegación inmóvil en el agua verde del acuario vegetal.

Mi árbol de esta tarde no tiene nombre, como casi todos mis árboles; nunca he aprendido a distinguirlos fuera de tres o cuatro, sauce, álamo, plátano, roble y pare de contar. Mediano y ancho, lanza sus cinco o seis pisos de ramas mayores y se esponja en una vasta cúpula poco discernible desde mi asiento al pie del tronco. La brisa mueve apenas las anchas hojas; se lo siente solo en su individualidad, bastándose a sí mismo. Pero no está solo, lo iré aprendiendo poco a poco y mi primera lección me la da una cosquilla en la nariz donde acaba de instalarse un gusanito que ha tendido su escala de seda desde alguna hoja con finalidades que se me escapan. Apenas he cortado el hilo de seda para ponerlo en tierra y que se vaya a fastidiar a otro lado, veo muchos otros gusanos empeñados en la misma operación que tiene algo de angélico, sus escalas casi imperceptibles dejándolos bajar del árbol al suelo; un ciclo ha empezado, una metamorfosis se avecina, los gusanos abandonan su moviente cielo verde para aventurarse en la terrosa aventura que los espera abajo. A su vez el tronco, lo descubro ahora que miro más de cerca, es como un Ygdrassil en el que extraños pasajes se operan entre lo alto y lo bajo; por un lado una fila de grandes hormigas negras sube hasta perderse en la primera rama de la izquierda, mientras otra fila menos

disciplinada desciende después de un viaje que no parece haberle proporcionado víveres, salvo que se los hayan comido allí donde los encontraban. ¿Y qué intención guía a ese escarabajo azul que avanza en una lentísima espiral como un monje budista en el viaje de la revelación? Desaparece detrás del tronco para reaparecer unos centímetros más arriba, a ese ritmo llegará a lo alto dentro de dos horas y acaso hallará la iluminación. Una libélula acaba de descubrir un juego apasionante: sale del aire libre para meterse en el follaje salvando los obstáculos, desviándose a un lado y a otro mientras asciende y desciende entre los planos de las hojas, divirtiéndose en multiplicar un itinerario que no parece tener otra finalidad que la de obligarla a no equivocarse jamás en su cálculo de distancias.



Poder leer todo un libro sin que nadie nos interrumpa...

¿Solo, ese árbol? Me han bastado diez minutos para descubrir que es como un universo vibrante de vidas, así como a la Osita le bastó un segundo para hacer coincidir su alarido con la mordedura de una hormiga en algún lugar de su pierna izquierda, suceso que nos arranca de la meditación y de los Horrores Floridos y que no tiene consecuencias mayores aparte de palabrotas y risas. Pero a la Osita le preocupa un problema importante: ¿*Por qué* la mordió la hormiga? Pregunta pertinente pues es obvio que nadie molestaba al

bicho en su recorrido por la pantorrilla descubierta, y que de golpe y por razones profundas e ignotas se detuvo y le plantó las tenazas en la piel.

Ahora que hablamos de eso me doy cuenta de que por mi parte estoy bastante invadido por las hormigas, y me las saco de encima sin esperar sus decisiones personales. No hemos terminado con el tema cuando vemos avanzar un ejército de enormes babosas que se desplazan en la zona más húmeda y sombría del suelo. Admiramos su color de terracota, a la vez que un antropomorfismo incurable nos lleva a calificarlas de repugnantes, asquerosas, viscosas y otros epítetos igualmente injustos. En realidad son hermosísimas, son unas babosas formadas por una primera parte lisa y brillante seguida de una sección dorsal que parece trabajada por Piza, nuestro amigo pintor brasileño, quiero decir una superficie llena de pequeñas muescas y levantamientos que parecen hechas a mano, aunque sea difícil imaginar una mano trabajando en una babosa, y mucho menos la de Piza. Como es su costumbre, esta cohorte de babosas avanza milímetro a milímetro dando la clara impresión de que no va a ninguna parte, como no sea a ponerse allí donde peatones y vehículos la aplastarán irrefutablemente; pero volvemos a caer en el antropomorfismo, porque las babosas saben mejor que nosotros por qué salieron de sus abrigos del bosque y hacen su entrada en el paradero, aunque también sea ingenuo imaginarlas tan seguras de sí mismas, pobrecitas.

—No deberías olvidarte de las arañas —me dice Carol a quien le he consultado algunos detalles importantes acerca de las babosas en el Canadá.

—Por supuesto, las arañas...

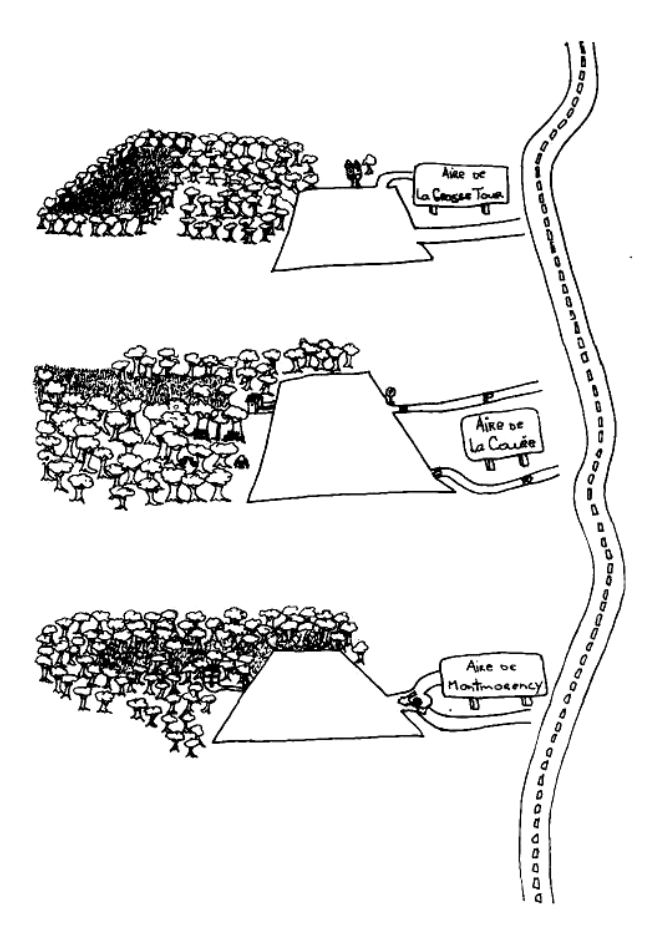
—Te lo digo porque tenes una bastante grande en el hombro.

La miro con cierta lástima, yo que he conocido las migalas de Mendoza y las arañas-pollito de Banfield, pero de todas maneras la proyecto a cierta distancia, cosa que nunca haría con las arañitas que desde el comienzo han corrido por los Horrores Floridos (les debe gustar el estampado) y por mis piernas. Con ellas, con las coccinelas y con los pequeños escarabajos peludos e inofensivos, tenemos una buena relación; no es igual con las moscas, pero hay pocas en la autopista, al igual que tábanos y avispas, estas últimas rechazadas a pura nube de insecticida, aunque los ecólogos nos condenen.

El Horror Florido tiene una palanca que permite echarse hacia atrás con fines de siesta; así, ahora, veo el árbol directamente desde abajo, la mirada puede subir de plano en plano, un poco como la libélula, desplazándose en la luz verde que tiembla levemente. Basta ese abandono, esa salida de sí mismo hacia un estado inalcanzable en la posición vertical, para ser un poco el árbol, vivir el árbol y dejar de verlo como de costumbre, eso-árbol, eso-roble o plátano o castaño; basta ser-en-el árbol para saberlo de otra manera, si saber quiere decil todavía algo. Ahora que vuelvo de esa certidumbre de pluralidad, de mundo multiforme de insectos y de pájaros (porque ellos también juegan allá arriba, pasan como grandes elefantes negros o grises o rojos entre las hojas que ocultan el casi invisible mundo de los insectos), soy el árbol como un país de inimaginables límites, superposición de ciudades flotantes enlazadas por un sistema de caminos, puentes levadizos, húmedos canales de savia, plataformas de despegue y aterrizaje, lagos de luz azul, remansos verdes,

desiertos de arena solar, circuitos cerrados o rutas mayores llevando hasta lo más alto, terminando en la frontera temblorosa de las últimas hojas, allí donde empieza el cielo.

Cartografía del país de un árbol: ¿por qué no? Bastaría una serie de fotos precisas y la paciencia de aplanar lo esférico, como Mercator, como los hacedores de portulanos, aquí el norte o el este, aquí lo alto y lo bajo, los Everest y los Mediterráneos del árbol. Imagino el mapa de mi árbol, con sus signos convencionales, su azul y su verde y su blanco, la hidrografía y la hipsometría y la orografía y por qué no su etnología (su entomología y su ornitología). Imagino al cartógrafo dibujando en la escala de la página el torbellino esférico del árbol, mostrando las rutas que del fuste central —autopista del árbol— tienden sus



bifurcaciones a uno y otro lado, escindiéndose a su vez en dos, cuatro, cincuenta, doscientos, mil ochocientos cuarenta y cuatro caminos menores que se pierden en decenas de miles de senderos, cada uno con sus campos verdes, cada hoja una parcela del catastro y en cada parcela un propietario efímero —como deberían serlo todos—, el mosquito, la araña, el gusanito, la coccinela, y hasta esos seres imperceptibles que tendrán un nombre en los tratados pero que aquí, sobre esta máquina de escribir, trazan de cuando en cuando la imagen infinitesimal de un animalito que avanza hacia las teclas, vacila en el borde, retrocede y se pierde en el primer segundo de desatención, ya olvidado, ya la nada. Sí, pero ese cartógrafo, ¿se conformaría con el mapa de un árbol después de semanas y semanas de

trabajo? Lo imagino alzando los ojos hacia el siguiente, hacia todos los árboles del paradero, de los bosques colindantes, del país, del continente, de la Tierra. Lo imagino frente a la tarea de car tografiar los árboles del mundo, las junglas del Gabón, la Amazonia, las florestas californianas, la Selva Negra. Cada árbol un mapa diferente (y efímero, pero así son todos los mapas), una invención individual de caminos, encrucijadas, pasajes y puentes. Impensable, lo sé, pero por otra parte, ¿qué sentido tendría un atlas del mundo del que estuvieran ausentes los mapas de Portugal o de Venezuela?

—Vamos —me dice la Osita—. Ya dormiste bastante, lobo perezoso.



Una fauna inesperada en el paradero de Venoy-Grosse Pierre.

DIARIO DE RUTA
Domingo, 30 de mayo

8.30 h. 15ºC

Desayuno; jugo de naranja, magdalenas, dulce de higos, café.

11.45 h. Partida. 20°C, brisa, sol tímido, algo de niebla.

Incertidumbre: los carteles anuncian que en el próximo paradero hay un hotel, pero éste no figura en nuestro mapa.
11.55 h. Paradero: AIRE DE VENOY-GROSSE PIERRE.
Bar, buffet, tienda, gasolina. Orientación de Fafner: S.E.

Almuerzo: crudités (contra el escorbuto), pollo con papas fritas, café (buffet "L'Arche").

13.20 h. Partida. El termómetro marca...
¡35ºC!
Compramos naranjas en la tienda: ¡salvados del escorbuto!
Segundo contacto telefónico con la patrulla de salvamento. Tiempo brumoso y pesado.
13.25 h. Paradero: AIRE DE LA GROSSE TOUR.
Senderos para los vehículos. Bosques, campos.
Parking más salvaje que los otros, hermoso.
25ºC.
15.45 h. 27°C. Por primera vez advertimos la presencia de pequeñas moscas sumamente fastidiosas, lo que parece confirmar que, en efecto, avanzamos hacia el sud.

Cena: Mousse d'oie aux cèpes, espaguetis (con aceite o con manteca, según los gustos), café.

Se acabó la película fotográfica. Tendremos que dibujar los dos próximos paraderos.
21 h, Este paradero, situado en la floresta salvaje y tropical de la autopista, no está exento de peligros. Por la noche comienza una invasión despiadada de hormigas feroces. Nos invaden completamente.

Donde entre otras cosas se sospecha la intromisión de fuerzas hostiles, cuyos signos son debidamente despistados, a lo que se suma un espionaje entre amistoso e imaginario del que habrá otras noticias más adelante.

Claro, no podía ser que fuéramos los únicos en interesarnos por esta otra autopista que poco a poco nos deja penetrar en sus secretos, tomándonos cariño como se lo vamos tomando nosotros a ella, y así con poco ruido y sin violencia entramos en posesión de sus caminos, senderos y lugares recónditos, y eso se asemeja al hecho de ir poseyendo a un ser amado en la cama, con caricias y miradas y murmullos que poco a poco se revelan como puertas y ventanas tras de las cuales siempre hay otras, más dulces, más bellas, y al final nadie sabe quién abre la puerta, quién es la ventana o quién tiene a quién entre los brazos. Así con la autopista: sabemos que en muchos aspectos no es lo que pensábamos antes. Coches, camiones, ambulancias pasan muy rápido y con una suavidad asombrosa, pero basta mirar bien para darse cuenta de que a veces no tienen ruedas y que no pasan por la autopista como un pie puede pasar por el suelo, dejando atrás lo pisado. No, eso es al mismo tiempo autopista, asfalto y coches, un solo ser que respira y avanza; a veces una que otra de sus partes rompe el ritmo, sale del organismo principal, y con un movimiento lateral cuidadosamente calculado para no romper el equilibrio del conjunto ni herir a otra parte de ese ser vivo que avanza con ruido y cadencia de oleaje, se desliza, se detiene en un parking, y esa decisión —que no siempre debe ser fácil porque me parece que la cosa viva que no ha cesado de pasar ante nosotros desde hace cinco días ya, extrae su fuerza de su capacidad de hipnotizar a todos y fijarlos en la autopista— es como una nueva creación de aquellos que suavemente se paran, toman forma humana, caminan, se separan de la máquina que hasta ese momento *era ellos.*

Pero ya ningún peligro para nosotros, que hemos comprendido hasta qué puntó la verdadera autopista no es aquélla, sino la paralela que sospechábamos desde hace años y que por fin vivimos (tan bien que ya nos parece perfectamente normal estar así a la orilla de la ruta, hay que sacudirse de vez en cuando para acordarse de que es una aventura y no solamente otra versión de la vida de todos los días... Vida ya bastante llena de locuras para ciertas personas, como por ejemplo los dos compadres de Julio que no sé cómo se enteraron de la expedición y supongo que vinieron en auto-stop hasta encontrarnos; y sin embargo, los que más usaron la palabra locura cuando se enteraron de nuestro proyecto, más belleza le dieron. Bien sabían en el fondo que ya era tarde para devolvernos al buen camino, camino que de todas maneras nunca hemos seguido ni el uno ni la otra, creo).



El hombrecito Michelin, una de las tantas divinidades de la autopista, reina desdeñoso sobre sus fieles.

Pero claro, están los celosos, los que sospechan, los que tienen ganas pero nunca tendrán el coraje de hacerlo, por lo cual nada les daría un placer más grande que un fracaso. Y hay *Ellos,* como siempre: ahora que ya nada pueden escuchar por teléfono, que se ha quedado mudo en casa o sonando para nadie, y que no pueden alcanzarme directamente con su espionaje (como no sé mucho de eso de instalar micrófonos secretos, cuántas veces les habré dicho por las dudas *Fuck you, friends,* mientras regaba las plantas o descorría las cortinas), deben estar enfurecidos al ver que la organización científica y doméstica de la expedición está bien establecida, y que dos minutos después de llegar a un parking ya estamos instalados, la heladera a nivel, cada cosa en su sitio y nosotros ya listos para un cafecito u otra cosa según la hora. Poco a poco, pero muy claramente, nos damos cuenta de los signos. Es evidente que no van a intervenir directamente, pero ya en el segundo día de viaje, el primer parking cerrado, ¿no era como una tentación para que renunciáramos al proyecto? ¿Los exaspera no comprender verdaderamente lo que estamos buscando, creen acaso que estamos complotando alguna reunión sospechosa en la autopista?

Tal vez no todos pertenecen a una misma organización. Cuando pasó el primer helicóptero, sobrevolando el parking al que acabábamos de llegar, pensé incluso que también teníamos amigos que nos protegen... Hay signos diversos: la botella de falso whisky en el hotel, por ejemplo. Y frente al mismo hotel, cuando para más seguridad corrimos las cortinas de Fafner antes de ir a nuestra habitación, pensando que tal vez a veces le hace falta un poco de intimidad para él solo, ¿qué pensar de esa chica con botas rojas que sin duda creía que estábamos durmiendo en el coche y que se acercó para sacarle una foto en primer plano? Se ve que andan muy mal informados puesto que no sabían dónde estábamos, pero el hecho es que la chica tomaba sus precauciones y hacía como que le estaba sacando la foto a un hombre instalado en un auto próximo, pero nosotros que la espiábamos desde nuestra habitación sabíamos que para enfocar la distancia hacia el infinito hay que girar el objetivo hacia la izquierda, en un movimiento contrario al de las agujas de un reloj, mientras que su mano se movía hacia la derecha para tomar una foto a una distancia de dos metros a lo sumo... En fin, *no pasarán*. En el fondo conviene dejarlos seguir creyendo que somos estúpidos. Ah, y los otros signos: aquellos ingleses, pero tan ingleses que evidentemente estaban disfrazados, y que se pararon como para reparar algo en el remolque de su coche. ¿Y esa tienda misteriosa que se instaló junto a nosotros en algún momento de la noche?

Más que otra cosa, nos divierten. Si no están dispuestos a vivir la misma alquimia que nosotros, nunca van a encontrar la ruta.

—Ruta, tuta —se burla Polanco sin mostrarse. Son celosos, piensan que las expediciones son para hombres solos, y que como además de mujer no soy muy grande, tendré que hacerme la delicada y no compartir el whisky, que tenemos racionado, para dejarles más a ellos. Por ahora ni se dejan ver, se ríen de mí desde los árboles, ¡qué coraje! Y la autopista se queda inmóvil, y las gentes con autos le pasan por encima.

—Se mueven —dice Calac, que tal vez me ha estado tomando un poquito de simpatía—. Hacen caminos.

—Se mueven... Ya vas a ver, se pretenden filósofos, ¿sabes por qué?

—Puro pretexto, esto de ser filósofos justifica su far niente.

—Tanto lío porque tenían ganas de hacer el amor sin teléfono ni citas ni nada.

—Nunca lo hicieron con teléfono, che.

—¿Qué sabes vos? Los malditos cierran las puertas.

De pura rabia, porque sé que dentro de unos minutos van a empezar a burlarse de mi acento argentino (¿y vos qué sabes de tangos?), decido que es hora de tomar un trago, y que no habrá nada para ellos.



Una amable babosa hace una visita de cortesía a Fafner y su tripulación, que no menos amablemente la encaminan hacia otros rumbos.

DIARIO DE RUTA
Lunes, 31 de mayo

Desayuno; naranjas, bizcochos, café.

8.00 h. Temperatura, 15°C. Tiempo nublado.
9.15 h. Partida.
9.21 h. Estamos a la altura de Vézelay, "Colline Eternelle".
9.27 h. Paradero: AIRE DE LA COUÊE.
Bosques, mesas. Posición de Fafner: S.S.E.

Almuerzo: Cangrejo saltado con arvejas y cebolla, arroz, café.

15.15 h. Fuga ante la invasión de una horda de bárbaros locuaces.
15.25 h. Paradero: AIRE DE MONTMORENCY.
25°C. Posición de Fafner: O.S.O.
17.30 h. Tormenta sorpresiva. Lluvia de gruesas gotas a pesar del sol.
Nos refugiamos en Fafner (también las moscas, ay). El termómetro pasa de 25°C a 19°C en 20 minutos.
Hermoso paradero.

Cena: Bami-goreng, café.

Una visión de Parkinglandia.

Ocho días ya en la autopista.

No: justamente la autopista es lo que falta, para nosotros no es más que un rumor a la distancia que la costumbre reduce de día en día, que hemos asimilado sin esfuerzo al agradable resonar del mar Caribe en Martinica o Guadalupe. Es cierto, no hay que dejarse llevar tan mecánicamente por una escala de valores estéticos (el sonido del mar es mil veces más hermoso que el de una autopista, etc.): a ojos cerrados, las equivalencias pueden llegar a ser hasta inquietantes. Camiones-olas, rompientes-motores... Hay en todo caso los mismos intervalos de silencio, la aproximación y el crescendo del nuevo estallido, ese diastole y sístole de un volumen sonoro ondulante, respirante, a veces insoportable como lo hemos conocido en las playas martiniquesas o en los paraderos.

Así, como cada vez parece más claro, nuestra expedición es ante y sobre todo un cabotaje de este archipiélago de parkings. Jamás lo hubiéramos creído antes, porque en el recuerdo de los viajes usuales la autopista era señora y señera. Poco a poco nos convencemos agradablemente de que nuestra expedición deriva, como la de Colón, hacia un resultado totalmente distinto del esperado. El Almirante buscaba las Indias y nosotros Marsella; él encontró las Antillas y nosotros Parkinglandia.

Porque esto es un país, cuyas provincias vamos conquistando a razón de dos por día, plantando nuestra roja bandera fafneriana, alzando la cartografía necesaria, verificando la flora y la fauna (en el parking de ayer había una tal cantidad de cuervos que por un momento creímos estar en una reserva ecológica; poco más tarde descubrimos algo peor, las hormigas, pero de eso hablaremos después).

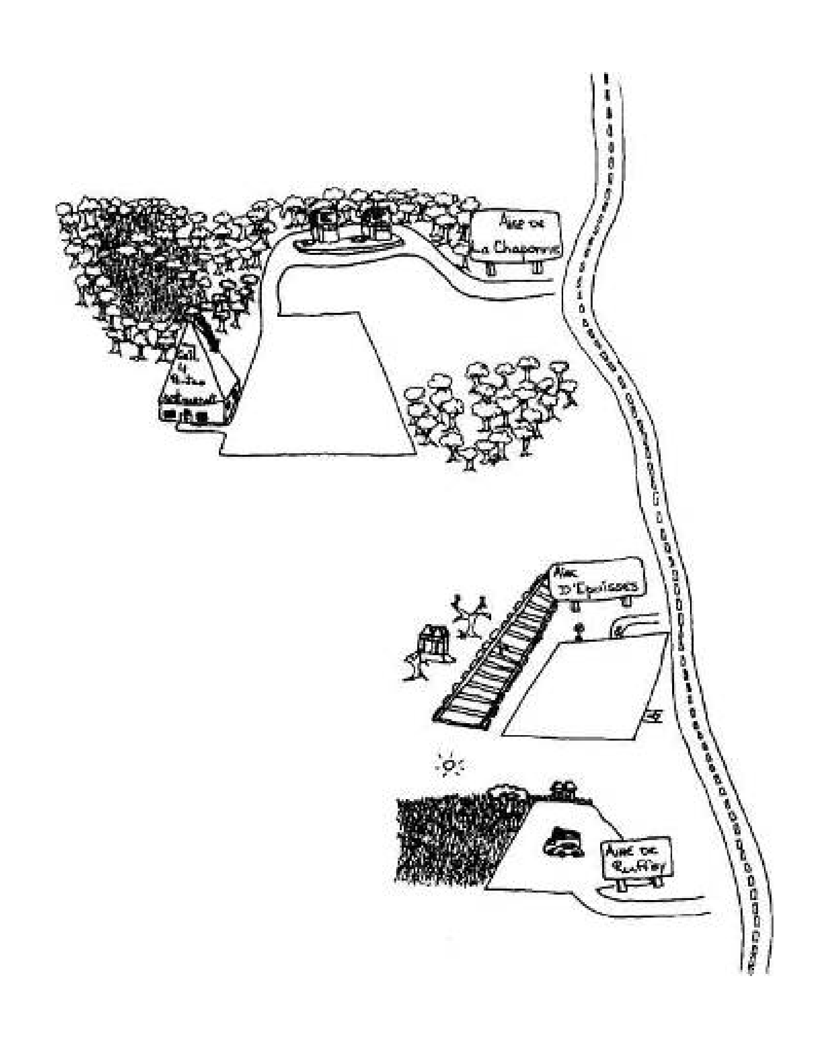
Para nosotros Parkinglandia es una tierra de libertad. Si las reglas del juego nos obligan a explorar dos provincias por día, no por eso salimos del país, y nuestro deber no nos priva del sentimiento de estar haciendo lo que se nos da la real gana. La conducta de los parkinglandeses (quiero decir los auto-pistenses que perdiurnan o pernoctan en los paraderos) no hace sino multiplicar ese sentimiento de libertad, porque preciso es decir, ay, que los pobres proceden de una manera que sin menospreciar a nadie tendemos a calificar de idiota. Uno que otro lleva en su corazón la semilla de la libertad, y entonces lo miramos con respeto, estamos dispuestos a entablar el diálogo, a prestar un abrelatas o a charlar del tiempo y la temperatura. Pero casi todos entran en el parking con el aire de los que tienen la vejiga llena o el estómago vacío, y eso no reemplaza la inteligencia ni la sensibilidad.

Mean, comen (casi siempre de pie, casi siempre sandwiches) y huyen como si el parking estuviera lleno de cocodrilos y serpientes. ¿Sufrirán de la enfermedad de Parkingson? Los únicos diferentes, como siempre, son los niños y los perros: saltan de los autos como resortes multicolores, corren entre los árboles, exploran el reino, se maravillan de las flores y los pastos, hasta que un silbido terrible o un «¡¡Henri!!» que parte el aire los devuelven tristemente a la lata de conservas donde entran con la tristeza propia de toda sardina envasada.



Los hay que saben viajar, aunque no se alejan mucho de su vehículo.

Cada vez más solos a medida que cae la noche (ya conocemos bien el ritmo creciente y decreciente de la demografía parkinglandesa), aprovechamos la última luz para recorrer cada nueva isla y asentar paso a paso nuestra conquista cariñosa. En algún momento llegamos al límite, y ese límite es un alto alambrado de púas, como en los campos de concentración. Más allá sigue el bosque, empieza un prado, se dibuja una aldea en el horizonte; más allá sigue el mundo, pero no podríamos ir hacia él aunque las reglas del juego nos lo permitieran. Y los dos sentimos ahora que por una vez las reglas del juego tienen también su lado maligno, una amarga negatividad. Parkinglandia es bella; es nuestra, somos libres en ella y la amamos. Pero su límite es el espejo de otros límites que la historia ha vuelto horribles; es como ver la imagen de Treblinka, de Auschwitz. Nos hace bien volver a nuestro dragón, sentir la inmerecida pero maravillosa felicidad de estar del buen lado de las alambradas, todavía.



DIARIO DE RUTA
Martes, 12 de junio

Desayuno: naranjas, bizcochos, café,

11.16 h. Partida llena de tristeza, porque el paradero era extraordinariamente bello.
11.22 h. Paisaje del Avallonais. (Vacas a izquierda y derecha).
11.25 h. Parque nacional regional de Morvan,
11.50 h. Paradero: AIRE DE CHAPONNE.
Gasolina, restaurante. Orientación de Fafner: S.S.E.

Almuerzo; Aperitivo "de la maison", ensalada con roquefort, brochettes con ciruelas secas, helados (café y avellanas), café.

12.55 h. Partida después del excelente almuerzo en el "Gril 4 Pentes".
12.57 h. Trabajos en la autopista, reducida a una sola vía.

13 h. Fin de los trabajos y entrada en el Departamento de la Côte d'Or. Amenaza de tempestad. ¿Tendremos tiempo de instalarnos en el próximo paradero antes de que estalle? El cielo se oscurece como en una película de Hitchcock.
13.02 h. (Nota poco legible, algo como "el. gran Pan desnudo"). Vacas a la derecha.
13.03 h. Paradero: AIRE D'EPOISSES.
Orientación de Fafner: E.
Hemos llegado a nuestro primer paradero de pesadilla: una estrecha banda de asfalto al lado de la autopista. Carol lo bautiza "Aire de la Poisse", o sea de la mala suerte, pues no sólo estamos pegados a la autopista sino que hay una tormenta de todos los diablos. Para colmo, no es tanto el fragor de los autos lo que no nos deja dormir, sino más bien el alarido del tren TGV que pasa como un avión a reacción por el viaducto justo al lado del paradero.
18.06 h. ¡37ºC! (Pero bien instalados a la sombra, no sentimos el calor).

Cena: Ensalada mixta: arroz, jamón, huevos, manzanas, pasas de uva. Cafe,

21.15 h, 18ºC.

Costumbres indígenas.

Honradamente hay que reconocer que la estupidez humana nos ayuda enormemente en esta expedición. Nadie vendió sus joyas para ayudarnos, como nos enseñan que hizo Isabel la Católica para darle una mano a Cristóbal Colón, o como esas secretarias de la Unesco que alguna vez anduvieron juntando plata para salvar a los bebés de las focas cruelmente masacrados por escandinavos sedientos de pieles o de aceite. Ningún mecenas nos tendió un cheque en blanco, y es evidente que al llegar a los paraderos tampoco encontraremos al inglés de gran corazón o al mexicano de caballeresco proceder que se apresurarán a retirar su Mercedes o su Porsche para dejarnos el único lugar con sombra. Pero no nos importa, porque en cambio somos los beneficiarios de una extraña ley no escrita, con arreglo a la cual los turistas que viajan para escapar del infierno urbano, de la contaminación atmosférica y del estrépito de las calles, tienden en abrumadora mayoría a detener sus vehículos lo más cerca posible de la autopista, prácticamente a la entrada o a la salida del parking. Felices, relajados, en camiseta y shorts, instalan las mesitas y los sillones (y la radio y hasta la televisión) al lado de sus autos, a fin de vigilarlos de cerca no sea cosa de que, ya se sabe, en estos tiempos, la criminalidad, mire lo que pasó en Poitiers, fue a orinar y a la vuelta le habían roto un vidrio, ¡y justamente el collar de perlas que era el regalo de bodas de su padre!

Si alguien no nos cree, que se dé una modesta vuelta de fin de semana por las rutas que bordean los grandes bosques de la Isla de Francia, por ejemplo Rambouillet. Estos bosques están llenos de maravillosos senderos que llevan a zonas de una tranquilidad perfecta, perfecta precisamente porque nunca hay nadie en ellas: las familias paran los autos a cinco metros de la carretera, de manera de verla bien y de paso aspirar sin tregua las emanaciones de todos los tubos de escape de los otros autos, y ahí mismo instalan sus mesas, sillas, bebés y abuelitas. En los parkings la cosa es menos masiva, la gente se anima a meterse bastante adentro y algunos hasta ocupan los mejores lugares, pero estadísticamente es fácil verificar que la mayoría sigue integrando una cinta de autos lo más próxima posible a la autopista. Carol piensa que tal vez esa gente tiene miedo del lobo, hay atavismos que mueren difícilmente, y ya se sabe, en los bosques. Yo, menos romántico, pienso simplemente que son idiotas, y que gracias a eso nos ayudan muchísimo en nuestra valerosa expedición.



Observaciones científicas sobre los efectos del gas en el agua cuando se los mezcla en un sifón.

Diálogos en la ruta.

Se van sumando los parkings como las escenas a la vez nítidas y vagas de un largo sueño, uno tras otro, las etapas y no los relojes fabricando el tiempo, anulándolo porque en el fondo estamos fuera del tiempo de la misma manera que estamos fuera de la autopista. Viviéndolo, pero ya no es el enemigo con timbres, campanillas y sellos, es el amigo transformándose en árbol cuando queremos tomar un trago o leer a la sombra, es esa especie de no-diferencia entre los parkings, todos son un espacio para vivir, y cada vez la banda asfaltada de la velocidad parece más lejana y más ajena. Ya Fafner, como si algo supiera del proyecto (y va, cómo dudar, entendiendo poco a poco lo esencial del juego, cada vez que bajamos el fuelle y nos sentamos adelante, convirtiéndolo una vez más en un auto, hace un ruido más dulce, anda durante esos diez o quince minutos de ruta como si de repente tuviera almohadas en los neumáticos, como para no molestar a todo lo cotidiano que llevamos con nosotros) se integra a los parkings como si fuera parte de un camuflaje, se acerca a los árboles, se esconde en los rincones más íntimos, y hasta sus flecos amarillos se mueven como si fueran hojas jovencitas llamando a los pájaros.

Entiendo un poco por qué tanta gente tendría casi miedo de hacer este viaje. Es que los parkings no son otra cosa que el vacío con decorado. Hay que saber llenarlos. Y a pesar de las diferencias geográficas o físicas, siempre son el mismo. Será realmente una sorpresa, creo, ver al final que hemos avanzado también según los criterios de los demás, quiero decir que habremos llegado a Marsella a pesar de la inmovilidad que nos caracteriza.

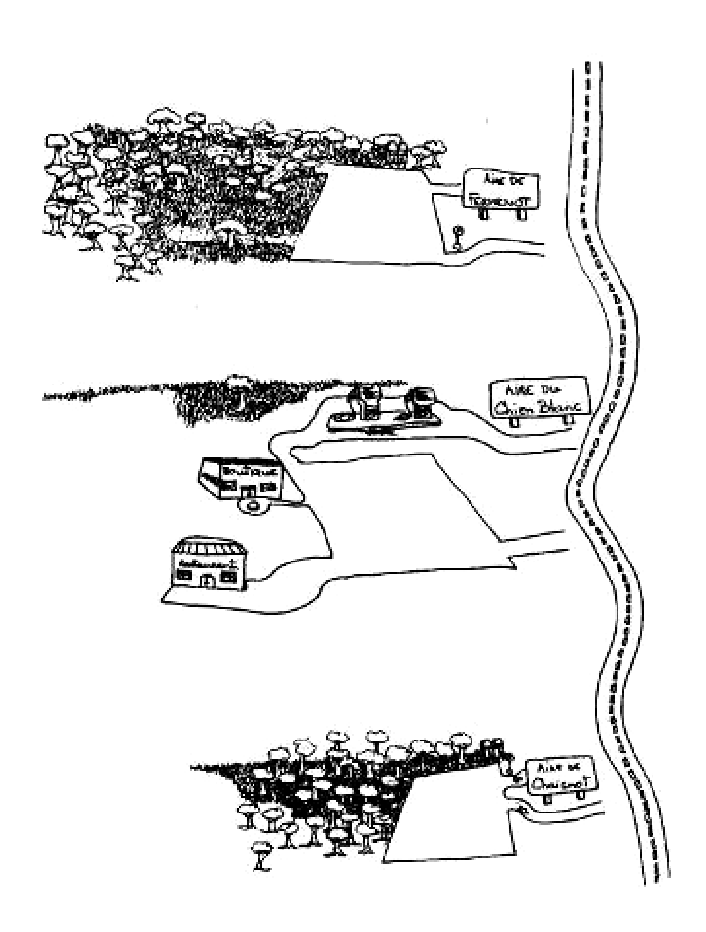
—Inmovilidad *mon cou* —dice Calac que haría bien en tomar unas lecciones de francés, y eso que me importa un bledo su pescuezo aunque sepa que está hablando de otra cosa—. Irse tan rápido de ese parking con restaurante y todo, justo cuando nosotros estábamos por comernos unas fritas.

—*Frites* —dice Polanco que toma cualquier pretexto para mostrar su cultura.

—¿Creen que es fácil avanzar por esa maldita autopista cuando uno no tiene coche? ¿Y en estos días, nosotros argentinos y los autos casi todos de su Majesty?

—Lo peor fue volver a alcanzarlos después, che. Parece prohibido pedir un «lift» por menos de cincuenta kilómetros. No se paran.

Pero sé que no volvieron a pie, los desgraciados, habrán cruzado algún puente sobre la autopista después de encontrar algún coche que subía por el otro lado. No se van a cansar tanto solamente para jodernos.



—¡Y nosotros que venimos por pura generosidad! Mirá, ni se dan cuenta de que su viaje tiene que ser muy aburrido.

Los mandaría al carajo, pero sé que será el pretexto que esperan para tomarme el pelo con lo poco que sé de tangos.

—Y ustedes, ¿qué saben de baladas escocesas?

—Ay —dice Calac, tocándose la cabeza como si hubiera bebido demasiado anoche—. ¿No se van a poner a cantar como la última vez en Borgoña?

—No hay estrellas, che. Lo hacen solamente bajo las estrellas.

Los dejamos hablar, total les cuesta poco.

DIARIO DE RUTA
Miércoles, 2 de junio

Desayuno; naranjas, bizcochos, dulce de higos, café,

8 h. 20ºC.
8.18 h. Partida, bajo una ligera bruma.
"La Borgoña, viñedos y gastronomía".
8.25 h. A la altura de Sémur-en-Auxois.
8.29 h. Paradero: AIRE DE RUFFEY.
Orientación de Fafner: S.O.
Nos instalamos a esperar la llegada de los refuerzos.
12.58 h. Llegada de Anne y Necmi, primer enlace gastronómico, estético y moral.

Almuerzo: (4 cubiertos) Brochettes, chauchas, compota... y una "baguette" fresca llegada de París.

Nota: Toda incertidumbre con respecto a la eficacia logística de la expedición queda pulverizada por los abrazos, gritos de alegría y congratulaciones recíprocas. O, para decirlo más modestamente, las maniobras de arrumaje de las cápsulas de la NASA son insignificantes al lado del éxito de una tan brillante operación. Sin hablar del almuerzo que la acompaña y que no se parece en nada a esa horrible pasta vitamínica que los pobres cosmonautas tragan después de apretar un tubo; nuestro banquete consiste en perfumadas vituallas rojas y verdes, vinos exquisitos y un crujiente pan fresco, que adornan nuestra mesa y la hacen temblar de emoción bajo su peso inhabitual.
15.10 h. 42°C.
16.04 h. Despedida de nuestros auxiliares, y partida.
16.14 h. Paradero: AIRE DE FERMENET.
Todavía más hermoso que el parking del Aire de Villiers.
Orientación de Fafner: Oeste.
18.46 h. 20ºC.

Cena: Radis-beurre con "baguette". Pollo (obra maestra de Anne Courcelles), ensalada (con "baguette"), compota, café.



Primer enlace logístico: Necmi Gurmen y Anne Courcelles nos traen vituallas frescas y alegría al paradero de Ruffey.

—¿Usted sabe cómo se hace pipí, señora?

Una luz de acuario, como la define Julio instalándose con un libro en uno de los Horrores Floridos (pero por horribles que sean, cada vez estoy más convencida que su mal gusto —cuya presencia no se debe a la perversidad de que se me acusa, sino a la falta de tiempo en esa autopista vertiginosa en que se había convertido París en las semanas que precedieron a la partida— nos protege). ¿Cómo podrían sospechar los gendarmes que gentes que despliegan con total desenvoltura un mal gusto tan visible (ya podemos camuflar a Fafner en el fondo de los bosques, apenas armamos el «salón», el naranja chillón de las reposeras debe verse desde el paradero precedente) puedan ser otra cosa que honestos y sólidos veraneantes haciendo un alto en el camino que los llevará rápidamente a uno de esos campings que ofrecen la inocente y ruidosa promiscuidad de las ciudades? A pesar de las máquinas de escribir, los libros y las siestas que se prolongan mucho más allá de las horas necesarias para reponerse de las fatigas de la ruta, esas reposeras ofrecen una visión falsa y diferente de nuestra vida, garantizándonos el anonimato esencial para el viaje, con la autopista a lo lejos como un río gris y el sol cayendo en charcos verdes en torno a Fafner.

Sería muy difícil saber, si no hubiéramos tomado la precaución de hacer la lista de los paraderos, indicando la fecha correspondiente a cada uno, desde cuándo vivimos así. Cada vez más nos damos cuenta de que estamos conquistando un territorio que podríamos llamar Parkinglandia o libertad o incluso residencia secundaria, puesto que es seguro que aquí hemos encontrado todas las ventajas de esta última, aunque el terreno sea móvil y los vecinos inexistentes o cambiantes. Es una tierra de gran silencio, tierra de tiempo que se alarga y que sin embargo avanza sin que nos demos cuenta. Y poco a poco, si es cierto que escribir es esta experiencia erótica tal como siempre la hemos conocido los dos, habría que empezar también a abrir las puertas de este libro. Salir de este tanteo, decidirnos. Escribir es siempre aceptar el riesgo de decirlo todo, incluso —y sobre todo— sin saberlo. Así como una vez que se ha aceptado la aventura amorosa no es cuestión, cuando el otro está apartando las sábanas como si descubriera una gran playa blanca y tibia, de decir: «Ah, pero yo no me quito el slip», de la misma manera, si hemos decidido verdaderamente escribir este libro, hay que decirlo todo (no en el sentido de «no callar nada», sino de darle al todo su libertad mientras se escribe).



Una irresistible invitación al jogging *en el paradero de Fermenot.*

No sólo hay demonios en la ruta, sino también ángeles; ayer encontré uno en el W.C., como si fuera un lugar para encontrarse con ellos. Un pobre angelito de sexo femenino, muy rubio, con grandes ojos redondos que iban desesperadamente de un inodoro a la turca al otro mientras sus bracitos, tendidos como alas, mantenían abiertas las dos puertas. Al oír que se abría la puerta de salida situada detrás de ella, volvió la cabeza y sonrió, no sé si porque el sol entraba a raudales al abrirse la puerta (y también el aire, pues los perfumes divinos que reinan allí donde los ángeles tienen la costumbre de flotar deben ser más suaves que el olor de ciertos W.C. de los paraderos), o porque veía en la presencia de un humano la solución de su dilema. Manteniendo siempre las dos puertas abiertas, me miró con la misma sonrisa mientras yo me lavaba las manos para asumir un aire natural (estaba muy apurada, ¿pero cómo perturbar a un ángel de la estatura de un niño de cinco años, todo vestido de blanco, en medio de vaya a saber qué meditación?), y luego, mientras me enjuagaba las manos sobre mis jeans, haciendo lo posible por no dar saltos que traicionaran lo urgente de la situación —después de todo, allí donde los demonios inspiran los actos más extravagantes, los ángeles nos incitan a permanecer dignos—, ella soltó las dos puertas y se me acercó, dando saltitos, como si hubiera leído en mis pensamientos y tuviera suficiente cantidad de sangre diabólica (se sabe cómo pasaron las cosas entre los ángeles de toda especie) para burlarse de mí, y me preguntó con una voz cristalina:

—¿Usted sabe cómo se hace pipí, señora?

¿Nostalgia de las funciones terrenales, o los ángeles tienen las mismas necesidades que nosotros? Mejor que lanzarme en explicaciones sobre la cuestión en general, le indiqué en pocas palabras lo esencial de la instalación para que la operación se llevara a cabo de la mejor manera posible, preguntándome al mismo tiempo si el blanco más que blanco de los ropajes de los ángeles se ensucia como el blanco de los mortales. Después de decidir que acaso sí, le recomendé que levantara lo más posible su falda.

¿Pensaba ella que yo se lo explicaría mejor mediante una demostración?

—Gracias —me dijo, y pensé que acaso debería ofrecerme para ayudarla, pero mi pudor no me lo permitía. ¿Acaso se puede tocar así a los ángeles?

Abriendo nuevamente una de las puertas, echó una larga mirada sobre la estructura del agujero, y sacudió luego la cabeza.

—Gracias. Creo que lo mejor es que vaya a buscar a mi madre.

Al volver a Fafner, la vi desde lejos mientras ensayaba extraer a otra mortal de un auto con matrícula de Bélgica. ¿Por qué envían a ángeles tan poco al corriente de las costumbres terrestres, y qué misiones les confían?

DIARIO DE RUTA
Jueves, 3 de junio

Desayuno: naranjas, pan con manteca, dulce de higos, cafe.

Toda una mañana de "dolce far niente" en el bosque.
13.10 h. Partida. 24ºC.
El sol cae a plomo apenas salimos del bosque.
13.26 h. Trabajos en la autopista. Nos desvían hacia la vía opuesta. Brumas producidas por el calor. Por primera vez en 12 o 13 días, vemos autos viniendo de frente.
13.29 h. Volvemos del buen lado. Avanzamos bajo un sol blanco y ardiente.
13.31 h. Paradero: AIRE DU CHIEN BLANC.
Estación de servicio, tienda, restaurante (no anunciado en el mapa): "Relais de l'Auxois". (Visto de lejos, con su grafismo particular, leemos "Relais de l'Amour", lo que provoca los celos de Fafner).
Orientación de Fafner: E.S.E.

Almuerzo: Pollo, manzanas, café.

13.55 n. Partida. 35ºC.
13.56 h. Castillo fortificado a la izquierda.
14 h. Molino de viento a la derecha.

14 h. A la altura de Autun, ciudad galo-romana. "Dijon, capital de los duques de Borgoña".
14.06 h. Paradero: AIRE DU CHAIGNOT.
Hermoso párking arbolado.
Orientación de Fafner: N.
15.30 h. Hora en que todos los autos se detienen para que los perros hagan pipí.
16.55 h. 24°C (a la sombra).

Cena: rabanitos, biftec con cebollas, ensalada, queso, cafe.



A la vista del restaurante del paradero de Le Chien Blanc, Fafner abre velozmente la puerta.

Donde se procura explicar, como si ello fuera posible, la felicidad.

Esa vieja obsesión que vuelve otra vez, leitmotiv de las alegrías y las inquietudes: el mundo no tiene dimensiones. En esas ya lejanas clases de química en la que nos explicaban pacientemente que el volumen de los gases está determinado por su continente, ¿por qué no agregaban nunca lo esencial de la explicación, es decir que tampoco el continente puede tener dimensiones eternamente fijas, que nada impide intentar la unión del infinito por las dos extremidades?



De cuando en cuando hay que lavar la ropa...

Los paraderos no escapan a la regla. Dos veces seguidas no hemos podido reprimir un breve «oh» de decepción al descubrir el terreno en el cual debemos vivir durante algunas horas o toda una noche. Una cinta de asfalto, en cierto modo gemela de la que sigue en línea recta hacia Lyon y Marsella, con la diferencia de que de este lado los vehículos están inmóviles y del otro —del que casi nada nos separa— corren a toda velocidad. Una especie de entrada de garage, pues, salvo que en lugar de llevar a él nos proyecta de nuevo y sin

verdadero cambio de dirección ni de paisaje en la autopista. Pero no por eso vamos a renunciar a las reglas del juego. Con la misma rapidez de siempre alzamos el fuelle de tela que forma el techo, instalamos las reposeras sobre la parte metálica que lo completa, verificamos el nivel horizontal del refrigerador y, como haciéndole un corte de mangas a la fealdad del paradero, abrimos la cama y tendemos las sábanas, prontos a una venganza más bien íntima. Ya no vemos autos, ni siquiera el Super-tren TGV que pasa como un avión a reacción a muy pocos metros de Fafner. Ahora hay un aposento cuya luz tamizada va bajando a medida que el cielo se cubre y que empiezan a gruñir los truenos. Un aposento que se transforma en uno, en todos los refugios clandestinos del amor. El cielo se oscurece cada vez más, la lluvia golpetea en el techo, pero nosotros ya estamos lejos; y la llama piloto del refrigerador, si alcanzáramos a verla, podría muy bien ser el fuego de una chimenea en una gran cámara medieval escocesa en la que hubiéramos buscado refugio



...y también eso se comparte.

ante la proximidad de la tormenta. Fafner se abre como nos abrimos nosotros el uno al otro, deja de ser ese espacio simpático pero estrecho en el que hay que calcular los gestos y los movimientos para no golpearse un codo o darle un puntapié al otro o volcar la caja de huevos o el transistor. No: se despliega, campo inmenso y vibrante; cómplices son estos tabiques que ceden a nuestros gestos sin romperse, y asociado íntimo este techo que se alza infinitamente cuando nuestros deseos exigen más lugar del que Fafner puede ofrecernos normalmente. Ya más de una vez habíamos comprobado que nuestros abrazos no lo dejaban indiferente. Hace algunos años pusimos en la cuenta de su juventud y de su inexperiencia el único desliz que le conocimos: buscando sin duda vivir las cosas de la misma manera que nosotros, se dejó llevar con un tal arrebato a su goce que la puerta trasera se abrió de un solo golpe y bruscamente nos encontramos bajo las estrellas en el momento más inesperado.

Pero el dragón ha madurado después de eso, y pienso que las puertas no volverán a abrirse bajo el impulso de su alegría. Este largo viaje en el que nada nos impide buscarnos constantemente lo ha apaciguado y agrandado. No podemos negar que se llena, se extiende, se colma de deseo, ofreciéndonos una resistencia allí donde la buscamos, protegiéndonos de miradas indiscretas y al mismo tiempo haciéndose muy pequeño en torno de nosotros, quizá para sentir mejor el mínimo estremecimiento del deseo que irrumpe. Quizá, también, para mostrarnos que en esas condiciones el espacio carece efectivamente de límites.



El producto final de un valiente esfuerzo.

Como tantas veces ya, la primera ojeada resulta ser engañosa. Lo que nos había parecido un alto concebido sobre todo para las vejigas impacientes y, en el peor de los casos, para que los conductores pudieran cambiar un neumático con menos riesgo que en la autopista, nos revela sus secretos después de la siesta, bajo un sol cálido y franco.

Del lado más alejado de la autopista (es decir, a cuatro o cinco metros), Julio descubre una mínima hondonada, un rinconcito de verdura en la que podemos instalar las reposeras, leer y beber nuestro aperitivo. Aunque la autopista de los demás parece terrible y hasta peligrosamente próxima, poco a poco nos damos cuenta de que está siempre muy lejos, que ya no podrá alcanzarnos como lo temíamos al comienzo de la expedición. O bien la locura se agrava, o realmente entramos poco a poco en este espacio sin límites gracias al cual y más allá de las primeras apariencias se dibuja una segunda realidad que nos permite

decir, exhaustos y fatigados y felices, mientras Julio nos sirve borgoña blanco muy helado a las cinco de la tarde, y mirándonos con una sonrisa llena de serenidad:

—¡Qué bien estamos aquí!

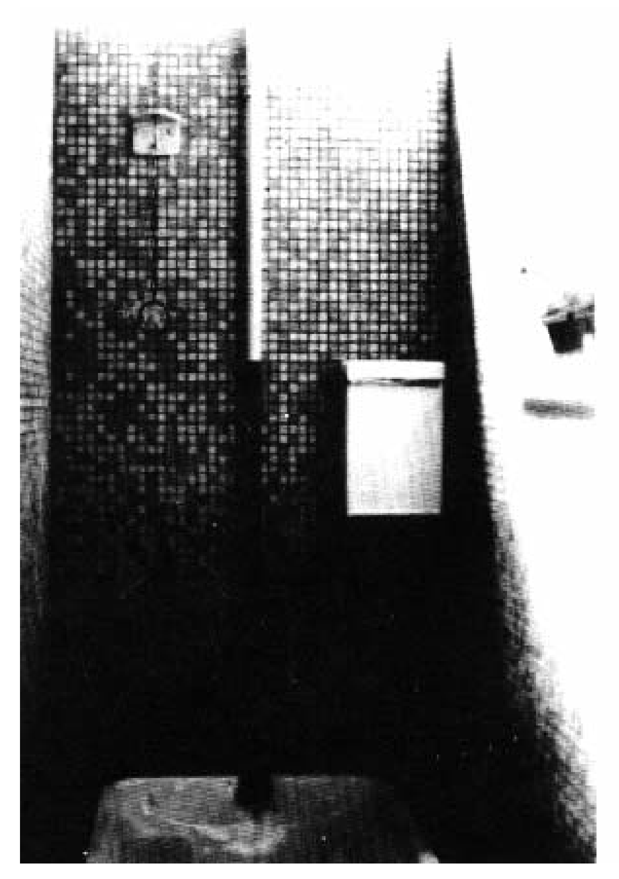
De cómo somos ya un espacio sin límites donde cristaliza la realidad.

Si hay millares de kilómetros entre París y Toronto, donde habita Diana Cooper Clark, hay millares de kilómetros multiplicados por una distancia misteriosa que no se puede calcular en kilómetros ni millas, entre Toronto y el paradero de Chaignot en el que estamos ahora. Distancia que se complica por el hecho de que Diana está de golpe incluida en el viaje, más próxima a nosotros que la aldea y sus habitantes que percibimos a diez o quince minutos de marcha (este breve paseo es impensable, y la distancia por tanto absoluta, sin hablar de una separación total de las mentalidades: Vaya a saber cuál sería la reacción de uno de esos agricultores borgoñones cuyas chacras tienen un aire tan hospitalario, si por casualidad se acercara a la valla mientras saborea el fresco vespertino y que empezáramos a charlar con él diciéndole: «Qué lástima que no podamos visitar su aldea, pero, usted comprende, no tenemos derecho a salir de la autopista antes del veinticuatro de junio...» ¿Se alejaría moviendo la cabeza y diciendo: «Ah, estos parisienses, son más chiflados que la luna»? ¿O creería que nos burlamos de él? ¿Reaccionaría con consecuencias imprevisibles y posiblemente graves?).

Diana forma parte del viaje pero no sabe nada, y he aquí que de golpe algunas circunstancias que sólo han sido sentidas como leves gotas de realidad apenas separadas de lo cotidiano desde hace diez o doce o dieciocho meses, cristalizan ahora, primeramente en una entrevista que le ha hecho a Julio y que acabo de leer, en la que el entrevistador se muestra tan interesante como el entrevistado, y en segundo lugar por la entrada de Diana —que, como ya lo dije, está tan lejos que no puede tener la menor idea de nuestra loca aventura— en este libro, o en lo que será acaso un libro, y eso a causa de una respuesta que ha sabido provocar en Julio y que me da vueltas en la cabeza desde hace algunos minutos como una imagen del viaje al revés (o de costado, o tal cual: impresión de un hilo finísimo y casi imperceptible, a la que se suma una sensación de oportunidad total que me persigue). Citando a un filósofo indio que no nombra (¿existe, o la «cita» no es más que la perfecta ilustración de sí misma?), dice: «Cuando se miran dos objetos separados, se empieza a observar el espacio entre los dos objetos, y se concentra la atención en ese espacio, entonces, en ese vacío entre los dos objetos, en un momento dado se percibe la realidad.»

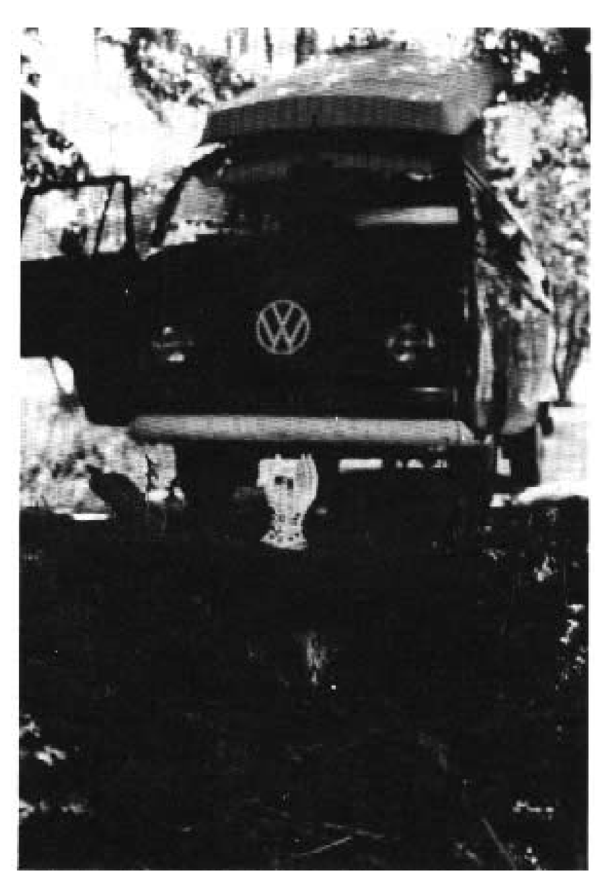
Me imagino que las ciudades, sobre todo cuando se las reduce a dos puntos sobre el mapa por razones prácticas, pueden representar los dos objetos, y el trayecto entre ambas representa el vacío que las separa. Desde hace una semana y media, París y Marsella, sin que necesitemos buscar circulos más o menos importantes en los mapas de rutas, sólo son

los dos polos abstractos que permiten descubrir el espacio que las separa, y percibir en él (y vuelvo a Diana para agradecerle que también haya hablado de *cenestesia,* palabra que sin haberla olvidado había relegado al granero de la mente donde se amontonan las palabras que tan útiles han sido para estudiar a los demás pero cuya aplicación a la vida descuidamos, incluso si lo que vivimos es su fiel representación), por una lenta y paciente mediación en todos los sentidos, una realidad que nos hubiera sido imposible entrever sin esa eliminación, en cierto modo, de la partida y de la llegada.



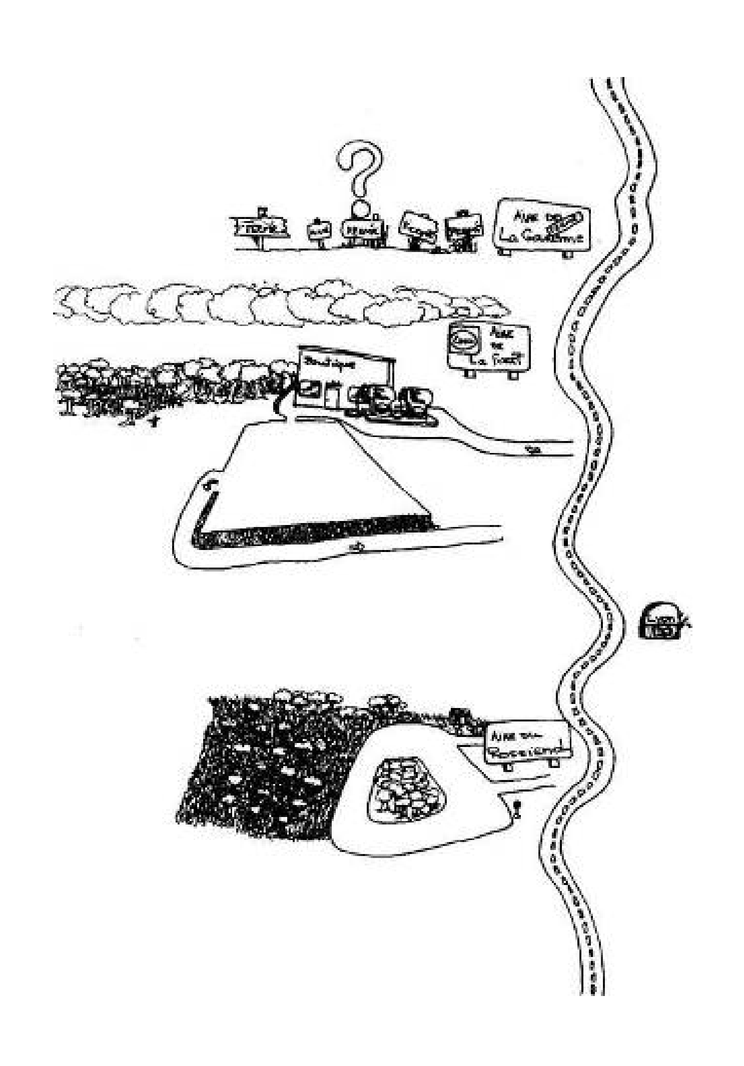
Aporte documental: W.C. típico. (Paradero de Chaignot.)

Cuanto más avanzamos, mayor parece la libertad de que gozamos. Y no, de ninguna manera, porque nos estemos acercando a Marsella. Al contrario, probablemente el hecho de habernos alejado del punto de partida y de haber perdido de vista a la vez y completamente el *fin* del viaje, es lo que da esa calidad. Poco a poco aprendemos no sólo a mirar el espacio del que hablaba el hipotético filósofo indio, sino a *serlo* con todo lo que somos. Y este espacio entre los objetos, desde el momento en que la mirada los deja fuera, a un lado y otro de su campo de visión, ¿no es por definición sin límites?



Inocente y temeroso, el dragón contempla las manos que surgen de la tierra en el paradero de Chaignot.

En el mismo momento Julio alza la cabeza, escucha, y previene a Fafner: *Attenti!* Ese ruido que ha escuchado, ¿es el gruñido de un rinoceronte o quizá más bien de un hipopótamo?


Boutique

Osifa sola en el bosque (suite).

A la entrada del verdadero bosque hay un perro invisible atado a un árbol por una trailla roja que alguien ha tenido la precaución de sujetar con un doble nudo. Sólo habría de comprender su verdadera función después de haber seguido el sendero que avanza en el bosque, lejos, tan lejos que súbitamente tengo miedo. Me envuelve la sombra, y el sendero se aleja hasta el infinito bajo árboles inmensos. Tras de mí, nada: otros árboles, como si incluso volviendo sobre mis pasos sólo pudiera hundirme más en la penumbra. Sin embargo me acuerdo perfectamente del paisaje de este lado visto en el momento de salir de la autopista: un bosquecillo de árboles de poco follaje, como se encuentran con frecuencia al borde de los paraderos. Un bosquecillo que daba, al cabo de una veintena de metros, sobre un campo. Y sin embargo sigo avanzando sin percibir el final de esta floresta antigua y tupida, cuya sombra sólo se ve cortada aquí y allá por manchas de sol que se filtran en el denso follaje. No oigo el ruido lejano de los autos que nos acompaña desde hace ya tanto tiempo. Apenas si mis propios pasos dejan oír un ligero deslizarse en la maleza.

Lo prohibido. Sé que ninguna valla me ha cerrado el paso, y sin embargo... ¿Llevarán los demonios la perversidad hasta el punto de apostar a cerberos *invisibles* en la entrada de los pasajes prohibidos?

Con el pretexto (¿para quién? ¿Dialogo con un doble que juzga?) de hacer un poco de ejercicio, vuelvo a la carrera: salir de esa sombra amenazadora. Sólo me detengo al ver al viejo y bondadoso Fafner instalado plácidamente al lado de Julio mientras éste teclea furiosamente en la máquina de escribir. Nada ha cambiado. Apenas la luz, un poco más baja. Y sin embargo el peligro estaba próximo, era real, espantoso. (Otra explicación posible: los propietarios del rinoceronte subestimaron su fuerza, y él se los comió antes de emprender la fuga. Bien merecido se lo tienen, si creían poder domesticar a un rinoceronte con una correa de cuero rojo digna de un pekinés parisiense. Pero sospecho que el rinoceronte, a pesar de su aire feroz, se inclina a ser vegetariano.)

DIARIO DE RUTA
Viernes, 4 de junio

8 h. 18°C. Tiempo nublado.

Desayuno: naranjas, bizcochos de almendras, café.

11.25 h. Partida. Sol, 24ºC.
11.27 h. A la izquierda, aldea y castillo del siglo XII.
11.28 h. A la derecha, el Canal de Borgoña, que franqueamos valientemente.
14.29 h. Una barcaza avanza por el canal tan lentamente como nosotros. Pensamos en Bevinco, la barca de Jean Thiercelin.
11.39 h. Cruzamos el canal por segunda vez.
Viaducto de Pont d'Ouche.
11.32 h. ¿Un paradero anulado?
11.34 h. Efectivamente, nos han cerrado el paradero (trabajos de renovación y agrandamiento.)
¿Sabotaje?
Una pendiente muy dura.
Bosque patrimonial de Bligny s/Ouche.
11.40 h. Paradero: AIRE DE LA FORET.
Tienda "3 étoiles".
Orientación de Fafner: S.S.E.
12.45 h. (aproximadamente): Visión en el W.C. (cf. texto).

Almuerzo: sandwiches de paté, carne (steak) fría, cebollas, tomates, compota, café.

13.15 h. 30ºC.
22.48 h. Se diría que todos los demonios del infierno se han lanzado contra Fafner. Resistimos mientras la tempestad ruge en la noche. Granizo, relámpagos, truenos, lluvia diluviana, no falta nada.

Cena: escalopes de ternera al limón, porotos verdes, helados, café.



Dominada por la glotonería, la Osita saborea dos helados (frambuesa y pistacho).



La mirada que anuncia algún descubrimiento científico de importancia.

De la lucha titánica que libraron los exploradores contra un enemigo cuyas armas son el silencio y las tenazas.

Jamás pretenderemos que esta expedición, por más riesgos y azares que presente, pueda compararse a la que Werner Herzog imaginó (o sea, puso en imágenes) en *Aguirre, o la cólera de los dioses.* Aquí no hay indios ni flechas untadas con curare, y mucho menos monos; para decir toda la verdad ni siquiera hay españoles como en la película, porque en este viaje lo único que vamos encontrando hasta ahora son ingleses en cualquier cantidad, seguidos de cerca por alemanes y belgas, todo eso aparte de los aborígenes que de alguna manera dan la impresión de borrarse frente a este aluvión internacional. Si analógicamente pensamos que los franceses son los indios de esta autopista, hay que reconocer que proceden con suma discreción y que tienden a hacer pipí lo más rápido posible, comer un sandwich y volver a sus piraguas Renault o Talbot como si lo que pasa afuera los aterrara considerablemente. Madre querida, ¿siempre han viajado así? ¿Cómo hizo Jacques Cartier, oh dioses? ¿Y Bougainville? Estas gentes vernáculas que encontramos en los parkings no parecen capaces de descubrir ni siquiera un café en el barrio latino; es cierto que también ahí los espantaría la clientela de variados metecos que planta sus pendones en dichos lugares de esparcimiento. Por todas esas razones y a manera de síntesis, podemos concluir que nuestro lento avance del septentrión al meridión se cumple sin aviesas emboscadas, trampas letales, ingreso inoportuno de leopardos, serpientes u otras de las muchas calamidades que llevaron a Lope de Aguirre a matar a todo el mundo, su hija incluida, antes de perderse en el Orinoco envuelto en mosquitos y monos.

Sí, pero tal vez sería el momento de hablar de las hormigas.

Como todo el mundo sabe, la hormiga es un animalito encantador cuando uno se lo encuentra evolucionando sobre una mesa o tratando de escalar el tobillo de nuestra tía. Habría que ser infame para ensañarse contra una hormiga, que sólo nos morderá si tratamos de apretarle la cabeza entre los dedos. A nadie aprecio más que a una hormiga, insecto paradigmáticamente laborioso, Maeterlinck, Fabre, etc. El único problema es que, como los nazis y los fanáticos del *rock'n roll*, las hormigas no vienen nunca solas sino en avasalladoras multitudes, y el encanto de lo individual se diluye en el horror de la masa bruta, exactamente como nos pasó anoche cuando al disponernos al reposo en la tibia y acogedora barriga de Fafner, descubrimos que los industriosos insectos en cuestión habían trepado por los neumáticos para introducirse en espesas legiones hasta invadir todos los rincones invadibles del dragón, que los tiene abundantes, y que mientras unas setecientas

cuarenta intentaban acabar con un pan de manteca, varios miles proliferaban del lado del salame, las galletitas saladas y las seis bananas compradas ese mismo día con la intención de hacer un rotundo arroz a la cubana.



La Osita compra horrores, pero hay que ver cómo se divierte con ellos.

Ignoro si Carol profirió el grito entre angustiado y rabioso que es de rigor en estos casos, y si yo lo subtendí con una de esas puteadas que han hecho mi fama desde tiempos ya venerables; sé que comprendimos instantáneamente el peligro, que procedimos a un número coreográfico frente al cual la mejor secuencia de Fred Astaire hubiera parecido un



Fafner a la hora del café.

inane pataleo, y que en pocos minutos le bajamos la cresta a gran parte de los malvados atacantes. Justamente orgullosos de tan aplastante (nunca mejor dicho) contraofensiva, decidimos recompensarnos con un *nightcap* debidamente embotellado en Escocia antes de embarcarnos hacia esa Citerea en la que, contrariamente a la opinión de eminentes helenistas, Afrodita y Morfeo alternan sus ritmos dorados a lo largo de la noche.[1]

Casi inútil agregar que apenas habíamos acabado de deslizarnos en la cama, sentimos en regiones más bien proclives al prurito las tenazas de cinco o seis hormigas indignadas al advertir que las desalojábamos de la blanca estepa donde divagaban en plena autosugestión siberiana. Matarlas fue fácil, por aquello de negro sobre blanco, pero lo que no sabíamos era la latente presencia de legiones de reserva, agazapadas en rincones poco visibles del dragón. Así fue cómo Carol, que hacia las tres de la mañana entró en uno de sus extravagantes intermedios de insomnio que la llevan luego a dormir de un solo saque hasta las nueve y media, descubrió que a lo largo del filete de plástico que subraya la ventanilla situada de su lado de la cama, las hormigas habían iniciado una procesión acaso religiosa pero no menos inquietante en la medida en que se encaminaban hacia los pies de la cama, o sea la parte de la cama donde teníamos los pies. Dulce, discreta como siempre, Carol no me despertó; su sentido del sacrificio combinado con su insomnio la hizo pasar dos horas con un dedo en el aire, que dejaba caer suavemente sobre cada nueva hormiga que cruzaba por el reborde, hasta que la procesión perdió su empuje místico o ella se quedó dormida. Por la mañana encontramos todavía diversos individuos que, aniquilado ya por completo el espíritu militar, se dedicaban a describir jeroglíficos erráticos en el piso, el techo o las almohadas.

Ruda había sido la lucha pero hoy, casi una semana después, podemos asegurar que sólo siete u ocho hormigas se agazapan todavía en Fafner. Como se ve la autopista no es un lecho de rosas; de no haber reaccionado a tiempo, acaso los policías que circulan en los parkings hubieran tenido la horrenda sorpresa de encontrarse con nuestros esqueletos, sin hablar de la manteca enteramente consumida. Triunfamos porque conocíamos la táctica de estos nefastos insectos, que consiste en crear el pánico en el enemigo a base de precipitaciones masivas. Bien lo dijo aquel traductor de la Unesco que, debiendo poner en español la frase siguiente: «Comme disait feu le Président Roosevelt, rien n'est a craindre hormis la crainte elle-même», produjo la memorable versión a la que acaso debemos la vida: «Como decía con ardor el presidente Roosevelt, el miedo a las hormigas lo crean ellas mismas.»

---

[1] Es cierto: las diadas clásicas son Afrodita/Ares e Hipnos/Tánatos, nunca Afrodita/Hipnos, salvo en Fafner, tal vez porque está más cerca del Walhalla que del Olimpo.



Donde se ve que la sociedad de consumo no pierde el tiempo en la autopista.

Un paradero cerrado. — Otro donde al mismo tiempo se venden Budas, y Eros propone sus ceremonias.

El viernes poco antes de mediodía abandonamos con tristeza el paradero de Chaignot, hermosísimo parking arbolado donde nos hubiera gustado pasar un día o dos más trabajando, leyendo, escuchando música, dejando fluir ese tiempo fuera de los relojes que nos da una paz tan grande. Lo lamentábamos especialmente porque el mapa de la autopista nos prometía una jornada muy poco agradable: un primer paradero que no entraba siquiera en el verdor de una floresta borgoñona, y un segundo en el que se anunciaba una estación de servicio. Sabíamos por experiencia que el primero podría no ser más que una vía paralela a la autopista, sin protección contra el ruido ni contra el sol (que, a medida que avanzamos hacia el sud, calienta más y más), y que tampoco nos ofrecería la posibilidad de instalarnos tan cómodamente como nos hemos acostumbrado a hacerlo. El segundo, por su parte, prometía no ser más que un charco de asfalto cuya monotonía sólo se vería rota por los tanques de gasolina y la sombra de los camiones pesados detenidos en torno, un paradero en el que dormiríamos casi en las mismas condiciones que en un terreno de supermercado.

Pero mucho antes de emprender el viaje habíamos decidido que no haríamos trampas, o por lo menos muy pocas, y nos dijimos que si la experiencia no era agradable, acaso resultara divertida. Después de todo, después de tantos paraderos en los cuales, para llamar las cosas por su nombre, la habíamos pasado padre, el lector podría preguntarse por qué, si queríamos vivir un mes haciendo *camping,* era necesario armar todo este teatro. Acaso hubiera sido tiempo de que nuestros dos intrépidos exploradores tuvieran que afrontar las angustias que cuadran a tan peligroso viaje.

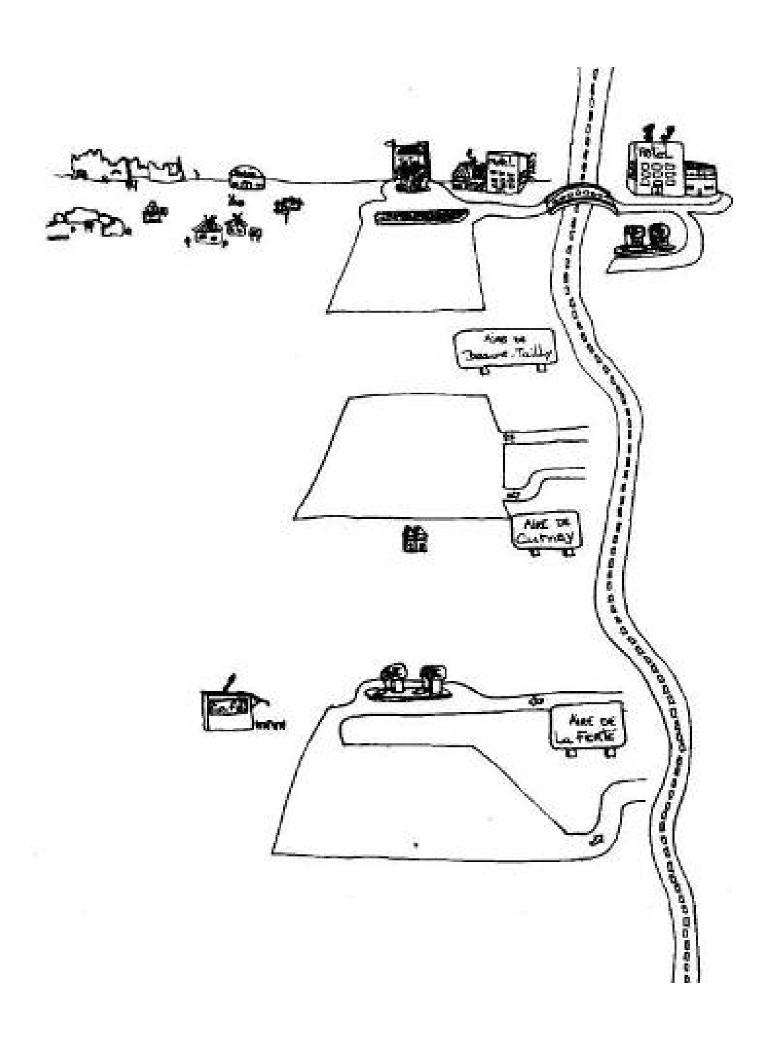
Ni el uno ni la otra hubieran llevado esta disposición de ánimo hasta el masoquismo, y cuando a las 11.32 percibimos una P cubierta con una especie de toldo, sentimos algo así como un cosquilleo en el estómago. Quizá eso no quería decir nada, pues en verdad no habíamos visto la P, pero el instinto nos llevaba a reconocer la forma y las dimensiones de los carteles que anuncian los paraderos. ¿Tendríamos que pasar todo el día y toda la noche en las cercanías de una horrible estación de servicio? (Ya nos había sucedido cuando el primer sabotaje, en el segundo día de la expedición; pero ésta era todavía muy joven y sabíamos que muchos hermosos paraderos nos estaban esperando más adelante, mientras que ahora, al término de dos semanas de autopista, teníamos la certidumbre de que cada día

nos acercaba a una región en la que la mayoría son malos, por lo menos según nuestros recuerdos.)



Usted pone esto en su auto, y no le queda más remedio que ser feliz.

11.34 del viernes 4 de junio. Estamos a la altura del parking, que efectivamente está cerrado aunque lo ocupe un ejército de hombres vestidos de amarillo naranja que trabajan entre montañas de ripio y arena. La próxima vez que pasemos por aquí esto será un gran paradero en el que resultará agradable detenerse; pero por el momento ha cesado de existir, como una estrella de cine a la hora de su *lifting* o su inyección anual de silicones. El próximo paradero —el de los tanques de gasolina— tendrá que valer por los dos.



11.40: Nos cuesta reprimir un ligero estremecimiento a la vista del gigantesco P/1000 m., que se va acercando al parabrisas. La autopista, que no tenemos la impresión de recorrer con frecuencia, tiene por lo menos a esta altura la ventaja de ofrecer una espléndida vista sobre hermosos paisajes. Viajamos a 30 o 40 kilómetros por hora después de haber sobrepasado el paradero cerrado, como para hacer durar el verdor que se tiende hasta perderse de vista a uno y otro lado de la autopista, buscando prolongar ese no estar en ninguna parte que de pronto parece tan agradable. Pero Fafner, apenas se aprieta el acelerador y por más discretamente que se lo haga, avanza inevitablemente hacia lo que hay delante de él, y no hacia los lados donde reina ese paisaje que jamás habíamos mirado tan bien en el curso de nuestros viajes precedentes. Pese a nuestro amor por esta región, sabíamos entonces que su papel inmediato era el de dejarse atravesar lo más rápido posible. Es así; cuando se va de veras hacia las landas y el tomillo uno olvida que también se puede apreciar la dulce ondulación de una Borgoña de verdes innumerables, los campos de alfalfa, las vacas que parecen esperar a algún paisajista del siglo diecinueve.



¿Qué más puede pedirle usted al mundo moderno?

Fafner avanza, pues, a pesar de los votos silenciosos que formulamos a dioses que evidentemente no viajan por la autopista, para que esta aceleración se haga al revés. P/200 m. Ya llegamos. Y damos las gracias a quienes han cerrado el primer paradero y nos han forzado a aceptar esta pequeña trampa. (¿De dónde viene la sensación de que si no hubiéramos estado tan contentos de escapar al primer paradero, que respondía desde todo punto de vista a nuestra sospecha negativa, esto hubiera sido más honesto?) Para nuestra sorpresa, el paradero es uno de los más hermosos que hemos visto hasta aquí. Senderos casi íntimos entran en un gran bosque, y Fafner se interna en ellos con un instinto que no se equivoca. Es cierto, a la entrada del parking hay una super-estación de servicio, una tienda donde se puede comprar de todo, por ejemplo un Buda de porcelana y de un metro de alto, o un oso de juguete gigantesco que vale la módica suma de 850 francos, y también café, sandwiches calientes o helados. Pero detrás está la floresta con sus senderos secretos y umbríos, y un lugar ideal para instalar al dragón.

Eso podría haber sido todo, las comidas saboreadas bajo los árboles, la larga siesta con la brisa que nos acariciaba apenas a través de las cortinas, la sabrosa *baguette* descubierta como por milagro en la tienda, y hubiera sido ya mucho para una sola jornada. Sólo el azar nos hizo entrar en el verdadero secreto de la sorpresa, que será quizá objeto de otro texto cuando su efecto haya madurado en algún rincón de mí.

Llegó el momento en que deberíamos decidir si lavaríamos los platos junto a Fafner, sirviéndonos del bidón de Jean, o en las instalaciones sanitarias que veíamos a la distancia. Ignorábamos si habría allí un lavabo exterior que facilitara el enjuague de las tazas y los vasos.



Paradero de La Forêt: las instalaciones sanitarias donde tuvo lugar la visión.

—Iré a ver, y decidimos después.

—No, déjame a mí —dijo Julio.

—Lo haré yo, porque de todas maneras tengo que ir allá.

Tomo el sendero que pasa por un bosquecillo, en dirección del W.C. ultramoderno que apenas distinguimos desde el lugar donde nos hemos instalado. A unos veinte metros observo que las puertas de ambos lados están abiertas, pero cuando avanzo otros cinco pasos me quedo petrificada. No sólo porque en la puerta plenamente abierta del lado de las mujeres veo para empezar unas nalgas, y en especial la sombra que las divide puesto que allí se concentra sobre todo la luz del día que entra a raudales; y ni siquiera porque después de haberme dado cuenta de que se trata efectivamente de unas nalgas desnudas, descubro que son hermosas y blancas y firmes, y que en el hueco de la puerta se dibuja perfectamente un cuerpo de mujer esbelta, graciosa, vagamente inclinada hacia adelante en un gesto robado a alguna pintura simbolista; no, lo que provoca la segunda y verdadera sorpresa de la jornada es comprobar, con una mezcla de admiración y de nostalgia inexplicable, que lo más intrigante son las medias negras que ciñen las largas piernas como suspendidas sobre tacones altos, y las ligas igualmente negras que las ajustan.



Detalle científico de nuestra instalación en el paradero del Rossignol.

DIARIO DE RUTA
Sábado, 5 de junio

8 h. 20ºC.

Desayuno: Naranjas, bizcochos de almendras, café,

9.06 h. Partida.
9.11 h. Alturas de Bossey-en-Chaume. Altitud: 565 metros.
9.16 h. Paradero: AIRE DU ROSSIGNOL.
Vista panorámica.
Orientación de Fafner: N.N.E.
12.30 h. 36°C.
12.32 h. Partida.
12.33 h. A la altura de Beaune.
12.43 h. Paradero: AIRE DE BEAUNE-TAILLY.
Orientación de Fafner: S.S.E.

Almuerzo (en el "bistrot" del paradero): sopa (solamente Julio), carrito de "hors d'oeuvre" (Carol), boeuf bourguignon, quesos de la región.

17 h. 57ºC (al sol), lo que no nos ha impedido explorar, como intrépidos expedicionarios que somos, el "arqueódromo".
El paradero es el más gigantesco que hayamos visto hasta ahora.
Pasamos la noche en el motel.

Cena: olvidamos anotar el menú.

Donde los exploradores se sumergen en el pasado y se encuentran —nuevos Dantes— con Julio César, Eugenio Süe y Vercingétorix.

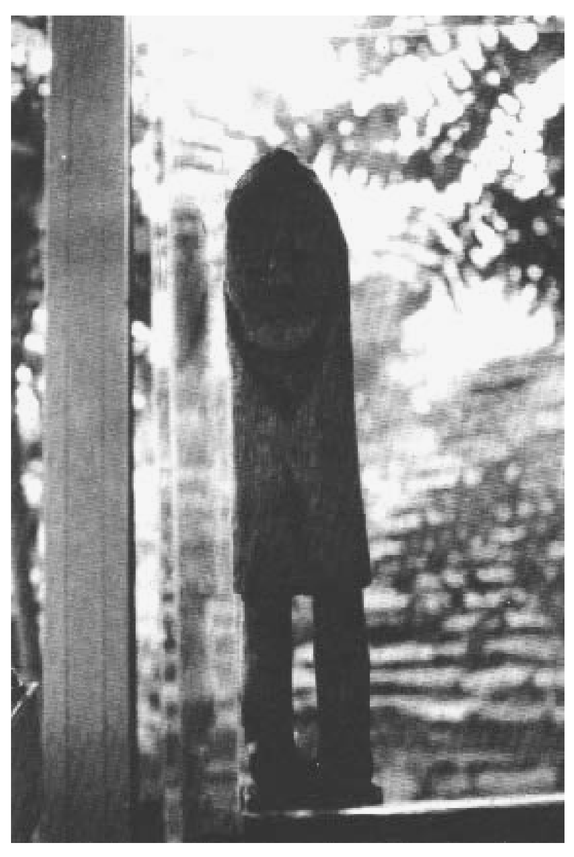
Toda expedición supone que de alguna manera Marco Polo, Colón o Shackleton no habían perdido del todo al niño que llevaban dentro. El mío, en todo caso, está sumamente avispado y despierto a la hora en que cada parking le abre su cola de pavorreal (a veces un poco desplumada, a veces irisada y suntuosa) para llenarlo de maravilla, gusanos, hormigas y camiones con leyendas llenas de encanto, como por ejemplo el de la SOPA SPEEDY que acabo de ver pasar mientras termino esta frase.

Hoy es el paradero de Beaune-Tailly (+ motel, ¡oh delicia!), donde el cartel que subraya su nombre como en todos ellos dibuja además una extraña palabra que entra sigilosamente en la caverna de lo imaginario: ARCHEODROME, Arqueódromo. Pero como el niño es el padre del hombre, empezamos por instalarnos en el motel, donde una habitación pasablemente burdelesca nos envuelve en penumbra morada, luces equívocas, bañadera invitándonos a sentirnos delfines entre la espuma perfumada, y la siesta que sigue a todo eso, la del amor que es la más honda de las siestas allí donde los cuerpos entran en su reposo de hermanos siameses, brazos y muslos y manos cruzándose, imbricándose en la pérdida final de toda identidad, nirvana de almohadas confusas, de atorbellinadas sábanas.

Cuando llegamos al Arqueódromo, cuyas inquietantes siluetas se recortan como una fractura total en este tiempo uniforme de gasolineras, tiendas de víveres y playas de estacionamiento, la primera impresión de entrar en un museo nos hace sonreír; el anacronismo histórico parece casi una tomadura de pelo en este continuo hasta ahora sin sobresaltos, puesto que después de pagar la entrada iniciamos un recorrido que partiendo del neolítico borgoñón culmina en la epopeya nacional del sitio de Alesia y el enfrentamiento decisivo entre Vercingétorix y Julio César, que aquí parecería más bien el de Asterix contra Marcello Mastroiani.

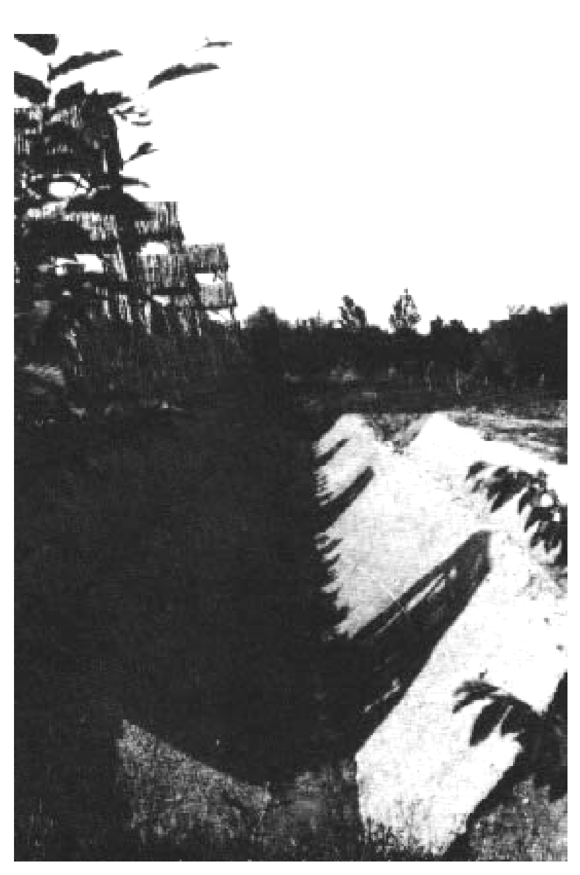
Pero el niño vela, empieza a recorrer con creciente maravilla las reconstrucciones de chozas, de túmulos, de cultivos, para llegar por fin a las altas defensas del campo romano entre la ciudad sitiada y la retaguardia del invasor amenazada por la coalición de las tribus galas que acudían al llamado de Vercingétorix. Un «video» nos mostrará entonces las etapas de la lucha, en la que el genio militar de César triunfa de enemigos desordenadamente superiores. (Contra su voluntad pero obligado por una lógica aplastante,

el locutor admite paso tras paso las razones por las cuales las águilas romanas aplastarían a los pre-franceses.)



En el museo del Arqueódromo (paradero de Beaune-Tailly), esta imagen del pasado tiende a cerrar los ojos frente a la autopista.

Es entonces cuando empiezo a vivir de otra manera todo lo que he visto y oído esta tarde, cuando el niño sale de casi sesenta años de sueño y vuelve a entender a su manera los episodios que le están mostrando y narrando. El libro era una edición de Sáenz de Jubera, con la traducción de *Los hijos del pueblo,* de Eugène Sue: dos volúmenes de gran formato a doble columna, que durante un mes me sumieron en un recorrido fabuloso de la historia de Francia desde los druidas hasta, creo, Napoleón III, pasando por los reyes merovingios, Juana de Arco, las guerras de religión, la revolución y el imperio. De todo eso, que también hubiera podido recordar en otros museos (tantas veces he revivido fragmentos por pura asociación de ideas), la conquista romana de las Galias se me impone hoy *in situ,* con la doble fuerza del recuerdo y de su evocación en el terreno mismo de su terrible epílogo. No creo que la batalla de Alesia figurara en la novela de Süe, pero sí el despertar de los galos ante la invasión extranjera, y la gesta desesperada de Vercingétorix por imponer la razón de la libertad frente a la máquina romana avanzando legua a legua como avanza página a página en los *Comentarios* de su artífice.



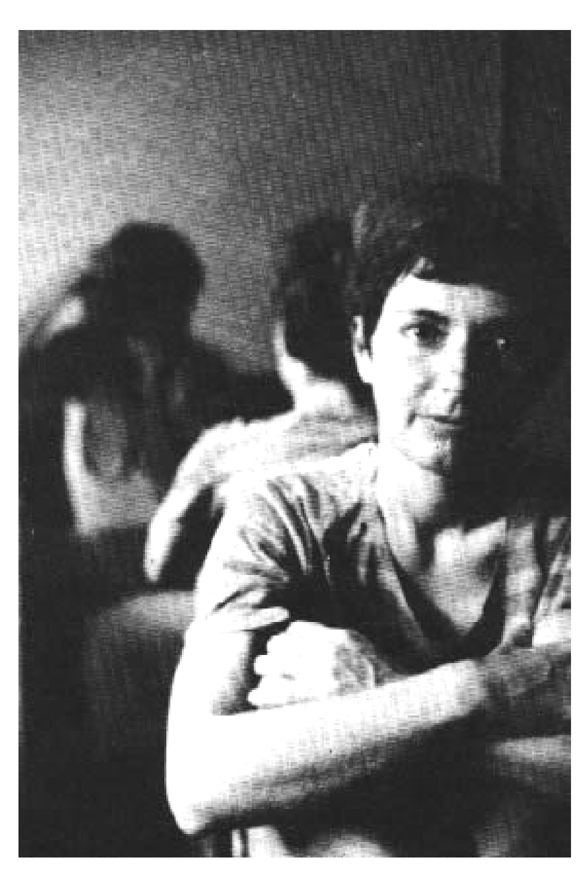
El Arqueódromo del paradero de Beaune-Tailly, donde Vercingétorix y Julio César disputaron el final de su campeonato.

De César, a quien el niño le tenía la admiración que toda infancia bien vivida dedica a los guerreros y a los emperadores de la antigüedad, Eugène Süe traza un retrato que empezó por escandalizarme y ofenderme. El héroe de Farsalia, el amante de Cleopatra, es visto como un cruel y ávido militar de carrera, desprovisto de imaginación y de generosidad, frío ajedrecista de legionarios, incapaz de medir la grandeza de su enemigo (lo que es cierto, pues llevó a Vercingétorix a Roma y lo hizo decapitar el día de su triunfo). Recuerdo que me hicieron falta muchas horas de lectura y el talento de Süe para aceptar esta versión de César, pero llegó el momento en que el niño se unió para siempre a los galos y vivió desde su lado una guerra que los manuales y el mismo César le habían mostrado siempre del suyo.

Y hace apenas un rato, mirando la reconstrucción de las trampas que los romanos tendían a sus enemigos en Alesia, y que recuerdan las de los vietnamitas contra los invasores yanquis, me invadió con toda su fuerza el momento para mí más terrible y angustioso de mi lectura, el episodio en el que la naturaleza tiende a su vez la más espantosa de las trampas a los soldados romanos. Volví a vivirlo como si estuviera leyendo la novela en mi casa de Banfield, en ese momento de la infancia en que todo era visión, olor, sonido y tacto, volví a ver a ese legionario que avanza como un pesado y lento

coleóptero dentro de su armadura y empieza a hundirse en un tembladeral, eso que la novela llamaba arenas movedizas, y en el que se sumerge poco a poco, luchando desesperadamente por encontrar asidero, desapareciendo hasta que sólo queda la cabeza con el casco, y luego las arenas movedizas se cierran sobre él y sólo asoman algunas burbujas de asfixia para el último horror del niño poseído por esa imagen de pesadilla.

Mientras volvíamos al motel me pregunté irónicamente qué encontraría hoy si releyera la novela de Süe, y ese pasaje en particular (junto con la historia de Fergán el Cantero, la muerte de Juana de Arco y el personaje de Josefino el Francotopo, que vaya a saber cómo se llama en el original). Pero me lo dije sin peligro de hacerlo, porque si algo sé es que no voy a volver a leer ciertos libros de la infancia, y tampoco algunos de otros tiempos, como *Les enfants terribles* y *La condition humaine.* Este arqueódromo es visitable y ameno; los otros, los de lo hondo, permanecerán en mí tal como fueron conocidos una vez y para siempre; quedarán en el sepulcro transparente de la memoria, como el ejército de terracota que guardó durante tantos siglos el sueño del príncipe fundador de China.



En el motel del paradero de Beaune-Tailly, la Osita juega con el Lobo y el espejo.

Principio y fin del mundo desde un cuarteto de Schubert.

Mirando el mapa de las autopistas, compruebo una vez más que estamos haciendo el viaje en el buen sentido. En efecto, los que vuelven a París y quieren detenerse a la altura del paradero de la Forêt, deberán contentarse con el de Le Creux Moreau; el hecho de que los dos muestren en el mapa un mini-cartel de una marca de gasolina y un hombre sentado como puede sobre una rueda (dicho sea de paso, algunos aspectos de las indicaciones deberían quizá ser revisados: ¿es que un inválido podrá reconocerse en este uniciclista de nuevo tipo?), no cambiará nada en la magia de los nombres. Y en la próxima parada, allí donde nosotros descansaremos en el paradero du Rossignol, los viajeros que hacen un alto durante el regreso a la capital se encontrarán en el Bois des... Corbeaux. Como siempre prudentes, exploramos bien las posibilidades de nuestro alto antes de elegir un emplazamiento definitivo. Es harto importante puesto que a las diez de la mañana el sol se hace sentir como a mediodía en pleno Sahara, y las posibilidades del paradero del Ruiseñor no son muchas (está claro que, habiendo decidido calificarlo de «zona panorámica», nombre que por lo demás merece plenamente, se ha tomado la precaución de no obstruir la vista con árboles o instalaciones suplementarias). Hay un islote de pinos entre dos senderos para los vehículos, que en conjunto forma un rombo, y un poco más allá se extiende un campo en el cual se podría entrar con el auto para refugiarse bajo el único árbol situado en el fondo; pero las lluvias de la víspera han sido violentas, y tememos que Fafner se atasque. Instalamos por consiguiente a nuestro dragón muy cerca del islote, a distancia prudente del W.C., y tomamos inmediata posesión de una mesa bajo los árboles (aunque todavía es temprano, los viajeros empiezan ya a detenerse con evidentes intenciones gastronómicas, y como el calor tiende a excitar y a exasperar tanto a los conductores como a los pasajeros, los resultados son previsibles). En pocos segundos, gracias a la experiencia adquirida en el curso de la expedición, alzamos el fuelle del techo, nivelamos el refrigerador, instalamos las reposeras al lado de la mesa donde hay más sombra, y la mesa en cuestión queda ocupada de manera nada ambigua por máquinas de escribir, libros, botellas, vasos, cámara fotográfica y sifón (para deslumbrar a los incrédulos).

Nos instalamos luego de haber bebido un buen trago, en primer lugar para felicitarnos de haber sabido llegar a tiempo y ocupar el mejor lugar (esto podría parecer egoísta, amigo lector, pero piensa que allí donde el viajero ordinario hace un alto en un viaje de seis u ocho horas, nosotros hacemos una pausa en un viaje de treinta y tres días), y en segundo lugar porque somos felices, y algún resto o efluvio de la hermosa y larga noche

que hemos vivido nos incita a hacer como si la fiesta continuara todavía —y también es cierto que este viaje es una interminable fiesta de la vida—, sin contar que todo eso nos ayuda a iniciar otras actividades, dado que no hemos instalado nuestras máquinas de escribir solamente para impedirle a algún lionés que venga a comer su salchichón junto a nosotros, sino también porque tenemos ganas de trabajar y es bien sabido que un buen trago para la inspiración no hace nunca daño.



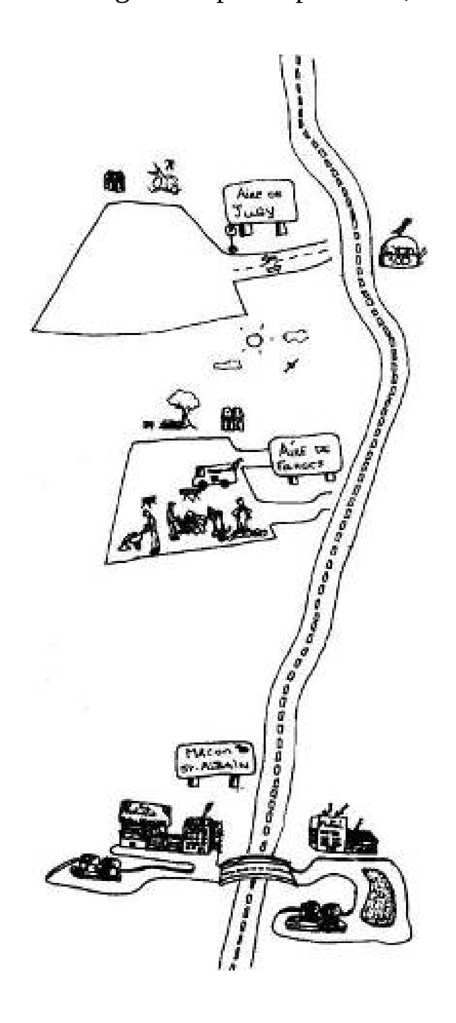
La autopista de los otros.

Lo importante después de todo es que estamos bastante lejos de la autopista, dado que el paradero du Rossignol es una especie de montículo que la domina. Al mismo tiempo, alzando los ojos para admirar el paisaje, tengo la impresión de que hasta ahora no he logrado nunca una conciencia tan clara de la autopista; nunca la vi tenderse tan lejos en sus dos sentidos, nunca tuve una tal impresión de armonía al seguir sus curvas, subidas y bajadas que puedo, gracias al emplazamiento del paradero, abarcar con una sola mirada. Dada la elevación del terreno, los camiones y autos pasan en silencio, sin molestar, sin cambiar de velocidad, aunque del lado París-Lyon la ruta desciende, y del lado Lyon-París trepa considerablemente. La velocidad misma parece abolida por ese mutismo; sólo se ve ese lento movimiento armonioso, infinito, de formas anónimas y sin embargo perfectamente discernibles, que parece corresponder a alguna insondable necesidad justa y profunda.

Instalo mi máquina de escribir y me doy cuenta de que he olvidado algo en Fafner. Mientras vuelvo me siento atrapada por la vista del lado opuesto, paisaje que las brumas matinales nos habían ocultado a la llegada. Atrapada, y sin embargo giro sobre mí misma y me doy cuenta de que por todas partes es parecido. Me despego del paradero, más alada que un personaje de Chagall; soy esa montaña allá lejos, bebo el azul de esos árboles que apenas pueden distinguirse como entidades precisas, resbalo a lo largo de la cantera allá a lo lejos, y siempre en el paradero y siempre inmóvil, la ronda continúa hasta el vértigo, ese

vértigo que da en algunos raros momentos de la vida la visión de 360 grados que se aniquila y se crea al mismo tiempo.

Una breve frase musical empieza a abrirse paso en el torbellino, semejante al ruiseñor cuando al caer la noche ensaya sus escalas antes de lanzarse de todo corazón en su canto. Dos, tres notas cuya gravedad parece nacer de lo grandioso del paisaje. Un compás, otro, y es ese cuarteto de Schubert que no se parece a ningún otro, y olvidando lo que había venido a buscar entro en Fafner donde sé que tenemos la cassette con ese mismo cuarteto y sobre la que me lanzo frecuentemente con una especie de ineluctable violencia en momentos que no podría definir y ni siquiera relacionar entre ellos, y así en menos tiempo del que tardo en decirlo estoy instalada en el asiento trasero, unida al lector de cassettes por el cable de los audífonos como una criatura extraterrestre. Empiezan los primeros compases, dolientes y graves, como debió comenzar alguna vez el mundo, una música-dolor como el paisaje que me rodea, del que soy parte, violín y violoncelo; los graves se interrumpen como una herida que el agudo inesperado cura, y entonces es la lenta, tan lenta y maravillosa fusión del todo, la armonía buscándose, acaparando en torno las montañas y hasta los turistas que empiezan a llegar. En pleno paradero, las puertas abiertas, encerrada



en el silencio; en un silencio exterior nace el mundo y yo los veo, los veo a todos, no sólo al Lobo que allá bajo los árboles no ha cesado de escribir a maquina, sino a la pareja que ha bajado de una 4L al lado mismo de Fafner y que mira, con una sonrisa inquisidora en los labios, el lector de cassettes, los audífonos, mi cara y mis manos que, sí, dirigen el todo, de nuevo, como en alguna parte dirigían la formación del paisaje, de la bruma que se alza cada vez más rápida por todas partes. Los veo, sí. Pero no desde el cuerpo, no con estos ojos que acaso les han sonreído. No, los veo desde allí donde escucho y que no se puede decir, desde el corazón de los instrumentos de cuerda, desde el interior del cerebro de un músico desaparecido hace ya tanto tiempo y sin embargo ahí, flotando y sumergiéndose muy por encima de la montaña, sin muro ni ventana ni ciudad ni casa en torno a él, toco el corazón, nacimiento y expansión de la música como de la vista: en cada dedo de músico guiando los arcos como otros tantos amantes, cada pie manteniendo el delicado



En un impresionante despliegue de elementos de trabajo, se asiste al nacimiento de la página que usted está leyendo.

equilibrio del instrumento, cada mentón descansando en su almohadilla sin imprimir su traza: cada nota, esas cosas que no existen y que sin embargo, en momentos como éste, son toda la creación y la finalidad del mundo, estoy ahí, tan grande como todas esas montañas

en torno, indiferenciada de las canteras más profundas, unida a todos los movimientos que de ese todo, el tiempo de la cassette, sólo hacen uno, y ni los alemanes que se acercan al auto para tratar de ver si no estoy *grabando* alguna cosa, ni la familia que se detiene, asombrada, para mirarme fijamente con ojos incrédulos, pueden romper ese círculo perfecto. Tan sólo, quizá, ese niño pequeño que vino a sentarse en el estribo y que, dándome la espalda, empezó poco a poco a oscilar al ritmo del cuarteto, entró de manera consciente, de manera de compartir realmente la experiencia, incluso si todos son parte de ella.

Rossignol, parking panorámico, ¿cantan ahora tus pájaros, para aquellos que saben escucharlos, ese hermoso tema de Schubert que transformó un paradero en principio y fin del mundo?

Donde el lector convendrá en que a rose is a rose is a rose—

¿Cuántas veces, bajo el efecto de la sorpresa, se pierde la verdadera sorpresa que ésta encierra? Es lo que quizá nos sucedió hoy delante de la recepción del motel del paradero de Beaune, donde alguien a quien sin duda no veremos jamás ha cultivado rosas de formas perfectas y de colores deslumbrantes. ¿Cómo *decir* un color que se extiende sobre los pétalos como si fuera la cosa más natural del mundo, y que es a la vez textura, consistencia, luz y sombra, calor que no impide que una suerte de certidumbre de frescura domine el conjunto? Inútil explicar que las más asombrosas eran de un color que habría que situar entre el rojo y el rosa, dosificando cuidadosamente las ligeras gotas de naranja que realzaban su luminosidad; pues incluso si el lector lograra por un azar delirante una visión mental de ese tinte, le faltaría el aterciopelado a la vez pesado y transparente que parecía sostener el desafío de darse tranquilamente allí, a unos cientos de metros de la autopista, de sus ruidos, sus ritmos y sus gases de combustión. No se podía hacer otra cosa que quedarse ahí, entregarse a la sed de ese calor, de esa textura, sorprendidos al comprobar que una emoción semejante puede nacer todavía de una flor, y sintiéndonos un poco tontos al no tener otra posibilidad de reacción que la de decir oh, qué hermosura. Y encaminarnos al cuarto del motel, llave en mano.

¿Pero quién nos dice que ese color, que es una sorpresa en sí misma, existe únicamente para alejar al espectador, por la sorpresa misma, de otra cosa, de una clave oculta en el interior de los pétalos, una belleza aún más grande protegida por un peldaño inferior del mismo fenómeno? Esa última mirada, ¿no hubiera debido excitar todavía más nuestra sed, en vez de saciarla? ¿O hay que aceptar ese género de belleza tal como se presenta, como si nada pudiera sobrepasarla? No sabremos nunca si esa flor perfecta ocultaba una segunda todavía más maravillosa. Y no siendo botánicos, nos hubiera sido imposible ir a ver sin destruir lo que se nos había ofrecido como un placer gratuito e inesperado.

DIARIO DE RUTA
Domingo, 6 de junio

Desayuno: jugo de naranja, pan con manteca, medialunas, mermelada de damascos, jalea de grosellas, café (en el motel).

10.30 h. 35ºC.
10.45 h. Dejamos a nuestra espalda las comodidades del motel.
11.05 h. Partida.
11.07 h. Departamento de Saône et Loire.
11.15 h. Paradero: AIRE DE LE CURNEY.
Orientación de Fafner: E.S.E.

Almuerzo: Corned beef, tomates, cebollas, queso del Morvan, café.

19.19 h. 40ºC. Partida.
19.32 h. Paradero: AIRE DE LA FERTE.
Orientación de Fafner: S.S.O.

Cena: Cerdo con salsa agridulce, queso, café.

Donde se verá que nuestros protagonistas no pierden el ánimo ante las persecuciones más innobles, y se comprobará una vez más su inquebrantable determinación de llevar la expedición a buen término.

Buenos o malos paraderos, todo iba perfectamente y cada vez nos habituábamos más al anonimato y a la libertad total que amablemente nos daba la autopista. Bastaba dedicar una sonrisa a los gendarmes que se acercaban de cuando en cuando a echarnos una ojeada, sobre todo cuando Fafner estaba escondido en el fondo de los bosques, para sentirnos en seguridad;[1] los defensores de la ley y del orden no eran nunca los mismos, y hasta entonces no habíamos asistido casi nunca a dos rondas policiales en el mismo paradero. Pero he aquí que un poco antes de Mâcon, cuando teníamos la impresión de haber alcanzado una velocidad de crucero gracias a la cual la autopista se transformaba en una especie de tierra oculta, inaccesible a todo ritmo que no fuera el nuestro, he aquí que *ellos* empiezan a impacientarse y a mostrarse, al principio tímidamente pero desplegando por fin una estrategia que, por sutil que sea, no deja de ser transparente, al menos para nuestros ojos.

La sensación de libertad, ¿nos habrá llevado a descuidar nuestras defensas, o el ataque se preparaba ya desde varios paraderos precedentes? Todo empezó a poco de haber atravesado por dos veces el canal de Borgoña. Cabría preguntarse si esas dos serpientes que son la autopista y el canal se cruzan realmente dos veces a tan poca distancia... ¿No habríamos sido desviados en dirección de un falso decorado, subterfugio digno de una película de Charlie Chaplin, apartándonos de la verdadera autopista para atraparnos mejor en las mallas de una red tendida sin escrúpulos a través de nuestra ruta? Conocemos lo bastante al enemigo para saber que toda tentativa basada en la imaginación le parece subversiva, y que para llevarla al fracaso hará todo lo que esté en su poder que, ay, es muy grande, razón por la cual sólo nos queda agradecer a nuestros dioses y diosas que sólo seamos una mínima presa a sus ojos, sin lo cual nuestro viaje se hubiera reducido a un París-Corbeil o, con suerte, a un París-Fontainebleau.

Tal como van las cosas, es gracias a *ellos* que estamos instalados ahora en el paradero de Crêches, trabajando como locos, pese a que la conformación de este parking y la temperatura reinante hubieran debido incitarnos mucho más a la siesta que a la máquina de escribir. Pero tecleamos furiosamente con la precisa intención de convencerlos de que

[1] Por lp que toca a saber por qué podríamos no habernos sentido en seguridad, cf. pp. 12, 13.

estamos escribiendo un libro sobre la autopista. Se podría meditar extensamente sobre la ironía y los beneficios de la persecución, pero volvamos a la altura del canal de Borgoña y a nuestros primeros presentimientos (cf. p. 25, donde ya se han contado los comienzos de la aventura; a la luz de lo que pasó luego, habría que estudiar tal vez el papel que desempeñó la visión en el W.C. del paradero de la Forêt. ¿No tendría ella, Mata Hari de los parkings, la misión de hacer caer a Julio en una emboscada? ¿Y si hubiera sido él el encargado de ir a lavar los platos?).



Primera e inquietante comprobación de que se nos espía.

Pese a la anulación de un paradero —el lector ya ha comprendido que no nos desalentamos por tan poca cosa—, seguimos alegremente nuestra ruta, y pasamos un día y una noche maravillosos en el de la Forêt, que nos reservaba las sorpresas ya descritas. Pero en el momento de escribir esta frase siento como una extraña impresión en la espalda. Al volverme me doy cuenta —lo contrario sería imposible, dado que la discreción no es el punto fuerte de los adláteres secundarios de la «compañía»— de que dos fornidos individuos, uno a seis metros detrás de mí, el otro a veinticinco o treinta y apoyado contra un camión que podría muy bien transformarse en un furgón celular un tanto especial y en el cual se lee *Laboratorios de Saône y Loire*, nos miran sin moverse y como si sólo esperaran un gesto para precipitarse sobre nosotros. Con toda la calma del mundo retiro la cubierta de mi fiel Canon siempre al alcance de la mano, y me vuelvo de nuevo en dirección de los dos sujetos. El que estaba a mi espalda desaparece en dirección del W.C. como si en ese mismo instante hubiera sido presa de un cólico fulminante, mientras el del camión se agacha para verificar por enésima vez el estado del neumático trasero derecho.

Quizá pensaban (debieron sentirse muy decepcionados si uno de sus espías les dijo a qué punto estábamos encantados de haber tenido que cambiar de planes por causa del paradero cerrado) que nuestro viejo y bondadoso dragón perdería el aliento antes de poder

franquear la pendiente de Bessey-en-Chaume, sobre todo después de las emociones que nos habían agitado durante la tempestad de la víspera (¿se trataba realmente de granizo o *ellos* se habían aprovechado del mal tiempo para instalar agitadores en los árboles? ¿Se acuerda alguien de haber visto, sentido u oído caer piedras de granizo del tamaño de pelotas de golf, entre las 22.48 y las 23.03 del viernes 4 de junio?), pero Fafner junta todo su coraje en las cuatro ruedas y, alentado por nuestra paciencia, triunfa sobre todos los obstáculos, ya sea la increíble cantidad de camiones lanzados en la autopista o los trabajos de reparación que lo obligan a un *slalom* digno de un campeón olímpico.



Las amenazas se precisan en el paradero de Crèches, donde el espionaje se vuelve insoportable.

Si hasta ahora nuestro buen humor y lo irrazonable de nuestro objetivo han podido molestar al enemigo, las largas horas que pasamos en el hotel del paradero de Beaune-Tailly han debido ponerlo finalmente fuera de sí, convencido como está de que todo debería quedar dentro de límites bien precisos y en general bastante restringidos. ¿Pensaba que la vista del grueso cable que partía de la puerta de entrada iba a impresionarnos? Nos preguntamos apenas si se trataría de un sistema de alarma o de un micrófono groseramente instalado, lanzándole una amable obscenidad ritual en caso de que así fuera. ¿Pensaba que la vista de una instalación electrónica tan evidente iba a quitarnos el gusto de la aventura, o disminuir el atractivo de la cama, de la banadera, o del restaurante donde comimos una excelente cena bien regada como se debe con el vino de la región?

Bien puede ser, por otra parte, que hubiera decidido darnos un pequeño respiro, con la esperanza de que nos descuidaríamos de nuevo pensando que al final de cuentas no había razones para suponer que se interesaban realmente por nuestra expedición, lo que nos llevaría a revelar nuestro juego. (Otra hipótesis: ya estaban hartos de dormir en las latas de basura de la autopista, y el hecho de que aparentemente no disponen de otro refugio podría

explicar la proliferación de estos receptáculos en los paraderos... a menos que avancen de uno a otro, versión moderna de la floresta shakespiriana.)



So pretexto de vagos trabajos, el cerco se va cerrando y hay que huir.

Sea como fuere, el domingo a las 11.05, todavía un poco mareados a fuerza de placer, abandonamos el paradero de Beaune, más decididos que nunca a cumplir la expedición hasta el fin.

Nada hay que señalar en el paradero de Le Curney, como no sea la disminución del número de autos ingleses y la recrudescencia de los belgas. Además, los camiones pesados parecen multiplicarse a un ritmo un tanto sospechoso, sin hablar de las inscripciones que ostentan y que si bien hablan (una golondrina no hace verano) de los poderes imaginativos de los burócratas de las compañías respectivas, suscitan dudas sobre sus facultades de disimulo: ¿quién va a creer realmente que camiones que ostentan con enormes letras nombres como SOPA SPEEDY, FRANCE MACARON, UNIDAD HERMÉTICA O FILÓSOFO, sin hablar de toda una flotilla de GAY perseguida a ciento veinte por hora por un enorme TRANSMEC, puedan transportar mercaderías esenciales para la vida cotidiana de una ciudad a otra?

Todo esto no nos impide proseguir normalmente nuestras actividades. Después de disponer un espacio sumamente agradable en un rincón del paradero que no se cuenta ni con mucho entre los más interesantes que hayamos visto hasta ahora, nos ponemos a trabajar, a leer y a charlar tranquilamente. Vemos pasar un camión y luego un segundo de la sociedad de la autopista; no les prestamos demasiada atención, habituados como estamos a ver llegar a esos empleados vestidos con monos amarillo naranja que limpian los W.C. y los lavabos, vacían los tachos de basura y renuevan la provisión de papel higiénico.

A las 19.23, tentativa evidente de despistarnos: de golpe, en esta autopista que bien sabemos es la llamada «del sol», se alza un cartel que dice con grandes letras:

AUTOPISTA LOHANS
LONS LE SAUNIER

Pero nada nos convencerá de semejante cosa, máxime cuando a la distancia percibimos ya los edificios de Chalon.

A las 19.32 llegamos al paradero de la Ferté, cuya ventaja más notable es sin duda el excelente desayuno que ofrece a precio muy razonable el restaurante. Apenas hemos alzado el fuelle del techo nos vemos rodeados de autos con remolques. Una vez más, profusión de chapas inglesas. (El lector, cuyo conocimiento de la autopista es necesariamente limitado, no comprenderá acaso por qué ese detalle —verse rodeado de remolques— retiene nuestra atención. Bastaría que echara una ojeada al paradero de la Ferté para darse cuenta de que un viajero de verdad no hubiera hecho más que entrar y salir del paradero, en vez de instalarse entre los camiones pesados y las latas de basura.) A lo largo de toda la noche escuchamos el rumor de llegadas misteriosas, mientras que se diría que todos los hombres del paradero han elegido el emplazamiento de Fafner para servirse como mingitorio, de manera que cada quince o veinte minutos nos sentimos transportados a una misteriosa Villa d'Esté de la autopista.

A las cinco, ya levantados, tenemos la clara impresión de que algo se cierra en torno de nosotros. Apenas pasadas las siete nos alejamos del paradero.

DIARIO DE RUTA
Lunes, 7 de junio

Desayuno: jugo de naranja, medialunas, pain au chocolat, café,

7.18 h. Partida.
7.21 h. A la derecha capilla del siglo XII.
7.26 h. Paradero: AIRE DE JUGY
Horrible.
Orientación de Fafner: E.
7.40 h. Partida después de haber explorado debidamente el paradero.
7.46 h. Paradero: AIRE DE FARGES. Igualmente horrible.
Colonizamos la única mesa donde hay un poco (muy poco) de sombra.
Concierto para martillo mecánico e instrumentos no identificados.
Dos argentinos - o uruguayos - se instalan con un termo para tomar mate. Dada la situación nacional interna preferimos evitar todo contacto.

Almuerzo; Pâté bretón, garbanzos y cebollas en ensalada.

18.16 h. Rondas de gendarmes en auto, obreros que nos miran con curiosidad (sobre todo a Carol).
La seguridad de la expedición está en peligro: a las 20.55 h. decidimos, después de penosas dudas y deliberaciones, seguir al próximo paradero (c.f. detalles en el texto).
21 h. Partida.
21.03 h. Montes del Mâconnais.
21.07 h. Cartel: "Viñedos del Mâconnais", No los vemos por ninguna parte. En cambio hay vacas.
21.09 h. Paradero: AIRE DE MACÓN ST ALBAN.
Hotel "Relais de Bourgogne".

Cena: espaguetis "al sugo", queso del Morvan, café. (En Fafner, hoy no estamos para lujos gastronómicos).

Donde las cosas empeoran.

A las 7.26 llegamos al parking de Jugy y decidimos explorarlo y dejarlo atrás lo más pronto posible. Nuestra jornada no nos preocupa demasiado; según el mapa, nuestro próximo paradero está en plena naturaleza, y nos alegramos por adelantado de instalarnos en uno de esos grandes parkings que permiten a los autos entrar en los bosques y donde nos será posible pasar una larga jornada ocultos a las miradas indiscretas y al sol, que calienta cada vez con más fuerza.

Un helicóptero pasa muy bajo, y no le prestamos mayor atención. ¿Habrá anunciado por radio nuestra decisión de no quedarnos en Jugy, intención fácil de adivinar aunque sólo sea por el hecho de que no hemos alzado el fuelle del techo?

Llegamos al paradero de Farges a las 7.46. No sólo no está pegado a los bosques sino que carece prácticamente de toda sombra y se tiende pegado a la autopista. Cuando dos argentinos llegan y se instalan para tomar mate muy cerca de nosotros, resulta evidente que el enemigo ha decidido adoptar métodos más audaces. ¿Confía en que los argentinos sabrán descifrar mejor que sus predecesores el verdadero secreto de este diálogo hecho viaje? Dos semanas han pasado ya, e imaginamos no sin cierto placer maligno su larga espera y su decepción al darse cuenta de que el París-Marsella no es más que el París-Marsella, y que además la policía no ha intervenido para expulsar a esos dos locos de la autopista. Hasta ahora ningún testigo ha podido informar de alguna reunión de barbudos en plena noche, y las únicas visitas que ha recibido Fafner han sido las de personas altamente honorables que sólo nos han dejado provisiones, cerezas, y dos inesperadas botellas de vino. Puedo imaginarme las conversaciones entre el jefe y sus agentes al final de cada jornada:

—Nothing, boss.

—What the hell do you mean, nothing? Are they or are they not still on the autoroute?

—Yes, boss.

—But what the hell are they *doing* there?

—Just what they said they would. Writing a book.

—Fuck the bastards. A book? On the autoroute? And you expect me to believe that?

—Well, you know.

—I know they are nuts, but nobody's *that* crazy! Get your ass back down there and find out what's really going on!

—Boss, about the trash cans...[1]

Hacia las ocho u ocho y media empiezan las catástrofes, que nos amenazarán a tal punto que deberemos tomar la decisión (¡oh lector, ya cómplice nuestro, apelamos a tu comprensión!) de faltar a la regla del juego no solamente una vez sino dos. Un camión que ostenta aproximadamente el color de los del servicio de la autopista pero que de hecho pertenece a una sociedad de alquiler de autos como puedo comprobarlo al leer sus inscripciones en pequeños caracteres, viene a estacionarse exactamente detrás de Fafner. Bajan de él dos «obreros», a los que se agregan muy pronto *los ocupantes* de un segundo camión (perteneciente a una empresa que se ocupa de piscinas), que se sitúa detrás del primero y del cual sus ocupantes bajan con gran trabajo una misteriosa máquina que no será utilizada a lo largo de la jornada.

No se trata tanto de que el ruido nos moleste (¿contaban con eso, pensaban que éramos de los que se pueden ahuyentar a golpes de martillo mecánico?); de todas maneras estamos tan próximos a la autopista que el conjunto se transforma en un concierto para martillo mecánico y docenas y docenas de camiones pesados. No, lo que nos preocupa es que los obreros, si se trata realmente de obreros, se van a quedar ahí todo el día, igual que nosotros. A lo largo de las horas vemos que empiezan a echarnos ojeadas cada vez más insistentes. Nuestra inquietud va en aumento, máxime cuando los vemos dedicarse a trabajos incomprensibles, a excavar una especie de trinchera en la calzada delante de los W.C. Nos instalamos lo mejor posible, desplazándonos todo el tiempo para aprovechar de la flaca sombra de uno de los escasos y raquíticos árboles del terreno. Pasan numerosos contramaestres, obreros, camiones y, hacia el fin de la tarde, gendarmes, que no parecen ser necesarios para dicho trabajo, sea el que sea. Y cada vez con más frecuencia, uno u otro de

---

[1] *Grosso modo:*

—Nada, jefe.

—¿Qué demonios quieres decir? ¿Nada? Todavía están en la autopista, ¿no?

—Sí, jefe.

—¿Y qué cuernos hacen ahí?

—Exactamente lo que dijeron que harían. Están escribiendo un libro.

—Que se vayan al carajo. ¿Un libro? ¿En la autopista? ¿Y crees que me voy a tragar eso?

—Bueno, usted sabe...

—Lo que sé es que están chiflados, ¡pero todo tiene su límite! Vuelve inmediatamente, qué demonios, y trata de averiguar qué es lo que están tramando realmente.

—Jefe, hablando de los tachos de basura...

los obreros abandona su trabajo y va hasta la extremidad sud del paradero, donde no hay ninguna obra en curso, aprovechando de paso para echar una larga mirada al interior de Fafner.

Hacia las cinco amenaza una tormenta —los obreros se han ido hace algunos minutos— y nos refugiamos en el interior del dragón donde deliberamos largamente sobre el comportamiento a adoptar. Todo en nosotros se rebela contra el hecho de hacer trampa, contra toda derogación de las reglas del juego, pero sentimos que «su» conducta empieza a poner seriamente en peligro la expedición. En ese mismo momento vuelve uno de los camiones, y los gendarmes pasan por segunda vez en menos de una hora. Nos sentimos expuestos, amenazados, desnudos. Y decidimos que para evitar que nos expulsen de la autopista esa misma noche, es preciso hacer una excepción y seguir hasta el siguiente paradero. (Sí no corremos el riesgo de llamar demasiado la atención al pasar horas y horas en uno u otro de los paraderos más hermosos, puesto que ello resulta comprensible aunque no sea muy normal en esta autopista donde la velocidad importa más que todo el resto, en cambio no parece posible explicar tan fácilmente nuestra prolongada presencia en uno de los parkings más horribles de la serie.)



Sorprendente orografía en el paradero de Jugy.

En el paradero siguiente hay un hotel, donde nos sentimos protegidos de las miradas, de las acusaciones y de las artimañas, aunque desde la llegada comprobamos que están ensayando una nueva táctica: descorazonarnos mediante un ataque directo a nuestras finanzas (hotel Sofitel). Pero pensamos que el peligro ha pasado puesto que mañana los obreros estarán todavía trabajando en el paradero precedente, donde parecen haber iniciado obras importantes. Es inconcebible que vayan a abandonar una trinchera apenas abierta delante de los W.C.

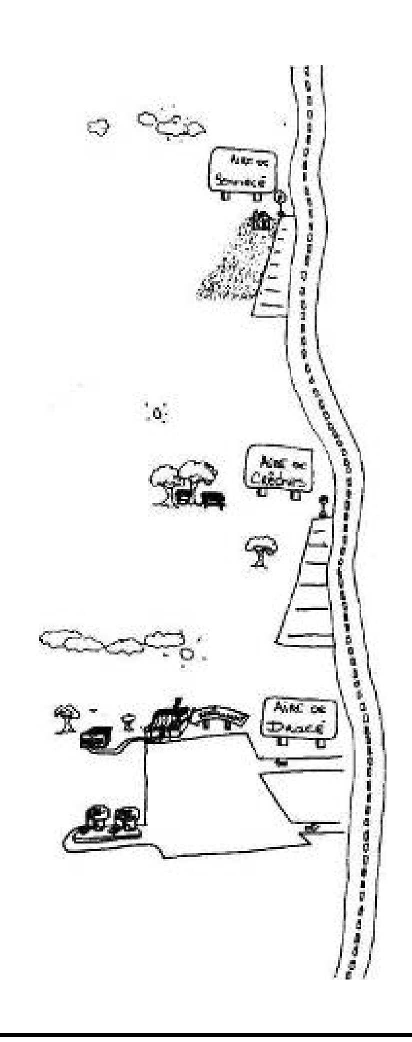


Desde lejos, el dragón envidia al Lobo que encontró un poco de sombra (paradero de Farges).

Pero la experiencia que acabamos de vivir nos ha marcado, máxime que es la primera vez que salimos realmente de nuestras reglas estrictas al llegar por la noche a un paradero que sólo estaba previsto para el día siguiente. Y sin embargo estábamos lejos de sospechar lo que habría de seguir; jamás se debe subestimar a la compañía, cualquiera sea el desprecio que nos merezca.



En el hotel de Macon-Saint-Albain, la Osita se documenta sobre las ventajas de la civilización.



DIARIO DE RUTA
Martes, 8 de junio

Desayuno: jugo de naranja, medialunas, pan con manteca, cafe,

10.35 h. Partida.
10.42 h. Paradero: AIRE DE SENNECE.
¡Horror!
Orientación de Fafner: S.S.E.
Nos perdemos - separadamente - en bosques impracticables. Penoso retorno a Fafner.
11 h. Partida (ver texto).
11.02 h. Vemos el Saône a la izquierda.
11.10 h. Paradero: AIRE DE CRECHES.
Otro horror.
Orientación de Fafner: S.S.E.
Nos precipitamos sobre la única mesa a la (escasa) sombra.

Almuerzo: Ensalada de maíz, jamón, tomates y queso. Café.

17 h. 49ºC al sol.
18.48 h. Partida.
18.53 h. A la derecha, los montes del Beaujolais.
18.54 h. Entrada en el Departamento del Rhône.
18.56 h. Paradero: AIRE DE DRACE.
Restaurante "Relais du Beaujolais"
Tomamos gasolina con gran júbilo de Fafner, que agita sus flecos amarillos (sigue una frase incomprensible: "...después de haber hecho la cola detrás de un armario"). Orientación de Fafner: N.

Cena: Jamón crudo, petit salé aux lentilles (Julio), bife de carne picada con papas fritas (Carol), café (en el restaurante).

Por primera vez, las "boules Quiès" para taparse los oídos resultan indispensables durante la noche.

Donde se asiste al final de la pesadilla.

Para volver a insertarnos en el itinerario previsto, deberemos pasar todo el día, luego de abandonar el hotel, en el primer paradero que encontramos, que no está tan mal puesto que según el mapa de la autopista ha sido construido en plena zona de verdura. (Se habrá observado que nuestro optimismo va frecuentemente en contra de los buenos efectos del pragmatismo.) Partimos pues del paradero de Mâcon-Saint-Alban hacia las diez y media, después de una larga noche y un excelente desayuno, y llegamos hacia las once menos cuarto al paradero de Sennece, que debería llamarse Sennece-el-Sinies-tro, pues no hay ni un solo árbol, ni un arbusto, y ni siquiera una mesa bajo la cual ponerse a la sombra. En el fondo del prado, algunos abruptos senderos trepan hasta un bosque... Decido asumir la misión de explorarlos mientras Julio se ocupa del fuelle del techo y del refrigerador, puesto que se trata de instalarnos como podamos hasta mañana por la mañana, y dentro de una o dos horas la temperatura alcanzará por lo menos 50 grados en el interior de Fafner. La subida es más difícil de lo que pensaba, y los senderos muy precarios. Exploro lo mejor posible los bosques, llenos de espinos, zanjas y hojas que irritan la piel al avanzar, al punto que regreso con el aire de haber atrapado el sarampión. Entretanto Julio se ha preocupado por mi ausencia y ha partido a su vez pero del otro lado, tratando de encontrarme.

La cuestión es que en el momento en que retorno a nuestro dragón, ¿qué veo, horror y maldición? El mismo camión de la víspera, que una vez más se ha detenido detrás de Fafner. Seguido de otro camión, ambos ocupados por los mismos obreros, contramaestres, ingenieros, etc., de la víspera. Los cuales empiezan ya a mirarnos con un aire extraño que no tiene nada de gracioso dadas las circunstancias. Esta vez nuestras deliberaciones son instantáneas: nos las picamos. Si se dan cuenta de que al igual que ayer vamos a quedarnos todo el día allí donde están trabajando, estamos frite?. Máxime cuando es más que evidente que nuestra permanencia no se debe a la belleza de los paraderos. Y puesto que por haber avanzado inmediatamente de un paradero al otro nos encontramos con que tenemos un día de adelanto sobre el plan previsto, decidimos que sería ridículo esperar que el tiempo vuelva a ponérsenos a la par; Decidimos pues ganar una jornada entera, seguros de que así quedaremos fuera del alcance de las hormigas color naranja quienes —las hemos visto trabajar la víspera y lo que hacen parece exigir una entera jornada para cada paradero— no pasarán al parking siguiente hasta mañana, cuando nosotros lo hayamos ya abandonado. Tal es lo que nos dijimos; pero nos sucede equivocarnos, y eso con bastante frecuencia...

A las 11.10, pues, llegamos al paradero de Crèches, otro horror en esta región donde los horrores abundan, pero descubrimos una mesa a la sombra y nos instalamos para pasar el día. No es el ideal, aunque estamos al abrigo, incluso si los helicópteros y los aviones que hemos observado estos últimos días continúan sobrevolándonos a poca altura. Seguros de que hemos escapado de una buena, sacamos la botella de whisky para festejar. Pero, como se diría sin duda en una buena novela policial, el primer trago se nos atraviesa en la garganta. He aquí que el camión se presenta, y se estaciona exactamente detrás de Fafner. La hora es grave, y ya no hay manera de hacerse ilusiones. Es preciso decidir, y rápidamente, una línea de conducta que nos salve de este jodido trance. A esta altura de las cosas, y ahora que ellos han echado las cartas sobre la mesa, se trata de Ellos o de Nosotros.



Para convencer a los enemigos, julio finge escribir a toda máquina, cosa que siempre inspira algún respeto.

En ciertas circunstancias, la única defensa posible es pasar al ataque. Nos damos cuenta de que la sola manera de ocultar la verdad (pues evidentemente no podemos decirles que para escribir nuestro París-Marsella estamos viviendo en la autopista desde el 23 de mayo; nos creerían locos, sospechosos o algo peor, y además es ilegal), consiste en hacer inmediatamente algo, dado que nos están mirando más y más abiertamente por grupos de dos o tres, y esas miradas se ven seguidas de conversaciones en voz baja entre ellos. Lo único posible es presentar la verdad de una manera que no puedan imaginarse que sea lo que en realidad es.

Y la manera más sencilla de llevar esto a cabo es la de transformarme por mi parte en Mata-Hari, aprovechando para empezar las miradas del más joven de los obreros que, ayer, no eran las de un simple espionaje, por lo menos de tipo oficial. Ostensiblemente, pues, y mientras mi víctima descansa en compañía de un colega bajo la sombra del otro árbol del terreno, paso y vuelvo a pasar con la cámara fotográfica en la mano, y un aire

concentrado. Para convencerlos mejor de mi profesionalismo cambio sin cesar de objetivo, compruebo la altura del sol, me doblo en cuatro y asumo posiciones casi lascivas para



Carol, convertida en la Mata-Hari de la autopista, decide hacer frente al enemigo so pretexto de fotografiarlo.

tomar fotos que hubiera podido tomar de pie como cualquiera. Cuando se levantan para reanudar el trabajo, me acerco al más joven, esforzándome por disimular el temblor que me embarga como podrá imaginarlo fácilmente el lector. ¿Tendré éxito? ¿No me delataré? Por si fuera poco, es la primera vez que me acerco a un joven desconocido, buen mozo y robusto, para pedirle que me permita tomarle una foto.

—Buenos días —le digo con una voz en la que de pronto asoma un acento extranjero indefinible—. Me parece que nos estamos siguiendo desde ayer.

—Sí —dice él, con un aire inquieto y contento a la vez. Pronto, ganar terreno antes de que su compañero de trabajo, un hombre de más edad, termine de enjuagar su vaso y tapar la botella.

—Estamos haciendo un libro sobre la autopista —le digo de un tirón.

—¿Ah?

Se ve que eso no se lo esperaba.

—Sí, por eso es que pasamos tanto tiempo en los paraderos. En estos días andamos casi todo el tiempo por la autopista.

—¿Es interesante?

(¿Se olvida de que también él, según las apariencias, está cada día en la autopista? ¿O han réclutado a gentes de los caminos vecinales?)



El éxito es rotundo, aunque precario.
Pasado el peligro, Carol se toma un merecido descanso…



...y Julio guarda por fin la máquina de escribir.

—Sí, se ven muchas cosas cuando uno se queda aquí un poco más que de costumbre. ¿Me permite (Zas, el compañero se acerca, me mira con una sonrisa un tanto desconfiada) que le tome una foto? Tratamos de documentarnos lo más posible.

—Por supuesto —dice el joven tomando la punta de un hilo cuya otra extremidad está en manos de su compañero—. ¿Así está bien?

Es más de lo que yo esperaba.

—Es perfecto. ¿Y qué hacen ustedes aquí?

—Ah —me dice con una sonrisa abiertamente franca—. Estamos aplanando los bordes en esta parte de los W.C., de manera de que haya una entrada fácil para las sillas de ruedas de los inválidos.

Y todo esto explica por qué nos ponemos a escribir furiosamente a máquina, interrumpidos de tiempo en tiempo por uno u otro de los obreros —hay muchos ahora— que vienen a hacernos preguntas y que nos han adoptado, a fin de mostrarles que estamos escribiendo un libro sobre la autopista a fin de que no sospechen lo que estamos haciendo realmente: escribir un libro sobre la autopista.

(P.S. Única manifestación de hostilidad por parte del que acaso es el verdadero representante de la compañía: un hombre armado de una especie de lanza, que en algún momento se acerca para empalar salvajemente el paquete de patatas fritas que Julio había dejado en el suelo y casi bajo sus pies.)

Cartas de una madre (3).

Savigny-sur-Orge, lunes 7 de jun'm

Mi querido Eusebio:

Evidentemente en esta vida nunca se puede contar de veras con los planes que se hacen. Se diría que el destino lo hace a propósito para echarlos a perder en seguida. De la misma manera uno cree conocer a la gente con la que se ha vivido tantos años, y de golpe te enteras que no sabías nada de ella cuando ya es demasiado tarde para hacerle preguntas.

La pobre Heloisa murió mientras dormía el martes pasado. En el fondo es una bendición, aunque nos duela igualmente. Según los médicos, hubiera podido seguir tirando durante años. En el estado en que estaba, ¿de qué hubiera servido? Tal vez, incluso si no parecía darse cuenta de nada, supo lo que pasaba cuando la llevaron a Joigny. Quiero creer que sintió de alguna manera que había llegado el momento de dejarse ir suavemente. Tu padre dice que me hago ideas. Sea como sea, viajamos a Joigny apenas nos enteramos de lo sucedido. Sólo estamos nosotros para ocuparnos de las cosas, y después de todo las monjitas han sido muy amables. Una de ellas me dio una carta diciéndome que Heloisa la tenía en la mano a su llegada, y que parecía pedir que nos la entregara después de su muerte. Y entonces, mi querido, me llevé la sorpresa de mi vida. Me hubiera gustado poder despertar a la pobre Heloisa, allí toda blanca en su cama, para que me explicara.

En primer lugar, exige que la entierren en Valence, *y además junto a su* esposo, *siendo que sabes tan bien como yo que una solterona más solterona que Heloisa no es fácil de encontrar en este mundo. Y eso no es todo. Nos pide que avisemos a su* hijo *de su fallecimiento, y que se le entregue otro sobre sellado, que estaba dentro del primero. Yo había prevenido ya a las pompas fúnebres de Ury, donde vivió toda su vida que yo sepa, y tu padre afirmaba que todo eso no eran más que chocheras de vieja que había perdido la cabeza. Yo hubiera puesto la mano en el fuego que tía Heloisa jamás había viajado más allá de Dijon. En cuanto a tener un marido e incluso un hijo, me dije que de todas maneras eso se hubiera sabido. ¡Ah, si hubieras estado ahí, tú que has hecho estudios y que sabes mirar las cosas de una manera más lógica que yo! Tu padre decía que nada de eso tenía importancia, y que no había más que hacer lo previsto, el entierro en Ury y todo el resto.*

Pero yo me dije que de todas maneras hay que respetar las últimas voluntades, y que por lo menos debíamos tratar de averiguar si ese señor Blanc existe. Tu padre me dijo que mis lecturas se me suben a la cabeza y que la jubilación no me está haciendo bien. Pero yo dije que por lo menos había que probar. Después de todo a lo mejor es él que tiene una esclerosis en la cabeza a fuerza de no hacer nada, sin hablar de lo que bebe.

Con todo eso y las monjitas que trataban de calmarnos un poco porque después de todo tienen muchos enfermos en el asilo y no era cosa de que se enteraran de la muerte de Heloisa, hubiera sido malo para su tranquilidad, comprendes. Nos acon sejaron volver a casa para reflexionar hasta el día siguiente, y entretanto Heloisa podía permanecer en la capilla ardiente. Como creo que eso le hubiera gustado, dije que sí, y te ahorro los detalles del viaje de vuelta.



Un pic-nic en el paradero de Farges.

En fin, de todos modos consulté con Anne-Marie y Jacqueline, incluso si son de la otra rama de la familia. Las dos estaban de acuerdo conmigo en que jamás se debe contrariar a un muerto. Tu padre insistía en que Heloisa no se enteraría jamás de nada, pero yo le dije que en esas cosas no hay nunca una certidumbre, aunque no sea más creyente que otros. En todo caso Anne-Marie vino a ayudarme a poner orden en las cosas de Heloisa, y entre sus papeles encontramos un certificado de matrimonio y la foto de un niño. Según la fecha nos dimos cuenta de que ahora debe tener unos cuarenta años. Mandé entonces un telegrama a la dirección que había dejado Heloisa, y todo resultó ser cierto, aunque como puedes imaginarte no hice demasiadas preguntas. ¡Figúrate, decirle a un perfecto desconocido que Heloisa nos había ocultado eso toda su vida! Y además, tenía ya su lugar reservado al lado de su difunto marido. El hijo se está ocupando de todo, pero iremos de todas maneras a los funerales, o sea mañana por la mañana.

Entretanto, como todo parecía que iba a hacerse sin nuestra ayuda, decidimos irnos a pasar dos días a Dijon, para reponernos un poco. La muerte impresiona siempre, incluso cuando sabes que es una buena cosa. El sábado, pues, tomamos de nuevo la autopista, y... ¿tú crees que la senilidad puede comenzar a mi edad, Eusebio? Es cierto que tu padre ya no es el hombre que era antes, y a veces me digo que la misma cosa me está ocurriendo a mí sin que me dé cuenta. Cuando nos detuvimos para tomar gasolina, bajé del auto y entré en la tienda de la estación de servicio. Venden de todo, incluso bonitas estatuas de mayólica. Y allí dentro vi otra vez, te lo juro, a esa mujer joven del camión-casa, te acuerdas, esas gentes que ya había encontrado estos días tres o cuatro veces en la autopista. Es más joven de lo que hubiera pensado la primera vez, digamos treinta y tantos, y de ninguna manera tan pequeña como su marido la hacía parecer, pero no había la menor duda de que era la misma. Al salir vi su auto —estoy segura de que era el mismo— en el bosque detrás de la estación de servicio. Me pregunto, sobre todo ahora que la he visto a ella tomando fotos, si no debería avisar a las autoridades. ¿No estarán en tren de preparar un asalto?

Cuando volví al auto, tu padre me anunció que había que cambiar el aceite. Realmente elige el buen momento para todo, y me resulta difícil comprender una tal falta de previsión a su edad. Me fui entonces a pasear por el bosque, e incluso me acerqué al camión de esa extraña pareja. Todas las cortinas estaban cerradas, en plena tarde. A lo mejor es cierto que las novelas policiales se me suben a la cabeza, pero a mi edad, sabes, un poco de excitación de tiempo en tiempo es algo que hace bien. Muy despacito me acerqué al camión. ¡Ah, Eusebio, no sabes lo que me hizo ruborizar mi indiscreción! ¡Lo que hacían ahí dentro! Al final de cuentas es seguro *que no están casados, ¡puedes tener la certidumbre! ¿Piensas que están escapando de la policía, y que la autopista les ha parecido un buen lugar para esconderse? De ninguna manera está permitido que...*



La tentación siempre presente. ¡Qué fácil sería pasar al otro lado!

Tu padre me dijo que yo había imaginado todo, y que es absolutamente imposible que se trate de la misma pareja. Dice que hay una cantidad de esos pequeños camiones en la autopista. Puede ser que tenga razón, pero no le creo.

En fin, te estoy cansando con mis historias de vieja. Encargué flores de tu parte para los funerales; dadas las circunstancias, hay que mostrar que tenía de todos modos una verdadera familia.

Anne-Marie me ha dicho que hay muchachas muy bonitas en el Canadá. Te ruego, Esteban, que tengas mucho cuidado. Sobre todo, si hubieras encontrado una que te gusta, no hagas nada antes de presentárnosla. Sé que las costumbres son diferentes en otros países, y nunca se sabe hasta qué punto los extranjeros pueden adaptarse aquí.

Gracias por la tarjeta postal. Yo no sabía que también hay verano en el Canadá. Espero que tus calcetines y la bufanda te serán útiles en otoño. No vaciles en escribir si necesitas alguna otra cosa.

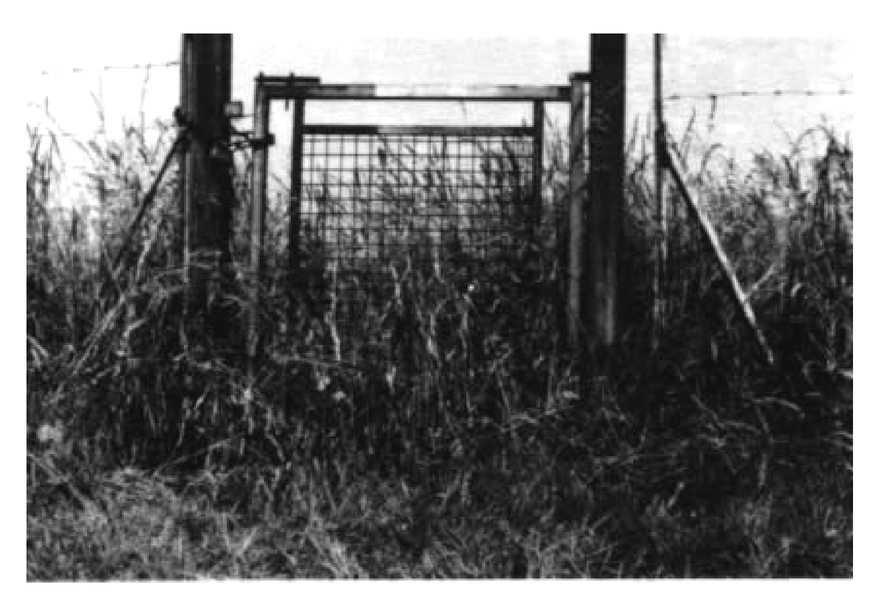
Te abrazo, y espero que tu trabajo no sea demasiado fatigoso. Y eso que jamás he podido comprender que hayas elegido trabajar con locos cuando hay tantas personas cuerdas que también necesitan médicos.

Tu mamá

(Continuará)

Perros y niños en los paraderos.

Uno se cree seguro, protegido, oculto en el profundo acuario verde del bosque; lejos corre la estremecida serpiente de la autopista a mediodía, sus escamas móviles azules, rojas, negras, Renault, grises, Mercedes, plateadas, verdes, Talbot. Poco importa, ya sabemos que la protagonista aparente de la exploración ha resultado una comparsa insignificante que sólo vemos unos pocos minutos cada día, en dos rápidos tramos que cada vez nos devuelven a la hondura de los árboles o, en el peor de los casos, a la playa anodina de cemento y metales donde Esso, Antar, Elf y otros ídolos de nombres igualmente absurdos esperan a sus pobres fieles en el curso de malolientes y repetidas ceremonias.



La cadena a la izquierda, pero cualquiera puede pasar por la derecha {tema de la tentación).

Pero uno se cree seguro y no siempre es así, aunque con la destreza que ya nos caracteriza hayamos anclado a Fafner en el más recogido, fragante y umbroso rincón del parking. Apenas instalamos los Horrores Floridos, apenas sacamos libros, cuadernos,

cigarrillos y bebidas, un rebullente entusiasmo procedente de la maleza se proyecta hacia nosotros y, espantados en el primer momento, recibimos a plenas manos y piernas el cariñoso asalto de un San Bernardo o las efusiones más bien interesadas de un *collie.* Pasada la primera sensación de ser víctimas de una fauna salvaje, hay reparto de pan, caricias, confraternidad, y el perro desaparece después de una última demostración de cariño perfectamente inmerecido y por eso tan hermoso.

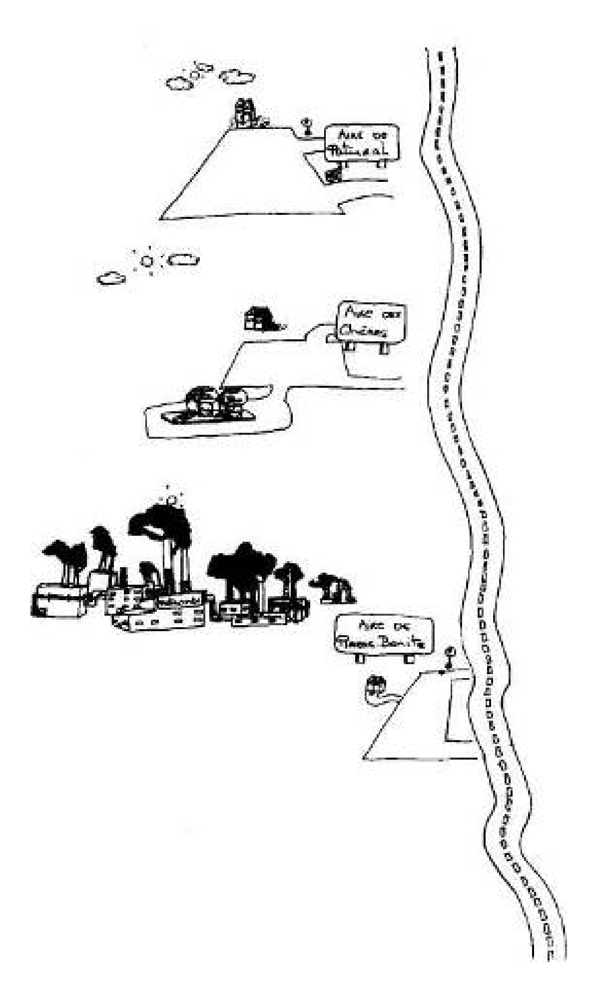
Los liberan por cinco minutos, a veces por media hora de esas incomprensibles prisiones movedizas que aceptan resignados o furiosos, y su conducta en los parkings, muestra la alegría de la libertad en su forma más tumultuosa: correr, levantar la pata cinco o seis veces para no agotar el placer en un solo tronco de árbol cuando hay tantos y tan variados, olisquear todo lo olisqueable y finalmente encaminarse hacia los que poseen la eminente virtud de tener un sandwich en la mano o algunas tajadas de salame sobre la mesa. Los perros de la autopista no tienen hambre en absoluto, pedir algo es un mero pretexto cortés para entablar relaciones y olvidarse por un momento de la prisión que los espera y de la cual buscan alejarse pese a esos trizantes silbidos de llamada que son como el título de propiedad burguesa sobre los perros y a veces sobre las esposas. Vienen a nosotros porque todo perro sabe muy bien quiénes son los humanos que aman a los perros, y porque un bocado de más ayuda a la felicidad del bosque entre los diversos episodios silvestres que puntúan la breve etapa fuera de la cárcel.



¡Ojalá que no llueva!

Los hay que por grandes o tontos andan a veces un poco perdidos, sus amos se han instalado a comer y a charlar y no se ocupan de ellos, y entonces hay que ayudarlos, como hace dos días con él perrazo de indefinible estirpe que, liberado de una camioneta apenas más grande que él, nos miró con infinito desconcierto al descubrir que la canilla del agua al costado del W.C. era evidentemente una canilla pero no le daba ni una gota a pesar de que

él le proponía todo su hocico, que era mucho, y parecía esperar que la canilla respondiera como hubiera debido hacerlo de no mediar su naturaleza incapaz de comunicación con el mundo canino. Le tocó a Carol ir a ayudarlo y ganarse grandes coletazos de gratitud y húmedas caricias, pero casi siempre son ellos los que vienen a ayudarnos, a mostrarnos que no estamos solos, rodeados por esos propietarios de perros que evolucionan en órbitas lejanas y retraídas, cuidando tanto sus autos y descuidando tanto la vida so pretexto de vacaciones y descanso.



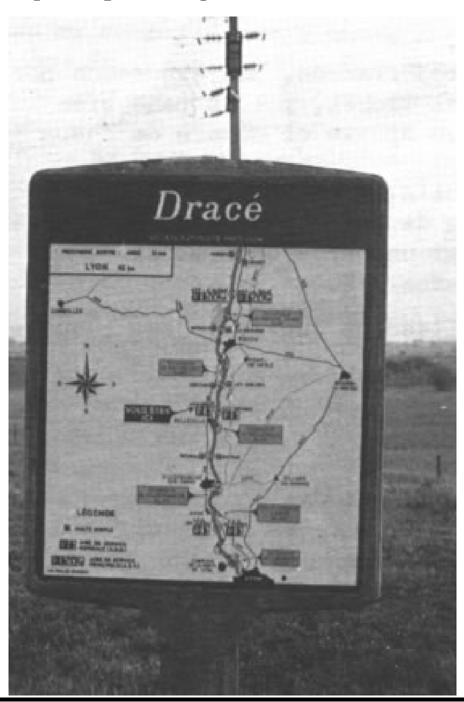
Como los niños son iguales a los perros, por suerte, también nos va bien con ellos, porque responden a los saludos, se alegran de que nos alegremos de verlos, y aunque sus propietarios no les dan de ninguna manera la misma libertad que a los perros, muchas veces consiguen escaparse y adentrarse unos metros en el bosque antes de que una madre o un abuelo produzca un rugido de alarma y conminación y se precipite a buscarlos con una sonrisa cariñosa detrás de la cual hay casi siempre treinta y dos dientes a la vista. Pero ellos se las arreglan casi siempre para aprovechar su breve rebanada de libertad, igualito que los perros. Esta tarde, por ejemplo, vi a la distancia que unos padres delicados daban las instrucciones necesarias a su niño de cuatro años para que se alejara del prado demasiado

expuesto a las miradas y fuera a hacer pipí entre los árboles. El niño me descubrió sentado a la sombra de una encina y su primer movimiento fue de desconcierto, seguido de una pausa



Anochecer en el paradero de Dracé.

durante la cual pareció estudiarme con ese aire de profunda gravedad que acompaña en ellos todo juicio de valor, y después se bajó el pantalón sin dejar de mirarme, sujetó con firmeza su pitito y se entregó a la delicia de todo *Manneken Pis* como si mi compañía lo rescatara de tanta recomendación pudorosa y de alguna manera estuviera haciéndole pipí a su padre en los zapatos, cosa que espero haga de veras dentro de algunos años.



DIARIO DE RUTA
Miércoles, 9 de junio

8 h. 25ºC

Desayuno: jugo de naranja, medialunas, pan con manteca, café.

8.55 h. Partida.
9 h. Cartel: "Viñedos del Beaujolais". Invisibles.
9.03 h. Paradero: AIRE DE PATUREL.
Orientación de Fafner: S.
10.10 h. Un signo cuya importancia comprendían bien los antiguos exploradores como Cristóbal Colón: una gaviota nos sobrevuela, se posa a algunos metros de nosotros, y reanuda su vuelo. Fafner se transforma en árbol para darnos un poco de sombra. 49ºC.

Almuerzo: Ensalada de atún, tomates y cebollas. Damascos en almíbar, café.

15.58 h. Partida.
16.04 h. Peaje: 133 francos. Nos excusamos por haber "perdido" el ticket, y todo pasa bien aunque el empleado apunta el número de chapa de Fafner.
16.12 h. Paradero: AIRE DE CHERES.
Gasolina, parking de asfalto pelado, pero conseguimos encontrar una nada de sombra.
Orientación de Fafner: E.

Cena: Bananas fritas con huevos y jamón, queso, café.

Cartas de una madre (4).

Savigny-sur-Orge, 10 de junio de 1982

Mi querido hijo:

¡Ah, si hubieras estado en los funerales de tía Heloisa no habrías creído lo que estabas viendo! Por lo menos la mitad de la ciudad de Valence estaba presente. Muchas personas de edad pero bien, creo que te darás cuenta de lo que quiero decir. Personas que no dan la impresión de estar ahí porque les han dado permiso por algunas horas o por todo el día. Al contrario, se veía que cada uno de ellos tenía su vida propia, y que si estaban allí era porque lo consideraban de su deber. No sé cómo describirte lo que sentí, Eusebio. Sin contar que veía mal a la mayoría de los presentes porque mi pañuelo mojado me nublaba la vista, y además el olor de las flores que te hace dar vueltas la cabeza. Pero la cabeza me daba vueltas desde antes: ¿Y si nos hubiéramos equivocado, Eusebio? ¿Y si hubiera habido un malentendido en alguna parte y nuestra Heloisa no fuera para nada la persona a quienes todas esas gentes rendían un último homenaje? La sola idea me hiela la sangre. Pero es todavía más difícil creer que no ha habido ninguna confusión. Lo peor era que nosotros, ahí, dábamos casi la impresión de ser los parientes pobres. No nos habíamos puesto en gastos puesto que había que hacer el viaje y todo, y además pensábamos que la ceremonia sería más bien íntima. El supuesto hijo y su mujer —por teléfono tenía una voz de hombre casado, y además yo me decía que un soltero no se hubiera ofrecido para ocuparse de todo—. No me animé a hacer muchas preguntas, te imaginas, ya que además de mirarnos de costado como lo hacían (tu padre dice que lo he imaginado todo, que nadie nos prestaba atención, ocupados como estaban en llorar, secarse los ojos y escuchar al cura, que me pareció más o menos de tu edad, y con una voz muy hermosa de esas que no te dejan dormirte), además de despreciarnos —las flores que habíamos encargado, dos ramos, pues bien, Eusebio, ni siquiera se las veía, y créeme que si hubiera que empezar de nuevo yo encargaría ramos más grandes—, ah no, confesarles que no sabíamos nada de la Heloisa que todos ellos estaban llorando ahí, ¿te das cuenta del papel que habríamos hecho?

En fin, ya se acabó. Cómo decirte, es como si nos hubieran robado dos veces a la pobre Heloisa, ahora bajo tierra llevando para la eternidad un nombre que jamás habíamos entendido pronunciar hace una semana, y en una ciudad que yo habría jurado que ella no conocía. Lo peor es que no cabe la más mínima duda. El joven señor Blanc nos

recibió en su casa antes de la ceremonia, para ofrecernos una copa. Nos hacía mucha falta, pero tu padre hubiera podido abstenerse de llenar la suya cuatro veces seguidas. Nos mostró fotos de su juventud, y no había duda de que la persona que lo tenía sobre sus rodillas era Heloisa. Como es natural, yo me hacía la que estaba enterada, pues de lo contrarío, ¿no le habría dado una mala impresión de su madre apenas muerta?

Pero por lo menos en todo esto, Eusebio, yo no soy la única implicada, es una historia de la que no comprendo nada pero que, y eso es seguro, es objetiva. *Me conoces, siempre me gustó creer que si alguna cualidad tenía, era la objetividad. ¿Cómo no creer en lo que vemos, a menos de estropearse los ojos y sabes que no es mi caso, e incluso si lo que ocurre desde hace una semana o dos me perturba lo bastante como para que yo ponga todo, pero todo en tela de juicio, Eusebio?*



El suplicio de Tántalo en el paradero de Paturel. Mientras de nuestro lado no hay sombra, los que viajan de Marsella a París se instalan...

No sabía que a mi edad una serie de certidumbres podían desmoronarse como un castillo de naipes, y eso me lleva a hacerme muchas preguntas sobre todo lo que ha sucedido antes. *Eres demasiado joven para comprender bien el efecto de semejante pensamiento a mi edad. Creo que no son lo que tú llamas dudas constructivas: pongo todo en tela de juicio, incluso fui a hacerme examinar la vista, y sé que está bien. No le dije nada a tu padre, hubiera estado más que contento de decirme que mi vista disminuye, suponiendo que alguna vez haya sido buena. Es para pensar que lo que me da miedo no viene solamente de los ojos. Por otro lado sé que el triste fin de Heloisa me ha perturbado mucho. Pero eso no explica, desde mi punto de vista, por qué cada vez que viajo por la autopista encuentro a esa misma pareja,* como si vivieran allí, *simplemente yendo y viniendo a un ritmo de... pues bien, a un ritmo de marcha a pie. Después de todo ya hace rato que los vi por primera vez, y ni siquiera están a la altura de Lyon.*



...como reyes en el suyo, y ni siquiera nos tienen lástima. Sólo contamos con el hilo de sombra que Fafner nos prodiga compasivo.

Tengo que interrumpir esta carta, porque tu padre necesita la mesa para hacer su contabilidad (¿de qué, me pregunto?), pero la continuaré más tarde. Tú eres quizá el único que no solamente no va a reírse de mí, sino que también podrá darme explicaciones, ya sea desde el punto de vista de ellos, *o del mío.*

Sabes, en el fondo casi me da gusto pensar que Heloisa vivió toda una bella vida, incluso si nosotros no lo supimos.

Te abraza,

Mamá

(Continuará)



Lobo. — *¿Cuántas veces me vas a fotografiar escribiendo?*
Osita. — *Muchas. Hay que convencer a los lectores de la seriedad de nuestro trabajo científico.*

Donde por fin, y ya era tiempo, se habla de camiones que no han dejado de pasar desde el principio, y se indaga acerca de su no siempre clara razón de ser y de estar.

Hasta ahora habíamos sido siempre David contra Goliath: ¿Qué puede un Renault 5, o incluso un tremendo Porsche a la hora en que un camión con remolque lo precede, otro lo sigue a diez metros y le mete en el retrovisor su enorme cara de gigante amenazador, mientras un tercero lo pasa haciendo temblar el espacio y soltando horrendos bufidos? Es así que los usuarios de las autopistas no tardan en contraer un complejo poco estudiado por Freud, la camionofobia aguda, que sólo se cura comprándose un camión para entrar en el bando del enemigo (esto en psicoanálisis se llama transferencia) o tomando el tren.

Nosotros estuvimos siempre a medio camino, porque Fafner no será un «peso pesado» pero tampoco es un auto corriente; desde su volante se domina un paisaje más amplio y agradable que cuando se viaja con el culo cepillando el suelo como en los autos más modernos, y además el dragón tiene su pinta e inspira respeto a los más pequeños y a veces a los grandes, porque los camiones tienden a mirarlo como al hermanito bueno y no lo brutalizan como se divierten en hacerlo con las pulgas y las cucarachas que les llegan apenas a las rodillas. De todas maneras cuando empezamos la expedición teníamos nuestros usuales resquemores sobre los camiones, y los primeros días tendimos sobre todo a evitarlos en las rutas y en los paraderos. Ingenuo noviciado del que hemos salido para entrar en la gran familia internacional de los transportistas, que ahora estudiamos muy de cerca y con toda la atención y el cariño que merece.

Pero, claro, hay camiones y camiones, y somos sensibles a las diferencias cualitativas aunque no a las cuantitativas porque casi todos tienden a ser enormes. Bastan diez minutos en la autopista para descubrir la división capital: mientras algunos camiones exhiben abiertamente su especialidad y el nombre o la marca del responsable, agregando casi siempre su sede comercial, otros los guardan en secreto. Cada tantos camiones que transportan muebles, caballos, jugo de frutas, gasolina o turrones españoles, pasa uno envuelto en una tela encerada, casi siempre gris o verde oscuro, sin que sea posible adivinar la naturaleza de lo que encierra. Esta categoría nos inquieta, y cuando la encontramos en las zonas de reposo, estudiamos a sus exponentes con mucha atención, les damos toda la vuelta fingiendo estirar las piernas, pero hasta ahora hemos tenido que conformarnos con verificar que tienen chapas de identificación como cualquier otro y países de origen nada diferentes.

¿Qué llevan esos camiones siempre un poco siniestros, siempre vagamente amenazadores? No creo que esta autopista forme parte de un circuito de tráfico de armas, ni que el hecho de ocultar la índole de su carga salve a esos camiones del control policial o aduanero, muy al contrario. No se trata entonces de imaginar que van o vienen de Bulgaria a París o de Estocolmo a Nápoles llevando misiles o helicópteros; excluimos por supuesto otras cargas explosivas, tales como la heroína o las raíces del ginseng, por evidentes razones de volumen. ¿Por qué entonces ese secreto, por qué esos camiones se parecen a ciertas casas suburbanas que, sin nada que las distinga en apariencia de las otras, dan la impresión de estar como rondadas, como habitadas por seres que no son como los de las otras casas? ¿Por qué, para decirlo valientemente, nos dan tanto miedo?



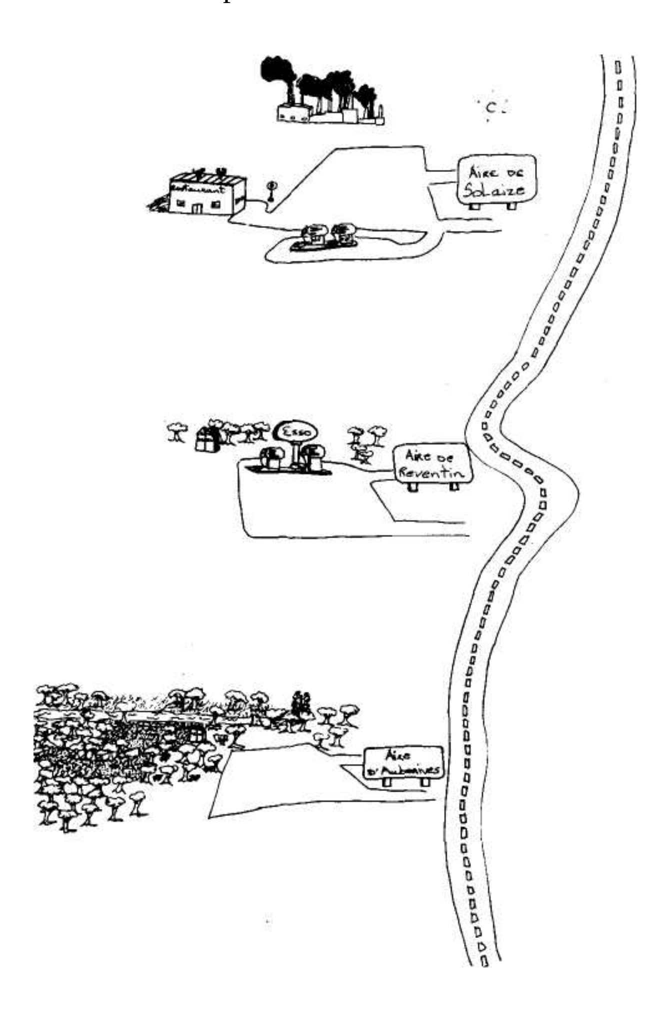
Paradero des Chères, donde no falta nada, salvo la belleza.

Carol tiende a imaginar cargamentos vergonzosos, que ninguna empresa de camiones se animaría a proclamar con un cartel como los que alegremente llevan cerveza o chanchos. Ha aventurado la opinión de que algunos podrían transportar gofio, tapioca, crema depilatoria o fideos a granel, cosas poco anunciables públicamente sin ruborizarse. Coincido con ella en que nadie proclamaría con demasiado orgullo que conduce un cargamento de alfileres de gancho o gorritos para bebés. Su punto de vista me parece atendible y lo respeto, contentándome por mi parte con imaginar cosas menos comerciales pero que en ciertas circunstancias y contextos exigen ser transportadas discretamente; pienso así que acaso el gobierno de un país lluvioso ha vendido en secreto una nube al gobierno de un país seco, o que los socios de un club de viciosos de Oslo le han comprado a los yugoslavos un cargamento de vibradores socialistas, que al parecer son más titilantes que los de Hamburgo o la rue Saint-Denis. ¿Y no podría ser que ese segundo camión envuelto en tela negra, que sigue de cerca al primero, importe a un centenar de expertas en el uso de dichos implementos? Usted no va a explicar eso con letras de un metro de alto.

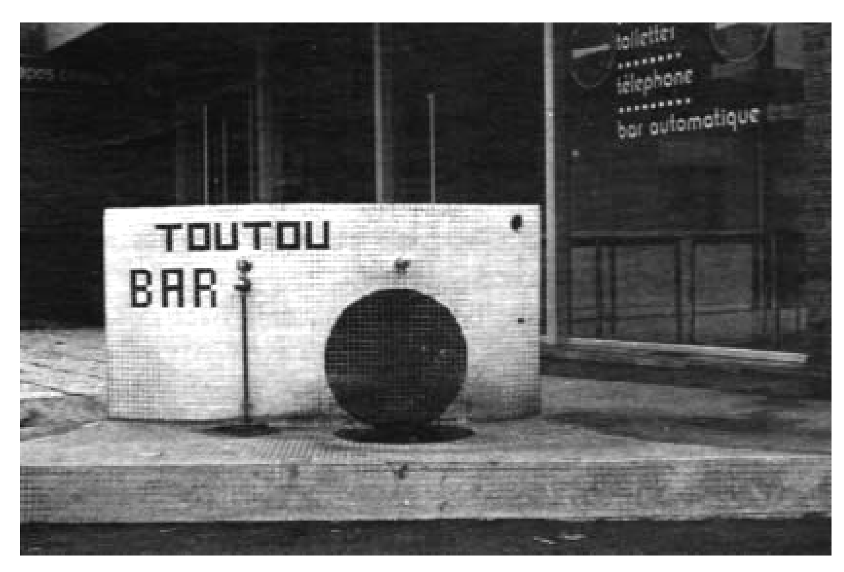


Y con todo, unos arbolitos nos aceptan para que Fafner no estalle como una burbuja en el Sahara.

Tengo otras hipótesis: alguno de esos camiones transporta acaso un cargamento de obesos holandeses destinados a las experiencias dietéticas de un instituto de Milán, o



viceversa; ¿cómo soltar a ochenta gordos al mismo tiempo en los paraderos? Pienso también en una remesa de guantes de goma, que evocan siempre pensamientos turbios... Pero la hipótesis extrema, con la que ambos coincidimos sin animarnos a creer demasiado en ella, es que todos esos camiones están *vacíos,* y que pertenecen a un excéntrico escocés que se divierte en hacerlos ir y venir por todas partes y recibir informes semanales sobre las caras de los aduaneros cuando los abren; desde luego es una diversión que debe costar una millonada, pero como se trata de un escocés la excentricidad suprema reside precisamente en eso.



Los perros pueden sentirse importantes (ya era tiempo) en el paradero des Chères.

De un camión entre tantos.

El feísimo paradero pelado y asoleado está casi vacío, y el camión de Castellón de la Plana se detiene delante de Fafner cuyos moradores se dedican a lavar los platos luego de haber consumido un *nasi-goreng* particularmente logrado (por el fabricante). El camionero baja a lavarse las manos, como decimos todos en estas zonas acogedoras, y tiene un aire tan simpático que me le acerco y le hablo en español, sabiendo qué eso es como un regalo, algo que le va a gustar. Y le gusta, claro, y nos quedamos charlando un momento. Hace mucho que he aprendido que para abrir una conversación de este tipo es una idiotez hablar del tiempo y de la temperatura porque son temas a nivel de gallinas; mucho más interesante es tocar de inmediato la profesionalidad, y por eso le digo que su trabajo será duro y todo eso, pero que en mi opinión le da más libertad que estar empleado en el correo o en el Banco de España.

—Es cierto —me dice—, pero eso vale para los solteros.

—Ah. Claro, comprendo. Usted...

—Pues a mí me acaba de nacer una niña hace dos días en Málaga.

—Hombre, felicitaciones. ¿Y todo bien?

—Sí —me dice con una mezcla de alegría y de frustración—, pero ya ve, pensábamos que sería dentro de diez días, cuando yo estuviera allá, y la cría nos ha ganado de mano, coño.

Vuelvo a felicitarlo, y nos despedimos porque lo veo ansioso de tragarse la autopista y llegar pronto, pero antes me dice que quiere saludar a Carol y se acerca a Fafner para darle la mano y de paso repetirnos la historia. De golpe está como iluminado por la felicidad, trepa a su camión y se pierde a la distancia, pensando tal vez que ya hay dos personas que también saben de su niña, dos desconocidos que se alegraron con él en un paradero cualquiera del mundo y de la vida.

DIARIO DE RUTA
Jueves, 10 de junio

Desayuno: medialunas, café.

10.02 h. 52°C.
10.15 h. Partida.
10.20 h. Cartel: LYON.
10.22 h. Cartel de salida (P-PORTE DE LYON).
Sabemos que hay que salir de la autopista para llegar a ese paradero, y evitamos caer en la trampa.
10.23 h. Vemos un mono aplastado en la autopista.
10.23 y 30" h. Lyon a la vista.
10.25 h. Primera indicación: MARSELLA.
10.27 h. Primer embotellamiento desde Paris.
10.34 h. Marsella a 334 kilómetros.
10.40 h. Penetramos lentamente en el túnel,
10.50 h. Salimos del túnel.
10.51 h. Otro túnel.
10.52 h. Fin del túnel.
10.56 h. Paradero: AIRE DE PIERRE BENITE.
Orientación de Fafner: S.S.O.
Gasolina, tienda, mesas para picnic, vista de las refinerías de petróleo. Un estrépito espantoso.
11.06 h. Partida.
11.12 h. Paradero: AIRE DE SOLAIZE. Horror de horrores. Pero hay un buffet.

Almuerzo: pollo con papas fritas para uno, pollo frío, tomates, ensalada, para el otro, postre de crema para los dos.

15 h. Terminamos por descubrir un rinconcito secreto, casi a la salida del parking, donde hay un poco de sombra. Nos mudamos allí, pues Fafner no resiste más en el desierto de cemento recalentado por un sol furioso (56°C).
17 h. 39°C a la sombra.
17.02 h. ¿Intervención de la "compañía"? El camión-cisterna... (Esta nota de Carol resulta incomprensible).
¡Duchas! Las compartimos con los camioneros.

Cena: Crudités, huevo con mayonesa para uno, jamón crudo para el otro. Café.

21.30 h. 25°C.



Jamás comprenderemos que esta suma de horrores pueda responder al nombre de Pierre-Bénite.

La noche del paradero.

A Mirabeau le atribuyen un libro más bien ateo y titulado, creo, *Erótica Biblion*, que en la edición catalana que leí de niño (sic) se convertía groseramente en *La pornografía en la Biblia*. ¿Por qué no, ahora, pensar en un *Erótica Parking*? Llevamos ya demasiado tiempo en esta *all man's land* como para no haber sentido su aura sensual, el paréntesis privilegiado que se cierra a los dos lados del suelo francés para crear esta vena interminable de ochocientos kilómetros, este sexo sinuoso de hombre y de mujer resbalando y abriéndose entre montes y llanuras, dando y tomando en un ir y venir que no se interrumpe un solo instante, orgasmo infinito desde la Porte d'Orléans hasta el espasmo final en una Marsella nacida de amores fenicios y refinamientos helénicos, vaso privilegiado para la culminación de un placer que comenzó en tantos paraderos, en tantas altas noches.

Hablo por nosotros, por la Osita y por mí, pero también por mucho de lo que atisbamos en los parkings, allí donde todo parece funcional y mecánico cuando sólo se busca eso o se *es* eso. Dejo pasar sin comentario a turistas y comerciantes con los ojos concentrados en la autopista, la boca con gusto a sandwiches mal masticados; los dejo pasar porque las ceremonias, los azares, los encuentros y las coronaciones se operan en otra dimensión, y sobre todo en los camiones, recintos móviles de una sensualidad casi siempre presente, casi siempre agazapada. Desde los primeros días aprendimos a reconocerlos: llegan con un bufido que es acaso parte de los códigos secretos de la ruta, santo y seña para otros, disponibilidad. Al caer la tarde empiezan a estacionarse uno tras otro o paralelamente; un tráfico furtivo de siluetas, de diálogos, se teje en las sombras que avanzan. Entre ellos, Fafner goza del respeto que merece un pequeño camión, hay manos que se alzan en un saludo amistoso, hay sonrisas cómplices. Los grandes paraderos con una estación de servicio, una tienda y casi siempre un restaurante, ven nacer cada noche una pequeña ciudad efímera, cambiante, que sólo existirá una vez para ser sustituida por otra similar pero diferente al otro día. De pronto la ciudad está completa, y es la ciudad más internacional del mundo, con casas búlgaras, francesas, alemanas, españolas, griegas, belgas, casas profundas con inscripciones o grandes telas bajo las cuales se guarece el misterio; casas de muchas piezas, con cocinas, baños, televisión, luces; casas donde habita una pareja o un hombre o una mujer solos, a veces perros, a veces niños, y siempre hornillos de butagás, botellas de vino y cerveza, perfumes de sopa o de papas fritas.

En París, ver de cuando en cuando a una mujer manejando un camión pesado sigue provocando en los hombres un rápido gesto de sorpresa, pronto disimulado, como si se

avergonzaran de seguir considerando eso como una transgresión, incluso una insolencia. En la autopista ese sentimiento es casi admirativo, ver detenerse un monstruo de vaya a saber cuántas toneladas, con su remolque igualmente enorme, y de pronto un reflejo rubio sobre el volante, brazos blancos y una blusa de colores, ver bajar a una mujer de movimientos claros y firmes, mucho más mujer que tantas mujeres, que se pone a golpear los neumáticos con el zapato, comprueba los cierres y la tensión de la tela encerada, llena una botella de agua y entra en el W.C. para volver a salir con la cara lavada, sacudiéndose el pelo, moviéndose con el placer de una breve caminata. Casi siempre un gran perro la acompaña, manso y juguetón pero que quizá es muy diferente en la cabina. En la mayoría de los casos un segundo camión de la misma compañía llega poco después, un hombre baja de él y la pareja está completa para el alto, para la noche. A veces son dos hombres; hasta hoy no hemos visto nunca a dos mujeres.



Hasta las tapas de cerveza contribuyen a la monstruosidad de Pierre-Bénite.

El azar de la construcción de la ciudad fantasmagórica nos hace asistir a encuentros casuales pero que forman parte del código, como hace un par de días cuando vimos a la joven pareja de camioneros que se hablaban de una manera que sólo podía ser fragmentaria, basada en sonrisas y gestos y la alegría de simpatizar. Ella manejaba un camión sueco, él era francés; sin duda tenían un vocabulario de cincuenta palabras inglesas, pero lo mismo habían decidido tomarse fotos, lo mismo se visitaban en sus cabinas respectivas para abrir una cerveza o alguna lata. Todo eso duró muy poco, un horario tiránico les impedía formar parte de la ciudad nocturna, a menos que hubieran decidido encontrarse de nuevo en el paradero siguiente, más propicio (éste no lo era y Fafner vegetaba ahí por la fuerza de la ley de la expedición, con un aire de hongo triste que se nos contagiaba).

Vimos a los jóvenes camioneros subir a sus puestos de comando, ella salió primero con un último saludo a mano alzada, y él la siguió después de sonreírnos como si

comprendiera que no podíamos elegir un lugar mejor, o simplemente pensara que éramos tontos. Nos quedamos meditando en ese encuentro efímero que acaso les daría una larga felicidad nocturna un poco más allá, o acaso nunca.

A veces los encontramos ya reunidos, ya pareja estable en su cabina, como los jóvenes alemanes de ayer por la tarde, que jugaron a subir y a bajarse del camión entre risas y botellas de agua fresca y un sentimiento de dicha que los llenaba de sol, como si les hiciera falta en ese maldito paradero donde dos o tres árboles a la vez enanos y medio calvos producían una sombra comparable a la de un paraguas de ocasión, bajo la cual la Osita y yo trabajábamos maniáticamente para olvidarnos de lo que nos rodeaba, que era prácticamente nada.

Pero tal vez por eso, por el calor aplastante que nos habíamos aguantado, el paradero siguiente nos pareció un oasis, con su restaurante (*Le relais du Beaujolais*, se ruega tomar nota), su tienda con provisiones harto necesarias a esa altura de la expedición, y su interminable playa a la que iban llegando una tras otra las casas que habrían de tejer la ciudad fantasmal de unas pocas horas.

Como suele sucedernos, habíamos puesto a Fafner en el peor lugar posible, que por un lado quedaba lejos del fragor de la autopista pero en cambio se situaba junto al camino de salida de los vehículos que reanudaban la marcha. Con la euforia de un *steack haché pommes frites* (la Osezna) y un *petit salé aux lentilles* (el Lobo) rociados con el vino epónimo, nos pareció un emplazamiento digno de nosotros y nos acostamos sin más tardar. Ahora bien, acostarse en Fafner es una operación mucho más fácil que levantarte, puesto que la cama una vez abierta ocupa gran parte del espacio reservado de día a la estación vertical o sentada, sin contar que además nos acostamos desnudos como corresponde (¿todavía habrá gente que duerme en piyama en este mundo? Las películas yanquis lo dejan sospechar, pero suponemos que forma parte de las frustraciones de ese pobre país), razón por la cual volver a vestirse en caso de urgencia es uno de los trabajos de Hércules olvidados culpablemente por Hesíodo y otros cronistas. Una vez en la cama, a la cual resbalamos como peces sorprendidos / la mitad llenos de lumbre / la mitad llenos de frío, / nada nos parece lo suficientemente horrible como para levantarnos y cambiar a Fafner de lugar, tarea que además supondría el desplazamiento previo de diversos sacos y envoltorios y además recoger las velas, o sea el fuelle del dragón que a esta hora alza su copete amarillo contra las estrellas.

Por todo eso nos quedamos donde estábamos, pero a los cinco minutos empezó Cristo a padecer: uno tras otro, camiones y autos y camping-cars iban llegando, se detenían un momento vaya a saber por qué al lado de Fafner, nos metían sus focos en plena penumbra interior, y luego arrancaban otra vez con tremendos rugidos y explosiones para volverse a la autopista. Todo eso, objetivamente, hubiera debido ser infernal y de alguna manera lo era, pero a la vez los signos estaban invertidos y el acoso mecánico, las ráfagas de luz y el hostigamiento de los camiones en marcha o ya estacionados se volvía más y más favorable para las fiestas de la noche, para la noche del paradero, para eso que habíamos

estado descubriendo poco a poco y que ahora restallaba finalmente con nosotros mismos como centro, desnudos en el acuario cambiante, en la cápsula extraterrestre por increíble y absurda, pilotos maravillados de un Ovni que acabara de posarse entre los camiones y entrara en ese juego que no podían sospechar los que nos fustigaban con sus luces y nos volvían el centro de un aquelarre de motores y de fuegos.



Donde se puede admirar el talento artístico del dragón para embellecerse con un juego de sombras.

En ese estado de ingravidez, en esa burbuja iridiscente que cambiaba continuamente de luces y de sonidos, supimos que esa noche era la noche de nuestra fiesta, que después de tantos días de avance y exploración habíamos sido aceptados por una de las ciudades efímeras, que también sin saberlo los camioneros nos rodeaban en una ceremonia de iniciación y de reconocimiento, nos ponían en las manos las llaves invisibles de la ciudad fantasma, y que al alba el lugar estaría desierto y gris, que Fafner despertaría como Cenicienta en una playa de cemento vacía e indiferente. Vivimos la maravilla de que tanta cosa horrible en sí misma se volviera maravilla por y para nosotros, aceptamos en una lenta, deliciosa ceremonia interminable todo lo que habíamos rechazado siempre en nuestra vida de ciudades estables y petrificadas. Beduinos en el aduar de una noche, mutantes de unas pocas horas en que amarse era como hacerlo en un calidoscopio, proteiformes y huyentes, cubiertos de estrellas fosforescentes o envueltos en rápidas ráfagas de sombra, cayendo en pozos de silencio donde nuestro murmullo era como una caricia más, hasta recibir el chirriante latigazo de una frenada como un eco de terrores antediluvianos, de megaterios pisoteando los helechos del tiempo.

Y después dormimos, Osita, y ya entrada la mañana seguías durmiendo y sólo a mí me fue dado ver el fin de la noche del paradero, el sol rasante que convertía el fuelle de Fafner en una cúpula naranja, que resbalaba entre las cortinas laterales para meterse con

nosotros en la cama, empezar a jugar con tu pelo, con tus senos, con tus pestañas que siempre parecen más, que siempre parecen muchísimas más cuando estás dormida.

También yo jugué ese último juego antes de las naranjas y el café y el agua fresca, un juego que viene de la infancia y que es taparse con la sábana, desaparecer en esas aguas de aire espeso y entonces de espaldas doblar poco a poco las piernas levantando la sábana con las rodillas para hacer una tienda, y dentro de la tienda establecer el reino y allí jugar pensando que el mundo es solamente eso, que por fuera de la tienda no hay nada, que el reino es solamente el reino y que se está bien en el reino y nada más hace falta. Dormías dándome la espalda, pero cuando digo que me la dabas estoy diciendo mucho más que una mera manera de decir, porque tu espalda se bañaba en el resplandor de acuario que nacía del sol filtrándose por la sábana vuelta cúpula traslúcida, una sábana de finas rayas verdes, amarillas, azules y rojas que se resolvían en un polvo de luz, oro flotante donde tu cuerpo inscribía su oro más sombrío, bronce y mercurio, zonas de sombra azul, pozas y valles.



Recuento de observaciones científicas que lleva al Lobo...

Nunca te había deseado tanto, nunca la luz había temblado tanto en tu piel. Eras Lilith, eras Cypris, de la noche del paradero renacías al sol como los murmullos de fuera que crecían, los motores arrancando uno tras otro, el rumor de la autopista creciendo con el aflujo que cada paradero echaba ya a correr después del sueño. Te miré tanto, sabiendo que ibas a despertar perdida y asombrada como siempre, que no entenderías nada, ni la tienda secreta ni mi manera de mirarte, y que los dos empezaríamos el día como siempre, sonriéndonos y «¡jugo de naranja!», mirándonos y «¡café, café, montañas de café!».



...a un éxtasis musical que hace pensar en Glenn Gould.

Cartas de una madre (5).

Savigny-sur-Orge, 11 de junio de 1982

Mi querido Eusebio:

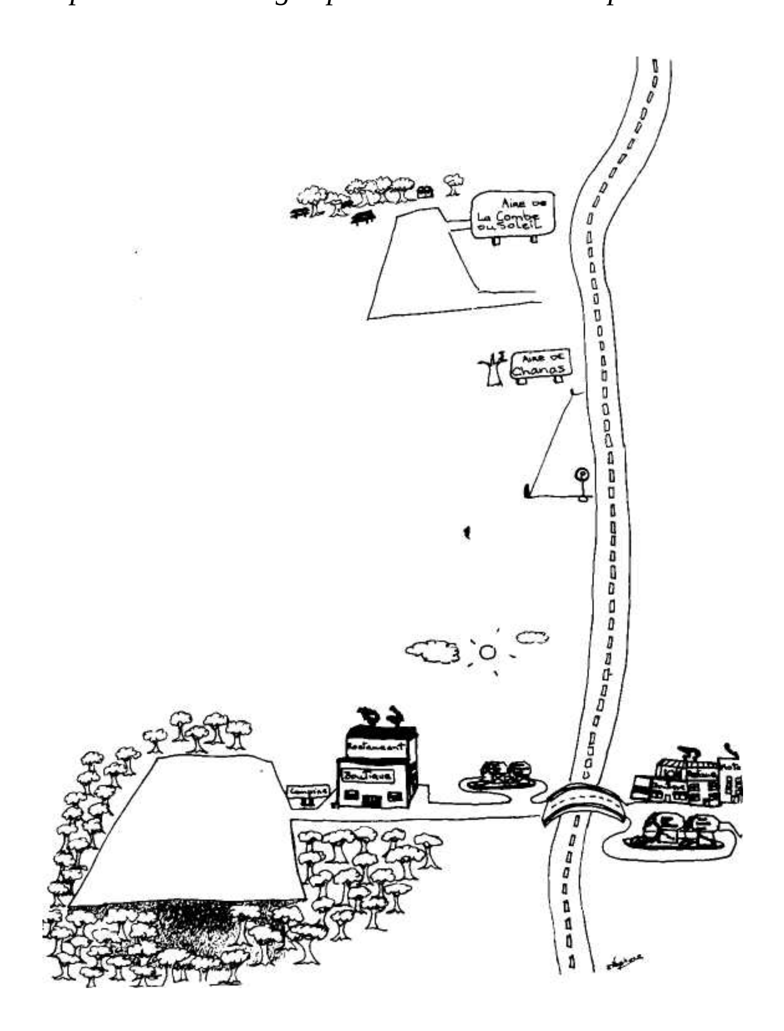
Como tu padre ha salido para ir a lo del médico, y tal como lo conozco va a aprovechar para vagar hasta la hora de la cena, tengo un poco de tiempo para escribirte y tratar de poner en claro esta historia. Bueno, eso me obliga a contarte también cosas que hubiera preferido callarme, pero en fin, a tu edad, como dice tu padre (aunque desde luego no tiene ninguna idea de lo que te cuento en mis cartas) debes poder mirar la vida de frente.



A los dragones no les gusta el viento, y Fafner observa inquieto las banderolas que le anuncian bordadas y sacudidas peligrosas.

Desde hace dos o tres años hemos perdido bastante la costumbre de los largos viajes que hacíamos cuando eras joven y las vacaciones eran todavía vacaciones. Tu padre

tiene la tendencia a exasperarse en la ruta, y recorrer demasiados kilómetros de una sola vez termina por fatigarnos. Por eso habíamos decidido ir a Valence la víspera de los funerales de tía Heloisa, dormir en el hotel y estar bien descansados para la ceremonia. En fin, ocurrió que tu primo André eligió precisamente ese día para visitarnos ¿y cómo no



invitar a almorzar a un pariente que llega justo a mediodía? Y ahí los tienes, tu padre y él lanzados en sus historias de tenis y de fútbol y vaya a saber qué más, y por supuesto todo eso se festeja bebiendo, y te apuesto a que esto, y te contraapuesto a que esto otro, y otro vaso que se vacía. Por todo lo cual sólo salimos hacia las cinco de la tarde, y te confieso que no me sentía nada segura al subir al auto con tu padre. No puedo decir que estuviera borracho, no exactamente, pero en fin, había bebido. A la altura de Solaize, viendo que se le cerraban los ojos en el volante, insistí en que se detuviera en el primer hotel, y casi me pareció un milagro cuando se mostró de acuerdo. Casi en seguida vimos el anuncio de un hotel en la autopista misma. Sin siquiera protestar entró en el paradero y nos encontramos con uno de esos hoteles todos estirados, comprendes lo que digo, o sea que no son verticales, y delante de cada pieza hay un lugar para el auto. Se llaman moteles según me

informó tu padre. Parece que en Estados Unidos todos los hoteles, o moteles, son horizontales. En fin, era limpio, con cuarto de baño y todo. Me costaba creer que tu padre no rabiara ni siquiera por el precio, claro que con lo que cuesta la vida actualmente hay que decir que era razonable. Pero evidentemente era fatal que tu padre me dijera en



Paradero de Auberives: para los que busquen la paz...



...y quieran escuchar el canto de los pájaros.

seguida que no había que tomar una botellita de jugo de frutas en el pequeño refrigerador instalado ahí mismo en la habitación, porque los precios eran un robo. Empezó a preguntarse si no debería asociarse con Albert Desnoix, te acuerdas de él, tenía una ferretería en la calle Dufour cuando eras pequeño, para instalar una cadena de hoteles. A mí no me parece serio. En todo caso me estropeó todo el placer cuando encendió la televisión y dijo que era una suerte, justo a tiempo para el partido. Te das cuenta, es como para preguntarse si no había calculado todo desde el comienzo. Yo, en todo caso, puesto que ni siquiera podía tomar un vaso de jugo de naranja y que él tenía su famoso partido de no sé qué cosa, no le iba a dar el gusto de quedarme en la pieza para aguantarme los deportes. Decidí irme a comer, porque allí hay restaurantes y todo. Al salir de la pieza vi muy bien que había un camión Volkswagen rojo un poco más lejos, pero no se me ocurrió pensar que pudieran ser ellos. *Y sin embargo, me creas o no, Eusebio, entré en un pequeño restaurante que se llama Le Bistrot, y te juro que estaban ahí, saboreando una buena cena como todo el mundo. Los miré muy bien, te aseguro que son reales y que no tienen nada de*

raro, como no sea que se les veía un aire un poco más feliz de lo normal, pero ésa no es una razón para juzgarlos. Pagaron con la tarjeta Visa y todo, y se fueron tomados de la mano. Los vi atravesar el gran parking en dirección del motel, y después de lo que sucedió el otro día, prefiero no seguir pensando y detenerme aquí. Eusebio, ¿tú crees posible que esa gente no haya salido de la autopista *desde la primera vez que los vi? No puedo decirte exactamente por qué, pero tengo la impresión de que no van a ninguna parte. Pero entonces, ¿qué hacen en la autopista? No vale la pena de que le hable a tu padre, me va a acusar de nuevo de extravagante. Pero esto no es la obra de mi imaginación. Por lo demás, si yo tuviera frustraciones, creo que haría otro tipo de... ¿cómo les llamas tú, proyectiles?, en vez de eso, que realmente no parece tener ningún sentido. De todas maneras, un fantasma no puede pagar con la carta Visa. (En fin, puesto que he decidido decirte todo, habían dejado el recibo sobre la mesa y fui —me da vergüenza, pero ya ves hasta qué punto esta historia me perturba—, fui a tomarlo, como para probarme que todo eso no era una invención mía. Claro está que lo tiré al salir. Imagínate que me viera obligada a explicar lo que hago con un recibo de carta Visa de un desconocido.)*



Un arroyo beethoveniano en el paradero de Auberives.



Una creciente inesperada durante la noche, que prueba los riesgos posibles de la expedición.

Cuando pienso que habrían podido sorprenderme, no comprendo cómo pude hacerlo, pero fui a echar un vistazo al interior del camión. No sé realmente qué pensar de la mezcla de cosas que vi: naranjas suspendidas en una red, una botella de whisky bien a

la vista, una brújula, un termómetro, las máquinas de escribir (sí, hay dos, muy pequeñas, y las instalan una junta a otra entre el asiento del conductor y el del pasajero; vi un pequeño refrigerador, un par de gemelos, carnets y cuadernos de todo tipo, además de un gran aparato de radio y cassettes, un poco como el que soñabas con comprarte hace dos o tres años. Hasta había ropa interior colgada en una de las ventanillas.

En fin, querido mío, el tiempo pasa y pienso que ya te he dicho lo esencial de la cosa. No comprendo quiénes *son esas gentes, ni lo que hacen en la autopista. En todo caso sé que no los he imaginado, y —Jacqueline me había hecho pensar en eso, que yo hubiese debido prever desde el comienzo— esta vez anoté muy bien el número de su chapa, de modo que si vuelvo a verlos no quedará la menor duda posible. Pero dime, Eusebio, ¿por qué crees que me obsesionan hasta ese punto?*

Piensa en nosotros de tiempo en tiempo. Ya sabes que eres lo más precioso que tenemos en el mundo.

Te abraza,

Mamá

Leyendo estas páginas, ¿no te ha ocurrido por lo menos una vez, oh pálido lector cómplice y paciente, preguntarte si no estamos escondidos en una habitación de algún hotel de la Villette desde el 23 de mayo?

DIARIO DE RUTA
Viernes, 11 de junio

Desayuno: jugo de naranja, medialunas, mermelada, café.

9.25 h. Partida.
9.30 h. Iglesia románica a la izquierda.
9.45 h. Peaje.
9.47 h. Paradero: AIRE DE REVENTIN.
Exploración sin salir de Fafner, pues llueve a baldes.
10 h. Partida bajo el agua.
10.02 h. Paradero: AIRE D'AUBERIVES.
Arboles, un arroyo, mesas, todo lejos de la autopista.
Orientación de Fafner: S.

Almuerzo: Sandwiches de salame con manteca. Queso, café.

Cena: cuscús, café.

Durante la noche, lluvia copiosa. Por la mañana, mirando lo que ayer era un arroyuelo cristalino resbalando sobre rocas visibles, vemos un río desencadenado. ¡La corriente hubiera podido arrastrarnos durante la noche!

Donde la Osita habla de la noche.

La autopista un río rosa, sobre el cual flota una bruma violeta apenas perceptible, y los autos y los camiones pasan como fantasmas, su estrépito esfumado por la noche, por la niebla que todo lo suaviza, por la distancia que entre ellos y nosotros delimita los mundos que vivimos, como si no fuéramos ni pudiéramos ser viajeros de un mismo camino. Extraño silencio lleno de murmullos, roto de tiempo en tiempo por el arrancar de un camión, por los frenos estrepitosos de un tren, silencio hecho de sonidos y rumores y cuya existencia —de la que participa cada uno de nuestros gestos— nos confirma de algún modo que estamos ahí donde creemos estar, que el objetivo del viaje ha sido alcanzado, y sólo nos queda por decirnos, con esa sonrisa que acaso sin saberlo significa que darás otro paso adelante y que me encontraré de nuevo en tus brazos, que ese objetivo que no es más fijo que los paraderos, que el mundo o las estrellas, lo estamos viviendo con una naturalidad cada día mayor.



Auberives, paraíso de pic-nics en los que se lucha encarnizadamente por posesionarse...

La autopista no es una línea recta sino una espiral, nuestras dos vidas también espirales, y el vértigo de esas líneas que se cruzan, en el mosaico de los círculos y tangentes, paralelas e intersecciones; y sólo una decisión arbitraria —la hemos tomado

antes de internarnos por este camino, sin preocuparnos por su importancia— nos hará salir un día (felizmente todavía lejano) del juego y del espacio que las definen.

Una luna color de toronja, pesada como una luna de terciopelo, ilumina el interior de Fafner. Poco a poco nuestros cuerpos emergen de la invisibilidad que sigue al momento en que apagamos la lámpara. Espero, sabiendo que de la oscuridad donde sólo puedo adivinarte por el calor que sube hacia mí con un perfume de luna, de canela, de almizcle y de chocolate, renacerás otra vez, poco a poco, a la noche, a nuestra noche que desde el comienzo del viaje es luminosa, con una luz siempre cambiante a través de las cortinas de las ventanillas y los mosquiteros del fuelle del techo. Tu hombro, primero, capta una luminosidad que devuelve tímidamente, un centelleo que irradia lentamente a lo largo de tu cuello, juega en tu barba; tu rostro se mantiene oscuro. Eso dura una eternidad y no nos movemos, pacientes, serenos. Poco a poco te iluminas, como si tu cuerpo hubiera pasado el día embebiéndose de un resplandor que ahora libera, prudentemente, como para no lastimar la piel a su paso. Corre a lo largo de tu brazo plateado, alcanza lo alto de tu cadera, tu cintura, y de ahí se tiende a lo largo de tus piernas. No te mueves. Tampoco yo, pero mi mirada vuelve confiadamente a tu rostro, ese rostro que ahora es de color de luna dorada. Estamos ahí de nuevo, enteros, como dos cuerpos luminosos apenas nacidos de la oscuridad, prontos a tender las manos, los brazos, las piernas, a mezclar otra vez esos perfumes, todos esos miembros, todos esos gritos.



...de una mesa y se saborea el hallazgo de lugares despejados para el almuerzo.

Mucho más tarde, aparto un ángulo de la cortina y miro por la ventanilla. Como refugiado contra Fafner, que lo recibe de la manera más paternal posible, un joven motociclista de Berna duerme sobre su motocicleta, como una extraña criatura de otro mundo. Temeroso de la lluvia, ha convertido el plástico que lleva consigo en una gran burbuja que protege ahora la máquina y su conductor. Bajo una tenue luz que viene de lejos, tiene el aire de un ángel apenas formado, visión confusa a través del plástico

transparente. No sabía si Marsella es una gran ciudad, ni a qué distancia se encuentra, y nos explicó, un poco tímidamente, que no conoce a nadie en Marsella, con el mismo tono que usaría alguien que dijera: «No conozco a nadie en el mundo.» Pero ahora duerme, la cabeza apoyada en su saco de dormir, los pies sobre el manubrio, y su rostro de adolescente está iluminado por una sonrisa apacible.



En el paradero de la Combe du Soleil, una niña parece entregada a una danza de pieles rojas. ¿Qué le pasó en el W.C.?

DIARIO DE RUTA
Sábado, 12 de junio

Desayuno: jugo de naranja, medialunas, magdalenas, café.

8 h. 18ºC. Tiempo fresco y lluvioso.
13.15 h. Partida.
13.19 h. A la derecha, el Macizo Central. El monte Pilat.
13.20 h. Paradero: AIRE DE LA COMBE DU SOLEIL.
Orientación de Fafner: S.O.
Algunas mesas, poca sombra para nosotros y ninguna para Fafner.
Decidimos tentar la suerte en el próximo parking.
13.26 h. Partida.
13.34 h. Paradero: AIRE DE CHANAS.

Almuerzo: espaguetis, manzanas, café.

Mala suerte: no hay sombra, ninguna intimidad, ni siquiera W.C. y agua potable: todo es asfalto y tachos de basura.

16.35 h. Decidimos huir del paradero de Chañas por razones de fuerza mayor: gendarmería, falta de agua, falta de instalaciones sanitarias, etc.
16.38 h. Entramos en el Departamento de la Drôme.
16.40 h. Paradero: AIRE DE SAINT RAMBERT D'ALBON.

Cena: Crudités, ravioles de Romans.

Comportamiento en los paraderos.

A «Dash» y a Raymond Chandler por razones obvias. A Claude-Edmonde Magny que definió sus libros como «novelas del comportamiento». Y a Osvaldo Soriano, por la amistad.

—Sácame la mano de ahí —le dije a Sonia—. No querrás que nos estrellemos justo a la entrada del motel.

—¿Quién me sacó el slip dos kilómetros antes? —preguntó Sonia, obedeciendo.

Las luces del parking recortaban un pequeño sector del bosque; salimos de la autopista y casi no disminuí la velocidad hasta entrar en la zona de la gasolinera; la dejé atrás, y el auto chirrió como siempre cuando frené delante del motel. Coches y más coches llenaban el patio y me costó encontrar una franja libre. Bajamos el maletín y el saco con las bebidas. Miré el motel y conté los autos.

—Estás muy cansada —le dije a Sonia—. Te estás cayendo de cansada.

—¿Yo? Nunca me sentí menos cansada que esta noche.

—Sin embargo no podes más de fatiga. A tal punto que te vas a apoyar en mi hombro, yo te sujetaré así, y cuando lleguemos adentro tendrás los ojos entornados y respirarás con esfuerzo.

—Pero... —dijo Sonia, y obedeció. Lo hizo muy bien, sobre todo en el momento de encarar a la rubia que le estaba dando una llave a un tipo de aire italiano. Puse los bultos en el suelo y llevé despacio a Sonia hasta el desteñido sofá del lobby; el italiano se iba ya a su habitación y no quedaba nadie más.

Deposité suavemente a Sonia, que se echó de lado cerrando los ojos, y volví al mostrador. La rubia me miraba como debía mirar a todo el mundo, moscas y cucarachas incluidas.

—Una habitación, por favor —dije innecesariamente.

—Lo siento, acabo de darle la última a ese señor —dijo la rubia abriendo una revista ilustrada y sosteniéndola a pocos centímetros de su busto. Hubiera tenido que alejarla bastante para poder leer sin dificultades visuales.

Me apoyé en el mostrador, con un gesto de alpinista agarrando lo único agarrable al alcance de la mano.

—Por favor, pónganos donde sea, mi mujer está agotada. No se ha sentido bien desde esta mañana, y hemos hecho...

—No puedo inventar piezas vacías —dijo la rubia—. Y tampoco puedo dejarlos dormir en el sofá, la gerencia no lo permite.

—Tenemos un auto muy chico, lleno de cosas. Ella...

—Hay otro motel a sesenta kilómetros.

—Por favor —repetí, con una voz que me sale muy bien cuando necesito decir eso en circunstancias especiales—. Por mí no importa pero si pudiera encontrar algo para Sonia, no sé, un colchón o un sofá en cualquier lado. Nos iremos temprano, no habrá problema para usted.

El brazo de Sonia resbaló a lo largo del sofá y sus dedos rozaron la alfombra. La rubia lo vio antes de mirarme de nuevo. Esta vez me miró de veras antes de hablar, y cerró la revista.

—Puedo ponerla en el cuarto de primeros auxilios —dijo—. Casi no hay lugar para moverse porque la camilla es demasiado grande para ese cuarto, y eso que apenas cabe una persona.



En el paradero de Chanas, lo único destacable es el edificio de la gendarmería.

No era una buena noticia y me abstuve de mirar a Sonia; estaba seguro de que se hubiera despertado indignada y lo hubiera echado todo a perder. En ese mismo momento un matrimonio con aire verdaderamente cansado retrocedía antes de poder abrir la boca porque la rubia estaba mostrando el cartel de FULL, que acababa de instalar en el mostrador.

—Muchas gracias —dije—, usted nos hace un gran favor.

La rubia me tendió una ficha en blanco y fue directamente al sofá, esperando que Sonia se levantara. Sin una palabra, Sonia la siguió hasta una puerta al lado del mostrador, y antes de cruzarla me miró de reojo y yo tuve apenas el tiempo de alzar levemente una mano para que comprendiera que las cosas eran lo que eran y que esa noche no seguiríamos lo que había empezado en el auto, lo que siempre empezaba en el auto antes de llegar a un motel de la autopista.

La rubia no tardó en volver, echó a un yugoslavo o rumano que pretendía dormir allí esa noche, y se sentó delante de su revista abierta. Pero antes volvió a mirarme.

—Usted puede quedarse ahí —me mostraba el sofá desteñido pero bastante grande—. Todavía tengo que quedarme veinte minutos pero después me voy a dormir y apagaré las luces.



El dragón parece bastante perdido en la desolación del paradero de Chanas.

—Gracias. De veras, muchas gracias. ¿Quiere un cigarrillo?

—No fumo.

Tomé una revista de deportes y me senté en el sofá. El fútbol no parecía interesante a esa hora, con Sonia en una camilla y toda una noche en un sofá no demasiado cómodo. La rubia leía concentradamente su revista, pero en un momento dado abrió la puerta lateral y desapareció; me había parecido escuchar una voz masculina en alguna parte detrás de la recepción, y cuando volvió la miré sin demasiado interés, simplemente la miré y ella hizo lo mismo.

—Siempre tengo que decirle al cocinero que se vaya —me explicó innecesariamente—. Parecería que las cacerolas lo divierten, es casi medianoche y todavía anda dando vueltas. Aquí cuando cerramos, cerramos.

Tenía una llave en la mano, y fue hasta la entrada llevando el cartel de COMPLETO, que colgó ostensiblemente. Las luces se apagaron, salvo una muy débil detrás del mostrador, dejándome sin saber los resultados de la división intermedia de la Liga. Puse la revista en la alfombra y esperé la partida de la rubia para estirarme a gusto. Nunca me ha gustado que me vean tendido en un sofá, y la noche no había hecho más que empezar.



La extraña impresión de centinelas que dan los depósitos de basura.

La rubia volvió detrás del mostrador, guardó las llaves en un cajón y la revista en otro. Ahora lo único que faltaba era un «buenas noches» que yo contestaría con otro, y un «gracias otra vez» como justa propina. Pero nunca hay que adelantarse, porque las sorpresas están siempre ansiosas de saltarle a uno encima.

—Usted va a estar muy mal en ese sofá —dijo la rubia—. Venga conmigo.

Nunca sabré cómo hice para llegar casi antes que ella a la puerta lateral. Me precedió por un pasillo donde había una o dos puertas, detrás de una de las cuales debía estar rabiando Sonia en su camilla, y después de un codo abrió la primera puerta a la izquierda. Era un dormitorio con una enorme cama, un bar empotrado en la pared, televisión y armarios y sillones de madera clara. Pero no era un dormitorio de motel, había frascos y tubos en un tocador, una salida de baño a los pies de la cama y por todos lados se veían revistas abiertas o cerradas, ceniceros y lámparas y más revistas. La rubia cerró la puerta con llave y se quedó mirándome.

—¿Te gusta?

Se podía contestar de varias maneras; la mía fue tomarla por los hombros, apretarla contra mí y besarla en plena boca, que todavía daba la impresión de estar terminando la

pregunta. Llegamos hasta la cama como si bailáramos un tango apretadísimo, le caí encima pero ella resbaló a un lado y siempre besándonos empezamos a desnudarnos. Vi que ella era como yo, sólo con toda la piel al aire libre se sentía bien en la cama.

—No te apures —me dijo cuando quise recorrerla de arriba abajo con las manos—. Tenemos toda la noche, mi marido no vuelve hasta las siete y media.

Escuché la información sin que me importara en absoluto, la rubia era una incandescencia pura, finalmente parecía más urgida que yo y casi no me daba tiempo de explorarla, de buscarla con los dedos y la boca antes de sentir el arco de sus piernas y entrar en una brasa viva, enredarme en lianas rubias que se me metían en la boca y los ojos, sentir dedos como de bronce que me golpeaban y me acariciaban mientras una voz rota y jadeante repetía «ahora, ahora», pedía «más, más», escogía «así, así», hasta un primer abandono que no duró mucho, el whisky del bar, el descubrimiento no comentado por mí de que era capaz de fumar como un murciélago, el itinerario de dos horas con intervalos de sueño y caricias y más tragos, hacia la madrugada de nuevo el amor, pero esta vez la rubia que además se llamaba Norma no me permitió mis preferencias o mis reincidencias, sino que se tendió de lado dándome la espalda, me atrajo lentamente y dijo una de las pocas cosas que había dicho esa noche: «Entra muy despacito, y poneme la pierna encima de la mía.» Lo hice, por supuesto, aunque no sea una de las posturas que prefiero, y Norma empezó a gozar casi de inmediato, ahora temblaba de pies a cabeza mientras dejaba salir una especie de bramido ahogado, una ronca queja que duraba y duraba y que se cortó como en un reproche cuando no pude más y me entregué al orgasmo sin poder prolongar ese placer que hubiera querido seguirle dando como todo hombre que se respeta.

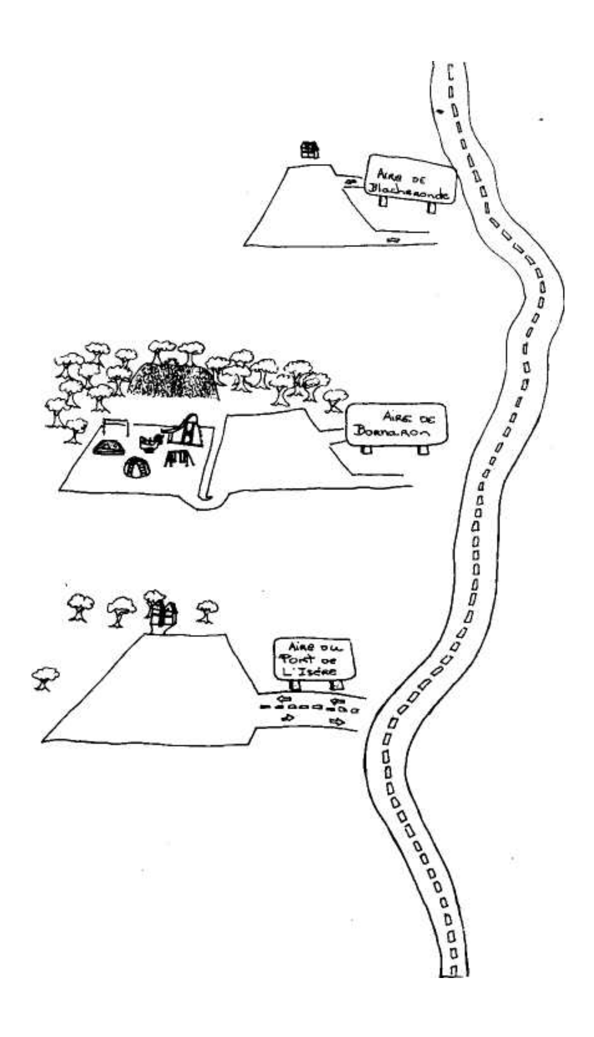
Soñé con trencitos de juguete, con Sonia hablándomé de su mamá, con una carrera de caballos. Norma me despertó casi bruscamente y vi la luz de la mañana en los visillos.

—Dúchate rápido y vamos —dijo—. Se está haciendo tarde y tengo que abrir.

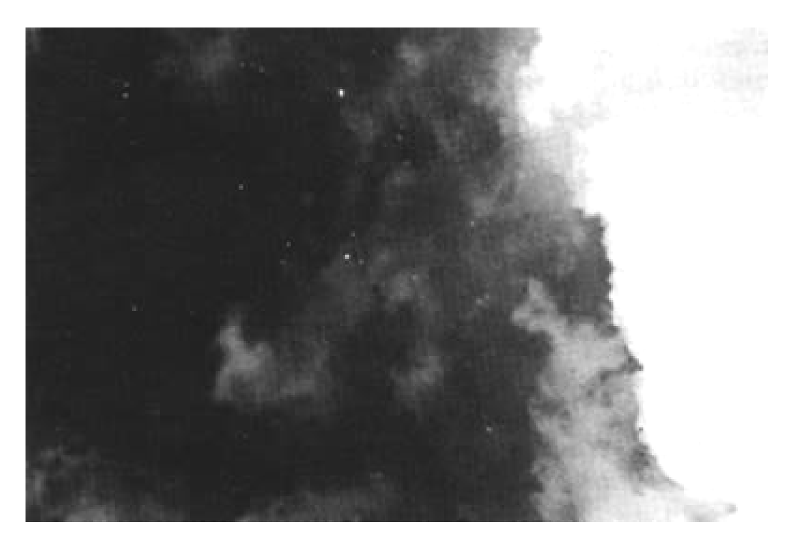
Quise atraerla y besarla, pero ya estaba vestida y con una revista en la mano. Me duché, claro. Pensando en Sonia, claro. Norma me llevó hasta el lobby, abrió la puerta y se ocupó de los primeros huéspedes que pagaban y se iban. Yo me instalé en el sofá para leer los resultados de la Liga, y estaba en un campeonato de levantamiento de pesas en Ucrania cuando vi llegar a Sonia. Nos dijimos que habíamos dormido muy bien aunque la camilla, claro, y el sofá, claro. Los huéspedes parecían haberse puesto de acuerdo para partir al mismo tiempo, pero ahora había otro empleado con Norma en el lobby, probablemente el marido. A él le pagué la noche, esperando que me preguntara el número de la pieza y me pidiera la llave, pero no dijo nada. Nos despedimos como se despide uno en los moteles, y la autopista estaba vacía y llena de sol. Ese día hicimos casi cuatrocientos kilómetros, sin hablar mucho porque los dos estábamos por lo visto cansados y sólo podíamos hacer bromas sobre camillas y sofás. Por suerte en el motel de las seis de la tarde había habitaciones libres, y después de beber y de bañarnos nos miramos y fue como siempre, Sonia arrancando el edredón, desvistiéndonos, buscándonos, entretejiéndonos.

Hicimos un alto para otro trago, salimos a cenar y a las diez y media estábamos otra vez acostados, leyendo los diarios y bebiendo un último vaso que siempre era el penúltimo. En esos casos hay una mano que resbala bajo la sábana hasta encontrar algo que buscaba,

otra que tira una revista o una almohada por el aire, otra que apaga la luz, somos como un alegre pulpo lleno de tentáculos atareados. Y como siempre soy yo el que resbala a lo largo



de Sonia boca arriba, besándola poco a poco porque ya estamos cansados y a la vez sentimos que el placer no ha terminado todavía. Como siempre soy yo el que hace eso, salvo esta vez porque Sonia me besaba en la boca sin dejarme alejar mi cara de la suya, me besaba y besaba, acariciándome las nalgas y la cintura, luchaba riéndose contra mi resistencia y me mantenía contra ella mientras poco a poco iba girando de lado, ahora ya no podía besarme pero su mano izquierda pasaba sobre su cintura y venía en busca de algo que conocía de sobra, lo acariciaba hasta hacerme gritar, se tendía plenamente de lado, se daba de lado mientras me pedía que la entrara muy despacio, muy poco a poco, y que le pusiera la pierna encima de la suya, que la entrara despacito con mi pierna encima de la suya como jamás habíamos hecho antes, como yo sólo lo había hecho con Norma.



En el paradero estratégicamente importante de Saint-Rambert d'Albon, nos sentimos vigilados desde el aire.

DIARIO DE RUTA
Domingo, 13 de junio

Desayuno: jugo de naranja, magdalenas, café.

Tiempo entre fresco y frío. Nublado. Nos instalamos en una mesa para esperar la segunda expedición de socorro. La lluvia nos obliga a refugiarnos en Fafner.
13.26 h. ¡Llegada de los socorristas! Jean Thiercelin y su hijo Gilles, y Bryhnild Mascret, rebosantes de alimentos frescos, noticias y cariño.

Almuerzo: salame de Cucuron, carnes frías, "caillettes", quesos, pasteles, café.

18.45 h. Después de toda una tarde con los amigos los vemos marcharse, y partimos a nuestra vez.
18.50 h. Paradero: AIRE DE BLACHERONDE.
Orientación de Fafner: E.

Cena: Carnes frías, ensalada (del huerto del capitán Thiercelin), queso, café.

De cómo el segundo apoyo logístico se cumplió con una perfección insuperable, que presagiaba inequívocamente el triunfo de nuestra esforzada expedición.

La cosa empezó más bien mal por culpa de una lluvia digna de las selvas de Sumatra, que estropeó por completo nuestro programa oficial de recepción en el paradero prefijado de Saint-Rambert d'Albon, y que consistía en: 1) mesa preparada para el almuerzo bajo los árboles, estando entendido que el tal almuerzo sería provisto por la expedición de socorro de Jean Thiercelin; 2) sol, pájaros y calor; 3) fotos documentales y celebratorias del enlace técnico y afectivo.

Bajo tan rotundo aguacero y junto con diversos turistas, entre ellos un alborotante grupo de jóvenes judokas franceses que perdieron de golpe toda conducta marcial, rajamos de vuelta a nuestros respectivos vehículos y ahí, en un Fafner húmedo y cariacontecido, nos dedicamos a esperar comiendo melancólicas rodajas de salame rociadas con uno que otro vasito de tinto. Empezaba a escampar cuando vimos acercarse el Volkswagen de Jean, del que emergieron él con su hijo Gilles y Bryhnild Mascret, las manos y los brazos llenos de botellas, paquetes, envoltorios, lechugas, pollos al horno, tomates, arvejas, naranjas, pimientos, cubos de hielo, latas de crema y otras vituallas destinadas a alejar de nosotros toda amenaza de escorbuto, sin hablar de cuatro botellas cuatro de *scotch*, bebida que en mi opinión mata el microbio mejor que cualquier antibiótico.

Todo anduvo bien a partir de ese momento, sacamos la mesa y la cubrimos de maravillas, nos contamos toda clase de cosas excitantes, vimos aviones que hacían acrobacia como si la municipalidad de Chanas quisiera asociarse a nuestras festividades, todo eso mientras la Osita y yo gozábamos del encuentro con ese sentimiento de todo explorador que sale de un largo hueco de soledad antes de entrar en otro, y que saborea la delicia de un encuentro y de paso el *rôti de porc* que era de lujo.



Paradero de Saint-Rambert d'Albon: la segunda expedición de socorro llega cargada de vituallas frescas, Jean Thiercelin, Brybnild Mascret...



...y Gilles Thiercelin verifican que los exploradores han resistido a las penurias del viaje. Bryhnild y Carol en plena celebración del feliz encuentro.

Complemento informativo que no dejará de interesar al pálido lector.

Las expediciones, ¿favorecen las apuestas? Se diría que sí, a partir de la famosa que llevó a Phileas Fogg a su dramático periplo. En lo que a nosotros toca, Jean Thiercelin nos informó que su / nuestro amigo Vladimir había declarado fríamente que jamás llegaríamos a Marsella, y que para producir semejante aseveración se fundaba en las razones siguientes: Aburrimiento insoportable después de veinte paraderos / peleas conyugales derivadas de lo precedente, y que proyectarían a los cónyugues en direcciones opuestas, pero en todo caso orientadas hacia París / problemas mecánicos, alimenticios y gástricos / hambre y sed provocados por la mala administración de los bastimentos, habida cuenta del considerable nivel de amateurismo perceptible en los exploradores / ganas irresistibles de ir al cine / id. a una cama como se debe / nostalgia del metro /id. de la ducha caliente /id. de las papas fritas, pues al parecer los expedicionarios no estarían en condiciones de prepararlas / etc.

Como resultado de esa convicción, Vladimir le apostó a Jean una cena (con nosotros incluidos, por supuesto, dado que nos quiere mucho aunque no crea en nuestras capacidades). Enfurecido y desafiante, Jean aceptó la apuesta sobre el pucho, y eso que si pierde le va a costar cara una cena para cinco personas.

—Pero yo sé que no voy a perder —nos dijo, llenándonos los vasos de vino—. Basta verlos después de veinte días de lucha y esforzado avance, para darse cuenta de que tienen una moral del carajo.

—La tenemos —dijimos la Osita y yo a coro.

Nuestra querida Bryhnild, que sabe ser tan maravillosa amiga sin dejar de ser médica y observarnos clínicamente como quien no quiere la cosa, aprobó sin palabras, dándonos así renovadas energías. Cuando nos despedíamos al caer la noche, le enviamos un mensaje a Vladimir: perderá la apuesta, pero pasaremos una noche espléndida con él, descontando que nos llevará a un restaurante como la gente. Nada de latas de atún ni de huevos duros para nosotros, después de treinta y dos días de martirio.



Admirado y feliz, Gilles sueña acaso con el día en que se lanzará a explorar el mundo por su cuenta. (Abajo, un símbolo...



...elocuente de la fiesta). El valiente capitán Thiercelin es agasajado como se debe por los exploradores.

Donde el pálido lector conocerá la ultima ratio de esta ardorosa expedición, así como otros detalles igualmente importantes y amenos.

Como sin duda dijo alguna vez Vasco de Gama, toda expedición que se precie de seria debe dar clara cuenta de su objetivo, pues sólo así alcanzará una categoría científica innegable, como es el caso de la presente (fin de frase agregado por nosotros).

Ahora bien, esa categoría se elevará a un nivel que cabe humildemente calificar de sublime si la expedición no sólo tiene un objetivo sino dos, en cuyo caso lo único que cabe frente a ella es la admiración más desbordante, como sin duda ocurrirá en la presente circunstancia.

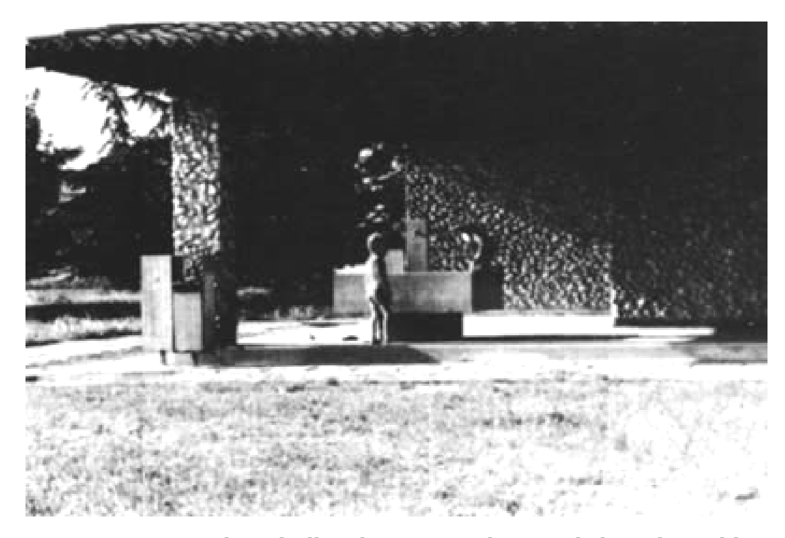


Un pic-nic paralelo a cargo de turistas belgas.

Los autores se creen en la obligación de explicar que, en el curso de los trabajos preparatorios consideraron prudente referirse solamente al primer objetivo, o sea el conocimiento detallado de la autopista llamada sucesivamente A6, A7 y Autopista del Sol, entendiendo que era suficiente para crear una conmoción considerable en los círculos de sus relaciones tanto científicas como privadas, divididas desde el primer momento en dos

sectores antagónicos, o sea el de quienes los consideraban simplemente locos, y el de quienes preferían incluirlos en la categoría de estúpidos. Fácil es imaginar las reacciones que habría provocado el conocimiento prematuro del segundo objetivo de la expedición que hoy, casi al término de nuestro obstinado safari, podemos enunciar sin énfasis pero con justificado orgullo: se trataba de verificar, al término de la expedición, la existencia de la ciudad de Marsella.

Tal vez la primera incitación a tan ardua empresa nos vino del hecho de que todos los viajeros que parten de París por la autopista vulgarmente llamada «del sur», lo hacen en el supuesto de que al término de su viaje serán depositados por dicha autopista en la entrada de Marsella. Este supuesto, apoyado por mapas y otros medios de conocimiento, no resiste al menor análisis serio, pues si bien París es un elemento conocido y comprobable puesto que allí los viajeros ponen en marcha sus autos y los propulsan hacia uno de los accesos a la autopista, el extremo opuesto de ésta se sitúa a más de ochocientos kilómetros, lo que excluye toda aprehensión empírica de la existencia de la ciudad de Marsella, que sólo puede ser retenida como un dato teórico suministrado por la educación primaria, Fernandel, las tarjetas postales de alguna tía en vacaciones, la personalidad de Gaston Defferre y otros elementos que la ciencia sólo puede aceptar como hipótesis de trabajo y siempre, tengamos la honradez de decirlo, «cum grano salis».



En Saint-Rambert d'Albon los niños se lavan y beben al aire libre.

¿Existe Marsella?

A esa pregunta debía responder la etapa final de la expedición que, habiendo acumulado los múltiples conocimientos sobre la autopista que el pálido lector encontrará en esta memoria, estaría en condiciones de hacer frente a su segundo objetivo y verificar si después del último paradero se entraba en esa ciudad tan livianamente aceptada por los viajeros, o en una vaga región de terrenos baldíos y de pantanos, para no hablar de la posibilidad de un espantoso precipicio o de bosques impenetrables.

¿Qué pensar?

No prolongaremos la duda en el ánimo del pálido lector: Marsella existe, y es tal como la muestra Marcel Pagnol. *Pero sólo existe porque la expedición ha verificado su existencia,* y no por las razones que el vulgo acepta sin análisis previo.



Por nuestra parte, después del baño convertimos a Fafner en un secadero de ropas que el dragón soporta con bonhomí.

Pensamos modestamente que esta demostración agrega un peso considerable a los resultados de nuestro viaje; la autopista del sur queda justificada para siempre, y cesa de ser la posibilidad de una enorme estafa como muchas veces lo habíamos pensado en nuestras meditaciones parisienses, sobre todo cuando pedimos autorización para explorarla y no nos contestaron, cosa que nos pareció casi una prueba de la inexistencia de Marsella y multiplicó nuestra decisión de llegar a la verdad costara lo que costara, y bien caro que cuesta el peaje, dicho sea de paso.



El Lobo le da un gran susto a la Osita sumida en sus especulaciones científicas.

DIARIO DE RUTA
Lunes, 14 de junio

Desayuno: naranjas, pan con manteca, café.

9.14 h. Partida.
9.15 h. Cuesta del Grand Boeuf: 323 metros.
9.20 h. Paradero: AIRE DU BORNARON.
Orientación de Fafner: S. Nos instalamos en lo alto de una colina.
11.30 h. Visita de los gendarmes (simpáticos, al vernos escribiendo a máquina se dejan invadir por un gran respeto, nos desean buena suerte y nos dan la mano).

Almuerzo: Escalopes de veau au citron, ensalada (lechuga, ají, cebolla), queso, duraznos, cafe.

17.20 h. Partida de este hermoso paradero.
17.29 h. El valle del Ródano a nuestra derecha.
17.34 h. Paradero: AIRE DU PONT DE L'ISERE.
No es gran cosa, pero podría ser peor.
Orientación de Fafner: E.

Cena: Huevos con jamón, quesos surtidos, café.

Otra vez los tártaros, por si fuera poco.

—Ya almorzaron, che —dice una voz detrás de los arbustos.

—Siempre lo mismo —dice otra voz—, deben tener un radar para detectarnos, y aunque todavía falta una hora para cualquier almuerzo de gente educada, éstos se precipitan a la mortadela y al vinacho con tal de no dejarnos nada. Y nosotros que nos sacrificamos por ellos.

—Madre querida, hace años que no hacemos más que eso y mira cómo nos pagan.



En el paradero de Bornaron, un acentuado desorden muestra el desgaste perceptible de las energías de los expedicionarios.

Repuesta de la primera impresión, la Osita los invita a acercarse, cosa que de todos modos ya han hecho, y les ofrece sendos vasos de vino y lo que queda del salame, que es bastante pero que desaparece casi de inmediato. Hasta ahora no he querido hacerles preguntas que les den tema para acusarme de toda clase de ingratitudes y ninguneos, pero como ya llevan días sin aparecer me siento obligado a preguntarles dónde dejaron el auto.

—Auto —dice Calac, mirando a Polanco como si necesitara apoyarse visualmente en él para no rodar por el suelo—. Vos te das cuenta lo que me pregunta.

—En general la autopista está reservada a los autos —le hago notar para justificarme.

—A los autos de los ricos —dice Polanco con la voz que le imagino a Karl Marx diciendo la misma cosa—. Nosotros los poetas vivimos de rayos de luna y del agua que por suerte es gratis en estos lugares.

—El salame es también alimentación —dice Carol que los aguanta bastante menos que yo, cosa que comprendo de sobra y que ellos retribuyen con sordas miradas hostiles.

—Nosotros —me informa Calac— nos creemos en la obligación moral de seguirlos a pesar del martirio que eso representa, para cerciorarnos de que todavía no están lo suficientemente locos como para morirse de hambre en el camino.



Una vasta, luminosa soledad llama al descanso en el paradero de Vont de l'Isère.

—Lo dijiste muy bien —aprueba Polanco—. Usaste un vocabulario que me sorprende en vos, pero que se ajusta notablemente al contexto.

—Me alegro de que comprueben la buena marcha de la expedición —digo para sacarlos de los mutuos elogios que amenazan prolongarse un buen rato—, pero no me contestaron la pregunta. ¿Cómo diablos se las arreglan? Supongo que usan los autos de los otros o algo así.

—Ya te dijimos que es un calvario —suspira Polanco—. Hacer dedo como dice el vulgo parece muy fácil dada nuestra simpatía y personalidad, los autos se paran apenas nos ven, pero el problema es que cada vez que hemos terminado de inspeccionarlos a ustedes,

casi siempre secretamente, hay que salir de la autopista y volver a .entrar al otro día para no perder ni un solo paradero.

—Es simplemente horrible —complementa Calac—. Ustedes avanzan a dos paraderos por día, pero las salidas de la autopista están en los sitios más raros, de modo que tenemos que hacer dedo de vuelta, bajarnos a distancia prudencial, pasar al otro lado y esperar otro auto.

—No entiendo mucho —digo.

—Sin contar que apenas nos han levantado, tenemos que bajarnos en el primer paradero que aparece, donde clavado que ustedes ya no están pero no hay que fiarse, y después tenemos que esperar otro auto, y después otro paradero, Dios mío, Dios mío.

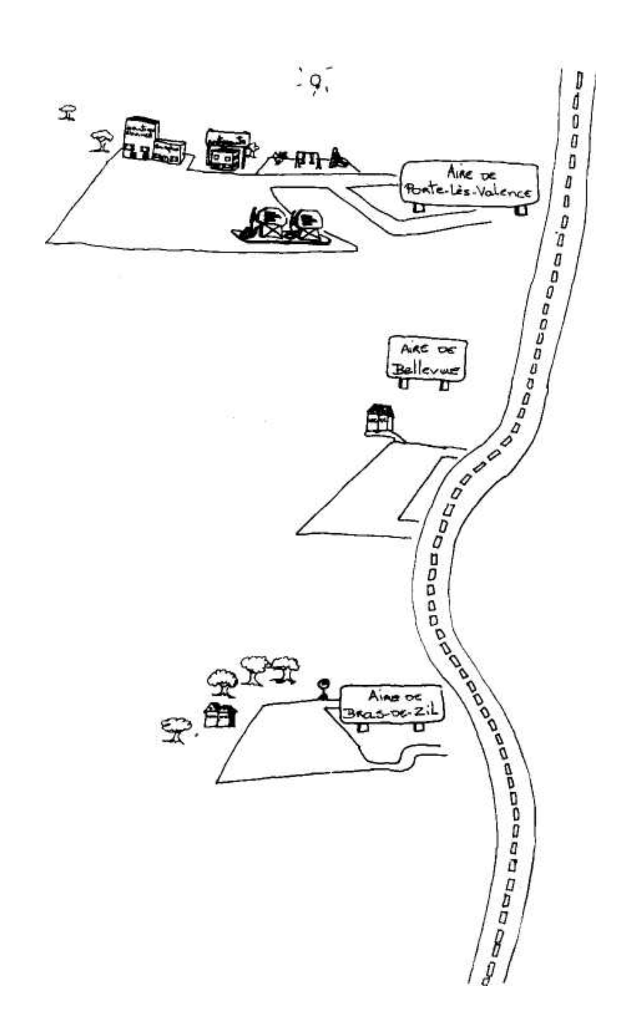


Nadie puede saber dónde estamos, en lo más hondo del paradero del Pont de l'Isère.

—No te dejes dominar por el sentimiento —aconseja Calac—. Al final éstos van a creer que los tomamos realmente en serio.

—Tenés razón, hermano —dice Polanco—. Me vengo abajo por la falta de proteínas y las noches de insomnio, nunca pude dormir en el pasto sin que me invadiera la urticaria.

Carol, que parece bastante conmovida, va a buscar dos manzanas y propone un café bien caliente. Yo aprovecho su breve ausencia para sugerir amablemente que tanta abnegación no es imprescindible, máxime cuando no la hemos pedido, y que harían mejor en volverse a París y dormir en la cama un par de semanas. Me miran, claro, con esa mirada que les conozco desde hace tanto. Me quieren, qué le van a hacer, no es culpa de ellos que sean tan sentimentales.



—Ya te diste cuenta —dice Polanco—. Nos echan. Si este calvario...

—Yo te previne —ataja Calac—. Juegan con nuestra dignidad, por lo cual apenas hayamos tomado el café nos retiraremos.

—Hay un poco de grapa —digo, sintiéndome bastante culpable.

—Eso no cambia la situación —dice Polanco—, aunque el problema de las proteínas me induce a aceptarla, si es posible doble.

—Y después seguiremos adelante, dado que no hay dos lugares en tu vehículo.

—Aunque sean dos rinconcitos —dice Polanco.

—Lo sentimos mucho —digo yo, sabiendo que en ese instante se juega nuestra suerte y que si me dejo llevar por la compasión nos vamos de cabeza al infierno, como pasa casi siempre.

—Ya ves —dice Calac, echando todo el azúcar posible al café.

—Y sí, es nuestro destino —dice Polanco que ya tiene en la mano la botella de grapa—. No parece de muy buena calidad, fíjate el sedimento que se le ha formado.

—Compran cualquier cosa —dice Calac—. Yo no creo que lleguen vivos a Marsella.



La infancia recobrada: trabajar sobre un enorme juego de cubos...

—Hacemos lo posible por protegerlos, pero no podemos prometer nada. Tal vez otra copita, gracias.

—Tené cuidado que ya estás llegando al sedimento —le advierte Calac—. Yo tomaré el final con riesgo de mi vida, pero es lo único que puedo hacer para salvarte.

—Sos una madre —dice Polanco.

DIARIO DE RUTA
Martes, 15 de junio

Desayuno: naranjas, pan con manteca, café.

9 h. 18ºC.
9 h. Partida bajo un cielo gris y amenazador.
9.05 h. Castillo de Crussol a la derecha.
9.12 h. Paradero: AIRE DE PORTES-LES-VALENCE.
Gasolina, restaurante, tienda, juegos para niños.
Orientación de Fafner: S.
9.24 h. Partida.
9.30 h. Paradero: AIRE DE BELLEVUE.

¡Ugh! Y sin embargo, lo pasamos bien.
Orientación de Fafner: S.

Almuerzo: Huevos duros, jamón, ensalada (lechuga, tomate, pimientos), queso, duraznos, café.

Cena: Sopa de gallina, biftec con muchísima cebolla, arvejas y zanahorias, crema de postre, café. (En el restaurante).

A las tres de la madrugada tuvimos que utilizar las "boules Quiès" por segunda vez en nuestro viaje. Y no por el fragor de la autopista que está sin embargo al lado, sino por el estrépito infernal y constante de un camión frigorífico que ha venido a pernoctar exactamente detrás de nosotros.

Donde la Osita le habla al Lobo y todo queda dicho para siempre.

La autopista soy yo, tú, nosotros, y cuando tu lengua busca la mía y se desenrrolla, caracol en el caracol, tu lengua resbalando al infinito alargándose en el fondo de la boca, fragmento del tiempo fragmentado, larga cinta de asfalto caliente y también yo caracol; tu lengua se estira y soy un precipicio la trago y siguiendo esa fiebre sin fin tu rostro entra en mí, tu pelo, tus ojos que pestañean de sorpresa, se creían afuera, hacen cosquillas al abrirse a la altura de un calor interno, tú deslizándote hasta los codos, yo tragando tus nalgas sin que cese el beso, el primero. Haciéndote lugar la oscuridad húmeda se entreabre y también tú a la altura del vientre mil caracoles danzando gravemente en espiral, yo la otra concha de caracol también.

Nos abrazamos siempre hasta perder el aliento, buscando el hálito más allá, tú sumergido sin desaparecer de allí donde estás, tus ojos en mí y de frente donde la mirada se ha vuelto reflejo de dos, de mil miradas, y me aspiras. Me sumerjo como una pescadora de perlas, lengua, nada más que esta lengua que se deja atrapar, estirarse, arrastrando con ella esa sed que jamás podremos saciar, todo el cuerpo que se adelgaza para resbalar a lo más profundo, a lo más opaco, y difundirse en tu violenta suavidad. Buscamos todavía y todavía; cómo no caer más allá de su, tu, mi lengua y del vértigo de los caminos que allí llevan, siempre los mismos y sin embargo hay vías lentas, caminos fulgurantes.

Una luz que pasa, un camión, un toque de bocina; los asimilamos a su vez a la asfixia, bocas selladas una contra otra, vuelco del afuera en el otro lado. Inventamos el aire ahí donde sólo hay humedad, calor y una noche surcada de relámpagos, y yo trago todavía tu codo, la otra nalga, tu sexo que resbala cálido y viviente en mí y que me tomará por mí también, te penetrarás porque antes de rehusar el retorno a la superficie, apenas a tiempo o quizá no a tiempo, la asfixia ya ha empezado sin duda, la inmovilidad del viaje nos ha ahogado ya en estos efluvios de miel, de canela, a través de Fafner los vientos remueven noches, siestas, mil gestos para alcanzarnos; nuevamente somos caracoles refugiados en un caracol que viaja sobre el dorso de un pájaro sin alas, ¿será posible arribar algún día? Cuando nuestros cuerpos ya han pasado el uno en el otro por la lengua, cuando eres ya pájaro aleteando en mi pecho, serpiente ciñendo mis caderas del lado invisible de la piel, ni una sola célula escapa, circunscrita desde el interior en el momento en que la negrura se estría de estrellas verdes, es preciso, es preciso volver, respirar como casi ahogados pero estamos ya ahogados, jamás se puede recuperar todo el cuerpo antes de que las bocas se desgajen una de otra con la violencia de la estrangulación. Respirar, pero tan poco; te

sumes de nuevo, cómo quedar con esos cuerpos invertidos, vueltos como guantes resbalando fuera de las manos que los retenían, y te sumes, y como delfines en un mar del que ignoramos el fondo y las corrientes resbalamos el uno contra el otro, el uno en y alrededor del otro, y como tiburones ola tras ola hendida para desgarrar eso que queda de una realidad que busca otra cosa que este ritmo.

Desde el comienzo del viaje, de todos los viajes, mesurando el tiempo desmesurado de una cresta a otra.

Y en el húmedo abandono del agotamiento, el sosiego, el caracol de caparazón de pelusa, tu rostro de adolescente que brilla en su última fatiga, y de nuevo con una mano cansada pero que el reflujo de una próxima ola todavía imperceptible mueve ya, me dibujas, las caderas, los senos, las nalgas, y ese dibujo, don de ti a mí, me regalas todavía una vez el único regalo que puedo abandonarte enteramente y hasta el lago de sueño que nos mecerá.

Con una voz quebrada, más de una vez, me has dicho: «Eres tan joven.» No te equivocabas, pero qué velo te ha impedido ver todos esos años que también yo llevo conmigo, años de una edad mucho mayor que

—¡No me hables del tiempo!

Pero sí, hablemos, nosotros que no somos niños; estamos, estamos en el tiempo como en este viaje: dentro. ¿Es que no ves que no hay ya cuatro ni tres ni dos tiempos?

Tantas veces me he precipitado en el abismo negro que sé caminar en la oscuridad. Y cortar mil veces, diez mil veces seguidas la cabeza de la hidra, sin hacerme la ilusión de que le impido proseguir todavía y siempre su siniestro crecimiento. Años creyendo o no en un nacimiento hecho para permitirle a la muerte tomar el sol, otros para teñirla de colores violentos: nos reconocemos.

Por el momento, gran lobo marino, bogamos sobre un agua calma, clara, sólo agitada por visiones de riberas donde horrores, torturas y guerras se agitan y nos acechan. Pero nuestras olas sólo forman una vasta ondulación que respira al ritmo de nuestra locura. Luz, y la oscura pasión que nos empujará hasta el fin, siempre hasta el fin y más lejos. Allí donde te estrecho como si nuestras pieles fueran a disolverse al contacto de una con otra, hacer de nosotros un solo ser invisible.

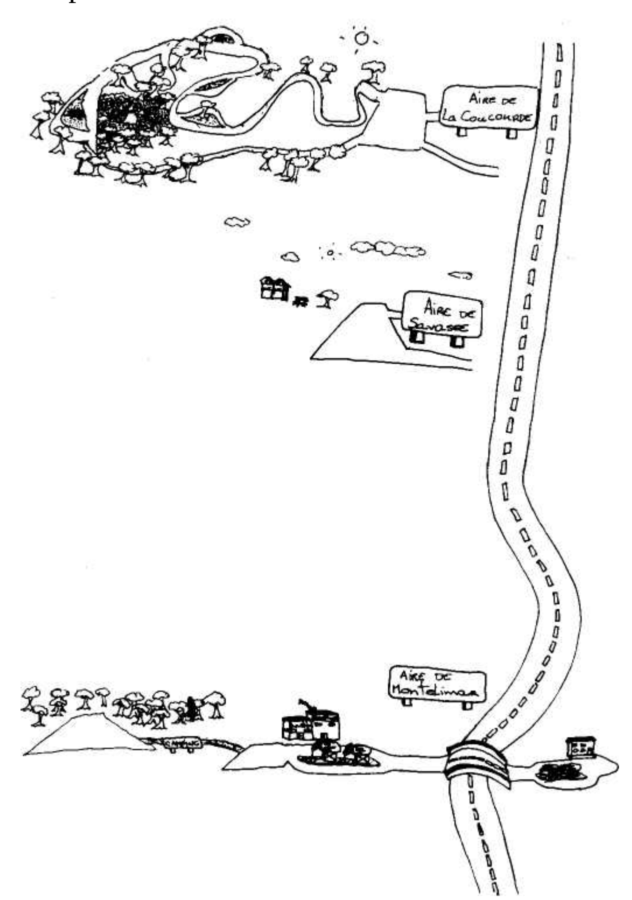
Tu voz es clara, pero cuando viene ese velo de tristeza, cuando apenas empezado el viaje dudas nuevamente de su término, ¿cómo callarme, y cómo hablar? A su tiempo esa tristeza, mi amor, a su tiempo todavía lejano y doble. Por grande que sea la oscuridad, no hay negrura que me haga retroceder.

Tú, y todavía tú.

A fuerza de nadar en las grandes aguas negras, se aprende a flotar en la oscuridad. Boya de las peores tinieblas. Excluida? ya las vejeces humillantes, las pesadillas sanitarias; y el resto no es para ahora y ya no hay más soledad posible. ¿No has comprendido qué regalo de vida fue que no murieras hace un año? Corte. Partida. Y lo desconocido que se tiende por muchos años todavía, si quieres explorarlo con tus ojos de niño.

Dulce confusión cuando el suelo tiembla al sol y vibras contra en alrededor de mi cuerpo.

No abandonaremos la autopista en Marsella, mi amor, ni en ninguna parte. No hay otra vuelta atrás que en espiral.





En La Coucourde, el maravilloso paradero de las alondras.

DIARIO DE RUTA
Miércoles, 16 de junio

Desayuno: naranjas, bizcochos de almendras y café.

8 h. El día se anuncia muy bello,
8.10 h. Partida.
8.15 h. A nuestra derecha, las montañas de l'Ardeche.
8.? h. Paradero: AIRE DE BRAS-DE-ZIL.
Orientación de Fafner: E.S.E.

Almuerzo: pollo (¡sublime!), tomates, pimientos, cebolla, peras en almíbar, café.

13.55 h, 36ºC,
14. h. Partida. Carol conduce por primera vez, y Julio oficia de "navigator".
Zona de Montélimar.
14.10 h. Paradero: AIRE DE LA COUCOURDE.
Muchísimo espacio y soledad, pero los árboles son pequeños y aislados.
El párking está lleno de alondras.

Cena: Pollo con tallos de bambú, queso, café.

El paradero de las alondras.

> Zwei Lerchen nur doch steigen
> nachtraumend in den Duft.
>
> Joseph von Eichendorff, *In Abendrot*

¿Monotonía de los paraderos? A nosotros nos parecen cada vez más variados, los sentimos y vivimos como a microcosmos en los que nuestra cápsula roja aterriza cada día como en planetoides ignotos. Por ejemplo el de La Coucourde, a la altura de Montélimar, es un pequeño país en sí mismo y además es el país de las alondras, el primero que encontramos



Los turistas no encontrarán más que espacio en La Coucourde, pero las alondras han hecho de él su paraíso.

desde París. Suponiendo que sean alondras, claro, porque no somos fuertes en pájaros. La Osita reserva su opinión pero yo estoy convencido por razones sobre todo cordiales. También entra en juego la poesía y sobre todo la música, como se verá, y recuerdos de infancia. Desde luego que en mi infancia suburbana no hubo alondras, pero alguien de la

familia decía que la alondra canta sobre todo mientras vuela, al revés de casi todos los otros pájaros, y esa peculiaridad le daba un prestigio especial en mi imaginación; además se hablaba mucho de alondras en *El Tesoro de la Juventud,* que era mi reserva inagotable de realidad.

En el paradero de La Coucourde, enorme y despejado y donde acampamos con todo el cielo abierto sobre Fafner, desde esta tarde ese cielo está lleno de pájaros que trepan y trepan cantando, suben a lo más alto y siguen cantando, enfrentan el viento con un maravilloso temblor de las alas y cantan, y después descienden cantando y se posan en los árboles y todavía cantan, cantan todo el tiempo y son desde luego alondras, aunque en el fondo a lo mejor no pero qué puede importarme mientras escucho con delicia cantar en el espacio a las alondras.

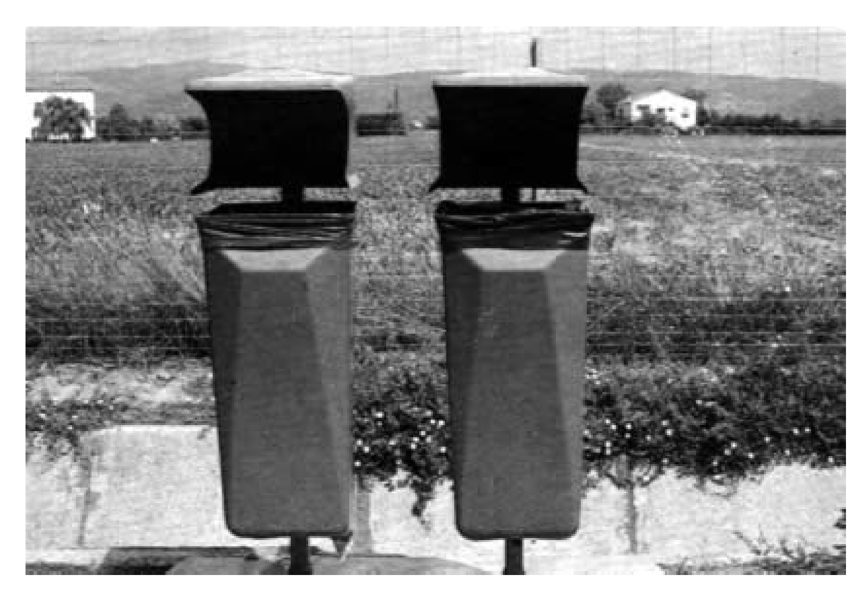
Lo que pasa con las alondras es que siempre han provocado discusiones, y aunque no tengo aquí mi Shakespeare en edición de Oxford (Fafner tiene sus límites, pobrecito), me acuerdo por ejemplo de la noche de amor de los amantes de Verona, y el diálogo entre Julieta y Romeo sobre si el pájaro que canta cerca de la ventana es un ruiseñor o una alondra. Aquí en La Coucourde no hay ruiseñores, es seguro, de manera que las que vuelan y cantan en torno de nosotros son alondras; parece una conclusión bastante shakespiriana.



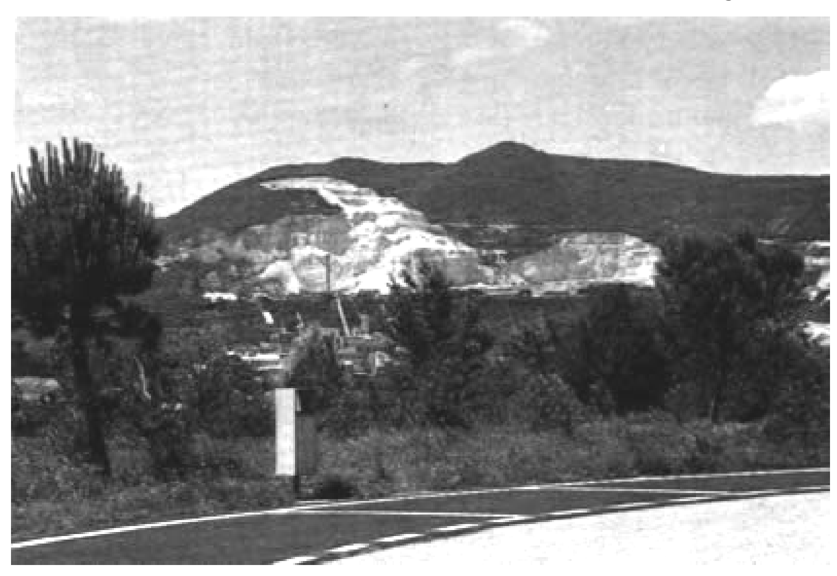
La autopista hierve de viajeros, pero en ha Coucourde reina el vacío y la soledad para los felices exploradores.

Tendido boca arriba en mi Horror Florido, sigo a una alondra en su ascenso. Gana altura en amplios círculos, pequeña y parda y feliz, sube cantando y su canto es lleno, no muy variado pero constante y rico en color, parece nacer de una alegría incesante como si la alondra y su vuelo no tuvieran otra razón de ser que ese canto ininterrumpido, esa celebración de la vida por sí misma, sin razones ni ontologías, sin infiernos ni cielos. Ya casi un punto en el espacio, permanece inmóvil contra el viento, temblándole las alas en

una suspensión cristalina de donde brota el canto y baja prodigiosamente hasta aquí. Esa mínima garganta, ese cuerpecito frágil, ¿cómo pueden ser la fuente de una música exhalada a cientos de metros de altura y que viene a posarse con tanta nitidez en mis oídos casi incrédulos?



Los «caballeros teutones», siempre un poco amenazadores para quienes se sienten vigilados...



...por fuerzas extrañas. Solitario, un «caballero teutón» cuida las colinas.

En ese instante de contacto, de perfecta empatía, me invade el recuerdo del poema sinfónico de Vaughan Williams, *The Lark Ascending.* No puedo escucharlo aquí, por las mismas razones que no puedo leer a Shakespeare, y me es imposible comparar su línea melódica con la que ahora baja del cielo, pero su título me confirma que la alondra canta

mientras sube, que asciende llevada por su propia música como creo que ningún otro pájaro.

Y luego baja dulcemente, casi sin ganas, para descansar en una rama, y Carol la ve con la forma de un fénix, el cuerpo curiosamente curvado hacia abajo, hipocampo del aire, las alas batiendo cada vez más pausadamente hasta convertirse en un pajarito insignificante en la rama, un bichito que ya parece un gorrión o un tordo. Ah, cómo me gustaría tener aquí a Shelley (¿no es de él *To a Skylark?),* pero está dicho que en La Coucourde me faltarán todos los amigos ingleses. No importa, son alondras, y éste es el único paradero de la autopista con alondras, reserva elegida por ellas porque el cielo es alto y ancho, y tal vez porque un día íbamos a llegar nosotros para celebrarlas y las alondras no son otra cosa que eso, celebración incesante, como lo somos nosotros a nuestra manera más oscura, con palabras que también quisieran ser música, ser alondras.

De las metamorfosis oníricas en la autopista.

No entraba en nuestras intenciones incluir el dominio de Hipnos en estas investigaciones; ya bastante nos parecía el doble relevamiento diurno de los paraderos. Tal vez por eso, al principio no nos dimos cuenta de los cambios; habituados como estamos a contarnos nuestros sueños apenas nos despertamos o cuando ellos deciden soltar sus *flashbacks* en cualquier momento inesperado, lo seguimos haciendo aquí sin advertir cambios notables. Pero cuatro o cinco días después de la partida de París, sentimos los primeros cambios, que han ido acentuándose cada vez más.

Si hubiera que resumir la diferencia con los sueños sedentarios[1] diríamos que reside en un creciente aumento de la acuidad, de la forma en que se recortan las cosas y los sucesos, la «lenticularidad» de las imágenes. Cada vez soñamos menos Rembrandt y cada vez más Van Eyck o Roger van der Weiden. Cuando nos contamos nuestros sueños, llegamos a dar detalles de una extraña precisión, tanto en lo referente al decorado como a la anécdota. No podemos cotejarlos, claro, pero las descripciones de Carol y las mías tienen en estos días una textura minuciosa, de grano muy fino, de colores intensamente definidos, de formas completas y precisas. Cuando soñamos a alguien que conocimos o conocemos, cada rasgo, gesto y palabra son de una fidelidad asombrosa, pero si se trata de una invención del sueño, esa invención tiene también contornos y características que cabría llamar estereoscópicas.

Nos preguntamos a qué puede deberse esta afinación a veces casi insoportable de nuestros sueños. Entre otras hipótesis hay que tener en cuenta la novedad de los estímulos, que supone una alteración profunda en esa caja de resonancia que es el inconsciente con respecto a lo que recibe a través de los sentidos durante el estado de sueño. Probablemente la calidad onírica cambia también durante un viaje en avión o una noche de hotel, pero como se trata de experiencias breves y aisladas, pocos pueden darse cuenta de ello. Nosotros en cambio llevamos tres semanas dentro de un sistema estimulador qué sólo se modifica parcialmente (mayor o menor número de estímulos según la topografía y la índole del paradero) y que al repetirse cada noche ha terminado por provocar un tipo directamente de sueños, que finalmente se ha impuesto a nuestra atención y a nuestras observaciones.

[1] No porque nos estemos muy quietos en París, sino porque los sueños se dan siempre en el mismo *habitat:* dormitorio, cama, luces, ruidos ambientes, etc.

Lo que llamo el sistema estimulador comprende entre otras cosas menos verificables: la presencia, luces y ruidos de los camiones, tanto en lo que toca a su tráfico permanente en la autopista como a su arribo, estacionamiento y partida en los paraderos donde Fafner abriga nuestro sueño. Vivimos muy poco en la autopista, como sabe el pálido lector, pero una vez en los parkings empezamos a ver y a escuchar a los camiones que como nosotros vienen a descansar un rato o a pernoctar. Ya se habló de las extrañas, fascinantes ciudades efímeras que se forman de noche en las playas de algunos de los paraderos, donde diez o veinte camiones pesados, sin hablar de vehículos a remolque o camping-cars como Fafner, mezclan matrículas, idiomas, olores y sonidos de múltiples países diferentes. Encerrados en la cápsula de Fafner, con su fuelle de lona que recibe los faros en movimiento como un permanente juego de linterna mágica, mientras los ruidos mecánicos son como el primer plano más articulado del fragor continuo de la autopista, ¿qué estímulos jamás concentrados antes en torno a nosotros desencadenan una actividad diferente del teatro onírico? ¿Y por qué esa estimulación inédita en nuestras vidas usuales recorta tan minuciosamente las siluetas de los sueños, por qué las afina en vez de esfumarlas?

Preguntas no contestables, pero entretanto soñamos de una manera diferente y nos gusta, cada vez nos gusta más aunque por ahí soñemos los horrores, que cuadran a todo ser normal. Inútil agregar que apenas volvamos a París estaremos atentos a lo que ocurre en la atmósfera bien conocida de nuestra casa; si los sueños se nos vienen abajo, como tememos, habrá que pensar en nuevas y variadas expediciones. El mundo está lleno de paraderos, al fin y al cabo, donde quizá esperan sueños de una tal riqueza que valen todos los viajes de ida y en una de esas ninguno de vuelta.



Los Horrores Floridos saben encontrar la mínima sombra bajo un cielo despiadado.



También la Osita se refugia en una mancha de sombra mientras el Lobo cocina.



De *cómo el azar pone en la mano del Lobo una de las margaritas de su Horror Florido.*

DIARIO DE RUTA
Jueves, 17 de junio

Desayuno: naranjas, confitura de tomates verdes , café.

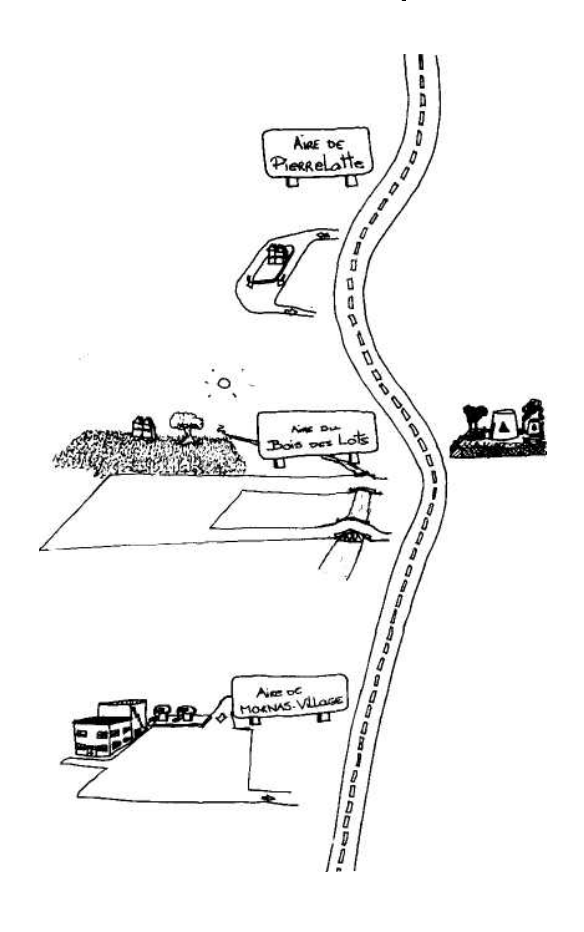
(?) Ya es la tarde. Por segunda vez hemos salido del tiempo.

(?) Partida. Los alemanes han ocupado plenamente el lugar de los ingleses, y su número es todavía mayor.
¡Una verdadera invasión!
(?) Casi en seguida: Paradero: AIRE DE SA-VASSE.
Muy pequeño y sin sombra. Orientación de Fafner: S.O.
Unas pocas mesas y los W.C.
(?) Partida

Almuerzo: Ensalada de pollo con naranja, tomates con cebolla, duraznos.

(?) A la derecha, los pre-Alpes del Sud.
(?) 10 kilómetros más lejos, paradero: AIRE DE MONTELIMAR.
Gasolina, restaurante, oficina de turismo, venta de nougat. ¡Duchas! (Frase ilegible).
Además: terreno para picnic muy arbolado, con senderos para los autos.
15 h. Sentados en la terraza del café del parking, tratando de sobreponernos al aplastante calor, vemos llegar a André Stil y su esposa Odette, que se instalan en la mesa de al lado. Un rato de agradable charla.

Cena: Steak frites, tarte aux fraises, café (en el restaurante).





Los exploradores sospechan la existencia de un micrófono disimulado en un depósito de basura. ¡Nos siguen espiando!

De aperturas paralelas.

Anoche, después de las tristezas finales de la estúpida guerra de las Malvinas, *France-Inter* nos regaló un programa que jamás un expedicionario de veras hubiera podido pasar por alto. Un equipo tan científico como el nuestro *(honni soit qui mal y pense!)* transmitía desde Escocia y a orillas del Loch Ness un detallado informe sobre Nessy, la graciosa criatura acuática que desde hace medio siglo se sumerge y reaparece en nuestra imaginación, aunque en el lago propiamente dicho lo haga mucho menos.

Fue así como un sabio calificado de «cripto-zoólogo» trató de convencernos de que la hipótesis de un plesiosaurio es más bien débil, pero que en cambio él está convencido de la existencia de un grupo de otarias o focas gigantes, puesto que una sola Nessy es biológicamente imposible. Alguien llamado Tim Teasdale aludió a sus exploraciones en globo sobre el lago, a la película en la que Nessy se revela como una estrella del séptimo arte, e incluso a un «submarino amarillo», que no creo sea el de los Beatles de grata memoria (¿quién podría olvidar al encantador Jeremy o al siniestro Glove que tanto se parecía a un general sudamericano?).

De esa erudición resultó que cada vez hay más pruebas de que Nessy vive en el Loch Ness, y además que en el lago Champlain, entre Canadá y Estados Unidos, tiene una prima lejana, sin hablar de otra que revolotea alegremente en el Loch Morlach. Por mi parte aporté silenciosamente otro eslabón a esta cadena de amables e inofensivos monstruos; me acordé de que en mi infancia se habló mucho en la Argentina de un plesiosaurio que más de cuatro veces habría sacado la cabeza fuera de uno de nuestros lagos australes. Mientras veinte millones de argentinos se reían del supuesto monstruo (ellos que a veces creen en tantos otros plesiosaurios de dos patas) tuve un recuerdo conmovido para el doctor Onelli, que no sólo defendió hasta la muerte su convicción sino que además fue el director del tan querido jardín zoológico del parque de Palermo. Ahora los expertos ingleses y franceses lo apoyan indirectamente al indicar que todos los lagos donde se ha señalado la existencia de tan enormes bichos se encuentran en zonas cuyo promedio de temperatura es de diez grados, como es el caso de los lagos patagónicos. El doctor Onelli no disponía del sonar, el radar y otros implementos parecidos, pero el programa de anoche terminó con la casi certeza de que Nessy no tardará en ser identificada, y con ella toda su familia que, dicho sea sin ofenderla, nos ha tomado ya bastante el pelo.

Carol y yo nos dormimos con la esperanza de poder sumarnos a una de las próximas expediciones por razones más mágicas que científicas, y el aura nos rodeaba todavía esta mañana en el paradero siguiente donde nos habíamos establecido con los Horrores Floridos a la parva sombra de un arbolito más bien mongoloide. En un momento dado descubrí la luna en pleno cielo azul de las once de la mañana; estaba mirando con ternura su tímido cuarto creciente, que siempre me conmueve si lo veo a pleno día porque la luna parece más chiquita y sumamente indefensa, cuando hacia la derecha distinguí claramente una esfera transparente casi inmóvil en el espacio. Carol respondió cual el rayo a mi alarido, y confirmó la visión; corrí a buscar los gemelos (observe las ventajas de una expedición tan científica como la nuestra), y con ellos vimos perfectamente la esfera que parecía de cristal, no tenía ninguna barquilla, y no daba la impresión de ser otra cosa que eso, una esfera transparente, lo que ya era algo.



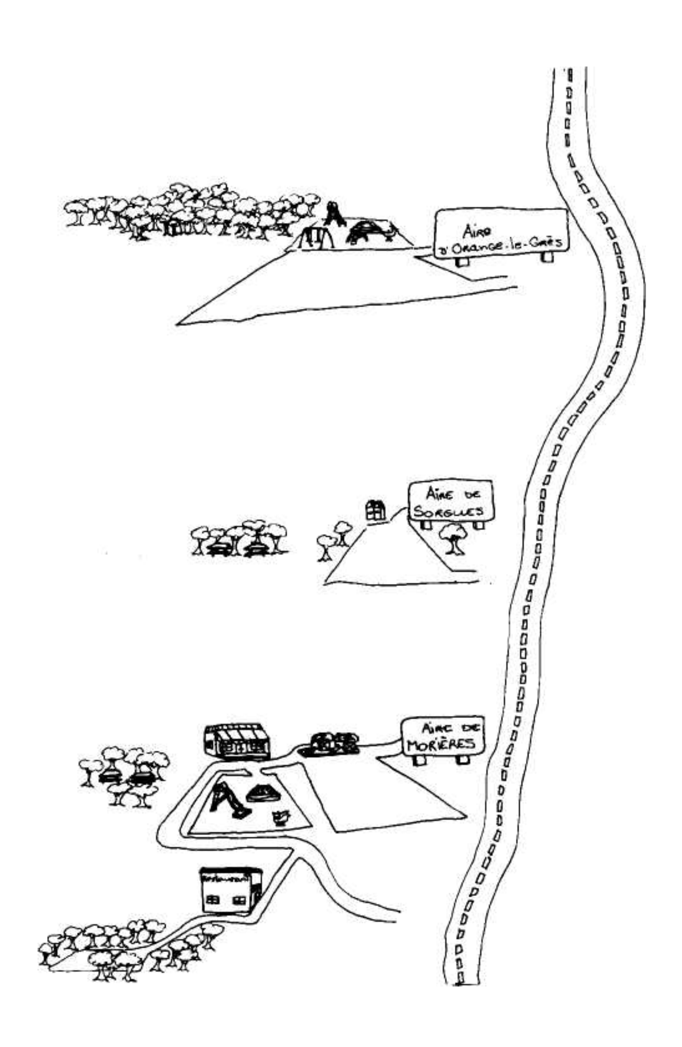
En el paradero de Montélimar se nos acabó la provisión de libros, y hay que recurrir a las revistas de las tiendas.

Como hemos leído mucho sobre los Ovnis, Ufos y otros Nessies del espacio, me precipité hacia una inocente familia suiza que almorzaba en una de las mesas, y prácticamente sustituí por los gemelos el rotundo sandwich de gruyère que estaba comiendo el estupefacto jefe del grupo. En vez de pegarme, tuvo la condescendencia de mirar a lo alto, y luego pasó los gemelos a su mujer y a los niños. Todos dijeron lo mismo:

—Tiene razón, es una esfera transparente.

Confieso que esperaba algo más como comentario, pero en todo caso ya tenía los testigos necesarios en caso de que la visión asumiera otras características o esbozara un aterrizaje. No fue así; la esfera resbaló suavemente en la distancia, y una nube la ocultó para siempre. ¿Un globo de observación meteorológica? Posible, pero he visto varios y no eran perfectas esferas de cristal. ¿De cristal? Sí, de cristal, Carol y yo vimos sus reflejos

que ningún plástico, por más lustrado que esté por los muchachos del observatorio, puede producir. Así como Nessy está en su lago, esa esfera está en algún punto del cielo; bastó que quedáramos incluidos desde anoche en alguna *no man's land* de la realidad para que cosas así se nos dieran con la misma naturalidad que cualquiera de los momentos del viaje. Al fin y al cabo, la familia suiza tenía razón al no sobresaltarse.



De cómo los cronopios se entienden entre ellos sin necesidad de conocerse mayormente.

Page 42 — LE MONDE — Mardi 15 juin 1982 •••

RÉGIONS

Faits et projets

DES ARTISTES SUR L'AUTOROUTE

L'autoroute, ouvrage d'art, peut-elle être aussi œuvre d'art ? Peut-elle et doit-elle accueillir les productions des artistes ? A-t-elle le droit de consacrer une partie des ressources du péage à la création artistique et à l'action culturelle ?

Dans une communication à l'Académie des beaux-arts, M. Charles Rickard, président de l'Association des sociétés françaises d'autoroutes, répond affirmativement à ces trois questions. S'appuyant sur des exemples pris en France et à l'étranger, il montre que les sociétés d'autoroutes sont de plus en plus conscientes de la nécessité d'« *humaniser* » les itinéraires concédés en ayant recours aux artistes de toutes les disciplines et en mettant en valeur le patrimoine historique et archéologique de la France.

M. Rickard cite les textes qui permettent aux constructeurs italiens de consacrer jusqu'à 2 % du montant de leurs investissements à la création artistique. En France, l'arrêté interministériel pris en 1980 par les ministres français de la culture et des transports limite ce montant à un pour mille...

En plena expedición nos cae esta noticia. Maravilla, brindis y entusiasmo.

Más tarde nos preguntamos si el señor Rickart es la misma persona a quien le pedimos autorización para nuestra denodada empresa, y que nos respondió con un silencio cadavérico. Habíamos escrito al Director de la Sociedad de Autopistas, mientras que el señor Rickart es el presidente de la Asociación de Sociedades Francesas de Autopistas. Oh misterio. Se diría que no es el mismo pero da igual, como canta el cubano Silvio Rodríguez: en plena expedición, el azar que es el método preferido de los cronopios aprueba *ex post facto* una iniciativa cultural que nosotros emprendimos *de facto,* qué joder, puesto que los malvados burócratas no nos daban corte. ¡Y ahora quieren artistas, el señor Rikart clama

por el embellecimiento de las autopistas! ¿Quién o qué va a embellecerlas mejor que nuestra deliciosa crónica? Artistas de la pluma, pintores de atmósferas, escultores de instantes privilegiados erigidos para siempre sobre el pedestal de las palabras, para que cada usuario de las autopistas pueda llevar en la guantera de su automóvil la condensación estética de esa cinta blanca que recorre, de esas islas verdes (las más de las veces) donde se detendrá para su esparcimiento y sus sandwiches preferidos. ¿No nos hemos adelantado a sus deseos, señor Rickart? ¿No estamos dando a esta Francia de hoy un buen ejemplo de que la imaginación puede *realmente* tomar el poder si se olvida de las rutinas?

Esperamos ansiosamente su autorizada opinión, ya que de la otra nunca se supo.



También en el paradero de Pierrelatle se nos vigila con extraños disfraces...

DIARIO DE RUTA
Viernes, 18 de junio

Desayuno: jugo de damascos, medialunas, manteca, mermelada, café.

10 h. Tiempo cubierto. 20°C.
15.12 h. Partida de la zona de picnic.
15.25 h. Partida de la zona de la tienda, donde compramos algunas cosas necesarias.
15.35 h. Paradero: AIRE DE PIERRELATTE.
Orientación de Fafner: S.

Almuerzo: pollo con mayonesa, crema "grand marnier", café.

Pequeño paradero de dos vías (camiones y autos), sin abrigo ni sombra.
15.40 h. Partida.
Grande y maravilloso cartel: USTED ESTA EN PROVENZA.

15.45 h. Paradero: AIRE DU BOIS DES LOTS.
Orientación de Fafner: S.
Inesperada y reconfortante llegada de Brian Featherstone y Martine Cazin. Grandes tragos y charla.
Oímos cantar un ruiseñor.

Cena: Macaroni forestière con jamón, crema "grand marnier", café.

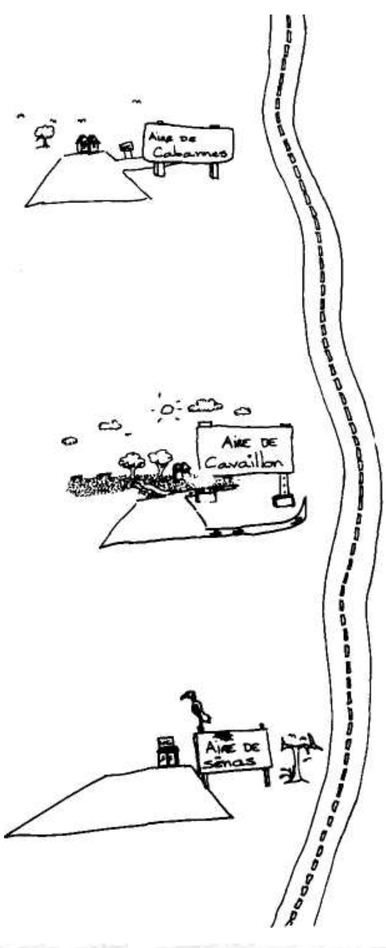
Veladas culturales de los expedicionarios.

Uno de los fines de jornada que más se repiten es que después de la cena la Osita se instala en el asiento trasero de Fafner, usándolo como cama, y luego de encender la lámpara de butagás se pone a leer con gran empecinamiento cosas tales como el diario de Virginia Woolf, mientras yo me paso a los asientos de pilotaje y allí enciendo el transistor, conecto los audífonos, y armado de numerosas cassettes me ofrezco un concierto que es siempre como un resumen de mí mismo, o sea algo heteróclito, absurdo, contradictorio, ilógico, en otras palabras la música tal como siempre la he entendido y querido, para escándalo de mis amigos los melómanos serios.

Casi al final de la expedición me pregunto por las razones que dictaron mi selección de las cassettes. Está muy bien, pero no siempre entiendo por qué. La hice apresuradamente, y eso explica acaso que haya tres obras de Lutoslavski y ninguna de Boulez, tres cassettes de Billie Holiday y nada de Ella Fitzgerald o de Helen Humes. No importa, hay más que suficiente para el viaje. Tangos, por ejemplo, Carlos Gardel con una selección que incluye *Malevaje* y *Mi noche triste* (en la buena versión, ojo), Ángel Vargas, Pugliese, Julio de Caro, y una selección de los clásicos más canyengues que me regaló el Tata Cedón y donde están Rosita Quiroga, Corsini, Magaldi, Charlo... Tengo también una entera cassette con la voz de Eladia Blázquez cantando sus canciones que en estos días, al final de esta imbécil y siniestra guerra de las Malvinas, parecen todavía más verdaderas: *Somos como somos*, *Patente de piola*, *Vamos en montón...* Pero también están ahí, y tambien son tan ciertos para mí, *El corazón al sur,* y *Por qué amo a Buenos Aires.*

Nunca sabré cómo traje tres cassettes de Fats Waller y solamente una de Ellington y una de Armstrong; no estoy haciendo juicios de valor, pero me divierte encontrar una hora de música de Charlie Mingus y otra de Jelly Roll Morton contra apenas diez minutos de Lester Young; creo que esa mañana estaba medio dormido, aunque menos mal que me acordé de elegir lo mejor de Bix y Trum, que suena tan nítido, tan recortadamente perfecto en las noches de los paraderos. Y además hay el Schubert de los cuartetos 804 y 887, tocados por los Julliard, y el primer cuarteto de Arnold Schon-berg. Pero al final creo que hice bien en cargar tanto la mano con Lutoslavski, porque es lo que más y mejor escucho en estos días. Hay algo en su prodigioso cuarteto de cuerdas, en su *Música para 13 instrumentos*, que se adecúa admirablemente a la atmósfera sonora de los paraderos donde el rumor de la autopista es un mero fondo para pájaros, insectos, ramas quebradas, todo eso que también alienta en la textura de esa música aunque no lo crean los musicólogos.

Ah, y además tengo a Susana Rinaldi cantando como nadie a Cátulo Castillo y a Homero Manzi.





Una visita tan inesperada como grata en el paradero de Bois des Lots: Martine Cazin y Brian Featberstone bajan de sus colinas para alentarnos en el último tramo.

La almirante Pantuflas.

Después de estacionar su 2 CV amarillo delante de Fafner, abre bruscamente la puerta, da la vuelta al auto y se instala del otro lado, donde procede a comer de pie, a la vez enérgicamente y como si se escondiera, inclinándose hacia el auto para llenar una cuchara con vaya a saber qué, lanzando miradas nerviosas en nuestra dirección como si fuéramos a saltarle encima o anunciarle por altavoz que COMER ES PECADO (mientras nosotros, instalados en nuestra casita, nos atracamos sin la menor vergüenza y despaciosamente; luego será el café, la siesta, y la señora del 2 CV amarillo habrá sido reemplazada por un pequeño Ford, luego por un camión pesado, hasta que al final perdemos la cuenta).



¿Perdidos en la jungla? El paradero de Bois des Lots parece esperar a Tarzán...

De golpe (qué pronto ha comido, nos decimos, pero estamos equivocados) la señora cierra la puerta con un golpe, se arma de un pequeño saco rectangular y de uno más grande colgado del hombro, y marcha con paso resuelto hacia la tienda tras de la cual nos hemos estacionado. Estupefacta la veo volver unos segundos más tarde: sin disminuir el paso, sujetándose de sus sacos como si temiera un ataque en cualquier momento, ya ha dado la

vuelta al edificio. Una vez. Dos veces. ¿Es una asesina profesional en busca de su presa (¿por qué esos *dos* sacos?)? ¿Una analfabeta que no encuentra los W.C? ¿O espera que un brazo va a surgir bruscamente de la puerta sobre la cual puede leerse «Sala de camioneros» para atraparla y arrastrarla hacia sombríos y excitantes desconocidos? (A propósito, ¿qué ocurre en una «sala de camioneros»? ¿Y en todas esas cabinas de cortinas bajas?)

Sin embargo, nadie brota de la sombra para cambiarle bruscamente la vida. ¿Se habrá enamorado de un camionero a los veinte años? ¿Recorre desde entonces las autopistas con la esperanza de encontrar algún día a su bienamado? ¿Lo reconocerá después de tanto tiempo? El pelo de ala de cuervo de su héroe se ha vuelto acaso gris, o la calvicie lo ha transformado completamente. Los autores de ciertos folletines encontrarían ciertamente motivos para inspirarse si exploraran las autopistas como lo hacemos nosotros. Y si la razón de que haya partido como una flecha es más ordinaria y necesaria, tendrá que aguantarse hasta el próximo paradero, puesto que tampoco parece haber encontrado los W.C. Regresa a su auto con el mismo paso rápido, casi sin levantar los pies del suelo, abre la puerta de la derecha y continúa su masticación casi militar como si no hubiera pasado nada.

Y después, ajustando su vestido demasiado largo, demasiado amplio bajo su jersey que parece haber decidido sólo a último momento no ser un chal, alisa sus cabellos grises, se instala en el volante y parte.

En pantuflas.



...y también a Jane, naturalmente, para quien reserva flores y pájaros.

Pasa un ángel.

Fafner bajo los árboles. Una cuerda de secar tendida y bien llena. A lo lejos, una aldea cuyo campanario parece vacilar en la bruma de la tarde. De este lado una mesa en la que hay máquinas de escribir, libros, papeles, estilográficas, tazas de café. La tarde avanza, no avanza.

Sin saber por qué, la luz me recuerda la existencia de un comienzo de cuento borroneado en el curso de una conferencia en Poitiers, y que debería estar todavía en mi



Tal vez haga falta una lupa, pero entre las dos estacas hay una hermosa abubilla que nos acompañó amablemente y nos deseó buena suerte.

bolso. Sorpresa al releerlo, después de haber pasado buena parte de la tarde reflexionando sobre la fotografía, manera de ver, modo de ver, de forzar el desgarramiento de una realidad con frecuencia demasiado superficial y quizá incluso engañosa, si la mirada no es más que un vistazo negligente y pasajero: Se trataba del ángel de Poitiers, auténtica criatura de la luz. Todavía no estoy segura de que aquellos que estaban conmigo en el

restaurante lo hayan visto realmente. Sólo la fotografía, acaso, y yo no llevaba mi cámara, hubiera podido darlo a ver como lo vi. ¿De qué manera se opera esa transformación, ese pasaje del poder subjetivo del ojo a lo que es fotografiado? No se trata solamente de una cuestión de técnica sino, para empezar, de saber ver, y luego de impregnar con la misma mirada la «realidad» objetiva. Así como la literatura no puede explicarse por el simple manejo de las palabras —puesto que por lo menos en las sociedades que llaman desarrolladas toda la población adulta dispone de «técnicas» de la lengua escrita—, tampoco puede explicarse el atractivo y la magia de la fotografía por los conocimientos técnicos. En el fondo, ¿no participan el fotógrafo y el escritor de un mismo proceso, sólo que utilizan útiles diferentes?

Pero la transformación de la historia del ángel —hacerlo pasar de la foto que no fue tomada a la ficción escrita— llevaría todavía tiempo.

DIARIO DE RUTA
Sábado, 19 de junio

Desayuno: naranjas, magdalenas, confitura de nueces, café.

Día asoleado y ventoso.
8.22 h. Partida.
8.23 h. Entrada en el Departamento de Vaucluse,
8.28 h. A la izquierda, el peñón de Mornas,
8.29 h. A la izquierda, fortaleza de Mornas (siglo XI).
8.37 h. Paradero: AIRE DE MORNAS-VILLAGE.
Orientación de Fafner: E.
Gasolina, tiendas, restaurante, y una enorme cantidad de turistas.
8.50 h. Partida,
9 h. Paradero: AIRE D'ORANGE-LE-GRES.
Excelente párking arbolado. Encontramos la soledad en los bosques. Si, pero...
Orientación de Fafner: E.
Todo un día y una noche en plena paz.

Almuerzo: Sardinas, filets de maquereaux, tomates, pimientos, cebollas.

Cena: Espaguetis a la manteca (Carol) y al aceite (Julio), postre de crema, café.



Orange-le-Grès: ¿cómo imaginar lo que iba a revelarnos este anuncio?

No hay que creer en las brujas, pero que las hay, las hay.

Orange-le-Grès... ¿Quién lo hubiera dicho? Un nombre tan rico, en el que se mezcla el zumo de la fruta con las tierras que las manos de los primeros hombres volvieron vasos, estatuillas, figuras sagradas...



Pero hay que rendirse a la evidencia, como se cuenta en su momento.

Ah, ah. ¿Estatuillas, figuras sagradas? Explorador, explorador, no hay como dejarse llevar por la poesía, quiero decir por la asociación de las palabras y las cosas: de una naranja y una arcilla nace lo que estabas queriendo decir de otra manera, seguramente

menos bien. Porque en este paradero que es hermoso y amplio y con rincones donde Fafner y nosotros encontramos una lenta y fresca soledad, en este paradero habita el Diablo. Como siempre bajo las apariencias de un jardín de las delicias, aunque sea mucho más modesto que el del Bosco. Y como siempre, sólo a los inocentes les será dado descubrir la verdad y decirla luego para que todo el mundo se burle y no les crea. (No nos importa. No nos importa. Lo diremos igual.)

El truco es sencillo, como todos los buenos (cf. Houdini y otros expertos). Hace años y años que los viajeros encuentran en numerosos tramos de las carreteras el cartel de TRABAJOS, seguido de una zona donde conos de plástico rojos y blancos (hay diversos modelos, pero todos ellos evocan claramente un sombrero de bruja) indican el estrechamiento o el bloqueo de una ruta. Ayer, al llegar al paradero de Orange-le-Grès, vimos los conos amontonados a un lado de la entrada, como si más adelante fueran a cerrarla o terminaran de reabrirla. No les prestamos mucha atención, y después de guarecer a Fafner bajo los árboles y descubrir que el paradero era enorme, empezamos a recorrerlo para llevar a cabo los relevamientos científicos que el lector ya conoce y admira.



Imposible negar que estamos frente al horror...

Como otros parkings, éste tiene una zona a la que se llega siguiendo una serie de carteles que dicen: JUEGOS PARA NIÑOS. Los juegos nos parecieron variados, rústicos, simpáticos. Nos parecieron. Nos parecieron variados, rústicos y simpáticos hasta que se

produjo la iluminación. ¿Juegos para niños, esas construcciones a base de espesos tablones, esas formas que fatalmente evocan otro tipo de juegos basados en el horror y el sufrimiento? Todo se coaguló en un segundo, y supimos la verdad: estábamos en el lugar donde se castiga y se ajusticia a las brujas, y el paradero era una obra maestra de camuflaje destinada a ocultar lo que sólo una expedición y una veteranía como la nuestra podían descubrir.



...que la horca confirma para nuestro espanto



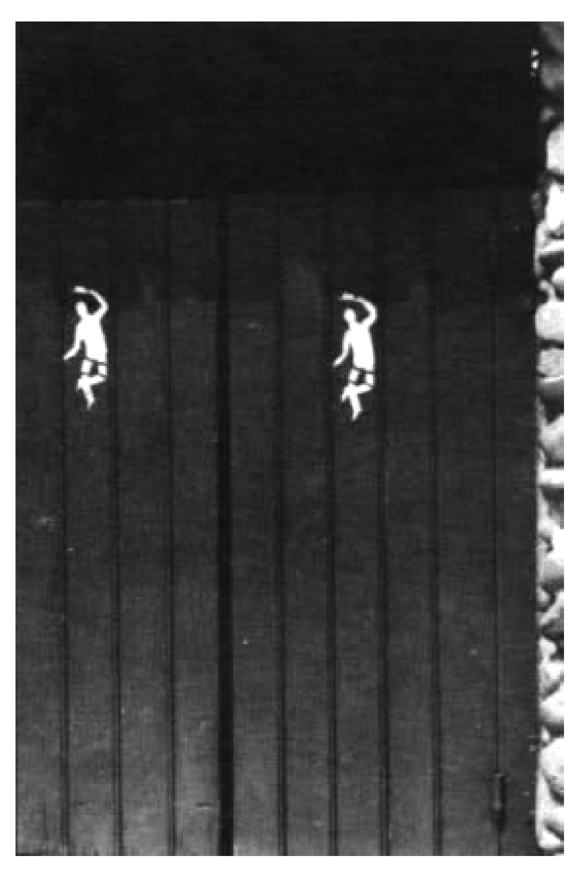
Incluso los hongos más inocentes nos inquietan ahora, tan cerca de los patíbulos.



¿Un caso de posesión diabólica? Después del terrible descubrimiento de Orange-le-Grès, el Lobo parece solicitado por fuerzas extrañas.

Espero que las fotos den una idea de los patíbulos, horcas e instrumentos de suplicio que ocupan la plaza. Es aquí donde se ajusticia de diversas maneras a las brujas que, más tarde, son llevadas a diferentes carreteras y enterradas de pie, como lo quiere una vieja sanción, dejándoles el sombrero sobre la tumba para escarmiento de otras brujas. Ahora lo comprendemos: los sombreros amontonados a la entrada del paradero valen sin duda como una señal convenida para una próxima reunión de jueces, ejecutores, y público seleccionado para presenciar los autos de fe, en los que por razones obvias se han sustituido las hogueras por horcas y cadalsos (ya se sabe que está prohibido encender fuego en los paraderos). Sin duda al llegar el día fijado, los sombreros serán colocados en fila para cerrar la entrada a los turistas belgas, ingleses y nacionales que circulan en esa zona de la autopista, cosa nada sorprendente como el pálido lector puede verificar a la luz de lo que nos pasó a nosotros casi al comienzo de la expedición. Un paradero cerrado al público no tiene importancia aparente; mucho más importante es descubrir que está cerrado cuando los inquisidores lo utilizan para ejecutar a un nuevo contingente de brujas, cuyo número parecería aumentar cada vez más en Francia, si se juzga por la cantidad de sombreros diseminados en todas las carreteras principales y secundarias del país.

Entonces, ¿habrá que suponer que el *Malleus maleficorum* forma parte de la bibliografía práctica de la autopista, junto con la Guía Michelin? ¿Se va a cruzar de brazos el gobierno de François Mitterrand ante esta revelación, y en especial las ministras del gabinete? ¿Es esto el socialismo? ¿Qué espera Christiane Rochefort para escribir otro libro con toda su virulencia de petrolera de las letras? ¿Y las *Éditions des Femmes*? Prácticamente todas las brujas son mujeres y los inquisidores hombres. *¿Usque tandem, Catilina?*



El W. C. de Orange-le-Grès intenta disimular con sus dibujos acogedores la realidad profunda del paradero.

DIARIO DE RUTA
Domingo, 20 de junio

Desayuno: naranjas, magdalenas, confitura de tomates verdes, café.

Decidimos quedarnos hasta después del almuerzo en este lugar que nos encanta.

Almuerzo: Arroz con manteca, postre de crema, café.

14.30 h. Partida (con lágrimas en los ojos).
14.32 h. A la izquierda el Mont Ventoux.
14.35 h. Atravesamos el río Ouvèze.
14.40 h. Paradero: AIRE DE FOURNALET.
Orientación de Fafner: S.S.E.
Paradero pequeño, con una zona de sombra y mesas, pero sólo accesible a los peatones.
16 h. 52ºC. Partida.
16.12 h. Paradero: AIRE DE MURIERES. Gasolina, restaurante, mesas para picnic, juegos para niños.
Descubrimos un segundo párking, hermoso y secreto, justo a la salida del párking principal. Se ve Avignon a la distancia.

Cena: Ensalada mixta, entrecôte, puré (ella), arroz (él), compota, café.

O sita durmiendo.

Presumo que un buen explorador tiende a despertarse al alba a fin de efectuar las diversas observaciones científicas correspondientes al día que se inicia. Debe ser por eso que también yo me despierto casi siempre muy temprano, pero en vez de levantarme y consultar los variados instrumentos que equipan a Fafner, me quedo agradablemente en la casa y me dedico a estudiar un tema jamás tratado por Vespucio, Cook o el comandante Cousteau, en otras palabras la manera de dormir de la Osita.



Plano de trabajo científico en el interior de Fafner.

Esta manera de dormir es acaso la de todas las ositas, cosa que me sería imposible verificar, razón por la cual me cuidaré de generalizaciones imprudentes. En el caso de la Osita su sueño pasa por dos etapas principales, la primera de las cuales no tiene nada de extraordinaria, es decir que la Osita busca la posición más cómoda y agradable, se arropa de acuerdo con la temperatura ambiente, y durante gran parte de la noche duerme con gran naturalidad, casi nunca boca arriba y casi siempre boca abajo, con intermedios laterales que nunca duran demasiado pero que ceden a las otras posiciones sin esfuerzo alguno y después de suaves desplazamientos que muestran lo profundo y agradable de su sueño.

Cuando llega el alba, o sea el momento en que tiendo a despertarme del todo, pues las observaciones anteriores las he hecho sin demasiado rigor científico, advierto al poco tiempo que la Osita ha entrado en la segunda etapa de su sueño. Es aquí donde cabe

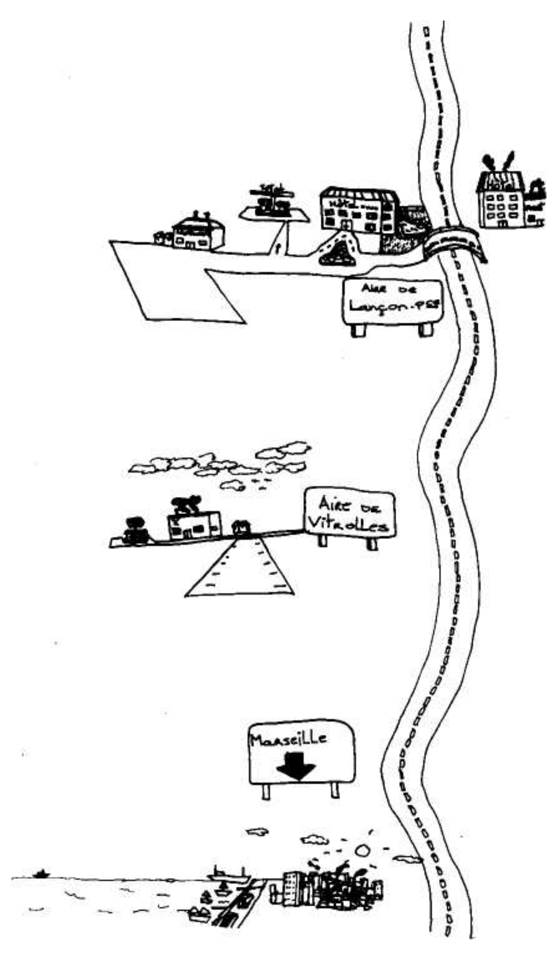


Disciplina de los expedicionarios: después de un mes de esforzado viaje, el interior de Fafner muestra su orden y limpieza.

preguntarse si esta manera de dormir es propia de ella o si abarca su entera especie, puesto que se trata de un comportamiento bastante insólito y hasta extraordinario, y que consiste en las continuas tentativas que hace la Osita dormida para convertirse en un paquete, lío, bulto, o atado, que de todo tiene, gracias a un sistema de movimientos, gestos, tirones, tracciones y enredos que progresivamente la van envolviendo en las sábanas hasta convertirla en un gran capullo blanco, rosa, o azul con listas amarillas según el caso, al punto de que un cuarto de hora después de iniciada esta metamorfosis del amanecer que siempre contemplo estupefacto, la Osita desaparece en una atorbellinada confusión de sábanas que, dicho sea de paso, van desapareciendo al mismo tiempo, de mi lado de la cama, pues nadie podría imaginar la fuerza que despliega la Osita para ir atrayéndolas hasta conseguir involucrarse enteramente en ellas y por fin quedarse quieta después de una última serie de evoluciones que completan la crisálida y la felicidad evidente de su ocupante.

Apoyándome con un codo en el colchón, que es lo último que queda, contemplo enternecido a la Osita y me pregunto a qué profunda necesidad de retorno uterino o algo así responde su empecinado trabajo de cada amanecer. Sé muy bien (porque al principio no lo

sabía y tuve miedo) que nada de eso me rechaza, pues me basta rozar con un dedo el paquetito tibio a mi lado para que de sus profundidades emerja un suavísimo gruñido de satisfacción. El misterio es total, como se ve, porque la Osita está contenta de sentirme a su lado y a la vez se refugia en un claustro al que yo no podría llegar sin destruir su preciosa penumbra, su temperatura íntima, y algo en ella lo sabe y lo defiende desde el alba hasta el despertar definitivo. Alguna vez —ya no— hice la prueba de desenvolverla lo más suavemente posible del capullo, porque tenía miedo de que se ahogara con las sábanas enredadas y las confusas almohadas, y supe lo que significaba separar sus manos de los nudos, lazos y otros flecos que hacían las sábanas entre sus dedos. De manera que ahora me limito a mirarla dormir en su efímera y sin duda atávica hibernación y espero que se despierte sola, que empiece a desenredarse poco a poco, a sacar una mano, un chorrito de pelo, un culito o un pie, y que después me mire como si no hubiera pasado nada, como si las sábanas no fueran un gran remolino en torno a ella, la crisálida rota de donde asoma mi nuevo día, mi razón para vivir un nuevo día.



Extractos del Manual de los Lobos.

Es políglota y le gusta la música.

*
* *

Jamás se ha visto un lobo blanco que mida menos de treinta centímetros ni más de tres metros cincuenta.

*
* *

Se recomienda abstenerse de ofrecer ajo al lobo blanco, pues de lo contrario podría tomarse a sí mismo por un lobo de una familia por completo diferente.

*
* *

Poco exigente en general en cuanto a su régimen alimenticio, el lobo blanco tiene la particularidad de aborrecer sin límites los pepinos.

*
* *

Si se le hacen cosquillas, se ríe de todo corazón. Por lo que toca a otras caricias, ver el manual de las Ositas, capítulo «Lobo».[1]

*
* *

Este género de lobo es capaz de las peores locuras, que son en general las más hermosas.

*
* *

[1] Ese manual debió ser escrito, pero el lector perdonará que el Lobo lo guarde solamente en su memoria.

Si usted tiene la intención de brillar en un cóctel pronunciando frases tales como: «¿Y si tomáramos el transiberiano esta noche?», será bueno que prepare por adelantado su valija, pues en ese tren no venden ni dentífrico ni slips.

*

*   *

Sólo de día hay que contarle historias de terror, a menos que usted desee tener pesadillas por la noche.

*

*   *

Tiene el brazo muy largo, lo que presenta ciertas ventajas prácticas en algunas circunstancias, y muy agradables en otras.

*

*   *

Cualquiera que sea el año de su nacimiento, tiene la imaginación, la vivacidad y la perversidad de la infancia bien anclada en el fondo de la mirada. Para vivir con un Lobo, es preciso comprender que todos los relojes son alcauciles renovables.

*

*   *

En general da pruebas de un cierto genio para la cocina, aunque le puede ocurrir pecar por exceso de imaginación. Si usted sabe que tiene la intención de preparar una tarta de manzanas, por ejemplo, es más prudente esconder los frascos que contienen paprika, albahaca, coriandro y tomillo.

*

*   *

Advertencia a quienes temen la embriaguez: No hay que respirar demasiado profundamente a su lado.

*

*   *

Contrariamente a los lugares comunes, el Lobo tiene la piel más sedosa que los recién nacidos, con la ventaja adicional de no oler a leche.

*

*   *

Contrariamente a la mayoría de los animales de la especie, el Lobo blanco presenta una brecha en sus defensas inmunológicas, por la cual pasa el mundo. Acepte asumir una parte de ese peso, sin lo cual la brecha podría convertirse en llaga maligna. (Si en su alma existe el mismo tipo de fisura, no tenga miedo, eso no multiplicará sus preocupaciones, muy al contrario).



En el paradero de Cavaillon, ya próximos a la meta, recibimos una visita extra del capitán Thiercelin y los suyos. (En primer plano, Vladimir, de quien se habla en el texto.)

Se lo ve con frecuencia en compañía de un dragón.

*
* *

Cuando un Lobo se despierta de buen humor, ya sea a las cinco de la mañana o a las tres de la tarde, tiende infaliblemente a compartir su entusiasmo con aquellos (o más bien con aquella) que lo rodean: Atención, dormilones gruñones que se toman su tiempo para salir de las brumas matinales.

*
* *

Se ha comprobado ya en el Lobo una tendencia a bailar en los bosques, sobre todo cuando hay estrellas.

*
* *

Protéjale los pies cuando duerme; tal vez le regalará un sueño, o cantará música de Schubert desde el fondo de su sueño.

*
* *

En caso necesario, trátelo amablemente de machista, y poco a poco dejará de serlo.



Y la fiesta dura hasta la noche, gracias a las vituallas de Raquel Thiercelin a quien se ve junto a doña Pura, su madre.

DIARIO DE RUTA
Lunes, 21 de junio

Desayuno: Jugo de pomelo, brioches, croissants, manteca, confitura, café (en el buffet).

13.30 h. Partida.
13.35 h. Atravesamos el Durance.
Entramos en el Departamento de Bouches-du-Rhône.
13.37 h. Paradero: AIRE DE CABANNES.
Orientación de Fafner: E.
Horrible párking, sobre todo después del anterior.
13.38 h. Partida.
13.40 h. A la izquierda, las montañas del Luberon.
13.44 h. Paradero: AIRE DE CAVAILLON.
Orientación de Fafner: E.

Almuerzo : Grive entière fourrée (regalo de Brian y Martine), salade de pois chiches y cebollas, cocktail de frutas exóticas, café.

20.30 h. Llegada (anunciada desde la visita anterior) de Raquel y Jean Thiercelin, doña Pura, madre de Raquel, Vladimir (el amigo de Jean que apostó que jamás completaríamos el viaje) y Gilles Thiercelin, Gran reunión y cena en una mesa de picnic.

Cena: Huevos duros, rôti de porc, queso, frutillas, mucho vino, café.

Rememoración de un amigo. — De cómo gracias a ese amigo entró Fafner en nuestra vida, y otras cosas que también tienen que ver con la poesía.

Era justo y necesario que entre mis lecturas de viaje trajera el *Diario* de Paul Blackburn, mi amigo poeta muerto hace más de diez años. El diario, editado por otro poeta norteamericano, Robert Kelly, contiene los poemas que Paul fue escribiendo en los últimos dos o tres años de su tan corta vida. Pero de hecho todos sus poemas, todos sus libros anteriores son también *diarios,* porque lo que da su voz más honda a la poesía de Paul es la no distinción deliberada entre temas supuestamente poéticos y prosaicos; como otros poetas de los llamados «de New York», en Paul la poesía era un conocimiento y a la vez una interpretación y una transfiguración inmediatas de la experiencia cotidiana, gatos y gaviotas, mujeres y persianas, aviones y picaduras de avispas, incontables viajes en auto, carreteras, granjas, trovadores provenzales —que amó y tradujo admirablemente—, habitaciones de hoteles y moteles, amores y distancias, ciudades y palomas.

Digo que esta lectura (relectura en gran parte, pues Paul me había dado muchos de los poemas del *Diario)* es justa y necesaria en nuestro trabajo, porque el origen más remoto de esta expedición se sitúa en el día en que Paul me reveló la maravilla de un dragón, hermano gemelo de Fafner, y comprendí que cabalgando ese dragón se podía descubrir de otra manera la tierra y las playas y los bosques europeos. Lo que por fuera me había parecido un Volkswagen como tantos otros, abrió su caverna y me mostró sus riquezas liberadoras el mismo día en que Paul llegó a mi rancho de Saignon en los valles de Vaucluse llenos de lavanda y almendros.

No puedo decir que la casa rodante de Paul fuera un modelo de orden, empezando porque viajaba con su mujer y su hermana, y tres personas son demasiadas en un dragón pensado para dos y a lo sumo un niño hábilmente neutralizado en la hamaca prevista a tal efecto; además Paul viajaba con un inmenso sombrero de charro mexicano del cual no quería desprenderse bajo ninguna circunstancia y que ocupaba por sí solo un tercio del volumen del dragón. Por si esto fuera poco, los libros, papeles, diccionarios y cuadernos llenaban todos los espacios funcionalmente reservados a otros fines por la casa Volkswagen, cuyos tecnólogos hubieran retrocedido horrorizados de haber podido ver el uso que hacían Paul y las dos chicas de los diversos elementos del camping-car.

Y sin embargo me bastó asomarme al dragón, ver cómo el asiento trasero se convertía en casa, cómo la pequeña bomba manual vertía agua en un lavabo mientras el

hornillo de butagás chisporroteaba entusiasta para favorecer la cocción de huevos o de *spaghetti*, y la iluminación se produjo, y con ella cambió el futuro, todo eso sin que yo me diera cuenta en ese presente provenzal al que Paul traía su risa, su marihuana y sus cassettes junto con las obras completas de los Beatles, y donde durante varias semanas trabajamos juntos para ajustar sus traducciones al inglés de unos cuentos míos y además cantamos y hablamos y viajamos por todos los valles circundantes y vivimos todo lo que Paul cuenta en sus poemas sobre Saignon y yo en algún capítulo de *La vuelta al día en ochenta mundos*, donde además hay fotos (malas) en que se ve a Paul y a su mujer Joan, se ve a Julio Silva, se ven los vivos y los muertos y los ausentes, se ven todos los ríos que antes o después van a dar en la mar, Jorge Manrique. Pero esto lo estoy escribiendo como a Paul le hubiera gustado, como él escribió siempre, de lleno en la vida de cada instante, y ni él ni yo vamos a ponernos melancólicos porque nos parecería una traición.

Solamente que me hubiera gustado poder mandarle estas líneas y decirle: Ya ves, cuando te fuiste no sabías que me habías iluminado, que yo volvería a París y en uno de los peores momentos de mi vida haría gracias a vos todo lo contrario de lo que hubiera hecho cualquier otro bien pensante, o sea que en vez de hundirme en la neurosis que ya ilustraba a tantos amigos míos, fui a buscarme un dragón, aprovechando un cheque totalmente inesperado que me llegaba de un editor insensato, fui a buscar un dragón rojo, lo llamé Fafner como debe llamarse un dragón de veras y además rojo, y apenas supe manejarlo compré unas latas de conservas y botellas de vino y kleenex y llené de agua el tanque para lavarme la cara por la mañana, y me fui a Austria nada menos cruzando toda Francia y Alemania y aprendiendo a dormir en Fafner, a cocinar en Fafner, eso sí cuidando el orden un poco más que vos, sin ningún sombrero de charro o doscientos pocketbooks tirados por todas partes, pero al igual que vos con un transistor y muchas cassettes, al igual que vos con un libro de Gary Snyder, me acuerdo, y así de alguna manera se fueron dando las condiciones para que alguna vez, tantos años más tarde, cuando la Osita entró también en Fafner y lo amó y casi de inmediato descubrió cosas que yo nunca había sospechado en él (por ejemplo un mosquitero para la puerta trasera, que viajó diez años en Fafner sin que yo lo viera), cuando los dos decidimos que un bosque no vale nada si no es un bosque con Fafner en su rincón más secreto, y que las playas son un montón de arena y de agua si Fafner no está allí para organizarías, darles su sentido y sus verdaderas líneas de fuga, en esa época la idea de la expedición nació al final de un largo combate con los demonios, pero eso creo que ya la Osita lo ha contado en otra parte, de modo que solamente me acordaré de cómo vos, Paul Blackburn, tan cerca ya de esa partida que me sigue pareciendo imposible, un mero atraso en la correspondencia que pronto pondremos al día, cómo vos me enseñaste que los viajes tenían que ser poemas y que para eso hacía falta un dragón, éste que al lado nuestro entre los árboles me está mirando escribir con sus grandes ojos de vidrio acanalado, reposando merecidamente en un paradero lleno de pájaros y de gusanos peludos.

DIARIO DE RUTA
Martes, 22 de junio

Desayuno: naranjas, bizcochos, café.

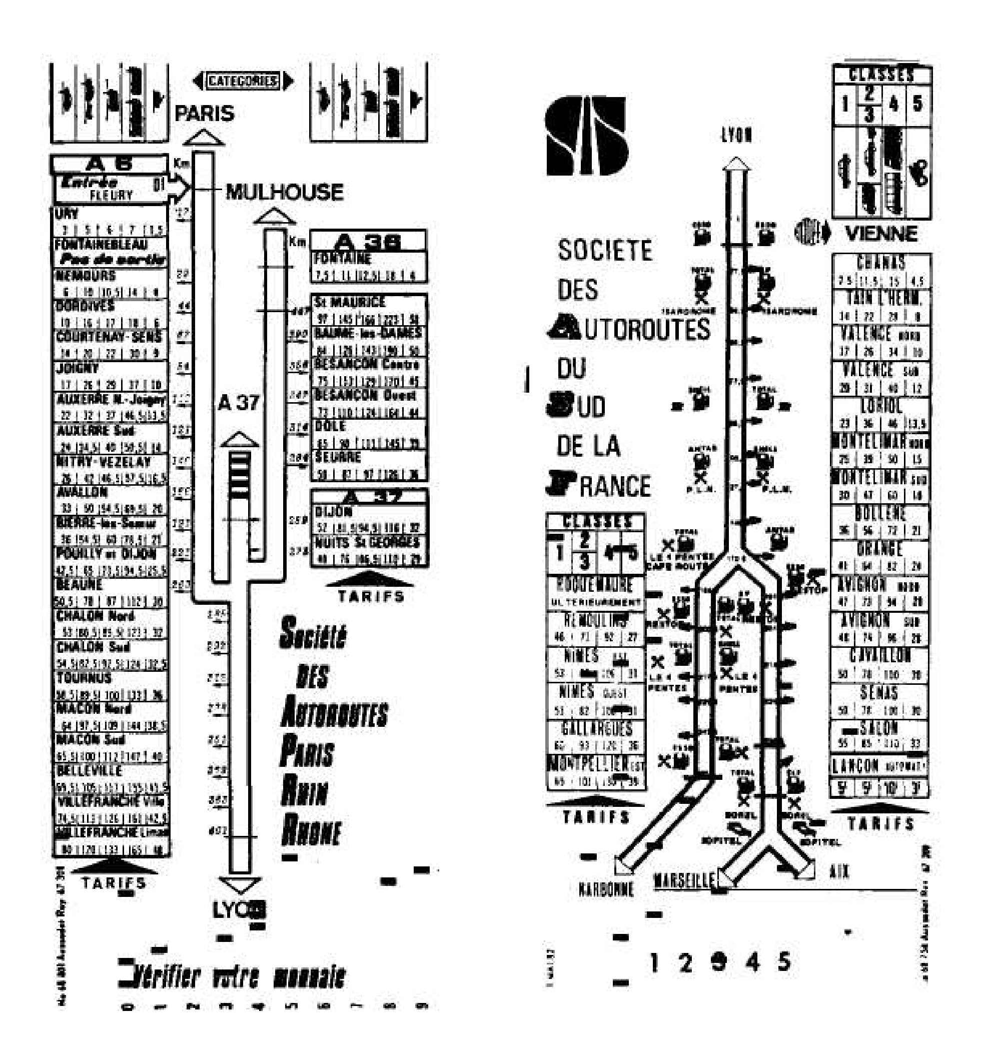
8.40 h. 45ºC.

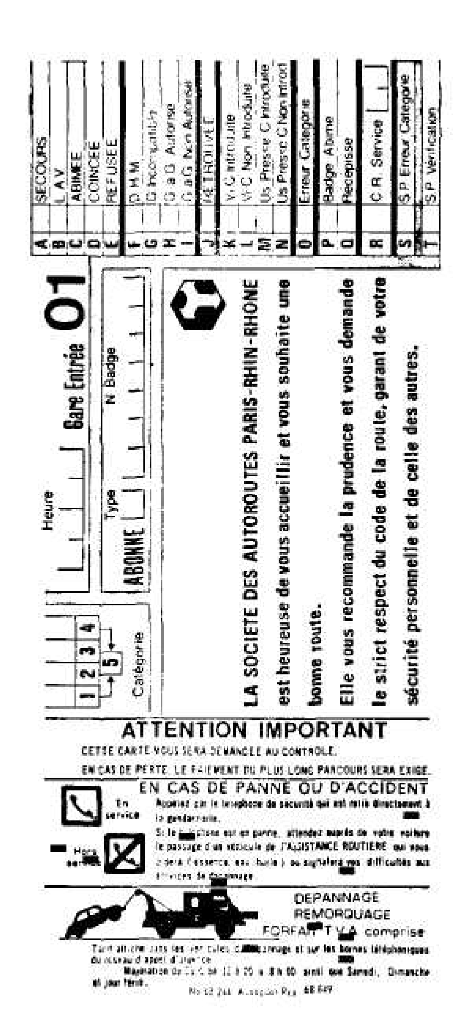
8.41 h. Partida.
8.44 h. Nos detenemos en plena autopista por una falla técnica: nos habíamos olvidado de bajar el fuelle del techo.
8.50 h. Paradero: AIRE DE SENAS.
Orientación de Fafner: E.
Párking siniestro.
9 h. Partida.
9.01 h. A la derecha, los montes Alpilles.
9.05 h. Peaje. Fingimos por segunda vez haber perdido el ticket y pasamos sin problema, luego de pagar 85 francos.
9.20 h. Otro peaje: 5 francos.
9.21 h. Paradero: AIRE DE LANÇON. Orientación de Fafner: S.S.O,
Hotel, restaurante, gasolina, oficina de turismo.
Nos instalamos en el hotel.

Almuerzo: Jamón crudo, faux-filet frites, ensalada, queso, café (en el restaurante).

Cena: Carol olvidé registrarla. Comimos en el restaurante del hotel.

Donde los exploradores tienen el placer de presentar la reproducción facsitnilar de los dos tickets de peaje que, por las razones que ya conoce el lector, se les habían «perdido» en el momento de pagar.





Gare Entrée 01

Heure | Type | N Badge | Catégorie 1 2 3 4 5 | ABONNE

A SECOURS
B L A V
C ABIMEE
D COINCEE
E REFUSEE
F D H M
S S P Erreur Catégorie
T S P Vérification

LA SOCIETE DES AUTOROUTES PARIS-RHIN-RHONE est heureuse de vous accueillir et vous souhaite une bonne route.

Elle vous recommande la prudence et vous demande le strict respect du code de la route, garant de votre sécurité personnelle et de celle des autres.

ATTENTION IMPORTANT

CETTE CARTE VOUS SERA DEMANDEE AU CONTROLE.

EN CAS DE PERTE, LE PAIEMENT DU PLUS LONG PARCOURS SERA EXIGE.

EN CAS DE PANNE OU D'ACCIDENT

En service — Appelez par le téléphone de sécurité qui est relié directement à la gendarmerie.

Hors service — Si le téléphone est en panne, attendez auprès de votre voiture le passage d'un véhicule de l'ASSISTANCE ROUTIERE qui vous aidera (essence, eau, huile) ou signalera vos difficultés aux services de dépannage.

DEPANNAGE
REMORQUAGE
FORFAIT T.V.A. comprise

Tarif affiché dans les véhicules de dépannage et sur les bornes téléphoniques du réseau d'appel d'urgence.
Majoration [illegible] ainsi que Samedi, Dimanche et jour férié.

LA SOCIÉTE DES AUTOROUTES DU SUD DE LA FRANCE est heureuse de vous accueillir sur son réseau, et souhaite améliorer dans toute la mesure du possible les services qui vous sont rendus. Pour toute suggestion ou réclamation, lui écrire à l'adresse suivante :
A.S.F. - B.P. 22/84270 VEDENE.

INFORMATIONS - CONSEILS

LES CHANTIERS DE TRAVAUX

ils sont indispensables pour l'entretien et l'amélioration du réseau afin d'assurer un meilleur confort et une meilleure sécurité des usagers.

La plupart des chantiers ne peuvent être réalisés en hiver en raison des intempéries (pluie, neige) ni en été en raison du trafic élevé des périodes de vacances.

C'est donc en général au printemps et à l'automne que les chantiers vous apportent une gêne temporaire et localisée que nous nous efforçons de réduire le plus possible.

Respectez la signalisation des chantiers pour votre propre sécurité et celle des personnels de notre Société et des Entreprises qui travaillent pour elle.

Merci de votre compréhension.

En préparant **le montant du péage** (et en faisant l'appoint) vous **gagnerez du temps.** Merci.

ATTENTION

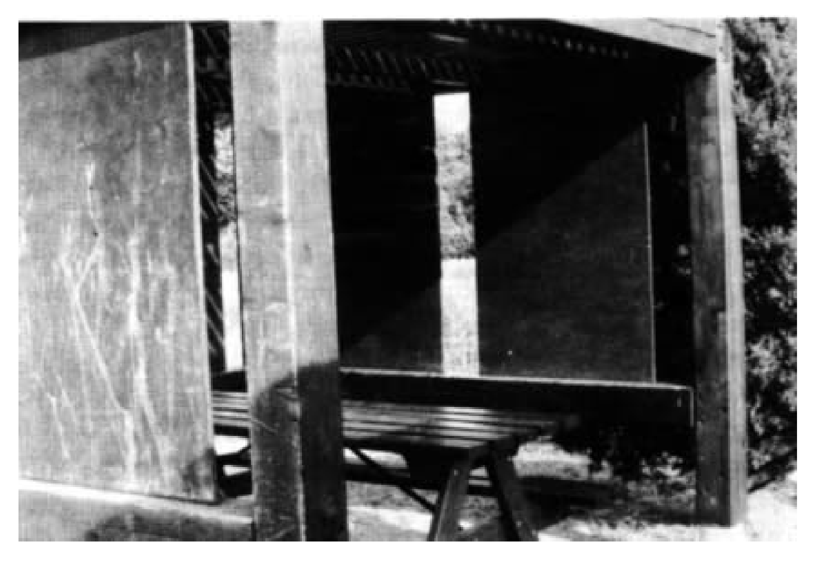
Cette carte **n'est valable que 48 h ; elle vous sera** demandée au contrôle.
En cas de **perte,** le **paiement** du plus **long** parcours sera exigé.

NE PAS PLIER

Exploradores como nos gustan.

Voy a visitar a los pingüinos y les ofrezco un concierto de fonógrafo. Ya lo habíamos hecho varias veces con éxito, pero esta vez el efecto sobrepasa todo lo imaginable. Les hago escuchar *«Ouvre tes yeux bleus, ma mignonne»*, que mi excelente amigo Lassalle había cantado expresamente para nosotros antes de la partida, y parecería que los pingüinos saben apreciar el talento de este gran artista, puesto que uno de ellos trató de meterse dentro de la bocina, probablemente para escuchar mejor. También quise grabar la voz y los gritos de los pingüinos, pero el resultado fue casi nulo.

Jean Charcot, *Autour du Pôle Sud.*



En el paradero de Senas la sorpresa de descubrir gabinetes techados para las comidas de los turistas.

Los dragones nunca viven en paz, pero se puede ayudarlos.

El pobrecito Fafner nos da la impresión de estar un poco humillado cuando el camping-car italiano se instala a su lado. De golpe lo vemos muy pequeño, sucio y absurdo con su fuelle desplegado; tiene el aire de los dragones pintados por la mayoría de los artistas del Renacimiento, que los presentan obviamente indefensos frente a la mole del caballo de San Jorge y a las dimensiones de su lanza. ¿Qué puede Fafner contra un opulento Fiat que por si fuera poco ostenta la chapa del mismo país cuyos artistas, desde Paolo Uccello hasta Rafael, han humillado ya a tantos dragones?

Para vengarlo, para estar más que nunca de su lado, me pongo a estudiar a los cinco sanjorges de pacotilla que armados de canastas y botellas se instalan en una mesa, por suerte lejos de nosotros que con nuestra astucia habitual nos hemos posesionado rápidamente del mejor lugar en el bosque. Tres hombres y dos mujeres se lanzan a un pic-nic nada frugal mientras yo reflexiono que el Fiat es desde luego muy grande y puede albergar a dos parejas como tantos departamentos o estudios de París o Milán; pero cinco personas me parecen un poco demasiadas, y me pregunto cómo pasan la noche, tres y dos, cuatro y uno, o los cinco juntos, con todo lo que eso permite a una imaginación no demasiado tímida. Una vez más los paraderos se abren a cualquier hipótesis, fértil campo de suposiciones eróticas, zona franca de decamerones móviles, llevando de un lado a otro sus variadas constelaciones amorosas, sus pactos a plazo fijo (tal vez en Lyon o en Avignon sólo quedarán dos o tres pasajeros en el Fiat, o en una de esas sube otro, el que faltaba para el hexágono perfecto...).

Fafner, por supuesto, no piensa en nada de eso, pero siento como si mis enfoques críticos frente a su competidor italiano lo ayudaran a sentirse mejor, pequeño pero con nosotros dos, dragoncito pero contento con nosotros dos que ocupamos el justo lugar en su corazón, el diastole y el sístole que él necesita para no tener miedo ni envidia de sus itálicos congéneres.

DIARIO DE RUTA
Miércoles, 23 de junio

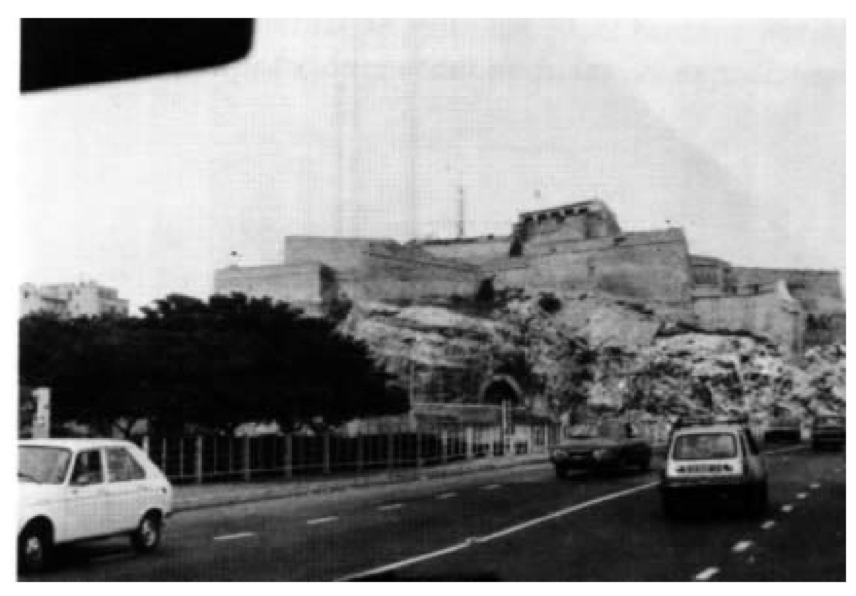
Con la excitación (y la tristeza) de la última etapa, Carol olvidó dar los detalles gastronómicos del último día.

9.55 h. Partida.
10.10 h. Un cartel lleno de significación para nosotros: USTEDES ESTÁN SALIENDO DE LA AUTOPISTA DEL SUD DE FRANCIA. BUEN VIAJE.
10.11 h. A la derecha, el Etang de Berre.
10.12 h. A la izquierda, acantilados de Vitrolles. A la derecha, aeropuerto de Marignane.
10.14 h. Paradero: AIRE DE VITROLLES.
Orientación de Fafner: O.
Gasolina, tienda.
En los bordes, un campamento de gitanos.
10.16 h. Partida.
Entramos en la zona de contaminación atmosférica.
10.30 h.: BIENVENIDOS A MARSELLA.
10.35 h. Nôtre-Dame de la Garde a la vista.
10.38 h. FIN DE LA AUTOPISTA.
10.40 h. Llegada al Vieux Port, donde nos detenemos en el muelle Marcel Pagnol.
Ultimas fotos documentales. El triunfo no nos alegra como esperábamos, muy al contrario. Nos hacen daño el estrépito de la ciudad, los olores del puerto, el reingreso en lo temporal que nos exige ya apresurarnos, subir a Serres (pero allí descansaremos todavía en paz unos días), y volver a París en pocas horas viendo desfilar tristemente nuestras islas, el maravilloso archipiélago de los paraderos separados ahora por la otra pista, inalcanzables, ajenos...

¡Qué poco duró el viaje!

Lo sabíamos, claro: el final de las grandes expediciones o de las grandes proezas heroicas o deportivas es tópicamente la apoteosis, desde la corona de laurel de los antiguos hasta la medalla olímpica de nuestros tiempos e incluso el cheque que espera al vencedor en cuatro sets o cincuenta vueltas de pista. Pero el final de nuestra expedición fue —lógica más que tópicamente— lo contrario de una apoteosis, a tal punto que sólo escribo estas líneas finales muchos meses después, y las escribo sin ninguna gana de escribirlas pero obligado a no abandonar al paciente y pálido lector que haya viajado con nosotros todas estas páginas.

Tristeza: eso había. Una tristeza que empezó dos días antes de la llegada, cuando en el paradero de Senas nos miramos en los ojos y por primera vez aceptamos de lleno que al día siguiente entraríamos en la etapa final. Cómo olvidar una frase de la Osita: «Oh, Julio, qué poco duró el viaje...» Cómo olvidar que en el momento de leer el cartel anunciando el final de la autopista nos llenamos de una angustia que sólo podíamos combatir con el obstinado silencio que nos acompañó hasta entrar en el fragor de Marsella, buscar un lugar vacío en el Vieux Port y poner los pies en una tierra que ya no sería más la tierra del París-Marsella. Un triunfo nublado de lágrimas que secamos en un café, bebiendo el primer *pastis* marsellés y pensando que esa misma tarde subiríamos a Serre para descansar unos días en casa de los Thiercelin, nuestro puerto generoso, nuestra tierra de asilo de siempre.



Última etapa: salimos de la autopista y avanzamos hacia Marsella. ¡Un mes sin ver autos en sentido contrario!



Marsella: En el Viejo Puerto, las gaviotas reciben oficialmente a los expedicionarios.



Agotados pero vencedores, terminamos nuestra expedición en un muelle cuyo nombre vale como la mejor recepción posible.

—Mamá, ¿cuándo es que el último auto entra en la autopista?

(Stéphane, a los tres años de edad).

Me digo, ahora: ¿no fue de alguna manera el nuestro, Osita?

Donde para terminar se insinúan otras razones posibles de nuestra expedición y acaso de todas las expediciones.

Cuando el secreto dejó de serlo, cuando de vuelta en París los amigos nos rodearon para divertirse con la versión oral del viaje, a la espera del libro que completaría lo que les contábamos entre risas y bromas, una visión diferente del viaje se abrió paso en muchos comentarios. Casi en seguida hubo quienes quisieron saber si nuestras intenciones habían sido meramente lúdicas o si detrás alentaba una búsqueda de otra naturaleza, la inmersión en un paisaje no solamente geográfico, el enfrentamiento de la vida ordinaria y de ese *no man's land* desafiante instaurado en pleno vértigo de la civilización. Alguien quiso saber si no habíamos llevado a la práctica una forma contemporánea de la provocación Zen, si el a veces exasperante contrapelo de un viaje opuesto a todos los módulos propuestos y favorecidos por la autopista tenía por verdadero objeto un encuentro interior, una liberación de tensiones en el orden personal e incluso histórico, si Marsella no habría sido nuestro Graal, nuestra Orplid, nuestra tierra de Urkhalya como acaso lo hubiera formulado nuestro querido José Lezama Lima.

Todo eso nos deslumhró un poco pero nos hizo sobre todo gracia, porque jamás concebimos ni realizamos la expedición con intenciones subyacentes. Era un juego para una Osita y un Lobo, y lo fue durante treinta y tres maravillosos días. Frente a preguntas turbadoras, nos dijimos muchas veces que si hubiéramos tenido presentes esas posibilidades la expedición hubiera sido otra cosa, acaso mejor o peor pero nunca ese avance en la felicidad y en el amor del que salimos tan colmados que nada, después, incluso viajes admirables y horas de perfecta armonía, pudo superar ese mes fuera del tiempo, ese mes interior donde supimos por primera y última vez lo que era la felicidad absoluta.

Y tal vez por eso mismo comprendimos sin palabras que acaso habíamos cumplido ese viaje obedeciendo sin saberlo a una búsqueda interior que luego tomaría diferentes nombres en los labios de nuestros amigos. Comprendimos que a nuestra manera habíamos hecho un acto Zen, habíamos buscado el Graal, habíamos divisado las cúpulas de oro de la Orplid. Y que todo eso se había dado precisamente porque no lo habíamos pensado ni buscado ni propuesto, porque el amor y la alegría nos colmaban demasiado para dejar paso a una ansiedad de búsqueda. Nos habíamos encontrado a nosotros mismos y eso era nuestro Graal sobre la tierra.

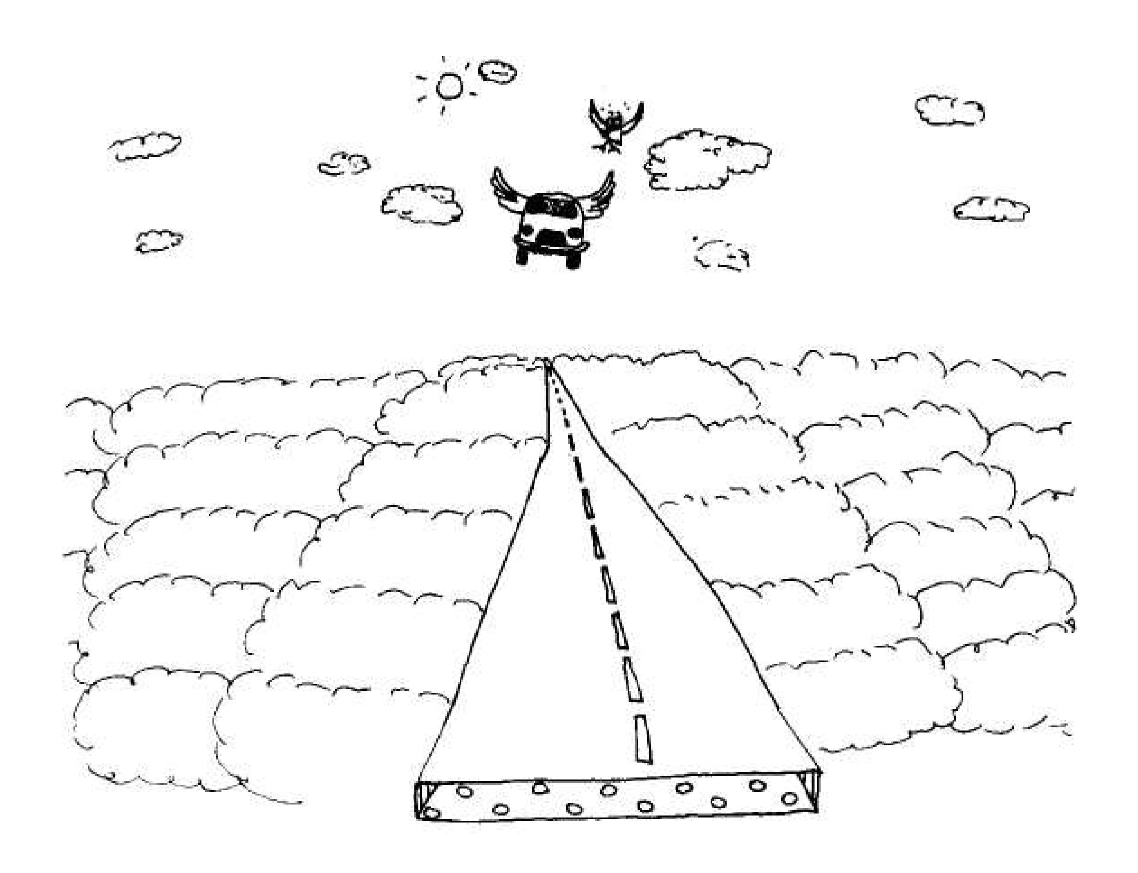

La volonté
de créer.

Post-scriptum, diciembre de 1982.

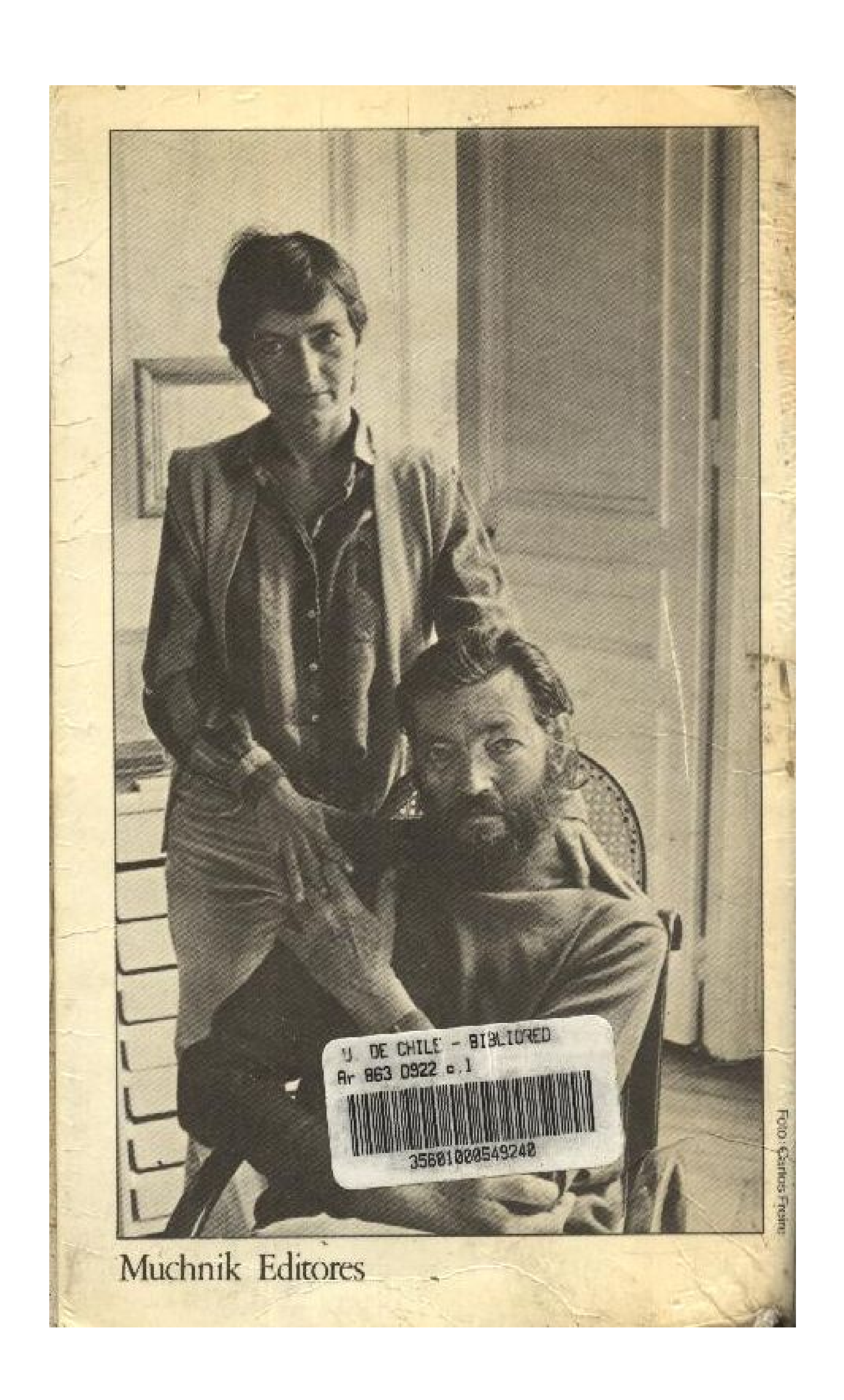
Lector, tal vez ya lo sabes: Julio, el Lobo, termina y ordena solo este libro que fue vivido y escrito por la Osita y por él como un pianista toca una sonata, las manos unidas en una sola búsqueda de ritmo y melodía.

Apenas terminada la expedición, volvimos a nuestra vida militante y partimos una vez más a Nicaragua donde había y hay tanto que hacer. Carol reanudó allí su trabajo de fotógrafa mientras yo escribía artículos para mostrar en todos los horizontes posibles la verdad y la grandeza de la lucha de ese pequeño pueblo que infatigablemente continúa su viaje hacia la dignidad y la libertad. También allí encontramos felicidad, ya no solos en los paraderos del París-Marsella sino en el contacto cotidiano con mujeres, hombres y niños que miraban como nosotros hacia delante. Allí la Osita empezó a declinar, víctima de un mal que creímos pasajero porque en ella la voluntad de la vida era más fuerte que todos los pronósticos, y yo compartía su coraje como siempre compartí su luz, su sonrisa, su enamorada vivencia del sol, del mar y de la esperanza en un futuro más hermoso. Volvimos a París llenos de planes: terminar juntos el libro, dar sus derechos de autor al pueblo nicaragüense, vivir, vivir todavía más intensamente. Siguieron dos meses que nuestros amigos llenaron de cariño, dos meses en que rodeamos a la Osita de ternura y en que ella nos dio cada día ese valor que nos iba abandonando. La vi emprender su viaje solitario, donde yo no podía ya acompañarla, y el 2 de noviembre se me fue de entre las manos como un hilito de agua, sin aceptar que los demonios dijeran la última palabra, ella que tanto los había desafiado y combatido en estas páginas.

A ella le debo, como le debo lo mejor de mis últimos años, terminar solo este relato. Bien sé, Osita, que habrías hecho lo mismo si me hubiera tocado precederte en la partida, y que tu mano escribe, junto con la mía, estas últimas palabras en las que el dolor no es, no será nunca más fuerte que la vida que me enseñaste a vivir como acaso hemos llegado a mostrarlo en esta aventura que toca aquí a su término pero que sigue, sigue en nuestro dragón, sigue para siempre en nuestra autopista.



Esta segunda edición de
LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA
de Carol Dunlop y Julio Cortázar,
compuesta en tipos Garamond de 8, 10 y 12 puntos
y montada por Tecnitype,
terminóse de imprimir el 3 de mayo de 1984
en los talleres de MEGRAF, S.A.
Ripollet (Barcelona)


U. DE CHILE - BIBLIORED
Ar 863 D922 c.1
35601000549240
FOTO: Carlos Freire
Muchnik Editores